

Berna González Harbour

Qué fue de los Lighthouse

DESTINO

Índice

Portada

Portadilla

Dedicatoria

I. El paraíso

1. De cómo se prepara un funeral
2. De cómo la Ciencia se abrió paso
3. De cómo el Teatro se abrió paso
4. De cómo se tensiona un funeral
5. Hermano mayor al rescate
6. De erizos y excolonias
7. Herencia de secretos
8. Herencia de máscaras
9. El esqueleto
10. Arroz tres delicias
11. Comida inglesa
12. De errores y delitos

II. El limbo

13. Las cajas
14. De cómo nació una pregunta nueva
15. Sin tiempo para fingir

16. Dientes humanos
17. Aquello fue en África
18. Nunca seré dentista
19. Por un bien superior
20. Alienación
21. La Virgen y la Reina
22. Los recuerdos

III. El infierno

23. Brillos en la oscuridad
24. De cómo una puede despertar con dos guerreros
25. Regalos secretos
26. Un pobre diablo
27. Un café large
28. Las cartas
29. El bicho peludo
30. No te fíes de los hombres
31. Un gran papel
32. ¿Cuándo ocurrió todo?
33. Dos alertas
34. Corazón idiota

IV. La familia

35. ¿Familiares de Martha Lighthouse?
36. Benny
37. La tentación
38. Adela
39. En el búnker
40. Las vecinas

41. La madrastra
42. Fumando
43. Las heridas Lighthouse
44. El regreso
45. Las dos Fionas
46. El Bentley
47. La Operación Legacy
48. Desfile de hermanos
49. Un selfi en el hospital
50. Mamá sí
51. Verdad o mentira
52. La cabaña

V. La verdad

53. Mother
54. En los National Archives
55. Mujer con bata verde
56. De éxitos y silencios
57. Isquemia o ictus
58. El marido de Asha
59. De Jane y Mary Jane
60. Rumbo a Suráfrica

Nota final

Guía de personajes

Créditos

QUÉ FUE DE LOS LIGHTHOUSE

Berna González Harbour

Ediciones Destino

A Palmira Márquez y Miguel Munárriz,
por encender la chispa.

A Harold Ernest y Mary Phillipa Harbour,
únicos, queridos, radiantes,
in memoriam.

El 3 de mayo de 1961, el ministro británico para las Colonias, Iain Macleod, envió una orden a todas las gobernaciones del Imperio: destruir los documentos que pudieran avergonzar al Gobierno de Su Majestad.

El objetivo era no dejar nada atrás.

Nada que pudiera ser utilizado en su contra.

Esta es la historia de una familia y de una era.

De sus luces y de sus sombras.

I
El paraíso

Mi Marjory:

Cuando veo la montaña de papeles que desbordan la vitrina me pregunto qué voy a hacer con ellos. Te estoy viendo. Me dirías que lo tire todo o, mejor aún, que hagamos una buena barbacoa para asar unas salchichas. Que abramos un brandy, pongamos un disco y nos demos un festín. Un buen plan Lighthouse.

Pero soy inglés. Británico de pura cepa, de la coronilla a los pies. A mí me enseñaron a guardar, a registrar, a levantar acta.

No sé cuánto tiempo me queda y, sea el que sea, ten por seguro que lo disfrutaré con ese brandy en la mano, la pipa encendida, tu mejor foto frente a mí, morcillas, salchichas y lo que haga falta, ¡qué demonios! Pero a mi memoria le queda menos. Lo sé porque a menudo me abandona y me deja suspendido en medio de la calle, sin camino de vuelta. Me avergonzaría pensar a dónde me llevan mis pasos si no fuera porque me da igual. Me da exactamente igual.

Por eso te escribo. Será mi último cuaderno. Y sé muy bien que tú no estás, no estoy loco. Sé que lo leerán los demás. Pero yo te escribo a ti.

Vaya esto por delante, Marjory Lighthouse: siempre deseé no sobrevivirte, *sweet heart*, nunca vivir sin ti. Mi pequeñita. Todavía echo de menos plegarme contigo entre las sábanas por la noche para darnos calor, mis pies en tus pies, mi mano en tu tripa gordita y nuestra respiración acompasada. Mi Marjory. La mujer más grande y más pequeña que he conocido nunca. La sonrisa siempre preparada. Cosquillas a flor de piel. Risueña hasta cuando te enfadabas. Un regalo de Dios.

Te fuiste tan rápido que ni siquiera pude aclararte lo que debía aclarar.

Me tocó sobrevivirte y me alegro de que no hayas visto algunas cosas. Me habría gustado conservarte para mí y protegerte de ellas. Fabricar una cápsula para los dos y mantenerte en ella.

No pudo ser. Te fuiste y me quedé solo. Sin ti y sin la cápsula.

Hoy quisiera contar, necesito decirte lo que no supiste. Me serviré un oporto, brindaré por nosotros dos, a los demás que les den. Y empezaré por el principio.

Empezaré por África.

Pero lo haré mañana. Estoy cansado. Y voy a hacerlo a mi ritmo, cada día, cuando la copa esté recién servida. Porque después sé que me serviré otra, que me quedaré dormido y que de madrugada deambularé como siempre hasta encontrar la habitación. Nuestra habitación.

Escribiré sobrio. Porque te lo debo. Hasta mañana, *sweet heart.*

E. L.

1 de enero de 2010

1

De cómo se prepara un funeral

Para él los colores nunca habían sido de fiar: eran como las ramas de la familia o como esas chicas increíbles que sentía que le deseaban y que de repente aparecían con una novia (sí, una novia) más despampanante aún. En cuestión de colores la experiencia nunca era suficiente y, aunque había aprendido a vender como un toque excéntrico el contraste de rojos, verdes, violetas o dorados que solía mezclar, hoy no quería equivocarse. En cuestión de familia o de mujeres tampoco había renunciado a acertar.

Benjamin era daltónico. Y también un presumido muy seguro de su glamur, de su atractivo, de la irresistible fascinación que le procuraba ser un actor de mediana edad habitual en series de televisión, en teatros y hasta en conciertos en que volvía a teclear el piano o a rasgar la guitarra para acompañar su voz honda en favor de alguna causa ocasional. Sin ser lo más cotizado del mercado, su presencia aún era bienvenida en fiestas o clubs de cierto postín, y ese era un negocio al que aún sacaba cierta rentabilidad.

Depositó las corbatas sobre la cama, una tras otra, junto al traje aún embolsado y recién recogido en la tintorería. Si Martha estuviera en casa, si cualquiera de sus hijas se hubiera dignado acompañarle a prepararse para el entierro o si la empleada no hubiera desaparecido, no habría tenido problemas. Durante veinte años no los había tenido. «Martha, ¿esto pega con esto?» «¿Martha, ¿es

correcto este traje para la gala del Royal Albert Hall?» Martha. Martha. Martha.

Pero Martha, Santa Martha, se había vuelto a ir a casa de su madre, o de las hijas, tras el último error que cometió delante de ella, cuando en una gala de la Academia deslizó la mano izquierda entre las piernas de su vecina de mesa, una joven actriz con una falda tan corta que recorrer el camino hacia el origen mismo de sus muslos bajo los gruesos manteles de las mesas del club de Covent Garden le pareció lo más natural del mundo mientras sostenía el sorbete de limón con la derecha. Martha, también a su derecha y ajena a la escena que se representaba bajo el tupido mantel, le recordaba que debía tener cuidado con el azúcar. Por la diabetes y tal.

La actriz sonreía ruborizada, o eso al menos creyó Benjamin mientras su mano avanzaba hasta rozar su braguita, mientras descodificaba la prenda como un delicado objeto de encaje que estuviera gritando «ven a mí, Ben», y mientras empezaba a imaginar la escena en el reservado que tan bien conocía. Pero, de pronto, aquella criatura se puso en pie de forma tan brusca que tiró la silla, se largó azorada y él quedó con la mano izquierda ridículamente enganchada en un bucle endemoniado del mantel. Y Martha, que acostumbraba a guardar las formas ante los demás comensales, decidió no hacerlo esta vez. El aguijón de su mirada furiosa se tensó más aún que su propia erección. Que en aquel momento fue como las de sus mejores tiempos.

Como también fue acusada la determinación con la que, al llegar a casa, Martha empaquetó lo básico y se fue con la amenaza de que ya no iba a ocuparse más ni de él ni de su padre. Father. Grandpa. El abuelo de las niñas. El patriarca de esa gran familia que entonces ya estaba en las últimas y al que hoy iban a enterrar.

Y esa parte de sus gritos fue la única que no se hizo realidad, porque Martha, Santa Martha, siguió visitando a su suegro con la misma devoción que había demostrado siempre en la residencia privada en la que este había languidecido. Pero de él, de Benjamin N. Lighthouse, distinguido con la Orden del Mérito de Su Majestad la Reina de Inglaterra por su aportación a las artes y la cultura británicas, siete veces premio Bafta por sus interpretaciones en cine o televisión y dos premio Laurence Olivier al mejor actor de teatro del país, ya no se volvió a ocupar. Eso sí que fue verdad.

De modo que eligió una corbata segura porque era negra y en el negro nunca se equivocaba, la colocó junto al traje, devolvió las demás al armario y decidió sentarse a dar los últimos toques a su discurso.

Su discurso.

Y lo iba a hacer, pero la televisión estaba encendida y algo en ella le atrajo la atención.

Se acercó lentamente a la pantalla.

Arthur solo tenía una corbata y un traje gris anticuado que acumulaba polvo entre boda y boda desde la suya propia, la primera de las dos. Lo sacó del fondo del armario, sacudió las motas posadas en cascada y lo alejó de su vista para evaluar si merecía un planchado. Lo contempló por encima de sus gafas de cerca, que nunca resbalaban de su prominente nariz.

El traje estaba algo arrugado, sí, pero no le importó demasiado. Acostumbrado a las camisetas de ciclista, a los *shorts* caquis y a las deportivas cómodas que ni se molestaba en lavar, aquel viejo traje procedente de algunas rebajas lejanas de Marks & Spencer era el máximo grado de elegancia al que aspiraba en el entierro de su

padre. Father. Hombre grande, hombre fascinante, hombre coraje, hombre fajado en el rigor de las colonias de África, cuando el viejo esplendor imperial ya estaba declinando pero Inglaterra aún imponía su mandato en las infinitas *possessions*. Hombre al que no le habría importado ya la caducidad de este traje ni de ningún otro porque desde que murió su esposa, tan grande de corazón, de alegría y calidad como pequeña de estatura, ni su propio aspecto le importaba.

Arthur se olió un sobaco. Y el otro. Le valía. Se quitó la camiseta sin mangas con algún manchurrón viejo que le había acompañado toda la mañana, dejó caer las mallas desgastadas al suelo, decidió no cambiarse de calzoncillo y se miró al espejo. Demasiados huesos, pensó. Él mismo había sido un tipo alto, musculoso, atractivo con su pelo rebelde y sus dientes ligeramente montados cuando sonreía con gracia, un guaperas de Cambridge que no se había conservado mal. Pero la edad era la edad, y el pecho y los hombros, que un día fueron firmes, habían sucumbido al ligero encorvamiento de la espalda. Sin estar gordo, la tripa se le había hinchado un poco más de lo deseable. Y algún vello negro, suelto y duro salpicaba los pectorales mientras los rizos que antes eran frondosos empezaban a escasear en la frente. También las cejas y hasta las orejas se le habían poblado de pelos gruesos como cerdas de jabalí, pero nunca se había planteado cortárselos. Todos los que hoy salían en zonas que no lo necesitaban empezaban a faltar en su pubis, donde una pelusilla blanqueaba de una forma que no le gustaba contemplar.

Escogió una camiseta limpia. También Father había dejado que le creciera el vello en las orejas mientras le iba faltando el del cráneo sin perder por ello aplomo ni compostura. «Porque la dignidad no está ahí», decía.

Se puso la camisa que le pareció más nueva y que también debía acumular unos años. Se aplicó una buena dosis de desodorante. Intentó alisarse con la mano el pelo gris rizado, demasiado largo ya para su edad, pero este recuperó enseguida su aspecto silvestre. En el espejo, el conjunto le gustó. Luego apartó el montón de ropa que se había acumulado en la butaca junto a la cama y se sentó.

Quería pensar. Como primogénito que era, el mayor de cuatro hermanos, iba a pronunciar el responso inicial del funeral. Hasta él llegaba el rumor de los pasos de su esposa, Stephanie; del ensayo del réquiem que su hija Caroline iba a tocar al violín, y los soplidos del oboe de Rob, que se había empeñado en cerrar la ceremonia con un *God Save the Queen* cuyos acordes, a esta hora, aún no se lograban identificar. Ni siquiera estaba convencido de que a su padre le hubiera gustado, más bien presentía que no, pero Rob aseguraba que se lo preguntó en sus últimos días y que Father, Grandpa para él, le había dado un gesto de aprobación.

En realidad, era muy dudoso que lo hubiera hecho, dado el deterioro de su cerebro demente y la incongruencia de sus últimas expresiones, pero ya era suficiente haber conseguido que Caroline y Rob, hermanos solo de padre, opuestos y en general enfrentados, hubieran accedido a preparar juntos el funeral en paz. Incluso a coordinar sus intervenciones. Así que mejor aceptarlo.

Porque aquello era una minucia en comparación con la explosiva reacción química que podía producirse entre Benjamin y él cuando se cruzaran en el entierro del patriarca que les había dado sus genes, aunque ninguna similitud más.

Con las lentes en la punta de la nariz, sumergió la vista entre los tachones de su cuaderno de bolsillo, una libreta arrugada que le acompañaba y que usaba para apuntar las cosas importantes. Si era profesional, por la parte de delante. Si era personal, referida a las

protestas que él mismo organizaba o a sus crecientes reflexiones políticas, por la parte de atrás. Hoy se proponía hacer un buen discurso y estaba decidido a demostrar el sentido de ser un Lighthouse, un inglés de bien, un primogénito con derecho a defender el espíritu universal y abierto de mente que sentía que él y todos los descendientes habían heredado de su padre. De Father.

Y en ello estaba cuando se distrajo ante el televisor. Qué demonios. Ahí estaba esa chica. Cómo le habría gustado poder atraerla a sus causas.

Benjamin subió el volumen. Las noticias desfilaban entre camioneros cabreados, las negociaciones del Brexit y la salud ya delicada de la Reina, pero ninguna de ellas le había distraído tanto como esta: hablaban del ataque a una estatua de Winston Churchill. Había ocurrido frente al mismísimo Parlamento y la policía había blindado el monumento nacional después de que alguien pintarrajeara en su peana la palabra *racista*. Anunciaban una conexión especial para abordar el asunto.

Y sin duda alguna le escandalizaba el vandalismo de quienes atacaban al viejo Winston, chusma de rastas y *piercings* que no tenían la mínima noción de qué tipo de país pisaban, bocas desagradecidas de los subsidios de una gran nación que nunca debió tenerlos en tanta consideración, pero tampoco era ese el verdadero motivo de su interés. La verdadera razón, lo que retenía su vista pegada a esa pantalla y lejos de su responso, era la inminente aparición del rostro vehemente de esa chica de rizos libres, hoyuelos únicos y un gesto de convicción capaz de atraer a su interlocutor hacia el territorio que defendiera en cualquier temática y ocasión.

Y, sobre todo, de atraerle a él, a Benjamin Lighthouse, al recuerdo de la intimidad desbordante que habían compartido.

—Conectamos con Ann-Elizabeth King en Hampton Court, donde hoy se encuentra la gran especialista en la historia colonial.

Y ahí estaba, sí. Ann-Elizabeth King. La. Gran. Especialista. En. La. Historia. Colonial. La mujer que aún le entrecortaba el aliento, que le provocaba con su cuerpo perfecto y, lo que era aún peor, con sus ideas, que él creía aberrantes, pero inteligentes.

Fresca, la mirada limpia, la determinación en el gesto y el cabello revolviéndose en el aire frío que traía la corriente del Támesis hasta el palacio de Enrique VIII. Esa cascada de pelo aún le volvía loco cuando se desplegaba con múltiples matices que él no sabía descifrar y que, según ella, era simplemente pelirrojo. El mejor polvo que podía conseguirse a ambas orillas del río, siempre en medio de la bronca, en el fragor de una batalla ideológica que sus cuerpos resolvían con más rapidez que sus mentes encrespadas. Ay, Ann-Elizabeth King...

Ahí estaba, sí. Asalvajada, sexy, preciosa. Tan joven que insultaba.

Qué demonios hacía Ann-Elizabeth en Hampton Court era algo que escapaba ya a su posibilidad de conocimiento, porque habían cortado hacía tiempo. Tres semanas. O cuatro. Demasiado. Qué bucle de la historia se le habría perdido en el palacio real donde se gestaron tantas decapitaciones. Pero, sobre todo, cómo podía vérsela tan desenfadada, como recién llegada al mundo, una personalidad a estrenar, sin marca alguna de las heridas de guerra que ambos se habían infligido. Como un regalo impecable, uno que aún pudiera desempaquetar con cuidado para dejar a la vista la sorpresa que escondían los papeles de raso sin arruga y el lazo que hubiera envuelto ese obsequio de la vida, esa personalidad única.

Porque ella, hiciera lo que hiciera, vistiera como vistiera, hablara de lo que hablara, siempre tenía aspecto de regalo. Eso —su desenfado, su frescura, su aparente plenitud— le dolió más que verla en pantalla.

—Buenos días, Ann-Elizabeth. ¿Ann-Elizabeth? —preguntó el presentador.

Ann-Elizabeth King había empezado a hablar y al hacerlo se expresaba también con el gesto, con los hombros, con ese lenguaje corporal que Benjamin tan bien conocía y que se volcaba en acompañar sus palabras hasta lograr todos los adeptos posibles. Pero estas —sus palabras— no llegaban al espectador.

—¿Ann-Elizabeth? ¿Ann-Elizabeth King?

La. Gran. Especialista. seguía hablando a la nada y el presentador intentó interrumpirla hasta que ella se percató de que nadie estaba escuchando su voz y entonces, con un rictus travieso y sorprendido, se calló. Y los telespectadores podían estar lamentando tener que esperar para saber su opinión sobre el vandalismo que había llegado hasta el mismísimo Churchill, pero Benjamin lo que lamentó fue no escuchar de nuevo su voz, su expresión entusiasta, hasta el candor que desplegaba cuando estaba convencida de lo que decía, que era siempre.

—Me temo que tenemos que interrumpir esta conexión hasta que logremos restablecerla con calidad —dijo el presentador—. Ahora nos vamos a publicidad.

Y Ann-Elizabeth King, ya consciente de que nadie la escuchaba, sonrió y alzó los brazos en señal de impotencia. Esa fue la estampa fija que quedó en pantalla, el regalo que hoy no iba a ser para Benjamin ni para ningún telespectador. Los brazos abiertos ante el público, ante el Reino Unido de la Gran Bretaña e Irlanda del Norte y la mismísima Commonwealth of Nations y su puta madre, pero no

ante él, a quien también había plantado con el mismo gesto de qué se le va a hacer, si estamos en lados distintos de la historia, la Historia en mayúsculas, como le gustaba decir, y eso para mí es primordial. Y además estás casado. Que lo es más todavía.

Benjamin también alzó los brazos, impotente, en su estudio. Lamentaba no haberla escuchado una vez más, lamentaba que hubiera abrazado la causa anticolonial con más intensidad que a él mismo, pero lo que lamentaba sobre todo era que ese gesto fresco, esa energía chisposa, no estuviera destinada a él como lo estuvo tantas veces en el camerino del teatro, en los bares o en las calles, en los reservados de los clubs o en su cama (de ella), sino al público británico en general. Que no se la merecía.

Entonces sí, suspiró con lentitud y recuperó el texto del discurso, impreso en los folios encabezados con su nombre en letras pomposas y cursivas: «*Benjamin N. Lighthouse*».

Se sirvió un fondo de whisky de la botella con grifo que tenía en su estudio, un capricho que siempre le acompañaba en sus viajes, y, tras desechar la corbata que creía negra, volvió al armario y eligió una pajarita de vistosos lunares que nadie iba a dejar de comentar.

La iglesia de St. Albans estaba engalanada con la pulcritud de las grandes ocasiones. De ojivas puntiagudas, vidrieras explosivas y un olor fresco a jazmines recién cortados y a agua bendita, el templo que había acogido décadas de la vida familiar de los Lighthouse lucía luminoso, impecable, perfecta cámara de resonancia de un coro bien sincronizado que entonaba ya los acordes de un himno funeral, *In Paradisum*, que el páter de familia había cantado tantas veces con su esposa cuando esta aún vivía. Siempre por la vida eterna de

tantos seres queridos. *«Aeternam habeas requiem. Aeternam habeas requiem.»*

Pero ella se había ido hacía mucho tiempo y él no era ya sino un cadáver posado sobre sedas y almidones en un ataúd de roble inglés forrado en plomo que presidía el acto. Adecuadamente embalsamado después de ocho días en la cámara frigorífica del tanatorio mientras los hijos se ponían de acuerdo para organizar su funeral. Y la herencia.

De los componentes del coro que entonaba el himno («Que los ángeles te guíen, que los mártires te acojan») no quedaba nadie que hubiera conocido a ninguno de los dos. Everett y Marjory. Marjory y Everett. El matrimonio Lighthouse, adorado en su comunidad como representantes de una decencia inglesa emparentada con los valores de una clase media alta apegada a una compasión que hoy había desaparecido.

El cura sí los había conocido. Los había tratado, confesado, y hasta había enterrado a Marjory años atrás, pero sobre todo había hecho los deberes y sabía de sobra que era un matrimonio valioso, reliquia de un tiempo más amable, más humano, que hoy se desvanecía entre el ruido, las prisas y la confusión. Como buen sacerdote católico inglés, consciente de la importancia de salvaguardar el cuidado y las relaciones personales en un entorno anglicano, Father Ninian recibía y despedía entrañablemente a sus feligreses en la puerta de la iglesia como si los conociera a todos, pero lo cierto es que los hermanos Lighthouse y sus hijos hacía mucho tiempo que no frecuentaban el lugar.

El cura sabía que Arthur, el mayor, era un conocido científico de Cambridge. Tan afamado por sus avances en energías limpias como por su activismo contra la industria más contaminante, contra el Brexit, el racismo, el clasismo y todo lo que representara el viejo

establishment británico. Sin olvidar la causa de la igualdad de género. Su rostro era habitual tras las pancartas más antisistema que hoy proliferaban en un país incomodado por la modernidad. Su voz —y su apellido— cotizaba ante los micros. Formaba parte de la academia y, por tanto, tenía autoridad.

También le constaba que Benjamin, el menor, era un actor famoso, acaso más presente en la prensa del corazón que en los escenarios.

De las dos hermanas que los separaban apenas sabía que se habían ido lejos, una casada con un español, otra con un francés. Ahora ambas estaban aquí y fue fácil reconocerlas porque eran iguales que su madre. Y porque llegaban juntas, las manos entrelazadas y los cuerpos pegados el uno al otro como si necesitaran recuperar la cercanía perdida en destinos tan dispares. Jane y Joyce. Joyce y Jane. Dos gemelas inseparables en la niñez, dos encantos, dos bellezas hoy maduras a las que el tiempo había tratado de forma dispar. Muy dispar. Una seria, otra alegre; una, todo contrición; otra, todo extroversión; una arreglada, otra, a su aire. Dos mujeres que hoy y aquí llegaban seguidas de sus respectivas estelas de maridos e hijos extranjeros que ya en nada se parecían al universo parroquiano que ellas habían dejado atrás. Al menos seguían siendo creyentes, saltaba a la vista su devoción.

Father Ninian les dio la bienvenida con efusividad, pero ni sus maridos ni sus hijos hablaban inglés y ni siquiera parecían lamentarlo. Todos entraron. Después saludó a Benjamin, que llegó luciendo una pajarita que más parecía elegida para ir a un club de Londres que a un funeral. Y no es que el sacerdote prestara mucha atención a los tabloides, pero de lejos distinguió a un par de paparazis que sacaban fotos y calculó que no trabajaban para la sección de obituarios, precisamente. También percibió que Martha y

sus hijas habían llegado y que se habían situado mucho antes que el actor.

Arthur llegó con su actual esposa, Stephanie. La anterior, Olivia, también había tomado posiciones en primera fila. Hacía rato.

Y el acto empezó.

2

De cómo la Ciencia se abrió paso

Los acordes de violín del réquiem de Caroline aún reverberaban en el aire fresco de la iglesia cuando Arthur subió al altar, sacó la libreta enroscada del bolsillo y aguardó a que se difuminaran hasta llegar al silencio. Su estampa larguirucha y desgarbada, su cabello gris formando caracolillos en la frente, sus lentes sobre la punta de la nariz y el traje viejo, pero solvente, acompañaban ese aire de profesor de universidad indiferente al eco de su trabajo. Como científico reconcentrado en sus investigaciones y en sus causas, simplemente no reparaba mucho en ello. Lo tomaba como algo natural.

Queridos amigos, querida familia, queridos hijos, queridas hermanas...

Arthur hizo un alto y levantó la vista para mirar a Jane y a Joyce, que seguían con las manos entrelazadas en primera fila, conmovidas, y el cariño fluyó entre los tres en una chispa de complicidad que el primogénito retuvo en su gesto al volver a sepultar los ojos en la libreta. Continuó.

... hermano, Father Ninian, todos.

Esto último lo dijo sin interrupción y sin fijar la vista en nadie. Y prosiguió.

Cuando empecé a escribir este responso, sentí que debía glosar la vida de Father, de nuestro querido Everett Lighthouse, como lo que

todos sabéis que fue: un buen oficial del Servicio Colonial de Su Majestad, un científico importante, un impulsor de las vacunas que inmunizan al ganado de todo el mundo desde hace décadas. Y un padre y abuelo ejemplar.

Pero creo que eso ya lo han dicho los periódicos. Y esto no es un obituario.

Arthur se había despegado ya de la libreta e improvisaba con la vista puesta en el público por encima de esas lentes viejas que seguían, obedientes, prendidas en su nariz sin varillas que las sostuvieran.

Soy su hijo mayor. Y eso me da derecho a contar mis propios recuerdos, seguramente diferentes.

Los asistentes se removieron ligeramente como el público de una ópera entre acto y acto, con intención de reacomodarse sin molestar. Algunos se sonaron, otros tosieron levemente, las hijas y nueras se recolocaron las faldas, los broches, los bolsos. Algún nieto alzó las cejas.

Mi primer gran recuerdo de Everett y Marjory Lighthouse, mi padre y mi madre, es del barco que nos trajo de regreso desde Tanganica. Como muchos sabéis, ellos se casaron allí, yo nací allí y de allí regresamos con toda una expedición de amigos y animales que recuerdo más aún que a todos los compañeros de colegio que he tenido después.

En este punto sonrió. Y el público también sonrió. Arthur buscó entre los asientos y encontró miradas que aún no se había animado a confrontar: la de Asha, una anciana negra encorvada sobre la dura madera de los bancos, que no le devolvió la sonrisa, aunque sí un cierto rictus de conexión; a pesar de su deterioro, su porte seguía exhibiendo el rigor de quien envejece sin rendirse. A su derecha estaba Adela, su nieta, una mulata guapa que había convertido su

cabeza en homenaje al pelo afro, con los mechones ensortijados apuntando hacia la bóveda de la iglesia y desafiando la gravedad. Y a su izquierda estaba Amina, su hija, que había heredado el mismo brío y la misma mata de cabello encrespado. Las tres vestían dashikis africanos de estampados luminosos. Amina mantuvo el mentón alzado, tenso, sin esquivar los ojos del primogénito ni tampoco regalarle un gesto amigo. Él tragó saliva y volvió a sumergirse en sus notas.

Todos o casi todos los presentes sabían que la familia Lighthouse había regresado de África cuando se perdieron las colonias, cuando Tanzania aún era Tanganica. Que lo hicieron con el cargamento preceptivo de muestras y documentos sobre los bacilos, bacterias y virus que el patriarca de la familia había investigado en el ganado local. Y con buena parte del equipo que le había acompañado. La mayoría eran ingleses del Servicio Colonial, como él. Pero también con Asha, la muchacha que había ayudado a Marjory en tierra africana y que había criado a Arthur desde que nació, y su pequeña, Amina. Aunque nadie conocía bien los detalles de la historia, antes o después todos habían oído que los Lighthouse habían optado por salvarlas porque dejarlas habría supuesto su muerte. Al menos eso es lo que resonaba en el recuerdo familiar, tan elástico y resbaladizo como los recuerdos familiares suelen ser.

Según el relato más repetido en la familia, también subieron al barco una serpiente enjaulada y otros bichos de la zona. Los colmillos de elefante —varios de tamaño récord— habían pasado a formar parte del silencio familiar.

La salida de Tanganica había sido para Arthur, por todo ello, un acontecimiento fundacional. Una aventura que le iba a distinguir de todos los niños que conocería a su vuelta y que le había dado un halo especial durante su infancia y juventud. Había nacido en África,

en las colonias, en la aventura imperial de Inglaterra, y, aunque esa realidad se fue nublando de críticas y cuestionamientos mucho tiempo después, ninguna revisión de la historia había logrado arrebatarle nunca la sensación de haber participado en algo grande, inmenso, en un capítulo único de la Historia. En mayúsculas.

En aquella expedición de regreso jamás había habido cebras, jirafas, hipopótamos, ñus, orangutanes, ni mucho menos leones, hienas o chacales como los que había visto en Tanganica, pero en su cabeza todo se había conectado y ese barco se había poblado de esos y otros animales.

Sé que he mezclado muchas imágenes, muchos recuerdos que nunca podré saber si responden a escenas reales o a mi imaginación, pero en aquel barco sucedió algo que sí he confirmado muchas veces con ellos, con Father y con Mother, y que os contaré aquí para trasladaros lo que aprendí de él.

Arthur tenía solo cinco años cuando la expedición partió de Dar es-Salam rumbo a Europa. En el barco, durante los largos días de navegación a través del canal de Suez, jugaba con su madre y con Asha, que vigilaba que el pequeño inglés no tropezara en cubierta o se asomara por la borda. Su hija tenía dos años y la tenía controlada, siempre a su espalda o a su vera, obediente. Pero él era un polvorilla. Le encantaba escaparse, descubrir todos los recovecos del barco y especialmente refugiarse en el pañol, el compartimento en el que se habían almacenado las muestras y documentos que su padre debía entregar al Servicio Colonial a su llegada, junto con los muebles, los grandes baúles y el equipaje de la expedición. Allí habían puesto también el pequeño pupitre de madera en el que él siempre había dibujado y que le iba a servir para entretenerse durante la travesía. Y allí hacía *experimentos*, como decía su padre, con una bata blanca que arrastraba por el suelo, pintaba animales y

miraba estampas de un libro fabuloso que su madre le había regalado. Los leones, hienas y chacales debían de estar en él.

Un día, aburrido ya del viaje —siguió contando Arthur—, aprovechó un momento en que Asha le dejó solo en su pupitre —ahí miró a la anciana y los ojos de ambos brillaron— para hacer algo que había deseado desde que zarparon: descubrir los bultos tapados por toldos, averiguar qué escondían. Recordaba que los primeros eran archivadores que para él no tenían ningún atractivo. Después, algún mueble. Y, de repente, en el último bulto del fondo, al levantar el paño se encontró de frente a una serpiente. La serpiente.

Ahí tenía que hacer un alto para explicar algo. En su primera niñez había oído muchas veces la historia de una serpiente que se había subido a su cuna un atardecer en el patio. Uno de los nativos se dio cuenta, la agarró por el cuello con valentía, la sacó del moisés antes aun de que su madre se diera cuenta y la arrojó a un rincón, donde la víbora se enroscó en sí misma, rabiosa, después de morderle. El joven sobrevivió tras unos días de fiebre y ceguera, o eso al menos le habían contado. Y ahora no sabía si esa misma serpiente era la que habían guardado en esa jaula o se trataba de otra que llevaban por alguna curiosidad científica, pero sí recordaba algo con precisión: cuando levantó el toldo y vio su piel vieja, cuarteada y despegada en algunas zonas, su cuerpo tan enroscado que ocultaba la cabeza, le pareció que estaba muerta. Y metió un dedito entre las rejas para tocarla. Quería palpar esa piel, comprobar si estaba despegada y si debajo había otra, como le habían dicho.

Mientras contaba esto, alejado ya completamente de su libreta enroscada sobre el atril, Arthur miraba al público. Su hija Caroline estaba sentada con su madre y abría los ojos emocionada como siempre que había escuchado esa historia mientras su exmujer no ocultaba un gesto de hastío que a él le resbaló. Su historia podía

hartar a Olivia, pero a él también le hartaba esa exhibición de frialdad que ella no podía ocultar en ninguna celebración u ocasión familiar, a las que, por otra parte, no renunciaba. Su hijo pequeño, Rob, estaba con su propia madre, Stephanie, y le miraba con una devoción que a él le bastó para sentirse respaldado.

Sus hermanas también le seguían emocionadas, asintiendo y reconociendo cada hito de un camino tantas veces compartido en su memoria. Ellas sin duda le querían. Le creían. El resto del público también. A Asha y Amina esta vez las esquivó.

¿Y Benjamin?

Ay, Benjamin.

Benjamin ni siquiera le miraba, sino que tenía la vista puesta en los vitrales y en todos los reflejos que generaban los colores agitados por las nubes que entrecortaban los rayos del sol. Un festival para daltónicos como él, pensó.

Quería tocar a la serpiente, prosiguió Arthur, y así lo hizo. Y aquella víbora que creía muerta o dormida se removió de pronto. Rápida y fugaz. Y el niño que era y que pegaba la nariz a la jaula —esa nariz, que entonces no era tan grande ni sostenía unas gafas— para observarlo todo en la semioscuridad del camarote se encontró de repente con su mirada. A escasos milímetros. El público pareció contener el aliento, o eso fue al menos lo que él creyó.

Obviamente no pasó nada. Nada mortal, puesto que estoy aquí hablándoles. —Y continuó tras una sonrisa acompasada a su relato —: *Pero sí pasó algo aún más importante.*

Unas manos firmes le agarraron con fuerza desde atrás hasta hacerle daño. Y le apartaron de la jaula. Aún recordaba el susto. El toldo volvió a cubrir la jaula. Era su padre, enfadado y veloz, que había entrado en el pañol y que aguardó el momento exacto para decretar: «Has cometido un error, Arthur».

Tras decir esto paró, volvió a mirar al público, atento y silencioso. Rememoró el terror que sintió en aquel instante, cuando la condena o el castigo de su padre se cernió sobre el niño que era y que le dio más miedo que la propia serpiente. Pero también la frase que le sacó de ahí. Porque Father dijo simplemente: «Pero recuerda algo importante: los errores son el camino hacia la verdad».

Y entonces abrió la jaula, sacó la serpiente y me la tendió. Obviamente no tenía veneno.

Desde aquel momento he perseguido la verdad, he admirado su trabajo y yo mismo he abrazado la ciencia. Es el único antídoto contra la ceguera y la irracionalidad. Gracias, Father, gracias, papá.

El pianista tocó unos acordes mientras Arthur descendía, triste pero satisfecho, para sentarse junto a su mujer y Rob. Agarró la mano de ella y apretó el hombro de su hijo. En un extremo del mismo banco, Caroline raspaba con la uña una pegatina de la funda de su violín a la que se le había levantado una esquina. A su lado, su madre, impertérrita, mantuvo la vista al frente, hacia el atril, donde el hermanito pequeño de su exmarido, Benjamin, ya estaba listo para intervenir. Después de tragarse la *enésima versión de la historia de la serpiente* de Arthur tocaba ahora escuchar la *enésima versión de la historia de la inspiración* de Benjamin. Paciencia.

3

De cómo el Teatro se abrió paso

Benjamin observó al público mientras inspiraba lentamente antes de arrancar. Llevaba los folios escritos y, a diferencia de su hermano, que era caótico en sus notas y prolijo en su improvisación, él había preparado su discurso tan bien que se sabía muy capaz de hablar sin leerlo, aunque simulara que lo hiciera, y sin añadir tampoco una coma que no estuviera previamente calculada. Por algo era un gran actor.

Sacó lentamente sus gafas de cerca, no obstante, y se las calzó. Ahora no recordaba si eran las de pasta roja, verde o violeta, y tampoco le importaba, pero su forma algo oblicua le regalaba un aire contemporáneo que sabía que le sentaba bien a esta edad. Su pajarita de lunares también fulguraba desde el atril, Martha seguramente estaba espantada. Alguien hizo fotos desde el fondo, los flashes centellearon.

Tosió levemente para despejar la garganta. Tras ese fondo de whisky había tomado otro, y probablemente un tercero, antes de subirse al taxi, despistado, y ahora sintió la boca seca. Le faltaba esa botella. Y le faltaba Martha.

Ella estaba allí sentada, en primera fila. La había visto, como había visto a sus hijas, pero ninguna de ellas se había acercado a saludarle. La pequeña, Scarlett, era inflexible y cerraba filas con su madre a la menor ocasión. Pero Rose... La mayor bien podía haberle

hecho un gesto, un guiño desde la picardía que siempre habían compartido, al fin y al cabo era su padre el que había muerto y las tres sabían que, aunque estuviera muy lejos de ser el mejor marido y el mejor padre del mundo, sí había sido un buen hijo. Father le había ayudado en los peores baches de su carrera, le había acogido en los ciclos más oscuros de su vida, en cada una de las veces en que había reincidido en los tropiezos, pero también él le había cuidado con esmero en los últimos años, cuando la cabeza se le iba y se largaba de casa a deambular por el barrio. A quién si no llamaban los vecinos cuando eso ocurría. No a Arthur, no, entretenido en sus lecciones y su activismo de renacido adolescente. No a sus hermanas, claro, que desde España o Francia poco podían hacer. Sino a él. Bueno, a Martha, sí.

Intentó centrarse en los papeles y echó de menos el grifo de su whisky privado. Otro chupito le habría ayudado. Benjamin, céntrate, se dijo, es solo un discurso. Pero necesitaba otro culín. O tal vez le sobraban los últimos.

Miró de nuevo hacia el público y reparó en el gesto expectante de Jane y Joyce, cómplices eternas de sus travesuras cuando eran pequeñas, cuando ellas le involucraban en sus juegos y le convertían en el bebé al que alimentar, el alumno al que enseñar, el enfermo al que curar, el ladrón al que atrapar o el modelo al que vestir. Y él se dejaba hacer dócilmente durante un largo rato hasta que se hartaba, les daba una patada o salía huyendo, quitándose los disfraces que ellas le habían colocado y emborronándose el maquillaje cuando le pintaban. Payasas. Cuántas veces no había pensado que fue ahí verdaderamente cuando nació su carrera como actor y no en los antecedentes familiares. Y ahí estaban, cincuentonas, cariñosas, emocionadas, animosas, mirándole como si siguiera siendo ese niño chiquitín que hacía gracia a todos. Les dedicó desde el atril una

sonrisa especial, dirigida únicamente a ellas dos, y se dispuso a arrancar.

Queridos amigos, querida familia.

Prefirió no especificar más. Decir «queridas hijas» habría supuesto excluir a su mujer. Y haberla mencionado a ella, a Martha, habría conllevado un alto riesgo de provocar alguna reacción entre el público, que era lo último que hoy deseaba. Los fotógrafos se habían colado en la iglesia y sabía que, aunque los presentes lo habrían negado ante cualquier tribunal, todos y cada uno de ellos hojeaban los tabloides como hacía todo el mundo en Inglaterra. Y, más allá de los cotilleos y amoríos que solían adjudicarle, las pertinaces referencias a Ann-Elisabeth King en el último año, que se habían producido semana sí, semana también, eran el espinoso asunto que justamente podía acabar de arruinar no ya la vida familiar, que estaba de sobra arruinada, sino el funeral paterno, que todos querían terminar de la forma más armoniosa posible. Aunque solo fuera por la memoria de Mother. Y por el buen nombre de los Lighthouse.

Yo me referiré a algo que ocurrió en los orígenes, mucho antes de Tanganica y mucho antes del trabajo de Father en el Servicio Colonial.

Aunque simulaba leer, eso no lo llevaba apuntado. No lo había planeado. Pero era imposible resistirse a replicar al discursito de Arthur, aunque fuera con la excusa de situar el suyo en otro marco temporal, uno más antiguo, más auténtico, más original aún.

Cuando mis padres se conocieron, Mother cantaba en el coro de la Universidad de Letras. Y Father tocaba el piano en la de Ciencias.

Esa escena también había resonado desde los inicios de la larga historia familiar. Marjory McGogh, hija de Anthony y Jacqueline, estudiaba Magisterio en Edimburgo, donde se enroló rápidamente en

el grupo de teatro de la facultad. Y Everett Lighthouse, hijo de John y Jane, cursaba Veterinaria en la misma ciudad e hizo lo propio en la suya. Que faltaban voces femeninas en Ciencias era una realidad clamorosa, pero también la excusa perfecta para que los estudiantes, jóvenes británicos briosos, miembros de un tiempo nuevo de esperanza, de crecimiento y de orgullo nacional tras la Segunda Guerra Mundial, salieran en busca de *cantantes* a las facultades donde podían hallarlas: en Enfermería, Magisterio y otras carreras con abundancia de mujeres. Al menos así lo habían contado a la siguiente generación. Y así fue como la voz amateur, pero plena, enérgica y luminosa de Marjory, encajó entre los acordes de Everett al piano una noche invernal de viernes entre vasos de vino caliente, contundentes porciones de haggis que alimentaban de sangre y especias los estómagos de Escocia, al abrigo de la nieve que caía en el exterior. Las letras a dúo de la mítica *Oh, no, John! No, John! No, John! No!* se entrelazaron entonces, como sus miradas, y ya no dejaron de acompañarlos durante toda su vida. «Hasta que la muerte nos separe.» Y hasta que la muerte los separó.

En ese barco no solo venían la serpiente, hienas, leones, cebras y demás amigos imaginarios de mi hermano, siguió Benjamin, disfrazando sus palabras de ironía. Entre el público se oyó alguna risita, rápidamente contenida. Hasta Arthur forzó una sonrisa de compromiso que quedó congelada en su rostro. «Tengamos la fiesta en paz.»

La música y el teatro habían sido marca de la casa durante toda su infancia, prosiguió Benjamin. Recordaba cuando la familia al completo cantaba en torno a ese piano, cuando preparaban funciones de Navidad o, en el caso de Marjory, cuando ensayaba en el coro de la iglesia, el mismo que ahora aguardaba su momento para retomar el réquiem.

Lo cierto es que Jane y Joyce habían heredado la voz de su madre y la capacidad para actuar, pero sus vidas habían tomado otros derroteros. A Arthur no le mencionó. Y él mismo sí había emprendido una carrera labrada desde niño, cuando seguía atento desde las piernas de su madre o de su padre la armonía de las voces que se despegaban unas de otras sin desafinar. Les debía todo.

Ahora se emocionó. O interpretó su emoción.

En aquel barco también viajaba el piano. Y en aquel piano mi padre nos dejó una lección especial.

Su voz se había tornado más grave. Su gesto, afectado. El público, atento.

*Todos sabemos que en aquella canción que ya forma parte de nuestro folclore familiar y nacional, mi madre repetía siempre, una y otra vez, el estribillo: «*Oh, no, John! No, John! No, John! No!*».*

Lo cantó con su voz grave, pero también con una cadencia que todos percibieron muy alejada del Benjamin Lighthouse que aún resonaba de vez en cuando firme y claro por la radio, la televisión o los teatros del país. Y no era la voz la que fallaba, sino el tono. Había una duda extraña en él. Podía ser parte de su actuación, Benjamin siempre estaba actuando, pero también había un temblor. Él carraspeó y prosiguió.

Esa canción representa la virtud, la negación, la represión del amor fútil.

En este punto el público se puso alerta, sorprendido, todos expectantes a lo que vendría una vez incorporado el complicado tema del amor. Los fotógrafos se agitaron. Las cámaras grababan.

En todas las estrofas, el hombre, en este caso mi padre, le ruega un beso, le ruega que sea su amante, le ruega que se casen, le promete el paraíso...

«*Madam, will you take me for your lover...? Madam, will you marry me...?*», volvió a canturrear.

Y la mujer, en este caso mi madre, le responde siempre «no».

Una y otra vez: no.

John, no, no.

No.

Benjamin tomó aire tras las últimas reiteraciones y un rictus triste se dibujó en sus labios. Echaba de menos el grifo de su botella. Se intentó aflojar la pajarita de lunares, pero solo quedó descolocada. Jane y Joyce contenían el aliento, embelesadas, temerosas de que su hermano fuera a echarse a llorar, como cuando era pequeño. La mayor parte del público, sin embargo, seguía intrigado, con dudas de si estaban asistiendo a un golpe de emoción o a una nueva representación del gran actor que era este Lighthouse. Arthur bajó la vista al suelo. Su hermanito estaba en acción, solo faltaba el telón, pensó.

Pero en la realidad de su vida, y mientras jugaban a decir «no» —prosiguió Benjamin—, *Father and Mother siempre se dijeron «sí». Sí al amor. Sí al compromiso. Sí al perdón.*

Quién sabe si detrás de todos los «noes» de nuestra vida, de todos los estribillos que nos vemos obligados a repetir, en realidad hay un inmenso «sí». Siempre «sí». Gracias, Father, por legarnos el teatro, la música, la interpretación. Pero gracias, sobre todo, por el perdón. Por el amor. El amor incondicional. Es lo que aprendí de ti.

Lo último lo pronunció con la mirada perdida, el tono bajo, como si se lo dijera a sí mismo en lugar de a un público que de sobra sabía que él había dicho demasiadas veces «sí»: sí al amor fútil, sí al adulterio, sí a la infidelidad, sí a las chicas jóvenes, ilusionadas e inseguras que se habían acercado a su universo. Sí al amor a toda

costa. Incluso a costa de los demás. Que él nunca había dicho «no». Salvo el no a la fidelidad.

Entre los asientos, Martha dio un respingo sin bajar la mirada. *Amor incondicional.* En fin. Sus hijas la agarraban de la mano a ambos lados. Y después, tras unos segundos de silencio incómodo, los miembros del coro corrieron a buscar en sus atriles la partitura que les indicó el director mientras Benjamin descendía con pasos algo tambaleantes. Tras dudar, se sentó en un banco lateral que estaba vacío.

Entonces se extendió un murmullo entre los asientos. Y no era para comentar el discurso, ni la canción elegida, ni para aflojar la tensión o las emociones, sino porque una persona acababa de entrar en la iglesia y avanzaba desde el fondo sin disimular el ruido de sus tacones.

Había llegado Ann-Elizabeth King. Altísima, guapa, carismática, firme. Y no se sentó junto a Benjamin, ni junto a Arthur, ni junto a las hijas de Benjamin, ni junto a los hijos de Arthur, aunque podía haber encontrado razones para cada una de esas opciones.

Se sentó junto a Asha, su hija y su nieta, a las que dirigió un gesto cariñoso antes de persignarse y de tomar su propia guía de salmos y canciones elegidos para la ceremonia, identificar la adecuada y sumergirse en las letras. Era el turno de Rob al oboe, que, pesadamente, logró acompañar (y no al contrario) a ese coro de voces perfectamente engrasadas que ya cerraban el acto.

Y no era un canto propio de un funeral, pero, entre gestos disimulados de sorpresa y orgullo, casi todos los presentes lograron canturrear:

God save our gracious Queen,
Long live our noble Queen,
God save the Queen!

Send her victorious,
Happy and glorious
Long to reign over us,
God save the Queen!
Oh Lord our God, arise;
scatter her enemies
And make them fall.
Confound their politics,
Frustrate their knavish tricks...
God save us all.

El himno nacional. Lugar de encuentro. Aunque, en realidad, algunos, como la propia Ann-Elizabeth King, tararearon sin pronunciar aquella parte de «confunde a tus enemigos, haz que caigan..., confúndelos..., frústralos...», una letra que estaba tan en cuestión. Al fin y al cabo, los enemigos podían ser unos simples desgraciados a los que Inglaterra, la vieja Inglaterra, había venido a conquistar. Y saquear.

4

De cómo se tensiona un funeral

Si había alguien que aún no conocía a Ann-Elizabeth King esas eran Jane y Joyce, que estaban desconectadas de la realidad nacional. Ambas se habían encargado de organizar el vino y el *brunch* en la casa familiar después de que todo el papeleo, el embalsamamiento y el entierro hubieran corrido a cuenta de sus hermanos. O de sus mujeres.

Por eso, una vez que hubieron rezado y que el patriarca estuvo enterrado, anunciaron la celebración. La conmemoración de una vida única para esta familia y para una época también. «Y todos los presentes estáis invitados», dijo Jane. «Seréis bienvenidos a la casa familiar: en Kensington Road, 4990», añadió Joyce.

Ninguna de las dos percibió el gesto de alarma en los rostros de sus hermanos, sus cuñadas y sobrinas. Era hora de brindar por Father y eso es lo que iban a hacer.

Poseedor de una cultura universal, riguroso en su forma de actuar y de exigir a los demás, seguro de sí mismo y de su destino en el mundo, y además físicamente imponente, alto y proporcionado, Everett había sido uno de esos especímenes de la Inglaterra colonial al que la decadencia había pasado de largo. Muy de largo. Aferrado a sus vacunas, a la misión de inmunizar e higienizar las granjas y de preparar aquellas tierras yermas para cultivos libres de plagas, estaba muy seguro de que había dejado el campo africano mucho

mejor de lo que lo había encontrado. En esa generación no había dudas.

Su trabajo como veterinario había seguido en Inglaterra años después, tras su regreso de África, como correspondía a alguien joven, experimentado y volcado en la investigación al que su país necesitaba. Su gran país. Pero el orgullo que había sentido al extender la salud entre los animales famélicos de Tanganica, al comprobar que había mejorado el peso y la esperanza de vida de cabras, ovejas o vacas y la calidad de la leche que bebían esos niños de panza inflada por el agua pútrida de los pozos y la harina mal cocinada, compensaba con creces todo cuestionamiento del papel que había desempeñado su país en las famosas *possessions*.

Después había viajado por todo el mundo, había abierto vías de investigación y comercio en Asia, América Latina y Europa para empresas creadoras de los insecticidas necesarios para mejorar cultivos, y se había convertido en una autoridad en fiebre aftosa, pero nada podía compararse con el trabajo que botánicos, zoólogos o veterinarios británicos como él habían desempeñado en su misión africana con una entrega patriótica que hoy nadie podría entender.

Al menos así lo estaba contando Arthur a un corrillo de vecinos y amigas de los Lighthouse que le rodeaban una vez llegados a la casa familiar.

—Me ha gustado mucho tu discurso. No sabía que te habías criado en Tanganica —dijo una de ellas.

—Nací y viví cinco años allí, sí —respondió Arthur, orgulloso.

—Esos eran buenos tiempos. Una lástima que se perdieran —lo dijo un hombre mayor, uno de los últimos compañeros de su padre que seguían vivos.

—Bueno... —Arthur desplegó su sonrisa más amplia y forzada al tiempo que intentaba matizar—. Mi padre fue un profesional y un

hombre de su tiempo. Pero eso no significa que esos países nos pertenecieran. O al menos no para siempre... —quiso contemporizar.

—Estaban mejor con nosotros —insistió el anciano.

—No hay más que verlos ahora —le apoyó una señora—. Todo el día se están matando.

Arthur quería recular. Convertir el funeral de su padre en un recuerdo de sus buenos tiempos en África podía ser un esfuerzo loable en lo personal, pero que eso se tornara en un acto nostálgico del Imperio estaba muy lejos de su intención. Sobre todo, en estos tiempos de cuestionamiento. Y menos aún cuando acababa de incorporarse al grupo una persona capaz de convertir una conversación insustancial en torno a un vino en excusa para un mitin.

—Nosotros los enseñamos a matarse.

Era Ann-Elizabeth King y, con su frescura, su mirada despejada y la seguridad que da la exposición frecuente en televisión, su intervención sembró el silencio alrededor. El anciano recalcitrante se atrevió a romperlo.

—Ya se mataban antes, señorita. Y se comían entre sí. Eran caníbales.

—¡Caníbales! —Incluso Ann-Elizabeth perdió el gesto serio y rio—. Miren, justamente les iba a presentar a algunos de esos caníbales, pero he cambiado de opinión. No vayan a comerse. Ustedes a ellas, claro.

Nadie se había fijado, pero Ann-Elizabeth no venía sola. Tras ella iban las tres mujeres convertidas en el rastro visible de la estancia de los Lighthouse en África: Asha, la mujer que les había servido durante décadas, era menuda y avanzaba con pasos cortos bajo el peso de una espalda encorvada. La ayudaba su hija, Amina, portadora de una figura espigada y señorial que parecía sumar todo

lo que a su madre le había restado la vida. Y su nieta, Adela, pura adolescencia en acción. Las tres habían escuchado alto y claro: *caníbales*.

La anciana Asha no pudo evitar una risa corta y seca. *Ingleses.* Inclinada como estaba por el peso de una espalda atravesada por una columna torcida, los que componían el corrillo no lograron adivinar los matices de su reacción, pero sí los de su hija y su nieta, que la ayudaban a sostenerse a ambos lados. Amina oscureció el gesto y buscó la forma de darse la vuelta, operación complicada, ya que las tres se movían como un cuerpo de tres piezas. Y Adela, la jovencísima nieta, directamente exhibió las uñas de las manos, abrió la boca e imitó un gesto animal. *Ñam, ñam.* Varios de los presentes no pudieron contener la risa. Arthur, el disgusto.

—Disculpe, señora, evidentemente no me refiero a usted, sino a aquellos tiempos. —El anciano intentaba arreglarlo—. No me vayan a malinterpretar.

Arthur, incómodo y con la sonrisa congelada, invitó primero a Asha a sentarse en el sillón que había sido de su padre. Después, apretó el brazo de Amina y buscó su mirada cómplice, pero ella no despegó los ojos de los pasos tambaleantes de su madre. Hija y nieta se sentaron a ambos lados de Asha, en los brazos del sillón.

—Mi querida Asha. Amina. Adela. Sois más que bienvenidas. Perdonadlos, por favor. Son viejos de otra era —dijo bajando la voz. Y, señalando a uno de los uniformados del cáterin que desfilaba con bandejas, le pidió—: ¡Camarero, por favor! Sirva bien a estas señoras. Que no les falte de nada. —Después, dirigiéndose a Amina, prometió—: Yo ahora vuelvo.

Antes de seguir apagando el fuego de ese grupo de patriotas dispuestos a restituir el imperio perdido ante el pequeño público de nativas que se había unido al grupo, quería apagar otro. Alcanzó

entonces dos copas de una de las bandejas, le tendió una a Ann-Elizabeth y se zafó con ella hacia un lateral.

—Ann-Elizabeth, guapísima, como siempre. Te agradezco que hayas venido, pero...

—No te imaginaba en el centro de un complot imperial —le interrumpió ella, sardónica—. Y, además, ¿desde cuándo Rob se ha vuelto tan monárquico? ¿Tan imperial? *God Save the Queen!* Ni más ni menos.

Rob no solo era el hijo pequeño de Arthur, que había tenido con su segunda esposa, sino el medio hermano tontorrón de Caroline, amiga y compañera de universidad de Ann-Elizabeth. Para ella, para bien y para mal, todos eran familia.

—No lo sé, ya sabes que los hijos vienen hoy más conservadores... y nos ha convencido de que mi padre dio su aprobación para que tocara el himno nacional. Supongo que Father ni se enteró. —Arthur negó con la cabeza para apuntalar la duda—. Ann... Me alegro de verte..., pero... No es el mejor día para...

—Tu hijo lo ha hecho muy bien, Arthur. Y yo solo quería deciros que lo siento.

Ann-Elizabeth había dicho «tell you», que bien podía significar «decirte» o «deciros», y Arthur se agarró a esa grieta.

—¿A quién exactamente? ¿A todos? ¿O a mí? —Su sonrisa tampoco perdió encanto.

Ninguno de los dos hermanos Lighthouse era feo. Ni tampoco idiota. Y la mirada aparentemente ingenua de Arthur tras sus gafas de cerca y su aire de científico despistado no significaba que lo fuera.

Ella le miró mientras pensaba la respuesta. Todos sabían que Ann-Elizabeth King generaba una simpatía involuntaria de una forma similar a como lo hacen los delfines, por una disposición natural de

su boca y sus hoyuelos que la hacía irresistible. Parecía encantadora, pero no siempre lo era. Y se disponía a dejar esto bien claro cuando al corrillo que formaban los dos se asomó Benjamin, tan deslumbrante con su pajarita de lunares de colores, su bufanda de cachemira, una copa en cada mano y su aire shakespeariano tan habitual como torpe en su movimiento. Y en su lengua.

—Ann-Elizabeth King —pronunció lentamente, separando cada una de las palabras, mientras se decidía entre el burdeos que sostenía en una mano o el rioja, en la otra. Seguramente ya los había probado los dos, y varias veces—. ¿Has visto qué suerte tener hermanas casadas en Francia y en España, los paraísos del vino? ¿Quieres una de las copas y así no tengo que elegir yo?

Ella negó con la cabeza y alzó la que tenía en la mano, más para mostrar que estaba servida que para brindar, pero Benjamin aprovechó y elevó las dos que llevaba: «A tu salud. *La più bella*».

Arthur entonces escogió una de las copas que sostenía su hermano. Ahora era él quien tenía dos. Apuró la anterior y dio un trago a la nueva. También estaba bebiendo más de la cuenta.

—Benjamin, por favor... —musitó sin demasiada fuerza. Pero su hermano no le hizo caso y se dirigió a Ann-Elizabeth.

—¿Me puedes recordar por qué demonios te apellidas King? ¿Qué pinta una chica como tú con un apellido tan *royal*? —preguntó Benjamin, arrastrando la «r» de *royal* hasta darle una pronunciación dura, casi española, como todo actor en escena. Por el tono estaba claro que no era la primera copa, fuera rioja o burdeos.

—Ya lo sabes. Soy hija de reyes, pero de otro reino. —Ann-Elizabeth no se arredró—. Nada que ver con el tuyo.

—¿No eras hija de Robespierre?

Ni siquiera él rio su chiste, menos aún sus hijas, que no por distantes se habían perdido la escena. El salón estaba abarrotado,

pero no lo suficiente como para que los corrillos pasaran desapercibidos. Scarlett salió furiosa hacia el jardín y Rose, que había estado a punto de acercarse a su padre para dedicarle al menos un gesto de pésame, la siguió. La lluvia helada de febrero las golpeó en el rostro y ambas se acurrucaron a fumar juntas en el porche.

—Es un hijo de puta —dijo Scarlett—. Con mamá delante.

—La hija de puta es ella —replicó Rose—. Venir al funeral. Y a la fiesta familiar.

—¿Mamá la ha visto?

—Mamá está cortando quesos.

Hacía rato que Martha se había sumado a Jane y Joyce en la cocina, donde desempaquetaban pudines y *pastries* para que los camareros los fueran llevando en bandejas. El cáterin estaba funcionando y su trabajo no era necesario, pero las tres preferían estar ahí.

—Martha, el discurso de Benjamin ha sido precioso. Enhorabuena —dijo Jane.

—Ha sido un canto hermoso al amor —se sumó Joyce—. Debes de estar orgullosa.

Martha alzó las cejas y siguió cortando quesos. Al comprobar que el cuchillo no estaba bien afilado, abrió el cajón adecuado con soltura, escogió otro, empujó con la cadera para cerrarlo como solo sabe hacer quien conoce bien su resistencia exacta y comenzó a trocear los Camembert traídos de Francia. Con la precisión de un cirujano. A sus cuñadas no les respondió.

—¿Alguien sabe dónde hay más servilletas? —preguntó Jane.

—En el tercer cajón. —Martha señaló con el cuchillo—. Donde siempre.

Conocía la casa con más exactitud que Jane, que Joyce, que Arthur, que Benjamin o que el difunto, pues quién sino ella había cocinado para él durante los últimos años, quién sino ella se había acercado a menudo para comprobar que tenía comida, que estaba limpio o que la cuidadora de turno hacía bien su trabajo. Quién sino ella le servía un chupito de coñac en el sillón del salón, como a él le gustaba, mientras unas estaban en España o Francia y otros apenas tenían tiempo para ocuparse de su padre. Tras terminar con el queso comenzó con el pan. Con cortes cada vez más rápidos, furiosos. Las rebanadas fluían entre sus manos como lonchas de embutido en la cortadora del *butcher*.

—Martha, espera, hay pan de sobra —dijo Jane—. Descansa un rato.

—Bebamos nosotras algo —dijo Joyce, que eligió uno de los vinos abiertos, tomó tres copas limpias y las rellenó.

—Martha, para ya.

Esta vez Jane posó la mano sobre el cuchillo para frenar a su cuñada. Los ojos de esta estaban rabiosos.

—Mi querida Martha. Estás muy afectada. Le has cuidado tanto... —dijo Joyce.

—Has hecho demasiado. Venga, brindemos por Father —añadió Jane.

—Has sido una hija para él y estamos orgullosas —insistió Joyce.

Las dos hermanas prosiguieron con sus halagos sin que Martha abriera la boca. Las tres bebieron el vino y se sirvieron otra copa, que Martha apuró con rapidez. Más una tercera.

—Y ahora por nosotros, los que estamos vivos. Por los Lighthouse.

Martha volvió a coger el cuchillo, le pasó lentamente un trapo limpio por ambos lados, lo depositó en su sitio y dijo:

—Que se jodan los Lighthouse.

Las dos hermanas se estaban llevando la copa a los labios para completar el brindis cuando frenaron en seco. Miraron a Martha, después se miraron entre ellas. ¿Había dicho lo que había dicho?

—¿Perdona? —preguntaron las dos.

—Sí. Que se jodan los Lighthouse. *Fuck them.* Que les den por el culo.

Martha no solo lo repitió, sino que lanzó una risita, alzó la copa hasta los labios y se la bebió. Entera.

—Está buenísimo —dijo también—. Y dad gracias por vivir tan lejos. Cualquier día os pido un hueco en Francia o en España.

Entonces agarró una de las botellas abiertas, salió de la cocina, atravesó el salón sin volver la vista hacia el rincón donde percibió que estaban Benjamin y aquella larguirucha que meneaba la melena pelirroja a su lado, y se unió a sus hijas en el porche.

—¡Estáis aquí! Dios, qué frío. ¡Bebamos!

5

Hermano mayor al rescate

Ann-Elizabeth King eligió otro zumo *detox* y un pincho vegano mientras los dos hermanos tomaron la enésima copa de rioja —o de burdeos— que la bandeja había puesto a su altura.

—Gracias —dijo Ann-Elizabeth al camarero, y recalcó con su gran sonrisa vuelta hacia él—: Muchas gracias.

Tanto Arthur como Benjamin buscaron con la vista al objeto de tanta gratitud por parte de Ann-Elizabeth y encontraron que, al otro lado de la bandeja, se alzaba un muchacho de pelo afro y pajarita, impecable en su uniforme.

—Uno de tus amigos —dijo Benjamin, y elevando la copa y el tono teatral añadió—: Brindemos por él, por toda la gente *de color* también. ¿Lo he dicho bien? ¿*De color*? ¿O se puede decir *negro*? Yo no me aclaro.

—Qué idiota eres —replicó Ann-Elizabeth en voz baja.

Arthur también bebió. No se le ocurría qué decir ni seguía el duelo de piques entre Benjamin y Ann-Elizabeth, pero tampoco iba a franquearles un espacio de intimidad que no estaba dispuesto a ceder a su hermano. Intentó probar conversación a su manera.

—Cuéntanos, Ann-Elizabeth. ¿Cómo ha ido tu libro? Sobre la revisión de la era colonial, ¿verdad? Eres valiente. Enhorabuena.

—¡Oh! ¿Ahora se llama «revisión»? —replicó Benjamin antes de que Ann-Elizabeth pudiera hablar—. ¿O podemos decir

«deconstrucción», como hacen los cocineros cuando rompen algo y no saben cómo llamarlo?

—Llámalo como quieras. —Ann-Elizabeth sonrió. También Benjamin era gracioso, irresistible en su ironía, en su retintín. Un dandi crápula y derechoso que sabía manejar su encanto—. Simplemente estudio los archivos nacionales y, a diferencia de lo que han hecho los historiadores oficiales hasta ahora, consulto también las fuentes nativas. Hablo con ellos. Sí, resulta que existen. Y que tienen otra versión.

—Espera que consulte yo una fuente nativa. ¡Camarero! —Y Benjamin llamó al uniformado *de color* que estaba ofreciendo una nueva ronda de copas.

—Es una tarea loable, no le hagas caso —dijo Arthur—. Y sabemos que lo harás muy bien.

El «sabemos» de Arthur resonó en el aire sin la seguridad de si se refería a él y sus hijos o si estaba hablando en nombre de la dinastía Lighthouse, una portavocía que Benjamin no aceptó.

—Lo que *sabemos* es que pronto te va a sobrar el apellido. King. Deberías *revisarlo* también.

Ni ella ni Arthur pudieron replicar nada porque Caroline y varias amigas suyas se acercaron en ese momento al corrillo. Ann-Elizabeth y la hija de Arthur se abrazaron. Ambas habían estudiado juntas y, a pesar de la distancia en la que las había sumido el tiempo, aquí y ahora se mostraron todo el cariño del pasado.

—Esta mañana te vi en el informativo —dijo Claire, una de las amigas comunes.

—Me habrás visto, pero no me habrás oído... —rio Ann-Elizabeth —. No funcionó el audio y no se me escuchó.

—Exacto. Te quedaste fija en la imagen.

—¡Y qué imagen! —intervino Benjamin, cada vez más desinhibido —. Tu sonrisa en pantalla, tu rostro al alcance de mis manos, tu cabello... Casi no logro rematar mi discurso.

Las chicas no hicieron caso y siguieron preguntando.

—¿Y qué opinas de ese asunto? ¿Del tema de Churchill? —siguió Caroline—. Han tenido que proteger su estatua para que no la derriben. ¿No es un escándalo?

—La pregunta es si Churchill fue un racista, no si protegen su estatua.

—¿Y lo fue? —preguntó Caroline, insegura.

—Pues claro.

—¿Y ahora hay que pintarrajear sus estatuas y destruirlas? ¿Sin respetar lo que hizo? ¿Sin reconocer los valores que nuestro país trasladó a todo el mundo? —Benjamin quería seguir llevando la voz cantante. Y que el coro se hubiera ampliado a esas chicas solo era un buen estímulo para ello. Le encantaba tener público.

—No voy a entrar al trapo, Benjamin —dijo Ann-Elizabeth, sin perder la sonrisa—. Pero ¿por qué no se lo preguntas a ellas?

Ann-Elizabeth se abrió paso para acercarse al sillón donde Asha, Amina y Adela seguían tomando emparedados, solas. Los corrillos se habían formado a su alrededor sin que nadie reparara en ellas. Ann-Elizabeth acercó una banqueta y se aproximó.

—¿Cómo estás, Asha? Espero que no estéis oyendo a Benjamin, ha bebido demasiado.

El rostro de Asha, tal y como se hallaba inclinada, era indescifrable. Amina tenía cara de pocos amigos, a todas luces estaba deseando salir de allí. Y Adela fue la única en pronunciarse. «Otro racista», masculló. Benjamin y Arthur llegaron tras la estela de Ann-Elizabeth.

—Os enseñaré a todos una cosa interesante que hay aquí —dijo esta.

Y, conocedora de la atención que el grupo había puesto en ella, señaló la mesita situada junto al sillón en el que se sentaba Asha, posó encima su vaso con los restos del zumo *detox*, la señaló y dijo mientras miraba a Benjamin.

—¿También quieres respetar lo que representa esto? ¿Lo que robamos allí?

Todos observaron la mesa. Una obra de artesanía fina de madera de ébano con las patas de marfil. Coronada cada una por infinidad de colmillos en miniatura. La capacidad del marfil para transformarse en objetos tan dispares como dientes, pipas de fumar, empuñaduras, abrecartas, piezas de ajedrez o adornos de todo tipo lo habían convertido en una mercancía tan codiciada que Europa había esquilmado en unas décadas la noble especie del elefante africano.

—«Levanté la cabeza. El mar estaba cubierto por una densa faja de nubes negras. Y la tranquila corriente que llevaba a los últimos confines de la tierra parecía conducir directamente al corazón de las tinieblas.» —Benjamin recitó con voz grave un fragmento de la obra de Joseph Conrad. La había interpretado en los escenarios de Londres decenas de veces.

—Ann-Elizabeth tiene razón —intervino Arthur—. Hicimos muchas salvajadas.

—«Y cuán lejos de la realidad pueden situarse las mujeres. Viven en un mundo propio que, si hubiera que ponerlo en pie, se derrumbaría antes del primer crepúsculo» —continuó Benjamin.

—Estás borracho —sentenció Ann-Elizabeth.

—Estoy enamorado, no borracho. —Benjamin pronunció ahora estas palabras con el mismo dramatismo que había utilizado en la

declamación de *El corazón de las tinieblas*, de tal forma que era imposible saber si estaba interpretando. O confesando.

—Ya. —Ann-Elizabeth tocó tierra, tener público también a ella la animaba—. Y estás casado.

Caroline y las amigas optaron por aplaudir la actuación sin aguantar la risa. Después empezaron a diluirse entre los demás asistentes. Arthur seguía intentando buscar algún discurso que le permitiera mantener la atención, pero no lo encontró. Asha continuó comiendo sándwiches, impertérrita, mientras su hija le insistía en irse, el espectáculo de los Lighthouse ya era un disco rayado para ella. Y Benjamin, que a estas alturas se había logrado desatar la pajarita y se tambaleaba sin disimulo, continuó declamando una mezcla incoherente de frases grandilocuentes de Conrad que continuaron desatando la risa a su alrededor. La de los blancos.

—«¡Oh, algún día te arrancaré el corazón!» —seguía Ben.

—Vamos afuera, hermano. —Arthur le tomó del brazo, decidido a contener por una vez la irritación que le causaba Ben y terminar la jornada sin discusiones—. El aire te vendrá bien.

—¡Oh! ¡Hermano mayor al rescate! ¡Hermano mayor al rescate! ¡Dejen paso! —Benjamin le siguió mientras se burlaba.

En el día del entierro de su padre, era el primer gesto fraternal entre los dos. Y aunque Benjamin se puso en marcha detrás de Arthur imitando su desgarbada forma de andar, a la que sumaba su propio tambaleo alcohólico marca de la casa, le siguió como un corderito. Una vez fuera, en el porche, donde sus hijas y la que todavía era su esposa seguían bebiendo y fumando mientras las azotaba la lluvia gélida de febrero, solo se le ocurrió soltar:

—Y luego dicen que hay cambio climático. ¿Dónde está ahora el cambio climático? ¿Eh?

Arthur se rio.

—Serás idiota. —Y apretó a su hermano contra él mientras chocaban sus copas.

Pero Martha, Rose y Scarlett no se rieron. Las tres apagaron los cigarrillos y volvieron a entrar. Jane y Joyce seguían cortando pan.

Y Asha, Amina y Adela salieron con la lentitud de un corpachón de circo de seis pies. Suficiente por hoy.

Pronto se iba a desvelar la herencia. Y cada uno iba a tener más razones para seguir siendo como había llegado a ser. O para cambiar.

6

De erizos y excolonias

El despacho de Ann-Elizabeth King tenía todos los ingredientes de un viaje en el tiempo. Había mapas de regiones africanas ya desaparecidas, tallas en madera de rostros deformados, objetos que habían inspirado a Braque, Matisse o Picasso y que simplemente procedían de lugares donde a unos africanos se les había ocurrido exacerbar las miradas, estirar las líneas y abstraer las imágenes mucho antes de que a unos europeos locos que les imitaron les diera por llamarlo cubismo y se hicieran famosos por ello.

La mayoría eran copias, claro. Pero algunas piezas eran originales que debía analizar para documentar su procedencia e iniciar el lento camino de su devolución. Los famosos *excesos*.

El Gobierno británico avanzaba demasiado despacio en comparación con otros países que ya estaban reconociendo sus crímenes y pidiendo perdón, pero la puerta al fin se había abierto y la voluntad expresa era clara: detectar precisamente esos *excesos*. Su trabajo.

Y si alguien creía que aquello iba a quedarse en un puñado de excepciones se equivocaba, porque lo cierto era que todo lo que había llegado a Inglaterra procedente de las colonias, desde el trono de un pachá hasta escudos coloridos pertenecientes a guerreros, máscaras que se usaban en rituales o figuras destinadas a exaltar la fertilidad, la lluvia o la abundancia, absolutamente todo era el

resultado de un saqueo centenario en el que las fuerzas imperiales y sus empresas satélites solo practicaban lo que habían ido a hacer: apropiarse de riquezas, de esclavos, de materias primas, de los grandes recursos naturales de la zona y de objetos de arte como añadido folclórico a la ocupación.

La excusa siempre fue la de civilizar territorios, cristianizar a paganos, alfabetizarlos y mejorar sus vidas con trenes, carreteras, iglesias e infraestructuras para ellos ignotas. Pero la realidad era que, tras el andamiaje ideológico y pretendidamente civilizatorio, habían esquilmado sus bienes y les habían impuesto su voluntad. Fueran diamantes, caucho, oro o arte, todo había servido para atiborrar las bodegas de los barcos. Ann-Elizabeth lo había estudiado a fondo. Había escrito sobre ello. Había removido los cimientos de un tabú grabado a fuego en la sociedad británica. Y ahora quería llegar más lejos.

Sobre las tallas y objetos de arte pocas veces había documentos de compra, y cuando se hallaban, daban vergüenza. En el mejor de los casos, los jefes tribales habían firmado con una X en la casilla indicada de un contrato en inglés a cambio de una botella de ginebra o de un permiso de circulación, de paso de ganado o de pernoctación en sus asentamientos nómadas. O a cambio de seguir vivos.

Por ello, gestionar las devoluciones era para Ann-Elizabeth un gran motivo de frustración cuando debía recorrer las flamantes casillas de:

Procedencia:

Autoría:

Dueño original:

Documento de venta (si lo hubiere):

«Si lo hubiere.» Nunca lo había y le exasperaba rellenar tantos papeles repitiendo siempre la respuesta: «Desconocido».

Todo era siempre desconocido.

En cualquier caso, y más allá de la burocracia, Ann-Elizabeth King estaba donde quería estar. Trabajaba en lo que quería trabajar. Y libraba las batallas que quería librar. El éxito de su pódcast sobre los saqueos que albergaban los museos había multiplicado su fama entre el público más anticolonial.

Pero toda aquella colección de seguidores izquierdosos y racializados que había conseguido gracias a su programa no era nada comparado con el impacto de su libro en las élites del país. Eso la había puesto en el mapa. Un libro precoz, valiente, recibido con tanto recelo por la casta que las críticas solo desataron una reacción en bumerán. Durante semanas surgió en las redes una solidaridad creciente por parte de comunidades *woke* que no solían tener voz en los medios y que encontraron en él una buena excusa para airear su indignación. En aquellos días, el Imperio británico aún era visto por la mayoría de los ingleses, conservadores pero también laboristas, como un «imperio decente» del que enorgullecerse porque había mejorado el mundo. Los brexiters alentaban el regreso a un Imperio 2.0 y a Boris Johnson le encantaba recordar que el Reino Unido había conquistado ¡178 países en solo 200 años! Hasta Gordon Brown, laborista, había defendido que había más cosas que celebrar que no que lamentar. Por eso el libro de Ann-Elizabeth había sacudido estereotipos, pisado callos y avivado un gran debate nacional sobre la revisión de la historia.

Todo ello, además del movimiento Black Lives Matter y el derribo masivo de estatuas de esclavistas, la habían convertido en toda una autoridad. Joven, guapa, lista, capaz de socavar con inteligencia los pilares del pensamiento único que forjaba la esencia de lo británico.

Habitual esos días en los programas de televisión. Lo cual le encantaba, para qué se iba a engañar.

Ante ella, además, se abría un proyecto que la tentaba cada vez más. Se lo había propuesto su editorial: el quién es quién, la lista de los ingleses que aún hoy se beneficiaban del Imperio; los hijos de los hijos de los hijos que seguían disfrutando de los privilegios ganados de forma cruel. Un libro que no iba a centrarse en el pasado, sino en el presente, en gente a la que conocía, un reto que no había contado a nadie. Tenía contactos, tenía documentos, un contrato muy jugoso sobre la mesa, y solo le faltaba tomar una decisión. Porque la podían destrozar. Y ella podía destrozar.

Y estaba en su despacho del British Museum intentando centrarse cuando el teléfono sonó tres veces. No contestó. Escuchó los tres mensajes.

Arthur. Caroline. Ben.

Los tres querían comer o cenar, aprovechar el reencuentro para ponerse al día y bla, bla, bla. Llamó a Caroline. Buena amiga desde la infancia, sus pasos la habían llevado al mundo más abstruso de los laboratorios científicos, donde el entusiasmo por el hallazgo de cuernillos en las células, invisibles para el común de los mortales, no era demasiado fácil de compartir. Al menos con ella.

Las dos se citaron a la hora de almorzar en el puesto de *street food* de Russell Square, cerca del museo.

—¡Me alegro tanto, Ann-E! —Hacía muchos años que Caroline había recortado el nombre de su amiga en la intimidad compartida —. Pensé que sería más difícil quedar contigo.

—¡Llevamos tanto tiempo sin vernos! Pero cuando vi el obituario de tu abuelo quise estar con vosotros. ¡El gran Everett Lighthouse! Tengo tan buenos recuerdos.

Las dos se abrazaron de nuevo. Compraron sus sándwiches y sus vasos de café y comenzaron a caminar. El frío de febrero era inclemente, pero no llovía y los rayos del sol, ya oblicuos a esa hora temprana del mediodía, les acariciaban el rostro. Era una de esas raras jornadas en que el invierno da un respiro a los londinenses con ansias de luz. Las hojas de los árboles exhibían su brillo en movimiento conforme el viento y el sol hacían su trabajo. Y el carrusel natural estaba en marcha.

—¿Cómo te va?

Ann-Elizabeth no sabía hasta qué punto Caroline estaba informada de la extraña relación que la había unido con su tío. Pero, por muy enfrascada que viviera entre cubetas de laboratorio, no podía ignorarlo. Por desgracia había sido pasto de la prensa amarilla. Y ahora prefería preguntar ella primero.

—No estoy mal —arrancó Caroline.

—¿Sigues en tus laboratorios?

—No, dejé la investigación. Ahora ejerzo de veterinaria.

—¡Como tu abuelo!

—Bueno, no como él, y no te rías. Estoy en un hospital de erizos.

Hospital de erizos. Inglaterra seguía siendo ese lugar decente donde la mayoría prefería deportar a Ruanda a los inmigrantes que llegaban reventados tras atravesar el canal de la Mancha que recibirlos con una taza caliente de té. O donde el NHS, el servicio público de sanidad, se desmoronaba sin recursos mientras los que podían pagaban seguros privados. Pero los erizos podían estar tranquilos. Si uno era atropellado en determinadas carreteras que estaban bajo vigilancia tenía un futuro asegurado en las vitrinas de un hospital *ad hoc* donde veterinarias bienintencionadas como Caroline les entablillaban las patas o lo que demonios fuera que hicieran. Ann-Elizabeth no dijo nada, salvo una broma.

—Al menos no eres veterinaria colonial.

Las dos rieron.

—¿Y te gusta? ¿Estás contenta?

—Mucho. Una siempre se pregunta si habrá merecido la pena estudiar tantos años para esto, pero es cómodo. Y adoro los erizos. A los pobres les atrae el calor del asfalto sin saber que van directos al matadero. Por ello no se trata solo de curarlos, sino de identificar las colonias y señalizar los pasos para protegerlos. ¿Y tú?

—Ya sabes. También me dedico a analizar colonias, pero distintas. —Solo ella sonrió a su propia broma—. Intento devolver obras de arte a sus países de origen y establecer una historia más aproximada a la verdad que la que nos enseñaron. Es como lo de los erizos, solo que, en lugar de prevenir antes del atropello, constato las muertes que ya provocamos.

Caroline arrugó el gesto sin saber si reírle la comparación, sentirse ofendida o dejarlo correr. «Yo no provoqué ninguna muerte», pensó. Pero no lo dijo, no iba a ponerse a discutir después de tanto tiempo sin verse. Además, Ann-Elizabeth siempre había ido por delante y en su infancia había sido habitual la sensación de no entender todo lo que decía, de haberse quedado a medias. Cuando eso ocurría y Ann-E se distanciaba, altanera, Caroline se arrugaba, temía haberla perdido y lloraba si pasaban tres o cuatro días sin señales de ella. Pero al final su amiga siempre volvía a presentarse en su casa, el rostro de nuevo alegre y la disposición intacta. Y además lo hacía con alguna noticia relevante, algún cotilleo sobre sus compañeros de clase del que ella no se había enterado y que hasta lograba interesar a los adultos. Ann-Elizabeth siempre interesó a los mayores. Siempre lo sabía todo, y Caroline debía reconocer que, antes o después, también siempre lo compartía todo.

De familia humilde sin más propiedad que un humilde piso, parecía nacida para la clase alta, llevaba ese estilo a flor de piel. Las dos llegaban desde orígenes opuestos y, paradójicamente, fue Ann-Elizabeth quien siempre tuvo el aire más glamuroso de las dos. Hija de una limpiadora de museo y de un cajero, había acompañado muchas veces a su madre en su turno y esa experiencia, la mirada constante del arte desde el silencio clandestino, le había procurado una familiaridad con la belleza que a Caroline le faltaba. Y que le fascinaba.

—Hablas como si fuéramos unos asesinos —dijo al fin.

—Es que lo fuimos, Caroline. Asesinos, violadores y esclavistas. ¿O qué crees que hicimos en las colonias?

—Mi abuelo no asesinó a nadie, por ejemplo. Ya oíste a mi padre. Llevó la ciencia y las vacunas a África, cuidó al ganado. Hubo mucha gente buena que solo cumplió con su deber.

—Eres muy ingenua, Caroline. ¿No viste su mesa? ¿Su pipa? ¿De dónde crees que salieron esos colmillos y esos objetos de marfil? ¿De vacunar elefantes?

—Joder, Ann-E. Qué exagerada. El comercio de marfil hoy está prohibido, pero entonces era legal.

—Claro. También era legal asesinar elefantes. Y hasta humanos. Ese es precisamente el problema.

Las dos acabaron los sándwiches y apuraron el café en un banco al sol. Caroline se acercó a una papelera y arrojó los desechos en los compartimentos de plástico y de papel. Regresó al banco.

—¿No te has planteado lo bien que separamos la basura en este país cuando no sabemos ni qué hacer con esa gente, por ejemplo?

Ann-Elizabeth señaló con la vista a un mendigo negro que hurgaba en esa misma papelera. De mediana edad y con el pelo blanco, era un anciano temprano. Del compartimento azul sacó un

periódico viejo manchado de las gotas del café que ellas habían bebido. Y, del amarillo, un pack de plástico con restos de lechuga y salsa. El hombre se alejó a disfrutar de su botín a un banco que quedaba libre a la sombra. El periódico lo usó para sentarse.

Caroline quedó en silencio, no iba a discutir. Entrar en el territorio de Ann-E siempre había requerido energías de sobra para mantenerse en pie hasta el final. Unas energías que no solía tener y que, cuando calculaba mal y entraba al trapo, la dejaban en la estacada. Y además no había venido a eso.

—Estás igual, Ann-E —se limitó a decir, sonriente.

—¿Igual? ¿Cómo? —replicó Ann-Elizabeth, ahora divertida.

—Siempre un paso por delante. —Caroline se encogió de hombros —. Anda, no voy a discutir contigo.

—¡Entonces tú sí que también estás igual! —la picó Ann-Elizabeth —. ¡Con lo que me gusta discutir!

Pero Caroline se quedó en silencio. Realmente no quería discutir. No lo quería nunca, pero menos hoy, tras reencontrarse con esta vieja amiga que siempre le llevó la delantera. Y no lo iba a hacer. Ann-Elizabeth la entendió y desvió el tema.

—Venga, cuéntame. ¿Por lo demás cómo estás? ¿Tienes a alguien? —preguntó.

—¡A mis erizos! —respondió Caroline, riendo—. ¿Y tú?

—Buf. Algo sabrás.

Ann-Elizabeth lo había dicho en voz baja y además volvió el rostro al lado opuesto a su amiga. Seguía mirando al mendigo. Con la ayuda del viento, su melena hacía lo imposible por escapar de la boina y lo consiguió. La gorra voló, sus rizos flotaron desparramados en el aire y ella salió corriendo a atraparla. El sol ya estaba desapareciendo entre los edificios y el frío se hacía fuerte. Ann-E estaba aterida. Y algo más.

Caroline recordó el efecto delfín de su rostro. Siempre parecía sonriente, siempre lo iluminaba todo con sus hoyuelos y las comisuras tan alegres de los labios. Y eso, sumado a su combativa forma de ser y a su tesón, solía colocarla en el bando de los fuertes. Pero ambas sabían que no siempre lo era y que, en su coraza, había brechas. Su esfinge ocultaba flaquezas.

—No he querido hacer caso a la prensa, pero lo he visto. ¿Es verdad lo de mi tío? ¿Estás con él? —Caroline intentó disimular el rechazo que aquello le provocaba. Sin conseguirlo.

—Una locura, amiga. Pero ya se acabó. Ya le he dejado. Fin. Una imbecilidad. Es un encantador de serpientes, un depredador con piel de cordero. Un bicho muy feo.

—Con lo fuerte que eres, Ann...

—Ya.

Ann-Elizabeth, la mismísima Ann-Elizabeth King, hablaba con un temblor de labios mientras se le arrugaba la barbilla. Con la boina en una mano se tapaba los ojos mientras con la otra gesticulaba para intentar alejar la preocupación de su amiga.

—De verdad, ni caso —decía—. Yo sola me he metido en este lío y voy a salir.

—¿Quieres contarme? Sigo siendo tu amiga.

—Ay, los Lighthouse. No sé por qué mi vida siempre tiene que ver con algún Lighthouse. Solo que, por fortuna, unos sois mejores que otros.

—Olvídate del apellido, Ann-E. Soy Caroline, tu amiga. Sin más. Si quieres, me cuentas.

—Lo que no sé es por dónde empezar. Amiga mía.

Y ambas hablaron. La historia siempre es común, pero el dolor particular. Las dos lo sabían a estas alturas de la vida, como también

sabían que el amor adúltero puede nublarte la vista hasta anular las defensas que te permitan proseguir sin daños.

Hasta ahora.

Porque Ann-Elizabeth sostenía que había cortado y que había levantado una muralla. Y que Ben se iba a enterar.

Claro que verle tan triste en el funeral la había dejado tocada.

—Mi tío no es trigo limpio, Ann-E —dijo Caroline.

—Lo sé.

—Mi padre tampoco —musitó con voz temblorosa—. Ningún hombre casado lo es.

—También lo sé.

Y Ann-Elizabeth ciertamente lo sabía. Por ello le prometió que seguro, segurísimo, no iba a volver a caer.

Segurísimo.

Además, ahora tenía la posibilidad de vengarse. Y meter o no el apellido Lighthouse en su futuro libro era una de las razones por las que aún no se había decidido a escribirlo. No todos en esa familia lo merecían tanto como Ben. Pero él sí.

7

Herencia de secretos

La anciana Asha habría preferido no acudir, no moverse otra vez, pero su hija y su nieta le habían insistido en que debía estar presente porque los hermanos Lighthouse así lo habían pedido: tocaba cerrar la casa y había cosas que repartir. La mansión les pertenecía y la iban a vender, pero, decían, había más. Asha desconfiaba.

La edad no la había dejado fuera de juego y aún se empeñaba en coser o trajinar cuando lograba ponerse en funcionamiento. Lo primero le dejaban hacerlo, pues no molestaba a nadie. Pero lo segundo encontraba férrea oposición, pues algunas sartenes se habían ido a la basura con su contenido achicharrado. La artrosis, además, había ido cabalgando por sus articulaciones desde las rodillas hasta la nuca sin consideración alguna hacia una persona que había trabajado desde antes de tener recuerdos. Y la columna vertebral no encontraba ya las fuerzas para sostener su cabeza. Andaba perpetuamente inclinada.

Pero ella no se rendía. Aún gobernaba la casa como una matriarca a la que hija y nieta podían intentar chistar, sí, pero sin que ella hiciera ni caso. Si la vida no la había doblegado, menos aún lo iban a conseguir esas dos.

Asha se había criado en las cocinas. Primero a la espalda de su madre, amarrada por un paño tan fuerte que no dejaba caer a la

criatura ni cuando se acuclillaba para encender el fuego. Aún recordaba a aquellos ingleses de la Oficina Colonial que admiraban la «extraordinaria tecnología» («*this incredible, tremendous, extraordinary technology!*», solían decir) que escondía ese sencillo portabebés africano de algodón recio que le permitía adoptar todas las posturas necesarias cuando a ella le tocó trabajar de sol a sol con su propia hija, Amina, a la espalda.

Asha había pasado del paisaje de ollas de su madre al de los *british*, un buen trabajo para una tanganica como ella porque ahí «siempre tendría un plato en la mesa». O al menos eso le decían, aunque en su aldea jamás faltó la comida mientras existió. Después, dejó de existir. La aldea.

Su comida era diferente, abundante en harina de plátano, coco y carne de cabra frente a los platos de sabores fuertes que los ingleses sacaban de las latas llegadas *desde las islas*, pero era comida, al fin y al cabo. El destino no la libró a tiempo, sin embargo, de casarse con un hombre mayor que, para su fortuna, se encariñó más con sus otras mujeres. Debía de tener doce o trece años cuando tuvo que desposarse y dormir con él, o más bien yacer con la rigidez de una estaca, porque todo lo que recordaba además de sentir la penetración de ese hombre como un clavo en sus carnes prietas era que no se le cerraron los ojos en toda la noche, ni siquiera después de limpiarse la sangre y las lágrimas. ¿O acaso pueden dormir las estacas? Aquel clavo le volvía a la cabeza siempre que veía un Cristo crucificado y pensaba que lo suyo había sido mucho peor.

A diferencia de Jesús, al que unas puntas habían atravesado los pies y las manos para aferrarlo al tablero, a ella la había atravesado otro tipo de hierro roñoso, uno gordo y con movimiento, pero en las

entrañas, en su centro, en su interior. Un empalamiento que no la había dejado pegada precisamente a una cruz, sino a una bestia.

Una vez que parió a su hija, Amina, la obligación más sagrada que mantuvo con su marido fue la de entregarle el salario que ganaba con los ingleses o al menos buena parte, ya que ella siempre le sisó lo que pudo. Eso y yacer cuando él la elegía para vaciarse de noche y ella se limitaba a apretar los ojos cerrados en silencio para que Amina no se despertara. Por suerte —o porque algo se había quebrado por dentro— no volvió a quedarse embarazada. Y el trabajo le dio la coartada perfecta para huir del lecho de madrugada, cuando aún no había amanecido, antes de que él despertara con ganas. Con más ganas.

Cuando llegó la independencia, estaba más apegada a los ingleses que a él. Y marcharse fue su destino. Gracias a Dios o al demonio, nunca lo supo. Pero gracias a la señora Lighthouse, eso seguro.

Hoy, raramente podía acordarse de lo que había hecho el día anterior, pero sí mantenía poderosos recuerdos de su país, o del que fue su país, Tanganica, antes de que se tornara en Tanzania tras unirse con Zanzíbar. Su nieta le preguntaba a menudo por las historias de su infancia y se enfadaba cuando ella callaba. Y su hija ya había renunciado a preguntar. Porque ella recordaba, pero no quería hablar.

Y hoy debía estar presente en el desmantelamiento de la casa del señor Everett porque, como le decían en algunas ocasiones que ella no sabía distinguir de otras en que no se lo decían, «tú eres parte de la familia». Lo era cuando lo decían y lo era siempre en el curso de una conversación, como una forma de hablar, una coletilla para aliñar alguna frase sobre el pasado o cuando tenían el detalle de invitarla a una boda familiar, lo que ocurrió algunas veces, pero no

siempre. En realidad, sabía que no lo era y hasta sospechaba que ni siquiera ellos se sentían en todo momento «parte de la familia» porque, aunque se apellidaran Lighthouse todo el rato, a veces actuaban como si no lo fueran. Ella podía ser vieja, pero no idiota. Y las guerras legendarias entre Arthur y Benjamin habían minado de sobra el sentido de familia, significara lo que eso significara en Inglaterra. Cosa que aún ahora, cincuenta y cinco años después de llegar, no habría sabido definir.

Hoy, Arthur se había empeñado en que acudiera, era el primogénito, el más atento con ellas, y allá se fueron las dos, Asha y Amina, mientras Adela se quedó refunfuñando ante una tarde de deberes. Le habría gustado asistir, pero, como dijo su madre, «si supiéramos que te ibas a comportar nos lo plantearíamos» y, como es más probable que no, «te quedas».

En realidad, tenían razón. Adela no habría soportado las frasecitas de esa caterva de blancos supuestamente afligidos por la muerte de un anciano al que llevaban años sin hacer ni caso y supuestamente deseosos de cumplir con su voluntad y entregar alguna migaja convenientemente minusvalorada a quien había sido su criada durante décadas. Eso fue lo que pensó la nieta, enfurruñada.

Y, con su cuerpo inclinado sobre el bastón y la ayuda de su hija, Asha llegó a Kensington Road, 4990.

El escenario había cambiado por completo. Solo un montón de botellas vacías —los burdeos, los riojas— apiladas en la entrada recordaba la fiesta de celebración con que habían despedido al señor Lighthouse. Los famosos vinos traídos de Francia y España. Lo demás era una fila de muebles en posición de salida, vajillas y cubiertos bruñidos por una mano menos cuidadosa que la suya,

cajas de ropa y de libros donde alguien había escrito ya su próximo destino: «*Charity*», «*Library*»... Y, en el salón ya vacío, en pie, Arthur, Benjamin, Jane y Joyce. Los cuatro hermanos. Ni siquiera habían preservado unas sillas para sentarse.

Jane corrió a rescatar un par de ellas del montón de muebles apilados para ofrecérselas a las recién llegadas. Los demás también buscaron alguna banqueta para formar un círculo a su alrededor. Tres de los hijos de Jane la habían acompañado, pero prefirieron quedarse en el jardín, había salido el sol. Los de Joyce ya habían vuelto a Francia.

Asha no estaba ya en edad de emocionarse, pero el esqueleto vacío del salón que tanto había frecuentado —le traigo el té, señor, le sirvo un coñac, ¿quiere el periódico?, ¿retiro los platos?—, la desnudez de las paredes y la solemnidad del encuentro la inquietó. Amina se quedó en pie, estirada, firme tras ella.

—Ya sabes que eres parte de la familia. Las dos lo sois, Amina. Tú también. Una parte importante.

Asha intentó levantar la vista desde su cabeza postrada y logró el ángulo necesario para alcanzar a ver a Arthur, que había tomado la palabra. Amina se puso en guardia y no le devolvió complicidad ninguna. Cada vez que oía decir que eran «parte de la familia» después no ocurría nada y ese vacío la cansaba. Palabras y palabras que jamás habían sido más que un envoltorio, un lugar común, nada que cambiara el cuarto piso estrecho y sin ascensor en el que vivían las tres mujeres en un bloque de viviendas públicas bastante lejos del tren de cercanías que la llevaba a trabajar.

—La primera sorpresa es que Father no dejó testamento como tal. La segunda es que escribió sus últimas voluntades aquí, en este cuaderno.

Arthur tenía entre manos una libreta Moleskine como las que le gustaba usar al viejo. Un cuaderno negro y manoseado que abrió, dejando a la vista palabras labradas en trazos temblorosos, gruesos y tercamente encajados entre las líneas de imprenta. Él siempre los había querido así: cuadernos de rayas, jamás de cuadrados, ni de fondo blanco. Le gustaba escribir siguiendo el camino recto, ajustando sus reflexiones a la senda preestablecida en la libreta, hasta que la dispersión convirtió aquello en reliquia de una mente antes privilegiada que se evaporaba entre la propia edad y la atrofia cerebral que le fue sumergiendo en otra realidad.

Pero el cuaderno que había abierto Arthur guardaba la rectitud de otro tiempo y, por tanto, la consciencia, la voluntad.

—Como digo, esto es lo más aproximado a un testamento. La casa, obviamente, es nuestra y la venderemos. Pero hay más asuntos.

Amina abrió ampliamente los ojos, tan alerta como escéptica ante lo que estaba escuchando. Para ser «como de la familia» ya estaban fuera de lo principal. Asha no se inmutó.

—Concretamente, hay dos asuntos que os incumben —siguió Arthur, el tono solemne y con una buscada animosidad que intentaba no forzar—. Por un lado, Father nos dice aquí que repartamos entre la familia y los más allegados las cosas de su casa. Os hemos pedido que vinierais por si queréis llevaros algún recuerdo, algún mueble, algún enser.

Amina miró alrededor y Asha no miró a ningún lado. Las cajas que guardaban la historia de esa casa ya estaban selladas, todo un detalle, y no iban a ponerse a abrirlas. Y sobre una mesa quedaban algunos adornos, figuras y platos desparejados sin más valor que el sentimental. Muerto el dueño, se había agotado su vida. Porque quién iba a querer sumar otra jarrita, otro florero o cubiertos sueltos

a una etapa de la vida en la que ya solo quieres desprenderte de los tuyos propios sin conseguirlo jamás. Sobre todo en el caso de Asha, cuyo piso estaba abarrotado.

—¿Os apetece mirar y elegir alguna cosa? —preguntó Arthur con la que intentó que fuera su mejor sonrisa bajo las pequeñas lentes que parecían flotar sobre su nariz. Enfrente, Benjamin guardaba un semblante serio, circunspecto, una cierta vigilancia en segundo plano de lo que estaba desvaneciéndose a la vista de todos. Su camisa lila y su corbata roja desvelaban que nadie supervisaba qué ropa se ponía. O que pasaba de todo.

—Se nos ha olvidado el cúter —ironizó Amina a la vista de tantas cajas selladas con cinta americana.

La oferta era lúgubre y residual: el resto de los restos que la familia ya había seleccionado, aunque ellas fueran *como-de-la-familia*.

—¿Y qué más puso el señor en el cuaderno? —preguntó, directa, Asha—. ¿Cuál es el segundo asunto?

Los cuatro hermanos se revolvieron levemente en sus banquetas. Arthur se esforzó por mantener la mejor sonrisa en sus comisuras perfectamente controladas. Y Benjamin agudizó su pose circunspecta arqueando ahora las cejas, acorde a ese aspecto suyo en el que nunca se sabía cuánto había de teatral y cuánto de espontáneo. Asha no se inmutó. Medio siglo en Inglaterra no le había contagiado un ápice de la gestualidad habitual y, aunque había aprendido a estar callada, jamás había asumido los códigos sociales y los rodeos marca de la casa Lighthouse. Todo ello siempre le había resultado ajeno. Aunque lo entendía.

—A eso iba ahora justamente —dijo Arthur, de pronto incómodo —. Como os decía, por un lado sé que no hay gran cosa, pero os queríamos ofrecer algún recuerdo.

—¿Y por otro? —apremió Amina.

—Voy a ello, Amina, voy a ello. —Arthur la miró por encima de sus lentes de cerca y apretó el gesto, contrariado y a la vez dócil—. Debo y quiero leeros lo que corresponde a Asha. A tu madre.

Amina se irguió. Asha siguió atenta desde su postura encorvada. Todos lo sabían. Que el desgaste muscular hubiera inclinado su espalda no significaba que hubiera mermado su capacidad mental.

Arthur se disponía a leer, aclaró la garganta con una leve tos, pero se volvió a frenar.

—Ahora mismo lo vamos a leer. Pero también queremos ser... flexibles... —Arthur dudó y calló. Las gafas temblequearon sobre su nariz y él se las volvió a encajar. Ahora no despegaba la vista del cuaderno.

Ellas aguardaban, expectantes.

—Mi hermano está intentando deciros que está lo que mi padre puso en su cuaderno. Y está lo que podemos acordar —subrayó Benjamin, antes de dar otra vuelta por el salón vacío—. Lo que podemos acordar con..., digamos..., con flexibilidad.

Ahora Asha sí se irguió en la medida de sus posibilidades. Lo hizo para cruzar una mirada con su hija, que no rebajó su gesto de alerta. Estaban acostumbradas a los rodeos de los ingleses ricos, pero aquí había ya demasiados. Rodeos. Y ricos.

—Nuestro padre, querida Asha, no tenía a estas alturas apenas nada de capital. Esa ha sido la primera... llamémoslo *sorpresa* —subrayó Arthur.

Ciertamente lo era. Todo el que conociera al patriarca sabía que era un hombre ahorrador y que los únicos gastos que había tenido al final de su vida eran para pagar a una mujer que le atendía dos veces por semana y a un jardinero una vez al mes. Hacía muchos años que no viajaba y los regalos a nietos e hijos por sus

cumpleaños se habían ido convirtiendo en llamadas mientras todavía se acordaba. Luego, el silencio.

—Apenas tenía unas acciones que no vienen al caso. Pero vamos a lo importante: como todos sabéis, nuestro padre escribía, y aquí viene la segunda sorpresa.

Y ciertamente también lo sabían. Sus apuntes. Sus diarios. Sus reflexiones. Su legendaria colección de cuadernos que iba guardando en una vitrina que se hizo construir en su despacho y que, con el tiempo, se había vuelto un templo privado de su intimidad. Ni siquiera Mother había perdido nunca el respeto reverencial a un espacio de pensamientos que él jamás había abierto a los demás. Era territorio prohibido.

—Os leo, querida Asha. Te confieso que el texto nos ha sorprendido, pero no hay dudas. Te dedicó una página entera y, a diferencia de todo lo demás, mi padre lo escribió en líneas separadas y centradas. Claramente lo quiso diferenciar.

Arthur le enseñó lo que iba a leer. Todos se reacomodaron, alertas. Y él comenzó:

> Hay algo que quiero dejar a nuestra querida Asha,
> que tanto ayudó a Marjory en Tanganica y luego en Inglaterra.
> Que tanto nos ayudó a todos.
> Que nos acompañó, dejando atrás a su familia y su país.
> Que contribuyó a criar a nuestros hijos.
> Que vivió cosas que no deberían haber ocurrido.
> Que no siempre vio recompensada su entrega.
> En recuerdo de esa entrega, querida Asha,
> te lego mis Diarios.
> Sé que esto será difícil de entender para mis hijos.
> Pero es mi voluntad
> y los puedes quemar,
> los puedes guardar
> o los puedes leer.
> Tú serás la única dueña de mis secretos.
> Porque mereces conocerlos.

Siempre, Gracias.
Siempre, Perdón.
Everett Lighthouse
Firmado: 10 de enero de 2010

El silencio se impuso entonces como una presencia más voluminosa aún que los muebles tapados como cadáveres en la carretera. Todos se quedaron callados. Ahora sí, Amina estaba desconcertada. Y defraudada. Había imaginado una herencia exigua, pero no un montón de papeles. Asha, por el contrario, se sonrió por primera vez. *Hum.* El viejo podía haber sorprendido a sus hijos e incluso a Amina. A ella no. Jane preguntó:

—¿Tienes alguna idea de por qué te lega los diarios? Nos ha resultado muy desconcertante, querida Asha.

—¿Y por qué te pide perdón? —se atrevió Joyce.

—¿Y por qué mereces conocerlos? —siguió Jane—. Lo pone así: «Mereces conocerlos». ¿Qué es lo que mereces conocer?

—No deberíamos entrar en su intimidad —replicó Arthur mientras Benjamin permanecía, por el momento, callado.

—Pues yo creo que tenemos derecho a saber —insistió Jane—. Todo es chocante.

Querida Asha no respondió. Solo se levantó pesadamente. Miró las paredes vacías, sin agarraderas, y con ayuda de su bastón echó a andar. La ausencia de los viejos muebles que la habrían ayudado a avanzar con seguridad no la amilanó. Y enfiló a través del salón hacia el pasillo. Amina la quiso ayudar, pero ella la rechazó con un gesto brusco. Se encaminaba hacia el despacho del señor y hacia una vitrina que conocía bien cuando Benjamin la frenó.

—Un momento, Asha. Siéntate de nuevo, por favor.

Ella no se sentó. Encorvada como estaba sobre el bastón, pero firme, miró a Benjamin desde el ángulo que le permitió el rostro inclinado. Los hermanos no supieron si había frenado en su avance o

si este era tan lento que parecía estar quieta. Benjamin siguió hablando.

—Los cuatro hermanos Lighthouse —arrancó lentamente, sin que a nadie se le escapara cómo subrayó el apellido, que repitió—. *Los cuatro hermanos Lighthouse* hemos estado de acuerdo en leerte literalmente las palabras de mi padre y así lo ha hecho Arthur. No hacerlo habría sido violar su voluntad.

La sola mención de lo ocurrido indicaba que lo habían debatido. Que la posibilidad de no hacerlo había estado sobre la mesa. Ella le escuchaba en pie, sin saber aún si dar el siguiente paso hacia el despacho de Everett o esperar a que Benjamin continuara.

—Pero también hemos pensado que te mereces algo más. —Ahora Benjamin sonrió desde su interpretación más profunda de la confianza, despejando la frente de las arrugas que la habían nublado y dibujando en ella un nuevo aire de tranquilidad que hasta ahora había escatimado—. O, mejor dicho, algo distinto.

Ahora sí, Asha se volvió inequívocamente hacia él y le dedicó una mirada lenta. Sabía que los códigos de la clase alta incluían los desvíos antes de hablar claro. Las curvas que daba una frase hasta su objetivo solían llevar el disfraz de la educación para camuflar propósitos mezquinos. Pero lo que estaba oyendo no era ya un simple rodeo, sino abierto cinismo. Y el cinismo era un salto excesivo hasta para la familia Lighthouse. Su mirada recorrió después los rostros de Arthur, Jane y Joyce. En ellos se empezaba a detectar una incomodidad que no estaba en el de Benjamin. Este siguió.

—Ahora verás que hablamos de un montón de papeles inservibles, un armario repleto de cuadernos viejos, muchos de ellos deteriorados, raídos por la humedad. Te seré sincero, mi querida Asha. Te quiero proponer algo mejor. —Benjamin pronunció las últimas palabras con una cadencia persuasiva y recuperó el registro

de la confianza en su mirada. En clase de interpretación no lo habría hecho mejor.

Por un momento, todos sintieron estar asistiendo a un capítulo en directo de la serie *My Britain*, en la que durante diez temporadas Ben había dado vida a un inteligente *gentleman* que siempre salía ganando. Coqueto, elegante, poderoso, afable. Tampoco se le escapó a nadie que había saltado del «nosotros» al «yo». Caminaba por la habitación como si fuera un escenario y revestía la situación de una solemnidad que desbordaba sus palabras. Benjamin siempre había sido así. Desde niño su presencia llenaba los espacios y estos le complementaban y le convertían en protagonista. Él siempre atraía los focos, que nunca habían iluminado precisamente a sus hermanos. Arthur, sumergido desde niño en sus experimentos científicos, ni siquiera lo había lamentado, su inteligencia le había sobrado para vivir cómodo en su burbuja. Las dos hermanas se tenían a sí mismas. Pero Benjamin siempre tuvo gracia, sabía conquistar al público y también a Asha. Era el pequeño.

Pero ahora, más allá de su tono prosopopéyico, le estaba proponiendo un apaño que nada tenía que ver con el carisma.

—Queremos ofrecerte las obras de arte que nuestros padres trajeron de tu país. Hay cosas muy valiosas —aseveró, añadiendo a las palabras una distinción que nadie que hubiera visto el puñado de máscaras polvorientas que habían traído de África reconocería. Tras unos segundos en silencio, continuó—: Y, además, vamos a ofrecerte el collar de diamantes de mi madre. Es todo, absolutamente todo lo que pertenece a aquellos años. Más no podemos, porque no queda gran cosa.

Asha elevó el rostro todo lo que le permitió su inclinación y repasó con la mirada a Benjamin. De arriba abajo, de abajo arriba. En él no había ya rastros del niño encantador al que tanto había querido,

capaz de encandilar a todos con su chispa, con su carita de no romper un plato. Pero sí el aplomo innato, el poder de quien sabe expresarse sin problema alguno de autoestima. Y Amina fue quien reaccionó.

—¿Qué collar? ¿Dónde está ese collar? —preguntó—. Quiero verlo.

—Espera, Amina —dijo su madre—. Yo quiero ver los diarios.

—Veámoslo todo, entonces —añadió la hija.

—Un momento —frenó ahora Benjamin alzando el volumen y la firmeza de su voz. También se volvió hacia ella y le dedicó una mirada de especial intensidad—. No sé si me he explicado bien.

Arthur enarcó las cejas, cambió el cruce de sus piernas y esperó. Estaba nervioso. Jane contuvo el aliento de forma casi imperceptible. Joyce se llevó las manos a las sienes, como si no quisiera escuchar lo que venía. Habría querido parar el derrotero que estaba tomando esa conversación, pero dentro de su habitual candor no veía forma de hacerlo. Todos eran conscientes de que Benjamin estaba yendo demasiado lejos. Él siguió.

—Lo que te ofrecemos es el collar y las obras de arte de Tanzania en compensación por no llevaros los diarios. No *además* de los diarios.

Las hermanas intentaron intervenir. «Espera, Benjamin. Espera, Amina. No nos pongamos así. Esto no puede ser. Acabamos de enterrar a Father. Por la memoria de Mother, Benjamin, por favor.» Las voces escandalizadas de Jane y Joyce se superponían mientras Benjamin mantenía el gesto iracundo que tan bien le había funcionado en *Ricardo III* en una reciente actuación en el Barbican Theatre. Parecía estar a punto de recluir a Lady Amina en la Torre de Londres junto a todos los herederos al trono que le pudieran

molestar en su objetivo. Seguía firme. Y Arthur callaba. Su rostro había perdido toda la animosidad que había exhibido.

—¿Es un chantaje? —dijo Amina con rapidez, y soltó una risotada seca y corta—. ¿Nos quieres sobornar? ¿Cambiar los secretos de tu padre por un collar? Vaya con los Lighthouse. Tan correctos, ellos.

Los hermanos deseaban mitigar el huracán Benjamin sin saber cómo hacerlo y miraban a Asha. Anhelaban que ella frenara a su hija, que dijera algo eficaz que a ellos de momento no se les ocurría. Pero la vieja criada también calló.

—¡Por Dios santo, Amina! —dijo Benjamin, con un tono menos firme y ofreciendo ahora un cierto gesto ofendido—. ¿Cómo puedes decir eso? Me he debido de explicar mal. Os estamos proponiendo un acuerdo. Una compensación. Los diarios se caen en pedazos, no es una herencia digna de vosotras.

—Lo que llamas «obras de arte» de Tanzania os las podéis quedar, son ilegales y si nos las queréis dar es porque sabéis como nosotras que no se pueden vender. Son una mierda. Y en cuanto al collar... Jamás disteis a mi madre ni un vulgar reloj de despedida cuando se jubiló. Ni un ramo de flores. Ni una indemnización. Mirad su espalda. ¿Dónde creéis que se encorvó así? —explotó Amina.

—Calla, Amina, por favor. —Asha habló en tono firme—. No necesito ningún collar, ningún reloj, ni que nadie me defienda. Quiero los diarios. Y punto.

—Queremos las dos cosas: los diarios y el collar —insistió Amina —. Las obras de arte, como digo, todas vuestras.

—Escucha, Amina. —Benjamin se dirigía ya a la hija. Ahora hablaba lentamente, como si sus interlocutoras no le fueran a entender—. Os lo diré de otra manera. Para mí esos diarios tienen un gran valor sentimental. Me gustaría que renunciarais a ellos y que se quedaran en la familia. Nada más. A cambio, habrá un collar.

—¡Acabáramos! ¿No decíais que éramos *como-de-la-familia*? ¿Y que estaban deteriorados? ¿No eran un montón de mierda? ¿Y ahora resulta que los quieres tú?

En este punto de la discusión las hermanas se habían levantado y andaban por el salón agitadas, intentando aplacar los ánimos. Alertados por la discusión, los hijos de Jane habían entrado y rodeaban a su madre sin entender gran cosa. Su inglés nunca había progresado demasiado.

—Tranquilas, por favor, Asha, Amina... —Ahora Joyce alzó la voz, las miró a ellas y luego a su hermano—. Ben, por favor. No podemos hacerlo así.

—Yo estoy muy tranquila —replicó Amina, sin desviar la mirada de Ben. Este no añadió nada.

—Y yo más —dijo ahora Asha.

—Esto no es lo que habría querido Father —siguió Joyce. A su lado, Jane sorbía el aire en tramos rápidos, entrecortados.

—Sabemos perfectamente lo que tu padre habría querido —replicó Amina—. Está ahí escrito. En 2010. Cuando aún se encontraba en perfecto estado de salud.

—Pues ahí no hay collar —dijo Benjamin.

—No necesito ningún collar —añadió Asha.

—¡Para ya, Benjamin! —gritó Arthur, que se levantó de la banqueta con tal fuerza que esta se cayó. Se acercó a su hermano y se le encaró con furia—. ¡Es suficiente! *Enough!*

Los dos hermanos se desafiaron con la mirada, frente a frente. Arthur, más alto, agarró a Benjamin por la pechera como tantas veces había hecho de niño antes de rodar por el suelo y le zarandeó con brusquedad. Su hermano era el único ser capaz de crisparle hasta volverse violento, pero, por el amor de Dios, no era un Lighthouse de bien ni había llegado a los sesenta años para esto, se

dijo. Sostuvo el gesto firme, amenazante, con un leve temblor en sus facciones. Desde unos centímetros más abajo Benjamin le observaba, impertérrito, orgulloso de haberle sacado de sus casillas, alzando el rostro como si no le importara recibir un puñetazo. Jane empezó a hipar mientras sus hijos la tomaban de las manos. «Mamá. Qué pasa. Mamá, mamá», repetían en español.

Entonces Asha simplemente se giró, se agarró al brazo de Amina y ambas enfilaron hacia el pasillo con tal determinación que Arthur soltó a su hermano tras un último gesto de desprecio y las siguió. «Estúpido», masculló.

Todos siguieron tras ellos. Joyce se mordía los labios y daba la mano a Jane, que logró tranquilizarse para calmar a sus propios hijos; y Benjamin también se apuntó. «Os acompaño.»

La anciana llegó al despacho. Los cuadros y fotos ya habían desaparecido de las paredes. Los muebles estaban cubiertos por telas y mantas con el sello de la empresa de mudanzas. Asha avanzó hacia la vitrina y la descubrió con tal virulencia que se tambaleó. Estaba vacía. El polvo que había atravesado su portezuela de cristal guardaba el cerco en el que habían reposado los cuadernos.

—¿Dónde están?

Ahora había furia en su mirada. Durante décadas, había pasado el plumero a diario en aquel despacho, había dado vueltas a todos y cada uno de los trastos, había visto crecer la torre de cuadernos en la vitrina y de sobra sabía que el señor Everett los guardaba bajo llave. Pero la mesa en la que siempre guardó la llave estaba embalada. La cajonera también. Y la vitrina estaba tan vacía como sucia.

—Quiero saber dónde están —insistió.

—Tranquila, Asha. Están ya en las cajas —dijo Arthur—. Te los podrás llevar y ya está. No se hable más. —Y dirigió a su hermano

otra mirada, ahora cargada de severidad.

—No vais a poder, son varias cajas —dijo Benjamin. El pequeño de los Lighthouse había bajado repentinamente el diapasón y hablaba ahora con voz queda—. Escuchad, Asha, Amina. Os debo una disculpa. Os la debo a todos. Os ruego que me disculpéis.

Ellas se quedaron quietas. Y calladas. Él siguió.

—Estoy muy afectado por la muerte de Father y no quería perder su memoria. No hay más. Os ayudaremos a llevarlas. Yo mismo os las llevaré. —Ahora rozó con los dedos la cabeza de uno de los hijos de Jane e insistió—: Por favor, disculpad.

—Aún no las he visto —dijo Asha—. Y quiero verlas.

—Seguidme —dijo Arthur—. Os las mostraré.

Asha y Amina le siguieron. También los demás hermanos. Y los hijos de Jane.

Eran cuatro cajas. Estaban alineadas en el garaje, selladas con cinta americana. Asha las fue abriendo una a una hasta comprobar que ahí estaba lo que parecía el conjunto completo de todos los cuadernos clasificados desde 1955, el año en que el señor Lighthouse fue destinado a Dar es-Salam, hasta 2010, antes de que la demencia le empezara a separar de la escritura. Varios años en Tanganica y muchos más en su Inglaterra natal, donde su vida y las de sus hijos habían provisto al patriarca de una inmensa herencia de secretos.

Y Asha no quería ayuda. No de esa familia capaz de comerciar con las últimas voluntades del señor Lighthouse. Ella y Amina se lo iban a llevar todo en un taxi. Y se iban a ir ya.

Aunque el taxi le costara la mitad de su pensión mensual.

8

Herencia de máscaras

Al entrar, Benjamin arrojó el abrigo y la bufanda con el gesto pomposo que empleaba para encajarlos en el perchero, pero esta vez las prendas se deslizaron hasta el suelo y se quedaron junto a los zapatos desmadejados. No las recogió.

Después, metió la caja a patadas. *Fucking box.* Le dio otra patada. Su herencia. Lo más absurdo que podía haberle dejado Father. La dejó arrinconada junto al amasijo que habían formado el abrigo y la bufanda.

Avanzó hasta el salón mientras se aflojaba la corbata y el cinturón y se sacaba la camisa. Se sirvió un whisky generoso y bebió un largo trago apresurado antes de buscar cubitos de hielo. Volvió a llenar la copa. *Oh, this is life.*

Entonces miró alrededor.

Con Martha se había esfumado el control, la rendición de cuentas, pero también la limpieza. O la limpiadora. Ni siquiera se sintió capaz de identificar exactamente el problema, pero sí la irritación que le provocaba. Los vasos de otros días se amontonaban en la mesita con las aureolas pegajosas que dejaban en el cristal. Las bolsas de snacks estaban desperdigadas, vacías. Los periódicos desbordaban el sofá y habría jurado que hasta los colores habían aprovechado la ausencia —La Ausencia— para alzarse contra él. Porque estaba él y estaba el desorden. No había nada más.

Habría jurado que las camisas, chaquetas y chalecos que había utilizado esos días conjuntaban fatal y mentiría si dijera que no le importaba. *Jesus Christ.*

Desde que, de niño, un profesor de francés le pusiera a prueba ante los colores y él fallara una y otra vez mientras los compañeros le corregían a coro, había aprendido a aceptar su daltonismo como lo que era: una singularidad, una afección que le daba un toque especial, una curiosidad en las conversaciones de adultos que le hacía sentirse diferente, pero eso no evitaba que le irritara equivocarse y, sobre todo, que le frustrara que su profesor ignorara que no era torpeza para el francés, sino una incapacidad anterior, muy previa, que nada tenía que ver con el aprendizaje o la memoria, sino con una *alteración-de-origen-genético* que sufría una pequeñísima parte de la población. Siempre fue importante recalcar eso. Él era distinto. Vivía una *al-te-ra-ción*.

Por ello, por amor propio, aprendió de memoria que la palabra *blue* era *bleu*, *green* era *vert*, *yellow* era *jaune* o *red* era *rouge*. Y se regodeaba al pronunciar la lista entera del arcoíris en alto, en inglés y francés. Incluso al desordenar las palabras. Su madre las metía en un cuenco y las sacaba al azar para que él recitara cada traducción. Las aprendió todas. Lo que nunca aprendió fue a ligarlas, ni en inglés ni en francés, con cada color. Y por eso el ridículo se repetía cuando el profesor se empeñaba en preguntarle esa lección sacando solo fichas de colores y no su denominación en inglés.

Y a veces se preguntaba si aquella memorización obsesiva de algo que no comprendía fue el primer paso para convertirse en actor. La semilla de su testarudez. O el segundo después de aquel *Oh, no, John! No, John! No, John! No!* de sus padres en su primer encuentro, tantas veces rememorado en casa. O el tercero después de los disfraces que le imponían Jane y Joyce. Todo se mezclaba en

los recuerdos iniciáticos que le habían llevado a una carrera que él consideraba para los elegidos. Escasos elegidos entre los que se encontraba él.

Como también se preguntaba si en esa disociación entre el color y la palabra, fuera en inglés o en francés, en esa grieta entre la comprensión y el nombre de las cosas, no se habrían colado asuntos más importantes.

Asuntos como la lealtad, por ejemplo. Estaba convencido de que era esencialmente leal, un concepto que él consideraba superior a «fiel». La lealtad tenía una fuerza espiritual, se decía, frente a la fidelidad, más física, endeble, una cuestión menor. Y sin embargo era consciente de que, desde el punto de vista de los demás, solo *desde el punto de vista de los demás*, tal vez era cierto que la lealtad se había escurrido por el fregadero junto a la fidelidad. Sin querer. Por pura ley de la gravedad.

Aún se quedaba perplejo cuando el choque entre sus palabras y sus hechos dejaba al descubierto alguna incoherencia imprevista. Cuando sus promesas de amor chocaban con su costumbre de huir. Era cierto que las frases más poéticas se le escapaban al calor del sentimiento y quedaban fuera de contexto demasiado pronto. Esa lección no la había aprendido. Y las mujeres se empeñaban en recordárselas cuando estaba claro que eran brotes de enamoramiento, flores frescas destinadas a morir. Palabras sin más.

O Martha. Por qué le reprochaba su infidelidad si estaba claro que ella era otra cosa, era una diosa. Que él nunca la había abandonado y que había hecho todo lo posible por seguir con ella. «Siempre te he sido leal», le decía, recurriendo a esa palabra favorita con la que evitaba la que Martha le exigía: *fiel.* Había forzado rupturas clamorosas para no dejarla, rupturas muy dolorosas, como la de Ann-Elizabeth King.

A decir verdad, era ella la que había roto con él, pero eso Martha no lo sabía.

Y claro que eso no podía decírselo como prueba de su lealtad, pero ahí estaba.

«En fin», pensó mientras se servía otro trago y se sentaba, pesaroso, en el sofá. Había que reconocer que la lealtad también se había colado por esa grieta.

Y otras muchas cosas se habían colado por ella.

Asuntos como la posibilidad de ser buen padre, por ejemplo. Había paseado a sus niñas por los mejores teatros; las había llevado a las mejores escuelas; las había divertido hasta hartarse; les había interpretado cada noche los cuentos que le pedían una y otra vez volcando en ello su mayor talento. Y sin embargo hoy ya no estaban. Ni siquiera le cogían el teléfono.

Asuntos como el matrimonio. Había amado a Martha, la amaba aún y la necesitaba, la admiraba por la fortaleza de su amor y por su entrega incondicional, pero en el abismo entre sus proclamaciones y la realidad se había enamorado demasiadas veces de otras mujeres y en la grieta también se había colado la unión, la sagrada unión con ella. Debía reconocerlo.

Y en la misma grieta también había caído últimamente su capacidad de entender. De comprender cómo todo se estaba dando la vuelta y, donde antes era un interesante madurito con las cualidades perfectas para enamorar, ahora, en tiempos del Me Too, lo *woke* y toda esa palabrería nueva, era incapaz de atinar.

Y de mantener las manos quietas, la bragueta cerrada. La bragueta. Aquel espacio entre su cintura y las perneras era la gran brecha abierta de su daltonismo vital. El gran boquete. El agujero negro de su veleidad.

Volvió a llenar la copa. Otra vez. Y al hacerlo observó su propio rostro reflejado en el espejo del mueble bar. Su propia mirada. *My God.* Entre las botellas semivacías le pareció estar viendo a Arthur. Se revolvió el cabello engominado, lo recolocó sobre la frente, atrapó sus gafas, se las ajustó sobre la nariz, se asomó de nuevo al espejo y, abandonando la gravedad habitual de su propio tono, imitó a su hermano. *Stupid! Stupid!*

Esperaba que en la brecha abierta del daltonismo no cayera también el humor. ¿Qué le quedaba si no?

Buscó unos cubitos nuevos, que crujieron bajo el denso y reparador líquido escocés. Repitió en alto estas palabras: *denso*, *reparador*, *escocés.*

¿Humor, había dicho? Estaba borracho. Imaginó los objetos y colores que le rodeaban creciendo en la grieta que fracturaba su vida, aprovechando la ausencia (La Ausencia) para rebelarse. Y la grieta creciendo a su vez, agrandándose y encontrando nuevos aliados como esos diarios de Father que ahora salían de la vitrina para terminar en manos ajenas.

En manos negras.

En manos ajenas.

En manos negras.

Por la voluntad de su padre.

Un reguero de secretos se iba a colar por la grieta. Un montón de trapos sucios, vistos a la luz de hoy. Un regalo para quienes odiaban la idea de Inglaterra y mancillaban a las familias que tanto habían contribuido a su grandeza. Un peligro para el sagrado nombre de los Lighthouse. Un reto a su dinastía.

Para su sorpresa, Asha no iba a renunciar a ellos. Se los había llevado. Esa vieja retorcida ni siquiera había querido ayuda para

trasladarlos. Ahora se inclinó sobre un bastón imaginario, encogió la espalda, se volvió hacia el espejo y con voz de abuela dijo:

—Ingleses, malos.

Qué querían conseguir esa vieja y su hija, no lo sabía. Pero lo temía.

Alzó la copa y brindó en alto:

—Por ti, mi Martha.

«Y por tu puta madre», pensó en voz baja.

Bebió otro trago. Contempló de nuevo el desorden. Podía rendirse ante él, pero había algo ante lo que no se iba a rendir.

En las últimas voluntades, su padre le había dejado las máscaras. Le maldecía por ello.

Entonces depositó la copa sobre la mesita y acudió tambaleante a la entrada para recuperar la caja. Logró arrastrarla hasta el salón, no era pesada. Demasiado ligera para ser una herencia, pensó.

Perdidos los diarios, los recuerdos de Tanzania no llegaban a la altura ni de un premio cutre de consolación. No eran más que un hatajo de máscaras, tamborcillos, pieles resecas, taparrabos o cuencos en los que nadie civilizado querría colocar ni un puñado de picatostes avinagrados. Arthur habría estado encantado con esa colección de basurilla étnica. Él y sus serpientes. Él y su suajili, del que se jactaba de haber aprendido un puñado de palabras (¿es que acaso tenían más?) que aún exhibía en las reuniones familiares, aunque no le entendieran ni los africanos. Él y su amor a la ciencia, la famosa ciencia natural que Father le transmitió en África. ¿Por qué Father no le había dado a Arthur las putas mascarillas y dejado a él los diarios?

Pero no iba a despreciar el botín. De algo le iban a servir.

Y abrió la caja.

9

El esqueleto

Tras la marcha precipitada de Benjamin, que se había ido maldiciendo su *fucking box*, Arthur, Jane y Joyce se quedaron en silencio, sin saber por dónde empezar a recoser un espacio que se iba agrietando a medida que desmontaban la casa y dejaban al descubierto un hogar en esqueleto, desprovisto de todos los tejidos que ayudan a amortiguar los roces. Los hijos de Jane permanecían con su madre.

Y el cuaderno de últimas voluntades también seguía ahí. Sobre la mesa. Al igual que una cajita de caoba que Arthur recogió y abrió; contempló el collar de diamantes que pudo ser de Asha y se lo tendió a Joyce.

—Esto es tuyo.

Joyce tomó el collar entre las manos y lo desplegó sobre su camisola suelta de colores, una de las prendas tan características que ella misma cosía con retales comprados en mercadillos de pueblo y que siempre, invariablemente, vestía sobre pantalones vaqueros raídos como si siguiera siendo una hippie de veinte años. Se sonrió con tristeza y lo volvió a guardar.

—Jamás me pondré algo así. Se lo agradezco a Father, pero no sé qué le hizo pensar que me podía gustar. Ni llevarlo, ni tenerlo.

—Ha sido un detalle ofrecérselo a Asha, Joyce. Lástima que todo haya salido tan mal —dijo Arthur.

—Se lo voy a dar igual. Salvo que lo quiera Jane. ¿Lo quieres, hermana?

Jane siguió callada y negó con la cabeza. Estaba pálida, muy seria. Sus hijos, a su lado.

—Vamos, hermana —intentó animarla Joyce.

—Ha sido patético —dijo finalmente Jane—. No sé cómo hemos participado en algo así. Los honorables Lighthouse.

Luego apretó los labios y volvió a sumergirse en el silencio mientras sus hermanos la miraban.

—¿Qué pasa, mamá? ¿Qué pasa? —Su hija más pequeña le acariciaba el rostro y no pudo reprimir un puchero. Estaba a punto de echarse a llorar. Jane pidió a los tres que la esperaran fuera. Y los tres salieron.

—¿Qué ocurre, Jane? —preguntó ahora Joyce—. No es solo el tema de Asha y Ben, ¿verdad?

Jane calló. Y cuando Jane callaba los demás sabían que había algo más.

En sus últimas voluntades, Everett había escrito que el collar de diamantes, un regalo de boda que su esposa había recibido de manos del gobernador cuando ambos se casaron en Dar es-Salam, debía ser para Joyce. La idea ya era extraña, puesto que Joyce, que tonteó con el teatro de joven, se había convertido en una adorable granjera cincuentona, por llamar de alguna manera su dedicación a un huerto y cuatro frutales que había escogido para hacer mermeladas deliciosas en el sur de Francia. Lo de *deliciosas* era una intención, porque siempre que la visitaban en ese rinconcito del Pirineo francés que no salía en Google Maps podían constatar la lentitud de sus progresos. Si no eran las heladas, eran los insectos que no quería matar, daba igual. La cosecha no llegaba nunca, pero la alegría estaba siempre. Joyce tenía su ritmo, su minuciosidad, una

escala de valores contraria a las prisas del común de los mortales, y era capaz de desplegar tanto amor y tanta energía en lo que hacía —lo había hecho tantas veces al criar a sus hijos mientras ella y su marido levantaban piedra a piedra las ruinas del supuesto castillo que compraron— que el éxito era seguro. Tardío y singular, pero seguro. Todos lo sabían.

Por ello, imaginarla luciendo esos diamantes que tal vez habrían encajado bien en un retrato oficial de la Reina de Inglaterra en los años cincuenta, pero no en su cuello, era imposible para mentes ajenas al cerebro de un anciano en el que los pliegues que encontraran las neuronas para circular bajo el cráneo avejentado llevaban a lugares insondables. Venderlo para hacer caja tampoco habría cuadrado en su personal escala de valores.

Pero era lo que había escrito Father en 2010 y había que cumplirlo, por difícil que fuera comprenderlo. El cuaderno entero era difícil de comprender.

A excepción de las líneas que dedicó a Asha, pautadas, ordenadas y seguramente escritas mucho antes, el resto era pura confusión. Tanto por la letra como por su contenido.

Cuando Arthur lo halló en su mesilla de noche y lo compartió con sus hermanos, ninguno fue consciente de su valor. Esperaban un testamento ante notario, una división ordenada de su herencia, una jerarquía clara y un criterio que facilitara el reparto, no un cuaderno desarbolado con líneas cada vez más inclinadas y dispersas y con notas superpuestas. Pero todos lo leyeron y concluyeron que aquello recogía los últimos deseos del viejo. Y no había más.

Primero se emocionaron. Había detalles que ninguno había imaginado. Pero después se desató entre ellos un intercambio que nadie habría querido llamar discusión, puesto que en su ADN no

figuraba ninguna de las representaciones del enfrentamiento, pero que sí lo era.

La furia de Ben al averiguar que los diarios eran para Asha.

El desconcierto de todos al descubrir que la colección de máscaras era para Ben, quien detestaba todo lo que no pudiera ser vendido en Harrods envuelto en papel de seda.

La incomodidad general al encontrar que las cartas familiares eran para Martha simplemente porque alguna vez coleccionó sellos.

La perplejidad ante la herencia del collar para Joyce, que si había llevado alguno en su vida era porque lo habían hecho sus hijos con macarrones en el cole.

Una talla de la Virgen que perteneció a Mother había ido a parar... a Arthur, un ateo recalcitrante que habría preferido las colecciones de fósiles; con lo que le habría gustado a Martha, que se la había regalado hacía décadas.

El piano era para Rob y Caroline, que no sabían tocarlo; los microscopios, para Rose y Scarlett, que no eran precisamente científicas; la mesa de marfil, para el párroco, que al menos era africano; las fotos familiares, para una vecina con la que decía que había hecho amistad; los libros, para la biblioteca local, y unos pendientes que pertenecieron a Marjory, para la actual esposa de Arthur, con la confusión de que escribió: «Para ti, Stephanie, y tu hija, Caroline». Cuando Caroline era en realidad hija de Olivia, su primera mujer.

Y para Jane, nada.

Y para sus hijos, tampoco.

Los cuatro hermanos habían leído y releído las notas una y otra vez. Y se habían sorprendido tanto que todos habían pasado por la tentación de no hacer ni caso, de actuar como si no lo hubieran encontrado.

Pero si algo estaba claro era que los párrafos dedicados a Asha habían sido escritos con lucidez, cuando Father aún conservaba sus facultades. No así lo demás. Por eso le habían dado vueltas, habían discutido y habían decidido respetarlo. A todos, eso sí, les había sorprendido el silencio absoluto sobre Jane.

—No le des importancia, hermana —había dicho Joyce—. Papá estaba mal.

—Fíjate en estos pendientes, Jane —añadió Arthur—. Se ha equivocado de persona. Y es que Father ya estaba mal. ¿Qué hago yo ahora con ellos? ¿Se los doy a Stephy o a Olivia?

—Quedan otras muchas cosas, hermana. Está la colección de fósiles —había dicho Ben—. Seguro que entre todos encontramos cosas para ti.

—O el violín.

—O los minerales.

Los tres hermanos la habían animado a que eligiera sus recuerdos, pero ni fósiles, ni minerales, ni violines encajaban en su vida, menos aún en su maleta. Como sí habrían encajado las cartas. O las fotos. Le habría encantado recuperar su propia correspondencia, enviada semana tras semana durante tantos años de durísima separación.

Y el problema era aún mayor.

Ni todos tenían algo ni lo que tenían los agraciados era exactamente lo que esperaban, pero lo que desbordó su capacidad de asombro fue que la cuenta bancaria estuviera vacía. La sospecha de que los ahorros de una vida se habían evaporado a medida que Benjamin tomó el control se había ido instalando en las mentes de Arthur, Jane y Joyce junto con la desazón. Todos sabían que era Martha quien se había hecho cargo de cocinar y de llevarle comida, de despertarle si dormía a deshoras o de recogerle en algún

comercio del pueblo si alguien la llamaba cuando el viejo se desorientaba. Su número de teléfono había circulado cada vez más entre los vecinos a medida que el hombre tomó la costumbre de deambular por el pueblo, en pijama en el mejor de los casos, ya que de poco habría servido llamar a España, a Francia o a Cambridge.

Benjamin y Martha vivían cerca. Y ella había cuidado con devoción a Father en todas las exigencias de las distancias cortas mientras las hermanas vivían fuera y Arthur estaba volcado en la universidad. Por ello, ninguno de los otros tres tenía mucho que decir al respecto, salvo darle las gracias, y se las daban a menudo. O eso creían. «Gracias, Martha.» Pero los tres conocían a Benjamin y se acababan de enterar de que, con la excusa de que manejaba su dinero para comprarle la comida y pagar las facturas, tenía acceso a su cuenta. Una cuenta que ahora estaba en la raspa.

Enterarse de este dato allí, durante esos días, mientras empaquetaban cosas y contenían la emoción al reencontrar sus fotos y dibujos infantiles y descubrir las viejas cartas de amor de sus padres, se convirtió en algo parecido a ver el fulgor de los relámpagos antes de la tormenta. Ellos seguían descolgando ropa, adornos o libros y guardándolo todo en cajas que etiquetaban meticulosamente conforme al destino decidido, pero, en silencio, esos rayos iban alumbrando la distancia que precedía a los truenos. Y eso era nuevo.

—Papá tuvo muchos gastos, os los enseñaré todos —había dicho Benjamin cuando Arthur expresó su sorpresa y él los informó del poder notarial que el patriarca había firmado a su favor.

—No te preocupes —dijeron los demás al instante cuando el sentimiento de fraternidad aún imperaba entre ellos.

Pero los días pasaban y aún no les había enseñado nada.

Y después vino su extraordinaria decepción al enterarse del asunto de los diarios, cuando pareció estar a punto de desmayarse, noqueado, hasta que se apoyó sobre la chimenea y lloró en silencio. Sus ojos humedecidos atrajeron a las hermanas. Arthur no se lo tragó: los Lighthouse no lloraban en público. Salvo en un escenario, claro, por mandato del guion.

—¿Qué pasa, Little Benjamin? —decía Joyce—. No llores, hermanito.

—En esos diarios está la historia de nuestras vidas. Me duele que vaya a parar fuera de la familia. Quién sabe qué pueden hacer con ello. Tenía mucha ilusión por esos cuadernos.

—Asha es de la familia, Benjamin —dijo Jane—. Nunca nos haría daño.

—¿Y Amina? ¿Y la nieta, que nos mira con esa cara de odio cada vez que nos ve? ¿También las consideráis parte de la familia? Ellas serán las dueñas de nuestros secretos. ¿Eso os parece bien? ¿Sabiendo cómo estaba Father?

—Deja a Amina en paz —dijo Arthur secamente—. Deja a las tres en paz. Fue la voluntad de Father. Y la debemos respetar.

Los lagrimones de Benjamin siguieron fluyendo, igual que la voluntad de las hermanas de consolarle como cuando era pequeño y le llenaban de mercromina y tiritas por cualquier rasguño en el jardín o le colocaban una venda en la cabeza por un simple coscorrón. Benjamin siempre había estado sobreprotegido. Por sus padres. Por sus hermanas. Incluso por Asha, aunque ahora él ya no lo recordara.

Y en el fragor y el esfuerzo por consolarle había surgido la opción de plantearle a Asha si quería renunciar a esos diarios, siempre con buena voluntad, solo si ella no tenía interés en ellos, en el hipotético caso de que le ocurriera como a Joyce con el collar, que reaccionara con extrañeza ante la decisión de un anciano al que seguramente se

le había ido la cabeza. Para qué iba ella a querer leer toda esa cantidad de páginas, de viejas historias familiares que hoy no tendrían mayor atractivo. Esa herencia tal vez solo iba a plantearle un problema. Una decepción. Una molestia. Un engorro, dónde meter todo aquello, que acaso iba a acabar en un contenedor, en un mercadillo, a los ojos de cualquiera. Roto, quemado. Los diarios de Father. La historia familiar. Y tanto consolaron a Benjamin y tanto idearon esa salida, solo si encajaba con la voluntad de Asha, que Joyce añadió incluso que iba a regalarle el collar que el padre le había legado. «Yo ni siquiera existía cuando llegó ese collar a la familia, pero Asha sí», acabó diciendo Joyce cuando los demás pusieron pegas. Y así quedaron los cuatro. En plantearle a Asha esa opción. Todo por consolar a Ben. Y con buena intención.

Pero la forma en que se trasladó todo eso a la realidad, el modo en que Benjamin había convertido la opción amigable de renunciar a los diarios a cambio del collar de Joyce, había dejado a los tres escamados. Los truenos ya retumbaban. La actitud de Ben ante Asha había desencadenado la tormenta.

—Benjamin es mala gente —sentenció ahora Arthur.

—¡Arthur, por favor! —dijo Joyce—. Está desorientado por la muerte de Father, todos lo estamos.

—Es mala gente y punto. Vosotras no estáis y no lo veis. Pero lo es.

—¡Arthur! —insistió Joyce—. Creo que simplemente está bebiendo demasiado.

Jane siguió callada.

Un huracán estaba encima.

10

Arroz tres delicias

Benjamin contempló la caja abierta. Le habría encantado ver una polilla, cucarachas, procesionarias, cualquier excusa para arrojar aquel montón de antiguallas al contenedor más cercano, fuera verde, azul o amarillo, matices que nunca había sabido distinguir, y no por daltónico. Pero los objetos estaban empaquetados sin rastro de vida.

Su herencia. Ojalá hubiera encontrado a tiempo ese cuaderno en lugar de Arthur. Ojalá se hubiera llevado antes los diarios. Pero no previó el desastre y ahora estaba aquí, ante la herencia *literalmente* más oscura de su padre: máscaras de negros para negros, mensajes de un poder oculto en un transcurso vital que nada tenía que ver con él. Ni Hamlet habría sabido qué hacer con aquello.

Aunque había una persona que. Que tal vez.

Benjamin se sonrió de medio lado. Y con la misma sonrisa corrió a servirse otra copa. Tal vez... Sí. Seguro. Seguro.

Se dispuso a sacarlo todo de forma ordenada, pero el primer objeto se le resistió, se enganchó en la cinta americana, que a su vez se retorció sobre sí misma sin despegarse del contenido de la caja, de tal modo que perdió la paciencia y, mientras tiraba para soltarlo, la volcó. Había bebido más de lo que creía.

Decenas de paquetes rodaron por la mesa, chocaron con las copas sucias y fueron a parar al suelo. Todos estaban envueltos en

papel de periódico. Tomó el primero al azar y lo desenvolvió.

Era una figura siniestra. Una máscara negra con un círculo blanco en torno a los ojos tan deslumbrante que seguía impactando décadas después. Otra circunferencia rodeaba el hueco de la boca y le daba un extravagante gesto de sorpresa, ni triste ni alegre. No había posibilidad de matices, de sonrojos, de arrugas ni de ningún otro signo de edad o condición en esa máscara, y eso era lo inquietante. Se la colocó fugazmente sobre la cara.

—*The Phantom of the opera is there, inside your mind* —declamó con la voz arrastrada por el alcohol.

Se la quitó y la alejó de su rostro. Tranquilo. «Los espíritus que un día ocultaron están a buen recaudo», pensó. Tomó el papel que la había envuelto, lo aplanó con esmero sobre sus propias rodillas y leyó los titulares. Los mineros del carbón mantenían la huelga frente a una Thatcher que no daba su brazo a torcer. Miró la fecha: 1984. Aún vivía su madre, que fue seguramente quien empaquetó las máscaras, cansada de esas miradas tétricas que algún día adornaron el salón y que a Benjamin le trasladaban a su niñez. En ocasiones habían jugado con ellas, a escondidas, porque sus padres decían que no eran juguetes, sino reliquias.

Benjamin revolvió con el pie algunos de los paquetes en el suelo y se le escapó un eructo. Los había grandes y pequeños, planos y abultados, pero ni rastro de cuadernos. Se había llevado las putas artesanías de su padre, que no interesaban a nadie y que, como bien había dicho Amina, ni siquiera podían ponerse a la venta. Pero a él le iban a servir.

Podía entregarlas al British Museum y ponerse una medallita por la buena acción de la temporada. Quizá incluso lograría una mención en la pared. Seguramente aquel montón de basura tendría cierto valor. O nadie se atrevería a negárselo después de toda la verborrea

que se escuchaba sobre la necesidad de *poner en valor* el «arte» (¿arte?) supuestamente esquilmado a las colonias, máscaras o escudos que no interesaban ni a los nietos de los tataranietos de quienes los crearon en las selvas de mosquitos de las que salieron.

O podía entregárselas directamente a la persona que realmente le interesaba, sí. Era una oferta que Ann-Elizabeth King no iba a poder rechazar. Esa chica, esa belleza, podía odiarle por su promiscuidad y sus promesas incumplidas, podía rechazarle con toda la energía propia de una joven que apenas estaba estrenando su vida y aún no ha tirado la toalla de la rectitud. Pero a ese ser reluciente, virgen de toda maldad, comprometido con su entorno y con toda esa palabrería del Black Lives Matter o lo que coño fuera esta vez, se le iba a hacer la boca agua al ver aquel material. Tal vez pudiera resistirse a él, a Benjamin Lighthouse, la conocía, pero no a la posibilidad de iniciar un largo y bienintencionado proceso que culminaría con la devolución a Tanzania de esas *joyas* que a buen seguro acabarían en un almacén de asuntos que no interesaban a nadie. Así lo pondría en la puerta a la que llegaran en Dar es-Salam: ASUNTOS QUE NO INTERESAN A NADIE.

Porque no interesaban a nadie. Como ese discursito que hablaba de:

Revisitar la historia.

Saber lo que hicimos.

Pedir perdón.

Asumir la responsabilidad.

Lograr un relato común...

... y toda esa cháchara barata con que algunas mentes luminosas querían emponzoñar la esencia de lo que había supuesto ser británico, ser inglés, pertenecer a ese exclusivo club de Pueblos Elegidos del que solo habían formado parte los romanos o los

griegos; a esa nación única que había llevado la civilización al mundo, que había extendido el comercio, los ferrocarriles, las vacunas, la educación, la justicia y la cultura a todos los confines inimaginables, y en los que, una vez que se retiraron, sus gentes fueron incapaces de mantener la paz. «Mirad ahora, mirad ahora», solía decir cuando las noticias recogían nuevos golpes de Estado, guerras, matanzas y genocidios allí donde algún día reinó el orden. Que reinó. Como reinó la educación. El conocimiento de algo más que no fueran las supersticiones, los conjuros, las leyendas, las suras del Corán o cualquier otra religión más atrasada. Mirad y recordad aquella gran pregunta de *La vida de Brian*: «¿Qué hicieron los romanos por nosotros?». En esa pregunta y sobre todo en sus respuestas estaba la esencia de la sabiduría y de la imbecilidad. Y aún no habían nacido los Monty Python del presente que se preguntaran en alto «¿Qué hizo el Imperio británico por nosotros?» y que se dieran cuenta de que la respuesta desbordaba cualquier ataque de ceguera nacional como el que ahora triunfaba tan gratuitamente. Porque lo que había hecho el Imperio británico era un mundo mejor. Estaba seguro de ello.

Lo había discutido muchas veces con Ann-Elizabeth King cuando fumaban en la cama después de que sus cuerpos se pelearan como criaturas bravas, en celo, después de que se poseyeran con todo el empuje de una atracción muy superior a sus diferencias de ideología o de edad, catapultados por una ansiedad que había nacido casi por casualidad, cuando en un teatro en el que él representaba *My Fair Lady* la reconoció entre el público, convertida en una adulta preciosa, atractiva, tan alta que le costó identificar a la niña y adolescente que en el pasado había transitado ocasionalmente por la familia de la mano de su amiga Caroline. ¿Era de Caroline? Debía de ser Caroline, sí. Una sobrina con la que nunca tuvo nada de que

hablar. Pero su amiga... Ay, su amiga. Ann-Elizabeth ya llamó entonces su atención cuando jugaba con Caroline y con sus propias hijas. Era lista y desgarbada, tan capaz de poner en fila las muñecas de las niñas para darles de beber zarzaparrilla imaginaria como de encandilar a las madres y padres con una conversación chisposa, inteligente. Entonces había llamado su atención y años después también la llamó desde el patio de butacas, tan lista y con los mismos hoyuelos pero ahora larga, esbelta, risueña, pelirroja, los pechos grandes, y tan segura de sí misma y de su encanto que no pudo menos que invitarla a tomar algo al salir y hacer lo posible por envolverla con su palabrería, su humor, su propia seguridad de actor capaz de aprender y retener para siempre los mejores diálogos de Shakespeare o de manejar una conversación en la que cabía tanto la cultura como la diversión, el cotilleo, la picardía o la emocionalidad de un sentimiento que sabía hacer aflorar cuando congeniaba con alguien como ellos congeniaron.

—Me encantan tus ojos —recuerda que le dijo entonces—. ¿Son azules?

—¿Eres daltónico o ciego? —replicó ella—. Son marrones.

—Pues en ellos solo veo el mar.

—Eres muy cursi.

—Soy daltónico. Y en tus ojos solo veo el mar.

Ay, Ann-Elizabeth King. Ella le caló a la primera, pero también le aceptó, le siguió el juego de la conquista con tanta mordacidad y escepticismo en sus respuestas como placer al verse cortejada por un hombre como Dios manda. Lo había notado.

Ahora Benjamin levantó la copa, la misma que había alzado por Martha, y brindó por Ann-Elizabeth King. «Por tus caderas, por tu sonrisa eterna, por tu sensualidad, por tu brutalidad, por tu exigencia. Maldita sea tu exigencia.» Claro que podía dejar a Martha,

le había dicho mil veces, y eso nunca lo habría hecho por ninguna otra amante, insistió.

Pero ambos sabían que aquello era una entelequia, una ilusión. Para los dos.

Para ella, porque nunca habría acabado de encajar con un hombre de otra generación y tan opuesto a los valores que vertebraban su vida. Para él, porque era muy consciente de eso mismo, de que en el mejor de los casos podía callar ante la cháchara de ella y sus amigos, envolver de cinismo el rechazo que le generaba todo el rollo sobre el patriarcado, la identidad racializada, la inclusión perpetua o una verborrea sobre el género ante la que no solo estaba perdido, sino que quería seguir estándolo.

Y era muy consciente de la hambruna de sexo que ambos saciaban después de discutir sobre estas u otras cosas como si hubieran salido de una dura posguerra, como si entre cita y cita, entre polvo y polvo, se avecinara otro largo periodo de carestía e inanición, cuando en realidad iban a encontrarse al día siguiente, o a hacer lo posible por encontrarse aunque fuera en el camerino del teatro donde Benjamin Lighthouse, como protagonista que era, podía disponer del espacio y el tiempo suficientes antes o después de la siguiente representación. Como había hecho toda la vida. Alguna vez ella dudó, el fantasma de *las otras* se paseaba entre ellos siempre que la prensa hablaba. Pero él recurría entonces a su mirada enamorada, sus brazos caídos, su desolación, su retirada, su capacidad de simular escándalo, «¿de verdad me crees capaz?...», mientras ella volvía a estrecharle para apartar cualquier nube de vacilación. Claro que no le creía, pero estaba enamorada y él lo notaba.

Su contraste los separaba, sí, pero también los alimentó, los arrojó a los brazos del otro con una ansiedad divertida, sin dramas,

con la conexión de quien se ha unido por deseo y no por sentido común.

Era muy consciente de ello. Del hambre y de la necesidad, pero también de su finitud. Y del sinsentido que habría supuesto abandonar a Martha, el pilar de su vida y, sobre todo, el lazo con unas hijas ya de sobra cargadas de reproches. Porque la prensa amarilla había emponzoñado su matrimonio, le habían pillado muchas veces, le habían construido amantes, en ocasiones reales, en ocasiones inventadas, en general mujeres dispuestas a ponerle la zancadilla a él, actor famoso, el escalón para alcanzar su propia fama, hoy en la cuerda floja por el cariz que estaban tomado los acontecimientos. Debía tener cuidado, le decía y repetía su abogado. Más que nunca. Aunque en realidad nunca lo había tenido.

Durante años, incluso décadas, gestionar la aparición de sus amantes en los tabloides había sido algo más o menos manejable. Acostumbraba a decir que eran mentiras, un montaje, un peaje por su trabajo, y que este era lo único verdaderamente importante, pero se había convertido en un imán para los paparazis, a los que les interesaba más la copa que había tomado con una actriz joven después de una actuación que el cariz de su interpretación.

Y eso daba lustre a su vida, por qué negarlo. Ser guapo, ser actor y no haber estado bajo los focos de la prensa amarilla habría sido un fracaso. Y en casa lo había logrado manejar. Todo era siempre un montaje.

Pero en los últimos tiempos ellas habían empezado a hablar, a filtrar mensajes de texto, incluso a grabarle. La voracidad de la prensa se había saltado los límites y, ante cualquier foto, copa, mirada o wasap surgía la sospecha del supuesto acoso. El abuso. La diferencia de edad. La superioridad laboral. Eso interesaba mucho a los periodistas. Malditos.

¡Acoso! ¡Abuso! Él, que siempre había podido elegir. A cuya puerta habían llamado chicas con las tetas casi al aire, sin sujetador, sin bragas, pijas de buena familia que le admiraban y que se dejaban desnudar a la menor ocasión. ¿Y él era el acosador?

Pero hoy cualquier copa con una actriz joven, más aún si se trataba de una aspirante, se convertía en un examen. El puto consentimiento. La famosa libertad de elección, el solo sí es sí, o no es no, o toda esa tabarra en la que se perdía. Antes las actrices sabían que no convenía airear intimidades, pero ahora ser víctima parecía dar caché. El mundo al revés. Salir a hablar en público de una relación, de si dijeron que sí pero cambiaron de opinión, de si habían invitado al hombre a casa y luego le quisieron echar, de si habían bebido demasiado, de si se habían quedado dormidas y despertaron con él encima... y un montón de situaciones que antes formaban parte de la esfera privada hoy estaban en la prensa bajo un intenso escrutinio o, lo que era peor, en internet, como chinchetas clavadas en un tablón público ante la mirada hambrienta de todo el país. En una ocasión había llegado a pagar a una empresa para limpiar su reputación, pero las acusaciones habían vuelto y las fotos o intercambios de WhatsApp quedaban sin remedio en la memoria colectiva.

Y podía ignorarlo como había intentado hacer. O podía explotarle en la cara como estaba ocurriendo. Benjamin sentía que ya no había elección y que cualquier cosa que hiciera iba a salir mal.

Ya había salido mal.

Martha se había ido y ni siquiera tenía a Ann-Elizabeth King ni a la idiota que se puso a su izquierda en la última cena del club con esa minifalda que le invitaba (estaba seguro de ello, sí, aunque luego hubiera salido corriendo la calientapollas) a entrar en acción. No había nada.

Tomó la botella para rellenar la copa y se dio cuenta de que apenas quedaban unas gotas. Se levantó para buscar otra y, mientras intentaba abrirse paso entre el montón de basura africana, se tambaleó hasta volver a caer sobre el sofá. Estaba peor de lo que imaginaba.

Se puso de nuevo en pie. El salón le daba vueltas, pero, tras estabilizar la posición, logró avanzar hasta el mueble bar. El whisky se había acabado. Había coñac. Sabía que eso le cargaba la cabeza, pero se sirvió unos dedos. Necesitaba beber. Y necesitaba comer. Porque necesitaba beber.

Intentando vencer el tambaleo, se acercó hasta la cocina. Definitivamente no era solo Martha quien había desaparecido, sino también la chica que la ayudaba en casa. La nevera estaba vacía. ¿Por qué nadie le había avisado de nada? ¿Por qué el silencio se había impuesto a su alrededor y ni siquiera el móvil sonaba? Lo buscó. Era importante tenerlo siempre a mano, los proyectos siempre llegaban por teléfono y no andaba sobrado de ellos. En la puerta del frigorífico alguien había pegado tiempo atrás el folleto de un asiático cercano y llamó. Lo pidió todo. Menú completo. «¿A-roz tres delicias?» «Sí.» «¿Quiere rollitos?» «Sí.» «¿Quiere teh-ne-ra o pollo?» «Ternera y pollo.» «¿Quiere dos menús entonces?» «Pues dos menús.» «¿Y tienen whisky?» «¿Una botella de whisky? No.» «Tráiganme una y les pagaré el doble.»

Y así quedaron. La muerte de Father le estaba afectando más de lo que había imaginado. Estaba seguro de que había sido el hijo más cercano. Martha y él le habían atendido cotidianamente en los últimos años, sus hijas le habían visitado a menudo incluso cuando ya le ingresaron en la residencia, incapaz de mantener la más mínima autonomía, y aún sobrevivió tres o cuatro meses en manos de esas mujeres virtuosas de St. Patrick. El abuelo sonreía al verlas.

Cierto que sonreía igual al ver a las enfermeras, ya nunca sabría si era una sonrisa consciente o un acto reflejo ante cualquiera. Como tampoco sabía si Father se enteraba de algo cuando él le agarraba la mano durante largas horas, postrado al pie de su cama en sus últimos días mientras Jane y Joyce aún no habían llegado de España o Francia y Arthur llamaba cada dos por tres para saber si debía desplazarse o aún le daba tiempo a asistir a los múltiples tribunales de doctorado que le comprometían o lo que puñetas fuera. Lo que sí sabía es que Father murió finalmente solo, de madrugada, y que cuando entró a verle aún tenía la boca abierta en un rictus de sonrisa como las que había dedicado a sus hijas. O a las enfermeras. Que él, Benjamin Lighthouse, le había besado la cabeza ya fría, un cráneo que había albergado la inteligencia precisa para hacer sitio al arte, la música o el teatro que él había heredado junto con su velocidad científica. Y que le había besado como Hamlet besó el cráneo de Yorick al volver del exilio y encontrarse con que su amigo había muerto. Ser o no ser. *That is the question.* Así mismo se sentía ahora.

Como también era cierto que, en las últimas voluntades, le habían tocado unas mierdas de Tanzania que no le interesaban en absoluto y que solo la demencia final podía haber llevado a su padre a adjudicárselas.

Que Arthur tuviera la talla de la Virgen también carecía de lógica, pero no le importaba.

Que Rob y Caroline heredaran el piano, vale, al fin y al cabo quién quería hoy ese viejo armatoste. Sin olvidar que eran sus hijas, y no las de Arthur, las que sabían tocarlo.

Que Joyce recibiera el collar aún podía ser una forma de darle algún ingreso a esa hija que vivía con ese marido hippie en unas

ruinas que apenas habían logrado convertir en un hogar. Buen intento, Father.

Que Jane y los suyos no recibieran nada podía ser injusto, pero también elocuente ante una hija que se había largado demasiado pronto y demasiado lejos de la escala de valores familiar. A un país tan pobre, tan atrasado, tan ajeno a la grandeza británica. Tenía sentido.

Pero que él hubiera recibido aquellas máscaras, cuencos y taparrabos que ahora rodaban por su salón y que no valían ni para decorar un túnel del terror en el parque de atracciones más decrépito de Londres era, sin duda, una ingratitud.

Merecía más. Habría querido la colección de incunables, por ejemplo, clásicos con los que él se había formado en la adolescencia y que iban a ir a parar a la biblioteca local. O habría querido las partituras, al menos una, la de *No, John...*, de un valor tan sentimental. O habría querido la mesa de ébano y marfil, último símbolo de una era ya agotada y que estaba destinada ¡al párroco! Un cura africano de nueva generación que la iba a quemar en la chimenea en el siguiente invierno, se dijo.

O habría querido los diarios. En realidad, era lo único que habría querido. Sellar el pasado, las grietas familiares, y neutralizar los testimonios más sensibles de los momentos difíciles. Cortocircuitar cualquier movimiento como los que se estaban dando para ensuciar los grandes apellidos del país.

Pensó en la muerte de su madre. Pensó en todo lo que Father escribió cuando su mujer se dejó ir, ignorante de un pasado en el que él sí había husmeado. Apuró el coñac.

Por ello había intentado evitar que se lo entregaran a Asha, por ello se había puesto como se había puesto, por ello había tensado la cuerda familiar en pleno luto y por ello aún estaba dispuesto a

hablar con sus abogados para intentar impugnar la decisión de su padre. No iba a rendirse tan fácil. *That is the question.*

«Mis abogados.» Dijo ambas palabras en alto mientras rellenaba y apuraba de nuevo la copa de coñac.

Y se rio.

Le sonaba bien hasta a él mismo, aunque abogados no tenía y el único que de vez en cuando le había seguido haciendo trabajos de la mano de su agente estaba ilocalizable desde que le dejara a deber las últimas gestiones.

Tenía que ponerse al día. Pagarle. Decirle que esta vez no era el Me Too. Ahora se trataba de otra cuestión. De la defensa de su honor y su intimidad. De prevenir la posible publicación de una historia familiar antes de que ocurriera. Esa gente sabría hacerlo.

El timbre sonó. Benjamin se las arregló para llegar hasta la puerta, abrirla e incluso encontrar la cartera en la que guardaba el último dinero disponible. 30 libras. No quedaba mucho más y, por no quedar, tampoco le quedaba el recurso de volver al banco de su padre.

Por lo menos hoy iba a comer. Y a beber.

11

Comida inglesa

Las dos hermanas se acomodaron a la mesa, se tomaron de las manos y esbozaron una sonrisa triste. Aquella esquina había sido su lugar de encuentro favorito desde que tuvieron edad para ir al pub y siempre que coincidían en Kensington Road, el santuario familiar al que habían vuelto pocas veces juntas desde que ambas tomaron caminos tan lejanos. Las dos solían visitarse en sus casas, en Francia o en España. Pero verse allí las dos, sin la excusa de los cumpleaños de Father que aún las habían reunido algunos años, del entierro de Mother o de las bodas familiares que ya quedaban tan lejos, era una rareza digna de la emoción que sentían. Los niños de Jane ya se habían ido y era la primera vez que podían hablar a solas.

Sabían que era la última vez. Pidieron unas buenas pintas de cerveza y el plato de carne del local. Les sorprendió la escasa iluminación y miraron hacia el techo. Las bombillas estaban cubiertas por una capa de mugre que tamizaba la luz.

—Mmmm. ¡Alguien lleva un tiempo sin limpiar! —dijo Joyce en tono alegre.

—¡Oh! ¡La alta cocina inglesa! —Jane intentó animarse mientras una chica morena les ponía los platos cargados hasta arriba de puré de patata y grandes pedazos de carne en una salsa oscura y densa que no ocultaba la grasa.

—Ni siquiera sé qué hago pidiendo esto, si soy vegetariana —rio Joyce, que, dirigiéndose a la camarera, añadió—: Bueno, flexivegetariana. Porque venir al Three Lions y no pedir este plato sería un sacrilegio. Por eso haré una excepción. Por tradición.

La camarera se encogió de hombros sin celebrar el comentario, dio media vuelta y volvió a su banqueta en la barra, donde se instaló a jugar con el móvil. A la mesa de Jane y Joyce llegaban los chasquidos de sus uñas postizas en el teclado.

—Ya no conocemos a nadie —murmuró Joyce—. ¿Qué habrá sido de los dueños? ¿Te acuerdas? La mujer nos reñía por beber las pintas que nos había servido su marido.

—Pero no nos las quitaba —rio Jane—. Solo amenazaba con llamar a *mum*.

—Después de cobrarlas, claro.

Las dos sonrieron. Los locales chinos, indios e italianos habían proliferado por la zona, especialmente en torno a la estación, pero el Three Lions, el viejo pub que en sus tiempos fue el único del barrio, había resistido. Los barriles de cerveza eran los mismos. También su decoración. Su suciedad. Su oscuridad. Y hasta el menú. De los dueños no había ni rastro.

—¿Cómo estás, hermana?

Joyce había disparado primero. Alegre, siempre fiel a su nombre y ágil conversadora, sabía llegar al corazón de Jane, más reservada y alejada del follón, del núcleo de fisión de charla y acontecimientos que siempre parecía irradiar su hermana.

—Buf. No me acabo de creer que Father ya no esté. Me cuesta mucho.

Jane desvió la mirada hacia la ventana. Claro que Father era muy mayor y que estaba cada vez más deteriorado. Claro que su muerte no le había sorprendido. Pero asistir al desmantelamiento de su

casa, la vieja casa de los Lighthouse, ver desfilar el pasado de la familia y, sobre todo, contemplar un presente en el que no podía reconocer aquel pasado, le hacía sentirse como una masa antes de someterse al rodillo, como un montón de metal a punto de fundirse sin saber si iba a salir convertida en llavero o en camión.

—Ya no era él, querida mía —dijo Joyce—. Si te has disgustado por lo de las últimas voluntades, piensa que ya no era él.

—No es eso, Joyce —dijo Jane—. Bueno, no solo.

—¿Qué quieres decir?

Jane dio vueltas al guiso con el tenedor. Se le había pasado el apetito. Que su padre no la hubiera tenido presente le había dolido, pero no tanto como que no hubiera incluido a sus hijos, devotos amantes de esos abuelos ingleses a quienes se habían esforzado siempre por impresionar. Les habían llamado, escrito y visitado desde que fueron capaces de hacerlo. Tenía pruebas de ello.

Podía entender que se le iba la cabeza, pero se había acordado de los hijos de Arthur y Benjamin, que estaba segura de que habían dedicado al abuelo, estando cerca, menos atenciones que los suyos desde lejos. Y había mencionado a sus dos hijos varones, cómo no. Joyce misma estaba incluida gracias a ese collar, aunque también viviera lejos.

Y, sin embargo, para ella no había ningún recuerdo. Ninguna mención. Ni las cartas que les escribió. Ni las fotos. Ni la manta de macramé que había tejido laboriosamente para él cuando le dio por ahí y que había elaborado con unos hilos de algodón tan especiales que pronto se convirtió en su favorita en el sillón, o eso era al menos lo que él le había dicho mil veces. Ni las toquillas españolas que les había ido regalando. Ni siquiera la armónica que tantas veces había rememorado porque se la robaba de niña para desafinar con la única

canción que era capaz de entonar mientras él simulaba cabrearse y la reclamaba solo cuando ella terminaba de desgañitarse. Nada.

Ella nunca había tenido oído ni dones para la actuación, como Ben. Tampoco la facilidad para la ciencia de Arthur. Ni siquiera la alegría que Joyce había heredado de su madre. Y ahora no tenía ni siquiera los recuerdos. ¿Qué había hecho mal?

Todo ello había ido a parar a Martha o a las vecinas, sin rastro de la huella que ella había aspirado a dejar en él. Y claro que se fue joven y que vivía lejos, pero no había habido año en que no hubiera vuelto a la casa familiar a visitarlos, primero a los dos, luego a él, incluso en los peores momentos, cuando para costear el billete debía apretarse el cinturón durante todo el año porque los ingresos flaqueaban y tenía que simular que en España les iba muy bien. Lo que, durante muchos años, era mentira.

La última vez fue tres meses atrás, cuando su padre ingresó en la residencia de St. Patrick en la que ahora había fallecido y aún tenía ratos de lucidez en los que la reconocía y le preguntaba por... No recordaba el nombre de su marido. Ni de sus hijos. «¿Cómo está...?» Y se quedaba ausente, impotente, en blanco, con la sonrisa abierta bajo unos ojos que imploraban pistas para reconocerse en el rastro que iban a dejar cuando se cerraran para siempre.

Pero a ella sí la llamaba: Jane. En realidad, la llamaba Mary Jane. Desde hacía un tiempo la llamaba Mary Jane. Curioso añadido que le había hecho gracia.

Sí, claro que la había apenado que el hombre que aún la reconocía hacía tres meses ni siquiera la hubiera mencionado en sus últimas voluntades. Que su mirada implorante, su sonrisa vacía y confusa y su mano sostenida entre las suyas se hubieran ido sin un rastro de recuerdo para esa hija que había mantenido la fe religiosa inculcada laboriosamente por su madre. Que había demostrado su

capacidad de entrega. Y cuya familia no conocía divorcios, desviaciones, fracasos, al contrario que las de los demás. Que nunca había pedido nada, como sí habían hecho sus hermanos. Aquello dolía.

—No hagas ni caso, Jane. ¡Si a mí me ha dejado el collar! Ya me dirás qué pinto yo con ese collar.

—No es solo eso, Joyce. ¿Has oído a Arthur? ¿Lo que ha dicho de Ben? ¿No has visto cómo se odian?

—Nunca se llevaron bien.

—¡Joyce! Esta vez casi se pegan.

Arthur, Ben. Ahora sí había dicho las palabras mágicas. Ben y Arthur, Arthur y Ben. Los dos cables que no debían juntarse a riesgo de causar un cortocircuito. El positivo, el negativo. Los dos polos opuestos capaces de pulverizar cualquier esfuerzo de equilibrio entre ambos. Los dos egos tan grandes y poderosos en su enfrentamiento que ellas habían tenido que largarse lejos para buscar su lugar.

—¿Crees que Arthur tiene razón? ¿Qué Benjamin es mala gente?

Joyce suspiró. ¿Quién tenía el marcador adecuado, el termómetro de la bondad o la maldad?, ¿quién podía imponer etiquetas desde la plena seguridad de su propia pureza? Benjamin estaba bebiendo mucho, dijo Joyce, y sus aventuras ya habían desbordado cualquier marco aceptable para Martha. Eso era un hecho.

—Me cuesta tener una respuesta, Jane. La pregunta es si se puede ser mujeriego y buena gente a la vez. Benjamin es un adúltero compulsivo. Un depredador. ¿Es compatible eso con ser buena persona? —preguntó Joyce.

—Claramente no —respondió Jane.

—Pero es nuestro hermano. Little Benjamin. —Joyce sonrió al evocar el tono que utilizaban cuando eran pequeñas—. Arthur siempre fue distinto, autosuficiente, seguro de sí mismo, y no nos

necesitó. Pero Benjamin... Benjamin era tan gracioso, tan cariñoso. Y nos necesitaba tanto.

—Ahora no parece necesitar a nadie —dijo Jane—. Al menos, no a nosotras.

—Tal vez deberíamos hablar con él —sugirió Joyce.

—Y con Martha. Debemos hablar con Martha. Ya la oíste en el funeral. No parece que estén bien.

—Y con Asha —añadió Joyce, que llevó la mano al bolso y tocó la caja de caoba con el collar—. Le debemos una disculpa.

—Tenemos mucho que hacer.

Las dos hincaron el tenedor en sendos trozos de carne oscura, que además de dura se había quedado fría. Estaba tan seca como parecía.

—¿Siempre fue tan asqueroso? —sonrió Joyce.

—Pero entonces nos parecía sabroso —dijo Jane, el gesto sombrío.

—Creo que vuelvo al vegetarianismo puro.

—O tal vez entonces todo nos parecía mejor. Y nunca lo fue. Exactamente como ser un Lighthouse.

Las dos se miraron. Ambas habían hecho esfuerzos por mantener el ánimo y la conversación, pero ahora se quedaron sin palabras.

Como ser un Lighthouse.

La sentencia de Jane había quedado flotando entre las dos.

«El mejor apellido del mundo», que decía su padre.

«Una luz para iluminarnos en la oscuridad», que le gustaba decir a su madre en un eco repetido que a menudo aún llegaba hasta ellas.

«Un faro en la noche para una familia especial.»

—¿Te has planteado por qué las dos nos fuimos de aquí? —preguntó Jane.

—Bueno..., conociste a Carlos..., luego yo a Benoît... —Joyce alzó los hombros—. ¿En qué estás pensando, Jane?

—No lo sé.

Jane apartó el pensamiento y ambas apartaron los platos, casi intactos. Llamaron a la camarera. No había postres ni cafés. La máquina estaba estropeada, como la luz. «¿Y los dueños? ¿Viven aún?», preguntaron. Pasan el invierno en el sur de Portugal.

Las dos hermanas pagaron y se fueron. La próxima cita sería sin duda en un chino, un italiano o un paquistaní. Un español o un francés.

Algún sitio que, al menos, estuviera limpio e iluminado, no como ese antro inglés.

12

De errores y delitos

Arthur retiró el montón de papeles que había acumulado en su silla, aclaró un espacio en la mesa atiborrada para hacer hueco a su portátil y lo encendió. Tenía poco tiempo. Se había comprometido con una protesta que él mismo había alentado meses atrás, cuando el lago que había vertebrado los paseos y zonas verdes de la zona se arriesgaba a perder la protección europea al triunfar el Brexit y, con ella, la posibilidad de librarlo de los vertidos de una eléctrica. Él había reunido firmas, había llamado a la prensa, había ido casa por casa para defender la pertenencia a la Unión Europea y había convencido a unos cuantos locos como él de las bondades de la legislación medioambiental y bla, bla, bla. Había que luchar por mantenerla. Y la cita era hoy, pero la muerte de Father había cambiado las prioridades.

Quería zanjar un asunto y, sobre todo, tenía que salir de dudas. Se apartó las ondulaciones del pelo, que volvieron a caer sobre su frente mientras entraba en Google.

—¡Papá! —llamó su hijo Rob desde la planta baja—. Te esperan en la puerta.

Se despegó de la pantalla, se puso en pie y, alzando los ojos por encima de las gafas de cerca que vibraban suspendidas sobre su nariz, se asomó a la ventana. *Gosh!* Varios vecinos entrados en años le aguardaban en la calle con carteles en las manos. Calzaban aletas

de natación, como él mismo había propuesto, y apenas se sostenían en su equilibrio precario. Dos sesentonas de la acera de enfrente se habían puesto unas gafas de buceo que apretaban sus cabellos grises despeinados, y le llamaron a través de los tubos de respiración. «¡Arthur! ¡Arthur!», creyó entender.

El panorama era patético. ¿Por qué demonios nunca se apuntaban los jóvenes? ¿Por qué sus iniciativas no lograban atraer a esas activistas e *influencers* que seguía en redes y que tanto podrían hacer si se lo propusieran? Él mismo se había abierto perfiles para difundir sus causas, pero no lograba tantos *likes*.

Saludó a las sesentonas desde la ventana con la mano. *My God.* Pura tercera edad.

Ahora no quería bajar. Sabía que cualquier día él también habría estado allí con las aletas y las gafas recorriendo el pueblo para llamar la atención sobre las truchas que iban a morir, los cernícalos que iban a quedarse sin anidar o los ciervos despistados porque su hábitat iba a desaparecer, pero ahora mismo la imagen le disuadió. Y le apremiaba la consulta que debía hacer. Abrió la ventana y gritó:

—Id avanzando. Luego os alcanzo.

Las dos mujeres se quitaron las gafas de buceo, decepcionadas. Todos hicieron gestos de ánimo, «Arthur, te esperamos», convencidos de que la muerte del padre le había entristecido más de lo que preveían, pero se acabaron yendo, caminando torpemente con las aletas y todo el atrezo planeado para reivindicar que el lago recuperara la protección perdida junto con la europeidad. ¿También él habría tenido el mismo aspecto si hubiera bajado? ¿De unos viejos clamando en el desierto? Porque el Brexit acababa de triunfar y ninguna de sus movilizaciones había tenido eco. Habían perdido.

Algo le recordó escenas parecidas de su niñez. Los exámenes a la vuelta de la esquina, la concentración disparada en algún trabajo del

colegio que le ataba a la silla mientras algún niño del vecindario le gritaba a su ventana para animarle a bajar. O su madre para que fuera a comer. Su capacidad de involucrar a sus amigos para construir juntos un tornillo de Arquímedes en el estanque cercano con el que desafiar la gravedad, por ejemplo, o un circuito eléctrico impecable era tan grande como la que tenía para olvidarse instantáneamente de todo y enfrascarse con el mismo entusiasmo en un libro sobre la velocidad cósmica y la distancia entre las estrellas. Siempre entusiasta, siempre cercano, siempre lejano.

Y estaba triste, claro. La muerte de Father le había dejado «en primera línea de playa», pensó, recién cumplidos los sesenta años y al borde de un futuro como el que representaba esa cuadrilla que ahora se alejaba por la calle: cuerpos avejentados, cabellos grises y escasos, torpeza, arritmias, triglicéridos, la vida avanzando hacia la senectud como la de todos aquellos animales que tanto había estudiado y que se iban postrando en la selva sin padres, sin hijos, abandonados por las manadas que debían seguir su rumbo. Él, primogénito de una camada en la que sus hermanas, demasiado lejos, poco podían ayudar, y su hermano, demasiado cerca, hacía todo lo contrario. Estaba triste, sí, pero lo que ahora le retenía aquí tenía más que ver con el estropicio de Benjamin que con la tristeza por su padre.

Volvió a sumergirse en el ordenador. Por fin tenía las claves de la cuenta e iba a entrar. Antes le llamó la atención un mensaje. Era de Ann-Elizabeth King.

«Hola, Arthur, perdona que no te respondiese. Estoy muy liada, pero estuve con Caroline y me dijo que volviste a preguntar por mi libro. Te envío la referencia. Siento lo de tu padre. *Best wishes.*»

El mensaje le alegró. Si algo bueno había tenido el funeral de Father fue haber reencontrado a esta amiga de Caroline tan

brillante, tan particular, tan diferente a su propia hija. Caroline había salido a su madre, siempre malhumorada, enfadada, pasiva. Pero esa chica... Era estimulante hablar con ella y admirable cómo se había puesto en primera línea del debate sobre el racismo en este país. ¿Sería cierto lo de su relación con Ben? Arthur no acababa de creérselo. Esa chica no se enredaba con hombres mayores, lo había comprobado en carne propia cuando la invitó un par de veces a comer y quiso tantear el terreno... Mejor olvidar esa conversación. «Eres el padre de Caroline...» Y además era demasiado inteligente como para tragarse a semejante impostor. ¿O no? ¿O acaso su hermano guardaba dones que él no acertaba a discernir y su capacidad de seducción no se limitaba a las pobres aspirantes a actriz? La sola idea le molestaba. Quién sabía.

De momento, no contestó. Compraría el libro. Lo leería. Y con ello tendría una nueva excusa para intentar quedar con ella. También él tenía mucho que decir.

Ahora volvió a la pantalla, introdujo las claves correctas y entró.

Benjamin había hablado de la enorme factura de la residencia como el gran boquete por el que se habían esfumado los ahorros. Y ciertamente era grande. Pero Father solo había estado allí tres meses. La excusa no se sostenía y lo comprobó: el dinero había empezado a salir a espuertas hacía un año, cuando Benjamin empezó a tener el control de la cuenta, y en la última semana esta se había vaciado por completo.

Comprobó las fechas. El último reintegro se había hecho el mismo día de la muerte. Las últimas libras. Los ahorros de una vida se habían evaporado, se habían quemado en manos de ese grano en el culo que era su hermano pequeño. «Hay que ayudarle, el pobre. Ha elegido una carrera difícil.» Aún podía oír la voz de su madre. La de

su padre. Y a sus hermanas. «En su carrera hoy estás arriba y mañana estás abajo. Hay que ayudarle.»

Cogió su teléfono. Podía llamar a Benjamin. O podía llamar a un abogado. Podía escuchar las excusas vagas de su hermano. O podía ponerle una demanda.

Father ya no estaba para protegerle. Jane y Joyce... Sus hermanas se pondrían nerviosas, qué más daba, ya está perdido, la demanda solo quemará puentes, empeorará la situación, dirían. Será un error.

Iba a decidirlo solo. Como aquella vez que destapó la jaula en la bodega de un barco y metió el dedo para tocar a la serpiente. Quizá fuese un error, pero los errores, como dijo su padre, eran el camino hacia la verdad. En cambio, lo de su hermano era un delito.

II
El limbo

Mi Marjory:

La frase estuvo muchos días atascada en mi garganta hasta que reuní fuerzas y te lo dije: «Me han ofrecido ir a África. A Tanganica».

Todavía puedo ver tu reacción, sigo temiéndola y disfrutándola como si aún te tuviera delante en aquel día de 1954. Vi el susto, la sorpresa, la decepción, pero también el chispazo que alumbraba tus ojos en los mejores momentos. Nuestros mejores momentos.

Cuando nos conocimos, nos desbordaban los planes. Tú estabas terminando los estudios de maestra, yo los de veterinario, y teníamos todos los sueños al alcance. A mí me tentaba la universidad, la investigación. Tú preferías el campo, dar clases en un pueblo y crear un hogar en una casa grande que íbamos a llenar de niños, de pianos, violines, de música y de fiestas junto a una parroquia a la que llevarías tartas de manzana los domingos. Así lo decías. No necesitabas más.

La guerra ya era historia y ese era un tiempo febril, dinámico, lleno de oportunidades. Dos jóvenes como nosotros no solo teníamos todo el país para elegir, sino todo el mundo, porque nuestra bandera ondeaba en cualquier rincón del mapa.

Viajar a las colonias era el sueño de los jóvenes con ambición y había que decidirse pronto. La independencia ya nos había quitado la India, que había sido el destino natural de los aventureros, pero quedaban muchos lugares y Tanganica lo tenía todo. Era un lugar pacífico que Inglaterra había conseguido tras la derrota de Alemania en la Primera Guerra Mundial, en el Tratado de Versalles. Los peores recuerdos de ocupación y violencia que guardaban los nativos eran de soldados alemanes, pues fueron estos quienes los sometieron. Y a los ingleses no nos iba a costar desarrollar la economía del país. Allí estaba todo por hacer.

Para mí era un desafío deslumbrante: ocuparme del cuantioso ganado de un país regado por los Grandes Lagos, con una vegetación desbordante, una fauna salvaje en plena libertad y una población nada conflictiva. Animales nuevos para mí, cabañas diseminadas de especies que había que racionalizar, explotaciones con todo por delante para mejorar. Y a eso había que sumar el

lago Victoria, el Kilimanjaro... Gregory Peck y Ava Gardner nos habían puesto los dientes largos con *Las nieves del Kilimanjaro*. Y yo no me parecía en nada a Humphrey Bogart, pero tú bien podrías haber sido el personaje de Katharine Hepburn en *La reina de África*. La reina eras tú. Más bonita aún. Mi Marjory.

Allí podrías ser maestra. Aquello no era exactamente el *countryside* que tú perseguías, pero había misioneros, había escuelas y había una colonia británica. Podíamos pasar allí unos años, nuestros primeros años, y regresar más adelante a construir nuestro hogar familiar. Con nuestros hijos. A nuestro *countryside.*

Por eso, de la decepción pasaste rápidamente al entusiasmo. Así eras tú. Optimista hasta en el lecho de muerte. Pero en eso no quiero pensar. Sigo.

Enseguida accedimos. Y pronto partí hacia África.

Primero viajé yo. Era enero de 1955. Y unos meses después llegaste tú, mi *sweet heart*. Llegaste al puerto de Dar es-Salam en un viejo mercante que despertó con la bocina a toda la comunidad. Aún recuerdo los pitidos en el muelle, la estela de espuma a su paso, tu saludo radiante desde la barandilla, los nativos ayudando a amarrar el barco, todo volvía a estar en orden.

Al cabo de pocos días nos casamos. Recuerdo que traías el vestido de boda de tu madre y tuviste que guardarlo para no morir de calor. Nos casamos con prendas ligeras de lino, un montón de banderines de Inglaterra en las manos de todos, con testigos improvisados, una orquesta que desafinaba a más no poder y, eso sí, el velo más largo que nadie recordaba en la zona. Bailamos hasta el amanecer, los ingleses ya cocidos de brandy y oporto y los nativos curioseando y mezclados con nosotros, como tú querías... Fue una gran boda, la mejor.

En África las copas de la noche se llamaban «puesta de sol». Pero aquellas acabaron llamándose «salida del sol». Así fue la fiesta.

Y debo decirlo antes de proseguir: tú solo me diste felicidad. Fuiste mi paraíso, y desde que nos dejaste voy rumbo al infierno. Sin más.

Pero los problemas los puse yo. Voy a servirme otra copa y lo dejo aquí.

Mañana continuaré. Buenas noches, *sweet heart.*

E. L.

2 de enero de 2010

13

Las cajas

Asha se incorporó en la cama con dificultad. Aún estaba muy cansada. Los sueños extraños la habían asaltado durante toda la noche.

Al llegar con las cajas, la víspera, se había tenido que detener varias veces en la escalera para recuperar el ritmo de la respiración. Estaba reventada. A su edad, subir los cuatro pisos era algo que siempre debía hacerse por etapas, pero aquella sesión en casa de los Lighthouse la había dejado exhausta y llegar a su piso le costó más que de costumbre. Amina estaba atravesada, el taxista había puesto el grito en el cielo y su nieta bajó hecha una furia para ayudar a su madre, plantada en la acera con las cuatro cajas que el conductor sacó a regañadientes del maletero. «No soy un camión de mudanzas.»

—¿Cajas de qué? —había preguntado la nieta cuando la avisaron desde abajo.

—Cajas de papeles —había respondido la madre—. Anda, baja y ayúdanos.

—Tacaños de mierda. —La nieta no se cortó.

—Cállate y baja.

Y allá bajó a grandes zancadas mientras Asha se echaba a un lado en el descansillo para dejarla pasar y tomar otro respiro entre la

corriente de mala leche que fluía por la escalera más rápido que sus pasos. Hacia arriba y hacia abajo.

Una tras otra, las pesadas cajas fueron llegando a su habitación, que no era otra que el salón. Amina y su hija, furiosas.

Pero querían abrirlas.

—¿No decíais que esto no valía para nada? Ahora me dejáis en paz con mis cajas —las echó ella.

Y se fueron. No tuvieron más remedio. Entonces Asha tomó un Lexatin y se acostó, pero no logró descansar.

Por ello ahora se incorporó con dificultad. *Fus, fus.* Adiós pesadillas. Había que ponerse en marcha.

Cuando llegó a Inglaterra, hacía ya cincuenta y cinco años, Asha se instaló en la casa familiar de los Lighthouse. Ella debía de tener diecisiete o dieciocho años, nunca lo supo con certeza porque entonces carecía de papeles. Amina tenía dos. Madre e hija vivieron los primeros años en la habitación del servicio, vieron nacer a Jane y Joyce, primero, y después a Benjamin. Ellas eran parte del hogar.

Hasta que los padres decidieron que Amina y ella debían irse.

La naturaleza de esa decisión la trastocó. El misterio con que el señor Everett envolvió de frases las razones mientras Marjory observaba la escena emocionada, abatida, nunca encajó con su capacidad de comprensión. No lo entendió. Y le pareció evidente que la señora tampoco.

Ella ni siquiera dominaba el idioma ni se había desenvuelto en la vida inglesa más allá de las compras en el pueblo o la relación con el lechero o los vecinos. Estaba contenta de vivir en Inglaterra y jamás habría dado un paso atrás, pero de alguna forma añoraba lo simples que eran las cosas en Tanganica, donde las casas se levantaban de

la nada, sin mayores papeleos, donde los hijos se criaban sin tantos aspavientos, donde todo transcurría sin mayores complicaciones que lograr comida y cocinarla. Y donde la gente vivía con su clan, nunca sola, eso habría sido un disparate. Por ello la idea de independizarse y de tener su propia casa la descuadró.

A su marido no le echaba de menos, sino todo lo contrario. Por noticias que llegaron de Dar es-Salam sabía que la había maldecido tras su marcha, tanto a ella como a Amina. Que la había condenado a latigazos y que su siguiente esposa los había recibido en su ausencia. Veinte correazos en una sola sesión. También la desheredó, obviamente, pero la idea de perder la cuarta parte que le podía corresponder a cada esposa de su rebaño de cabras y de un negocio en el que los granos y plátanos salían como entraban, sin dejar rastro, le traía sin cuidado. Después, ordenó el silencio sobre ellas y todo acabó.

Aquello había quedado atrás.

Y además sabía que el poder de su marido nunca iba a atravesar los mares como ella había hecho con Amina para llegar a este país lluvioso y rico donde no pertenecía a ningún hombre y tampoco a esta familia que la había traído desde Dar es-Salam.

Pero el poder de las costumbres, la tradición y la forma de vida que había heredado sí habían viajado con ella. Asha siempre había dependido de otros. Comprender que ahora podía ser dueña de su destino, que no solo había escapado a la servidumbre de su marido, sino que además podía organizarse con independencia de la familia Lighthouse, fue estimulante. Aprender que el trabajo iba a quedar circunscrito a un horario fijo y que, fuera de él, ella iba a disponer de su vida, de su dinero y su casa fue un paso monumental, mayor aún que el de viajar a Inglaterra. Y cuando los señores lo decidieron, la idea despertó en su cabeza planes y sueños que jamás se habría

permitido. Se imaginó dueña de una casita con jardín como las que había conocido en Kensington Road, donde dedicarse a observar cómo crecían las flores y la huerta, pero sabía que los extranjeros como ella solían vivir en los pisos de protección que se amontonaban al lado de las cocheras de la estación, el único territorio donde el olor a canela o curry formaba una burbuja que la sacaba de Inglaterra para llevarla a la infancia, a los caminos que conducían al puerto de Dar es-Salam, donde mujeres de color aceituna cocinaban para sus marineros llegados de la India, de China o de Omán que se asentaban en Tanganica como puerta de entrada a África. Aquella mezcolanza flotaba también en los pisos de protección oficial.

Había estado en ellos de visita. Allí había sentido los olores de su infancia, las especias en los pucheros y el aroma agridulce de los perfumes de las mujeres y de su sudor. Olía a África, olía a aceites para estirar ese pelo ensortijado al que la naturaleza las había condenado. Olía a comino, a jengibre, a maní.

Pero no había mucho más. El ruido de los trenes era demasiado ensordecedor como para evadirse. La alineación infinita de vías negras de British Railways era la única vista por la ventana. El humo del carbón se imponía sobre los aromas y cortaba de raíz cualquier ensoñación. Y la niebla habitual hacía el resto.

Por ahora, tendría que adaptarse a uno de esos pisos.

Tendría que ahorrar.

Quién sabe si en el futuro podría aspirar a una casita.

Y si había añorado la simplicidad de su país era precisamente porque allí todos vivían a la altura de la calle, en casas con patio o jardín, aunque fueran chabolas. Además, una vez que viviera sola y sin la protección de los Lighthouse debería aprender a transformar los sueldos que el señor había ido guardando para ella en el pago de ese piso, en comida, en luz, en agua, en ropa. Todo eso lo podía

entender y desear, pero ¿cómo iba a organizarse en ese país extranjero? ¿Cómo iba a desplazarse? ¿Cómo iba a cuidar de Amina? ¿Quién iba a ocuparse de su hija si ella estaba con los niños Lighthouse? ¿Quién le iba a enseñar a estudiar si ella era prácticamente analfabeta? Eso era lo que la inquietaba.

En aquellos días, la pequeña Amina volvía del colegio cercano con un uniforme que a Asha le llenaba de orgullo, similar al de los niños colonos en Tanganica. Pero también regresaba con deberes que ella no sabía descifrar, sumas y multiplicaciones que desconocía, frases y normas que no alcanzaba a comprender. Y eran los hermanos Lighthouse quienes la ayudaban si tenía dudas. Todos los hermanos no. Era Arthur.

Nacido y criado sus cinco primeros años en Tanganica, Arthur la había adoptado desde que nació como si fuera un miembro especial de un club, el único miembro a tiempo completo de una corte entregada a contemplarle y compuesta únicamente por su madre, por Asha y por Amina. Con la naturalidad que da la convivencia cuando ni siquiera hay competición.

Con tres años menos que Arthur, Amina siempre fue la mirada atenta que seguía sus movimientos, el oído que escuchaba sus explicaciones, la risa segura ante sus bromas, el llanto contagiado cuando él se hacía daño, el abrazo cuando la buscaba. Amina había sido el público devoto y cautivo de un niño inteligente que destacó desde muy pequeño por una curiosidad ilimitada que desarrollaba siempre en voz alta. Donde había una lagartija había una oportunidad de explicar su importancia para disminuir la población de mosquitos. Donde había una hiena podía resaltar el valor de los depredadores. Donde había estrellas surgía el debate sobre la distancia entre cada una de ellas, aunque todas parecieran espolvoreadas en la noche por el azar o el capricho de una mano

superior que desde la Tierra no se descifraba. Cuando había vaho en los cristales llegaba la explicación sobre la evaporación del agua. Por no hablar de sus discursos cuando hervía un huevo y se elevaba en el puchero, cuando el aceite se mezclaba con el agua, cuando la fruta se oxidaba al pelarla o cuando el trueno tardaba en llegar después del rayo. «No hay que temer el trueno, sino el rayo, y este ya pasó», decía Arthur con apenas cuatro o cinco años. Era el fiel reflejo de su padre en términos de conocimiento, pero elevado a la enésima potencia en el ánimo de comunicarlo todo, de compartirlo y de emocionarse, como su madre.

Asha aún recordaba cuando Amina empezó el colegio y Arthur fue el primero en salir a la calle a recogerla al autobús, aún más rápido que ella:

—¿Qué tal el cole? —le preguntó, preocupado, amoroso.

—Bien.

—¿Has hecho amigos?

—Sí.

—¿Y cómo se llaman?

—Aún no les han *ponido* nombre.

La pequeña Amina los hizo reír y Arthur la abrazó con más fuerza que ella. Después se empeñó en ayudarla a entender, a leer, a contar. Se coló siempre en la cocina para acompañarla.

Asha nunca habría tenido explicación para todas esas cosas que el muchacho explicaba allí, mientras ella cocinaba, y que Amina absorbía igual que ella había absorbido, de niña, las costumbres más comunes de su vida familiar y que incluían todos los matices entre la lluvia y el sol, la cosecha o la sequía, que el padre estuviese en casa o fuera y, más adelante, entre un marido a la vista —opción dolorosa, pero necesaria en el rumbo de una niña hacia su vida adulta— o el fracaso de la soltería. En su niñez, las cosas se

explicaban por la voluntad de Alá, de los ingleses, o como un castigo eterno por acciones de antepasados que habían torcido la suerte familiar. La boda con su marido entró en la categoría de voluntades de Alá.

Ella y sus hermanas nunca habían ido a la escuela. Cuando eran pequeñas, una vecina las reunía para que aprendieran el Corán, pero nunca llegó a ir al colegio tal y como lo habían instituido los ingleses. Su hermano sí. Lo más cerca que estuvo entonces de aprender a leer fue cuando se pegaba a él mientras hacía los deberes y observaba, repetía y aprendía el nombre de las letras y los números de sus cuadernos. Le embelesaban las líneas en el papel, las marcas de los lápices en las hojas o la posibilidad de borrarlas con una goma blanda si se equivocaban. Los números también. A partir de unos cuantos podían construirse todos añadiendo simplemente más ceros por delante o por detrás. Parecían mágicos, abrían todas las posibilidades a mano. Y además servían para entender las compras, la cosecha, el reparto de comida, de grano, para numerar los sacos antes de su distribución. Aún recordaba cómo desfilaban en su cabeza al acostarse y cada uno de ellos podía abrir secuencias infinitas de pensamiento.

6 eran los hermanos en total.

5 eran ellas, las hermanas.

1 era él, Musa, su único hermano varón.

1 era ella.

4 eran sus abuelos.

De pequeña, cuando aún vivían en la aldea y contaba a sus vecinos, llegaba hasta el número 25. O al 26 si añadía a un viejo que habitaba en el camino.

Y si lograba esconder papel y lápiz fuera de la vista de su hermano apuntaba las veces en que repetía acciones a lo largo del

día.

El 1 para las veces que recorría el camino hasta el pozo.

El 3 para las ollas que manejaba mientras ayudaba a su madre.

El 6 para las cabras que había ordeñado.

Registraba números en el papel, aunque luego se olvidara de lo que representaban. Porque escribir era harina de otro costal. A veces, si no tenía la goma, los tachaba y escribía otro encima. Hasta que logró aprender las letras.

Estas fueron más complejas, pero también pudo con ellas. Primero logró escribir su propio nombre, los de su familia, sus vecinos. Después, los de las cosas que la rodeaban. Se quedaba largo rato mirando esas hojas y a su hermano hasta que su madre la llamaba para vigilar las ollas o ir a buscar agua. Todo ello cambió cuando dejaron la aldea y, más tarde, cuando se casó y el trabajo de atender a su marido viejo la apartó de su hermano.

No recordaba por qué se fueron, por qué todos migraron a la ciudad, por qué la vida cambió, por qué eso nubló para siempre el ánimo de su madre, de su padre, de su abuela. De todos los mayores de la aldea.

Lo que sí recordaba era que, en aquellos años convulsos, colocarse en las casas de los ingleses se convirtió para muchas nativas en la mejor fuente de ingresos para mantener a sus familias. Y ese fue su destino.

En la ciudad nunca volvió a disfrutar de la oportunidad de aprender, porque su hermano no regresó a la escuela. Pero recordaba como un momento único cuando vio el nombre de su pequeña en el registro de nacimientos que habían creado los ingleses y supo leer: «Amina». Le gustaba que el nombre de su hija empezara y terminara por A, la primera letra que había aprendido y su propia inicial. Ella no lo había elegido por ese motivo ni lo había

pensado entonces. Pero pronto se dio cuenta de la coincidencia y eso le gustó. La tranquilizaba la A. Al principio y al final. *Asha. Amina.* Como, más tarde, Adela.

Y aquellos recuerdos estaban volviendo a su cabeza tras la muerte del señor Everett. Llevaba días dando vueltas a esas cosas. Y contemplar ahí, en su pequeño piso sin ascensor, las cuatro cajas repletas de cuadernos junto a los muebles viejos de los Lighthouse que hacía décadas habían ido a parar a su hogar la había revuelto por dentro. La había revuelto mucho.

Amina, además, estaba nerviosa. Y su nieta no ayudaba, escupiendo tacos por la boca contra aquella familia como si se hubiera propuesto ganar un concurso de furia. Adela maldecía a los jefes de su abuela, maldecía su hipocresía, su ceremoniosa forma de hablar, y nunca paraba de decir que había que exigirles una compensación. «¿Compensación por qué?», le preguntaban. «Por la esclavitud.»

—No somos esclavas —solía replicar entonces Asha—. Ni lo fuimos nunca.

Pues por la explotación. Por el colonialismo. Por sacarla de su país. Por llenarles ahora la casa de cajas viejas que añadir a los muebles desgastados y a toda la palabrería hueca que siempre repetían cuando llamaban por Navidad. «Sois parte de la familia», parafraseaba y se burlaba al colgar mientras los imitaba, con sus remilgos y sus frases hechas desde sus chalés con jardín o sus pisos en Covent Garden mientras ellas se pudrían en ese viejo apartamento donde los muebles desmesurados y ajenos que les sobraban a los Lighthouse habían desbordado hacía tiempo el espacio estrecho y donde habrían tenido difícil añadir un simple macetero para ver crecer una flor. «Ojalá fuéramos un día a Ikea —solía decir Adela— y tiráramos esta mierda.»

A su nieta se lo perdonaba. Le hacía gracia. Al fin y al cabo, tenía diecisiete años y todo su cuerpo adolescente, su olor, su sudor, sus hormonas, su mala leche y los caracolillos de pelo afro que se afanaba en proyectar hacia el cielo procedían de una rabia que a Asha le causaba simpatía. A su edad ella estaba criando a Amina —y a Arthur— a la vez que servía, se sometía a su marido y se deslomaba en el barrio colonial. Y le encantaba ver que su nieta no tenía que librar esas batallas, sino pelearse con los libros que ella no tuvo, con exámenes que jamás habría entendido y con la misma vida. Y todo ello se le daba bien. También aprendía de ella. Hasta los rizos que Asha siempre había intentado disimular, a su nieta le servían.

Más le sorprendían los nervios de Amina. Con cincuenta y siete años, su hija tenía edad de sobra para ser más reposada, más tranquila, para no dejarse llevar por la ira, pero se había dedicado a recorrer de un lado al otro el piso como si fuera una pista de carreras. De la cocina a la sala, de la sala a la cocina, fumando compulsivamente y llenando el exiguo espacio de un humo que las hacía toser a todas. Hasta su hija la riñó.

—¿Puedes dejar de fumar? ¿Nos quieres matar a las tres? —inquirió la nieta.

—¿Se puede saber qué te pasa? —preguntó Asha.

Pero Amina no contestó.

Sus recuerdos de Tanzania eran heredados, postizos. Jamás había logrado arrancar a su madre ningún dato sobre su padre, del que apenas se había formado una imagen de hombre primitivo, dueño de cabras y de varias mujeres que le habían dado más hijos que Asha, hermanos de los que lo desconocía todo.

En su primera infancia en Londres, los parientes de Dar es-Salam apenas fueron una misteriosa fuente de cartas enviadas por intermediarios con escasas novedades y sin referencias que ella pudiera entender. Todas tenían el mismo tono monocorde y burocrático, seguramente marcado por escribidores de pago que seguían un guion estándar.

Gotearon los primeros años, cuando todavía llegó alguna foto familiar de tías maternas posando con un montón de niños que su madre se empeñó al principio en distinguir por su nombre, pero que a ella le traían sin cuidado. Para Amina eran seres lejanos e indefinidos como las personas que salían en las noticias de la televisión, a los que Asha describía con detalles que ella no retenía. Después, las fotos dejaron de llegar.

En aquel entonces, también ella debía escribirles, pero se sentía rara compartiendo información con unos extraños a los que no sabía qué decir. Les hablaba de las notas en el colegio, del tiempo y de sus amigas. Intentaba hacerlo como si fuese una redacción escolar y no lo conseguía porque su madre se empeñaba en dictarle cosas, en hacerle borrar otras o en dar su aprobación a todo lo que se le ocurriera poner. En general, con órdenes contrapuestas.

Si mencionaba una excursión, un concierto, una obra de teatro o cualquier cosa divertida, su madre le hacía quitarlo. La iglesia del colegio, mejor ni nombrarla. Pero si escribía que ella no iba a la iglesia para subrayar lo contrario, Asha también se enfadaba.

En la senda de los Lighthouse, ella había estudiado en una escuela católica, pero, a diferencia de ellos, se vio obligada a sepultar su origen musulmán. Aprendió el catecismo y creció familiarizada con las misas y los curas, pero la mención al tema religioso también estaba vetada en las cartas. Para la familia africana, no podía ser católica. Y, para los ingleses, no podía ser

islámica. Por ello Amina se aburría de escribir borradores que siempre había que corregir para una gente extraña que, a la vista de la censura materna, debía seguir siéndolo.

Su relación con el universo de Tanzania había sido, por tanto, incómoda, difusa y mediatizada por su madre, que al mismo tiempo rehuía facilitarle ningún tipo de información. Y los agujeros del pasado africano crecieron más que las microdosis que Asha administraba, de tal forma que contaminaron toda su voluntad de adentrarse en él. Eran terreno vetado y pronto le dejaron de interesar.

Los grandes recuerdos de su infancia estaban, en realidad, en la casa de los Lighthouse. En la dulzura de Marjory, infinitamente más cariñosa que Asha. En los juegos de Arthur. En las trenzas de Jane y Joyce, en sus casitas de muñecas, sus disfraces. En el jardín. En la pipa y las gafas de Everett. En las burlas de Ben. En funciones que ensayaban una y otra vez con flautas y tambores en un escenario habilitado en el desván. Y en aquella cabaña en los árboles que habían ido construyendo al fondo con maderas y tablones, entrecruzando escalerillas y cuerdas para trepar rápido y saltar desde arriba con lianas que siempre creyeron seguras. Allí era donde se perdía su memoria.

Los años que pasó allí, viviendo con ellos, fueron el verdadero humus de su vida, el terreno fertilizado que nutrió todo lo que componía su pequeña historia, para bien y para mal. Cuando evocaba aquellos tiempos aún refulgía con fuerza el magnetismo de Arthur, su verbo deslumbrante y su atractivo. El parloteo vibrante de Jane y Joyce también formaba parte de la música agridulce de esa época. Dulce, porque las gemelas llenaban los espacios de alegría, de juegos, y la involucraban muchas veces en ellos. Agria, porque, aunque ambas eran dos años más pequeñas, a Amina le tocaba el

papel que ellas decidían. Tal y como ellas decidían. Y porque envidiaba su unión, que se tuvieran la una a la otra. Aunque creyera que las tres eran amigas, en los momentos de enfado ellas construían un muro que la excluía. Ella solo tenía a su madre y así se lo dejaban ver. Por ello, hasta qué punto pertenecía o no a los Lighthouse solía ser materia de confusión.

Pero, por aquel entonces, le bastaba. Madre e hija dormían juntas en la misma cama y Amina conciliaba el sueño entre los brazos de Asha. En su pelo revuelto se entrelazaba el suyo. Y el calor de su recio cuerpo la protegía en la oscuridad. También despertaban juntas. Su madre tenía que preparar los desayunos de la familia y ella debía asearse y vestirse para subir a tiempo al autobús escolar que la iba a depositar temprano en su colegio, donde los hijos de madres trabajadoras llegaban una hora antes que los demás para repasar, dormitar y permitir así que ellas, normalmente inmigrantes de la Commonwealth, cumplieran con sus obligaciones. Los niños Lighthouse salían después. Tenían otro horario, otros colegios. Ellos, de chicos. Ellas, de chicas.

Hasta que, de repente, terminó ese tiempo que a Amina le había parecido único, eterno, una prolongación infinita de un modo de vida sin cuestionamientos, sin fisuras, sin más alteraciones que la llegada de unos y otros del colegio, el aprendizaje, las tareas, el lechero, el autobús. Las canciones que conocía venían de ahí. Los juegos que recordaba también. Las carreras por el jardín persiguiendo ardillas ocurrieron ahí, en Forest Oak, esa casona con un enorme roble que hoy seguía en pie, aún lo veía a menudo. Y el amor también porque, si algún día había descubierto la ternura, era con Marjory.

El recuerdo de ayudarla a desplegar redes para proteger los groselleros de los pájaros la acompañaba siempre. También el tintineo al recoger las botellas de cristal que el lechero colocaba

puntualmente cada mañana en la puerta y que ella volvía a poner ahí de noche, ya limpias. Eso la hipnotizaba. Si dejaba cinco botellas vacías, el lechero reponía cinco llenas. Si no habían consumido todas y dejaba solo tres, el lechero ponía tres. Los códigos funcionaban como un reloj en un tiempo circular en el que el reciclaje y todo lo demás encajaba sin contenedores, sin apps, mediante el simple trato personal; en una época y una casa a la que se había acostumbrado sin memoria alguna de su corta vida anterior.

El periódico también llegaba cada mañana al buzón y le encantaba abrir ese receptáculo misterioso que oscilaba en días de viento y que a veces ocultaba sorpresas. Le gustaba recogerlo para colocarlo en el salón, en la mesita del señor Everett, donde después le observaba a escondidas y admiraba su capacidad para desplegarlo entero y pasar las páginas. Unas páginas de tamaño sábana, más grandes que ella misma, que se quedaba quieta tras el sofá espiando al patriarca y creyendo que él no la veía, aunque de vez en cuando él apartaba las hojas y mostraba sus ojos amables antes de continuar leyendo.

Por ello se entristeció cuando todo cambió, cuando todo explotó. Cuando el señor Everett trepó hasta la cabaña, se enfadó como el ogro de los cuentos, los hizo bajar y les comunicó tajantemente que Asha iba a seguir trabajando ahí, sí, pero que ella ya no era bienvenida. Cuando las echó. Amina solo recordaba la extrema severidad en su mirada, la decepción, como también la rapidez de Arthur para esconderse asustado mientras ella lloraba. El chico que no conocía el silencio ese día calló.

Pero Amina había olvidado todo lo demás. Entonces, Marjory no entendió lo que pasaba y Asha seguramente tampoco; aún hoy no sabía si ella misma lo había entendido ni si lo había hecho el

mismísimo Everett, que se transformó cuando los vio en la cabaña como si alguien hubiera asesinado a alguien.

Y lo que también recordaba con nitidez era cómo, en medio de la crisis, su madre alzó dignamente la cabeza, preparó sus cuatro cosas en silencio, después le tomó de la mano y le dijo:

«Nos vamos».

«¿A dónde?»

«A nuestra casa.»

«¿Y esta no es nuestra casa?»

«No.»

«¿Nos echan?»

«Nos echan.»

«¿Por mi culpa?»

«No lo sé.»

«¿Y Mother?»

«¿Qué Mother?»

«Marjory.»

«Tu única madre soy yo.»

Entonces sintió que había hecho algo malo, pero nunca supo qué. Y Arthur siempre calló.

«Recordad que sois parte de la familia», se limitó a decir Marjory abatida, insegura, sin ninguna convicción en la mirada mientras ella lloraba desconsolada. La arropó en su cuerpo cálido y, en medio de un abrazo intenso, eterno, susurró: «Lo siento, mi niña bonita, *my little girl*».

Y así es como se vieron en la calle. La ropa en bolsas, los libros del cole en el brazo. De la noche a la mañana, la vida metida en un taxi que pagó su madre. Primero fueron al apartamento de una amiga de Asha. Poco después, a otro que quedó libre en su bloque.

Hasta aquellos días Amina no sabía que pudieran existir pisos sin jardín, sin pájaros, sin flores, sin habitaciones grandes, sin otros niños con los que hacer los deberes y jugar. Sin su madre. Sin Arthur. Pero existían, claro que sí. Junto a las sucias vías de tren. Junto al humo que manchaba su ropa colgada. Un bloque de viviendas públicas envuelto en *smog* y hollín. A partir de entonces, cuando ella llegara del colegio con la llave al cuello tendría que aprender a entrar sola y a hacer los deberes sin ayuda hasta que Asha regresara, entrada la noche. Sin fuerzas.

Entonces la llamaba Asha porque todos la llamaban Asha y la palabra *mother*, madre, estaba destinada a la señora Marjory. Así la llamaban sus hijos y así la llamaba ella algunas veces, ingenua y feliz, para descubrir solo *a posteriori* que, por razones desconocidas, se había equivocado. Aquello no había gustado a nadie. Asha la reñía, nerviosa: «Tu madre soy yo. Ella es la señora Marjory». Y algo en ese sustrato de memoria que conservaba le decía que esa confusión que sufrió había enfadado al señor Everett, a la señora Marjory y por tanto a su propia madre. Amina quería enormemente a la señora Lighthouse y sabía que ella la adoraba también. «Como a una hija.» Esa voz había arraigado firmemente en su recuerdo. «Eres una hija para mí.» Lástima que hubiera muerto tan pronto.

Ahora, adulta y tan lejos ya de esa primera infancia, se preguntaba si aquello no habría sido el verdadero desencadenante de su salida. Del fin de la vida perfecta que fueron sus primeros años. Eso y la cabaña. Los hermanos. De algún modo, su memoria borrosa tenía dos únicas certezas: el amor de Marjory y la amistad o, más que amistad, la fusión con Arthur. «¡Sois inseparables!» Esa voz también resonaba en su recuerdo y no era triste. Era una voz alegre cuando se enganchaban a jugar, a hacer deberes, a parlotear, cuando se buscaban entre todos para seguir riendo o riñendo en

interminables disquisiciones que no les cansaban nunca. Pero se separaron, sí.

Solo después de salir de allí e instalarse en su piso aprendió a llamar Mummy a Asha. O Mother. Fue al entablar relación con los vecinos. Niños pequeños, solos como ella hasta última hora de la tarde, que solían reunirse en la escalera para refugiarse de la lluvia, comparar las meriendas y hablar de sus madres en esa edad en que aún las admiraban, aunque solo fuera porque no estaban en casa. Cada uno defendía entonces que la suya era la más guapa, la que lucía la melena más bonita, la más alegre, la más buena, la mejor cocinera, la que más trabajaba, la más sonriente. Por fortuna para Amina, los padres no solían salir en la conversación. Y en ese duelo de madres ella también aprendió a defender a la suya. A las dos.

«La mía es la más guapa», dijo.

«No, porque es negra.»

«Pero tengo otra y es blanca.»

«Mentira.»

Lo dijo una niña gordita y pelirroja del primer piso cuya madre era irlandesa. Y enseguida se desató una discusión. «Las negras somos más guapas», dijo una de ellas. «No, las indias somos las más guapas.» «Mentira.» «Las blancas somos mejores.» Y ella contempló la bronca con temor, sin dar con más razones para defender la belleza de su madre que las que habían encontrado las demás: porque sí. Entonces no habría sabido describir el calor reconfortante del cuerpo de Asha por la noche, la pericia de sus manos en sus rizos, la sabiduría con la que ordenaba sus días aunque apenas supiera leer. Entonces era la mejor porque sí. Ni siquiera sabía en realidad que fuera negra. De Marjory no volvió a hablar.

Lo cierto es que las blancas eran minoría en la escalera frente a la suma de todas las demás, las que habían llegado de las colonias.

Pero se creían mejores, y con mucha diferencia. En esos pisos vivían algunos irlandeses empleados de una fábrica cercana y también ferroviarios. Pero la mayoría eran indios, paquistaníes, caribeños y otros recién llegados de países de la Commonwealth que habían huido por razones políticas o que simplemente habían conseguido probar suerte en la metrópoli. Era en los años setenta, tiempo de obreros y de inmigrantes en masa, de pisos de protección oficial. Y aunque numéricamente los blancos superaban en esa escalera a los de cualquier otra nacionalidad, lo cierto es que todos los que procedían de las colonias, fueran africanos, asiáticos o del Caribe, hacían piña como una única comunidad. Y así podían considerarse mayoría. Entre todos llenaban la escalera de olores nuevos para Amina, olores extraños.

¿Y a dónde habían ido a parar todos ellos? Curiosamente, pensaba ahora, muchos de los africanos e hindúes se habían ido hacía tiempo, habían progresado después de estudiar y trabajar duro, y el bloque se había llenado, en cambio, de blancos, de ingleses de pura cepa que no se deslomaban como su madre y ella habían hecho toda la vida, sino que bebían, se insultaban, se drogaban, maldecían, vagueaban; hooligans que nada tenían que ver con la educación de los Lighthouse ni con la realidad esforzada de los migrantes. Madres solteras con hijos de distintos padres, gente subsidiada con la pinta en la mano, el tono borrachuzo y desafiante de quien se cree superior sin habérselo ganado. Gente que se creía blanca cuando, en realidad, su cara y su calva se habían vuelto rojas. Rojas de la bebida, del exceso, del eructo. Con tripas cerveceras, las salchichas y el beicon desde el desayuno hasta la cena, el puré de patatas en sartén con la mantequilla derretida. A eso olía hoy en la escalera.

Asha y ella no habían conseguido irse, no. Jamás lograron una casita con flores. Si ella hubiera estudiado.

—¿Vas a apagar ya el cigarro o me voy?

La voz irritada de Adela sacó a Amina de sus pensamientos. Las dos se habían levantado hacía rato.

Entonces apagó el cigarrillo bajo el grifo y abrió la ventana. Una ráfaga de aire gélido renovó la atmósfera y levantó esquirlas de polvo que revolotearon al ritmo de los pasos nerviosos de Amina.

Asha intentaba abrir la primera caja. La cinta americana había vuelto a sellar los pliegues y tiró de un extremo. Su nieta estaba de pie a su lado, los brazos cruzados, la furia en su mirada, y por momentos parecía que una nueva cascada de improperios iba a brotar de su boca en busca de otro récord, pero, por el contrario, se sentó en el brazo del sillón junto a su abuela, que seguía encorvada intentando abrir la caja, sacó un manojo de llaves del bolsillo y rajó con precisión la cinta americana para liberar las tapas.

—Espera, abuela, te ayudo.

La primera caja quedó abierta de par en par, con las tapas aleteando por las ráfagas de aire que aún entraban por la ventana. Asha observó lentamente desde el ángulo que le permitía su inclinación. Adela abrió la boca, pero se contuvo y apenas soltó un bufido. De pie, Amina contempló con aire escéptico y sin reanudar sus pasos, parada voluntaria y solemnemente ante la herencia allí expuesta. Cerró la ventana. Y una nube de motas de polvo salidas de la caja se sumaron al aire de la habitación en un jirón rápido que absorbió las que ya flotaban en ese escaso espacio.

—Volvemos a respirar el mismo polvo. Algo es algo —dijo Amina. Su madre calló. Su nieta no.

—¿Por qué lo dices? —preguntó Adela.

—Porque vivíamos allí hasta que nos echaron.

—¿Os echaron? ¿Por qué os echaron?

Amina se sumó al silencio de Asha y la nieta no insistió. La caja ofrecía ya su contenido apretujado, que desprendía olor a humedad, a biblioteca antigua.

Aparentemente, no había sorpresas. Un montón de cuadernos estaban prensados en la caja, avejentados y con signos visibles de deterioro en sus lomos acolchados, hoy grisáceos. El color pardo del pasado se adivinaba, aunque se había borrado. Sobre ellos, el señor Everett había pegado etiquetas con los años. Adela tomó uno y lo abrió.

—1968. ¿Habías nacido, mamá?

—Claro que había nacido, tonta. Pero te aseguro que yo no estaré ahí. Ni yo, ni ninguna de nosotras.

—Te equivocas —sentenció Asha.

La anciana no añadió más. Adela lo inspeccionó. Entre las hojas escritas había recortes de periódico y fotos. Tomó una de ellas y se la tendió.

—Pues esta debes de ser tú, mamá, mira.

Los cuatro niños Lighthouse posaban apretujados en una carretilla que el señor Everett empujaba con cara de velocidad. Todos ellos reían. Al fondo, más lejos, la niña que fue Amina observaba en pie con excitación. Y Marjory miraba la escena con su sonrisa legendaria, siempre conmovida. Todos los niños estaban en bañador y Amina tenía la tripa metida, las costillas marcadas y un rictus en la boca abierta que delataba estar al borde de la risa ante una carretilla que se acercaba a ella para atropellarla. En broma. Risa o llanto, para ella siempre estaban cerca.

Amina entonces se sentó. Observó la niña flaca que era, la mata de caracolillos en el pelo y el aire de susto que transmitían sus ojos. 1968. Tenía nueve años. Su madre y ella aún vivían allí. En el paraíso.

—¿Y tú dónde estabas, Asha? —preguntó.

—¿Por qué la llamas Asha? —protestó Adela.

—Acabo de recordar que entonces la llamaba así.

—¿Por qué?

—No sé, hija. Mother era Marjory, la señora Lighthouse.

—Tu madre entonces se confundía —dijo Asha—. Dejadme verlo.

Adela pasó rápidamente las hojas del cuaderno y tomó otro. 1961. Lo abrió.

—Mira. El año de la independencia.

—Quieta ahí —cortó entonces Asha—. Yo me ocuparé.

Y, con una agilidad sorprendente en su cuerpo avejentado, le quitó el cuaderno de las manos, lo cerró y lo estrechó sobre su pecho.

—Venga, déjame ayudarte, abuela.

—Que no.

—¿Cómo vas a leer tú todo eso, mamá? —intercedió Amina—. Con esa vista cansada.

—Me apañaré.

La vista cansada. La excusa oficial de Asha para que su hija o su nieta le leyeran el periódico, las revistas o las instrucciones de cualquier cosa. La razón para renunciar al contacto con el mundo exterior e irse recluyendo cada vez más en su postura encorvada, en su aislamiento y en la vida ante el televisor. El eufemismo que empleaba para tapar un analfabetismo de origen que, aunque solventado a base de esfuerzo, pegada a su hermano y curiosa ante las letras, nunca había superado del todo.

El analfabetismo era para ella, al fin y al cabo, como una enfermedad crónica que se aprende a sobrellevar. Podía mitigarlo, descifrar letras y palabras en un nivel casero y mínimo para sobrevivir a la hora de hacer la compra y de leer las cartas de la familia o los titulares de la prensa siempre que hablaran de algo que ella conocía, pero aventurarse en libros, periódicos o largos escritos habría sido para ella como escalar una montaña para un parapléjico. Terreno vetado. Por eso, la vista cansada se había convertido en la expresión mágica que acompañaba sus renuncias. Hija y nieta lo sabían. Y no hacían sangre.

Salvo hoy.

—No sabes leer bien, mamá. Necesitarás ayuda.

—Yo entiendo la letra del señor Lighthouse —se revolvió Asha—. ¿O la entendéis vosotras?

Entonces abrió el cuaderno que seguía en su regazo. Párrafos y párrafos manuscritos en letra inclinada, alargada, propios de una época en que la caligrafía era un arte cultivado entre las clases más formadas, quedaron al descubierto. Tan lejos de la escritura en teclados y móviles que, ciertamente, hija y nieta tenían poco que decir.

—¿A que no lo entendéis? —retó la abuela.

—A ver, abuela, si nos ponemos lo logramos —replicó Adela—. Además, lo podemos escanear y seguramente hay programas para traducirlo a letras de imprenta.

—Esca... ¿qué? —replicó Asha—. Dejadme en paz con mi herencia. Yo me encargaré. Y, ahora, dejadme sola.

Hija y nieta se miraron. «Dejadme sola.» Esas palabras eran nuevas en boca de Asha. Las dos se encogieron de hombros y se dispusieron a salir. El brillo en su mirada, además, les hablaba de una ilusión que en ella no reconocían.

—¿Te ayudamos a colocarlo, al menos? —insistió la nieta.

—Os he dicho que me dejéis en paz. Adiós.

Amina y Adela volvieron a mirarse, no sin cierta sorna. La abuela quería soledad y, dentro de lo que permitieran esos cuarenta metros que compartían las tres, la tendría. Al menos, en lo que dependía de ellas. Porque en ese momento sonó el timbre. Tenían visita.

14

De cómo nació una pregunta nueva

Jane y Joyce tardaron en encontrar el bloque. Hacía siglos habían estado allí acompañando a su madre a llevar alguna cosa para ellas o a visitarlas en su nueva casa, pero, si lo pensaban, habían pasado ya cuarenta años. O bastantes más. Y no lo recordaban bien. En aquel entonces les llamó la atención la fila de coches alineados en batería entre rayas bien pintadas en la acera. Estaba perfectamente organizado. También el parque al que las llevó Amina, anfitriona ingenua, orgullosa de enseñarles algo que aún era una rareza en jardines privados como el de los Lighthouse: columpios y un tobogán de metal frío por el que subieron tan alto que les dio miedo. Y por el que se deslizaron con el vértigo galopando en el estómago. Las tres lo hicieron apiñadas, en una cadena corta, pero sincronizada y unida hasta las últimas consecuencias: Amina abrazando desde atrás a Joyce, que abrazaba a su vez a Jane, y las tres gritando mientras aceleraban hasta estamparse contra el suelo. Una y otra vez. En una ocasión bajaron tan rápido que acabaron con las barbillas reventadas en el grijo. Las tres sangrando y riendo.

Entonces no había recelos, ni resquemores, ni eran conscientes de la distancia abismal que estaba a punto de abrirse entre las dos hermanas y Amina, tres líneas que en aquellos días dejaban de ser paralelas para empezar a separarse a partir de un ángulo que solo las iba a arrojar a lugares cada vez más distantes. Las gemelas,

rumbo al *grammar school*, la puerta hacia la universidad de élite. Amina, a la *secondary modern*. A aprender oficios prácticos para trabajar desde los dieciséis.

Las dos hermanas señalaron ahora el parque y lo recordaron. De aquellos columpios hoy apenas quedaban los esqueletos oxidados, faltaban escalones, tablones, asientos. Los balancines estaban cubiertos de grafitis. Una pintada de «Fuera, negros» había sido tachada por otra más actual que rezaba «#BlackLivesMatter». Había cigarrillos en el suelo, latas pisadas y charcos de barro frente a cada banco. También cacas de perro. Esta vez no había nadie en el parque.

—¿Te acuerdas? —preguntó Jane, señalando la fachada descascarillada del edificio—. Entonces nos parecía estupendo. Una forma inteligente de agruparse para vivir. Con vecinos y vida por todas partes.

—Lo que no recuerdo es por qué dejamos de venir —dijo Joyce.

Su memoria había borrado en qué momento y por qué razón se había enfriado la relación con Amina. Al principio la habían visitado a menudo. También la habían invitado a que volviera a casa para jugar alguna tarde o hacer los deberes, como habían hecho siempre. Sabían que Arthur sí había mantenido el contacto, al fin y al cabo era el que estaba más unido a ella desde los tiempos de África. Pero ignoraban en qué pliegue de la historia familiar se habían roto los cabos y hoy era demasiado tarde para preguntar.

¿Era Mother quien había cortado las visitas? ¿O era Father? ¿O la propia Asha? Si lo pensaban, la sombra de un desencuentro se podía esbozar en la memoria, pero se difuminaba en la ignorancia que se había impuesto con los años. Lo que sí recordaban era lo que disfrutaban de Amina cuando vivieron juntas. La hija de Asha era el fiel de la balanza en los pulsos que libraban, el comodín de los

juegos, la pieza que siempre se adaptaba a sus caprichos. Muñecas, pizarra, deberes, puzles, carreras, escondite, la cabaña en el fondo del jardín, donde las líneas de groselleros que cultivaba Marjory se perdían ya en el horizonte y empezaba una zona asalvajada de matojos, zarzas y malas hierbas donde se extraviaban las pelotas y también ellas. Cualquier diversión era bienvenida entonces, en la lejana infancia, en la sonrisa plena de esa niña curiosa y feliz que vivió tempranamente en su casa. ¿Y por qué se habían ido? Tampoco hoy lo recordaban.

Las dos hermanas sumaban preguntas sin respuesta a medida que se acercaban al portal cuando un ruido las asustó y pegaron un brinco. Un pedrusco había caído a plomo, a centímetros de ellas, sobre el techo de un coche aparcado frente al portal. Se echaron atrás y se dieron la mano. La piedra les podía haber caído encima a cualquiera de las dos. Pero no iba dirigida a ellas. Había dañado el techo del vehículo, y su conductor, que estaba dentro, salió hecho una furia.

—¡Hija de puta! —gritó mientras miraba hacia arriba—. ¡Hija de puta, cabrona!

Esos dos se conocían.

Ellas se replegaron contra la pared por si se repetía el ataque y también miraron hacia arriba. *My God.* A primera vista no había nadie, pero entre los visillos del primer piso se atisbó un movimiento rápido que agitó sus pliegues. Las dos miraron alternativamente a esas ventanas y al conductor, un hombre blanco cuarentón, barriga cervecera y rostro enrojecido, que había cogido el pedrusco en la mano y amenazaba con él en dirección a la primera planta.

—Te pagué la semana pasada, cabrona. La próxima vez te voy a romper un cristal. Lo haré.

El hombre cerró el puño a duras penas en torno a la gruesa piedra, la agitó aún un par de veces en dirección a la ventana, después amagó con dejarla caer al suelo, pero se lo pensó y la metió en el coche. No iba a ponerle tan fácil rehacer su arsenal. Después se montó en él y se fue pisando el acelerador hasta hacer vibrar los cristales del portal. El coche chirriaba sobre el asfalto desgastado. Y tras los visillos no se percibió ningún movimiento más.

—¡Dios mío! ¿Qué ha sido eso? —dijo Joyce.

—Como si fuera el Bronx —dijo Jane—. Jamás he visto algo así en España.

—Ni yo en Francia.

Después, sin soltarse la mano, entraron. Habrían preferido llamar, pero el telefonillo que hacía tantos años las había entusiasmado como un símbolo de una nueva era ajena a su mundo de jardines estaba pintarrajeado. Los botones, quemados. Y la cerradura, rota.

—Recuerdo que era el cuarto piso. Subamos —dijo Joyce, ahora con voz temblorosa.

El incidente la había sobrecogido. La rabia con que ese hombre había cerrado el puño en torno a la piedra antes de meterla en el coche volvió a su mente mientras buscaba el collar en el bolso. Soltó a su hermana y abrazó la caja de caoba con las dos manos.

Ambas ascendieron en silencio y con pasos lentos hasta el primer piso. Ni siquiera miraron hacia la puerta de la supuesta agresora, sino que, por el contrario, aceleraron al sentir que la mirilla se había abierto al servicio de un ojo escrutador que las estaba vigilando. Superado el tramo, siguieron hasta llegar arriba. Agitadas, la respiración entrecortada. En casa de Asha sí funcionaba el timbre.

—¿Quién llama?

La voz de Adela, la nieta de Asha, sonó al otro lado de la puerta.

—Soy Joyce. ¡Somos Jane y Joyce! —Su tono intentó ser tan positivo como acostumbraba, pero de alguna forma no encajaba en esa escalera oscura donde habitaba un monstruo y las plantas del descansillo se habían secado, muertas. La única en pie era de plástico. Tardaron en responder, pero finalmente se volvió a escuchar la voz.

—¡Abuela! —gritó la nieta—. Tienes visita.

El cerrojo se descorrió y la puerta se abrió, pero no había nadie al otro lado. En el exiguo espacio del vestíbulo flotaba una nube de humo y olía a tabaco. El aire viciado llenaba el vacío que había dejado la nieta al abrir y retirarse. Era un piso muy pequeño y, sin embargo, cada una de sus habitantes había encontrado un hueco para desaparecer en él. Jane y Joyce estaban solas ante la puerta abierta.

Entraron sin estar demasiado seguras de lo que hacían. Se miraron. Cuando eran niñas y conocieron ese piso todo en él les pareció ingenioso, sorprendente, hasta la estrechez de baldas y colgadores de la entrada. Recién estrenado tenía el aire de una de esas casas de muñecas de su infancia en las que todo encajaba en miniatura, desde el espejo hasta la cómoda, todo dispuesto para que su habitante se aseara, peinara, vistiera y durmiera al ritmo de unas manos —las suyas— que manejaran los hilos de su actividad. Entonces les pareció una casa de ensueño y hasta intentaron convencer a sus padres de que debían mudarse inmediatamente a un piso como aquel. Sin demora. Mudarse y encajar ellas también en un mundo de habitaciones acotadas y espacios reducidos donde todo parecía más sencillo, más juguetón. Sin olvidar los columpios a la puerta.

Pero verlo hoy, tantas décadas después, convertido en el minúsculo apartamento que era, desprovisto del mito infantil, del

ensueño, y contemplar esos percheros abarrotados de abrigos con pelotillas y olor a usado, con muebles desbordantes y un cierto aire de hostilidad, no daba mucho margen para mantener el tono amistoso que traían. Pareciera que una bomba hubiera arrasado esa casa. Bomba de furia.

En aquellos días del pasado, los ojos saltones de Amina tras las faldas de su madre las habían acogido al entrar. Sus manos habían salido a menudo a su encuentro, sus brazos las habían rodeado con prisa. Hoy, el silencio era aún más elocuente en el recibidor vacío.

—¿Asha? ¿Amina? —se atrevieron a preguntar.

—Pasad, pasad.

Asha se había levantado y con el bastón les indicaba el camino. Ellas entraron y la anciana se volvió a sentar en su sillón. No recordaban la decoración con exactitud, pero algo en ella las trasladó de inmediato a su infancia. Y no habrían sabido decir si eran los manteles, los cojines, las cortinas o los muebles, pero todo guardaba retazos del pasado y las trasladaba a una época que aquí se había mantenido viva. Sabían que su madre siempre regalaba a Asha lo que ya no le servía. Aquellas piezas habían desaparecido de su casa y de su memoria, pero, hoy y aquí, guardaban la vieja esencia como un raro museo de su niñez. También se veían desproporcionadas. Su tamaño desmesurado en esa habitación pequeña proclamaba que habían pertenecido a otro entorno. Otro contexto. Y sus tonos floridos y otoñales las sumergían en un mundo marchito. Un túnel del tiempo.

—Asha, no queremos molestar —arrancó Joyce rompiendo el silencio incómodo que se había creado en torno a la anciana. Estaba claro que su hija y su nieta se habían esfumado tras abrir la puerta, pero también era evidente que estaban escuchando.

Entonces Joyce depositó la caja con el collar en su regazo.

—Esto es para ti, Asha, hemos venido a traértelo. Y a pedirte que perdones a nuestro hermano. Que nos disculpes a todos. Desde el principio decidí que es para ti y así debe ser.

Asha lo agarró con ambas manos, lo miró unos segundos con extrañeza y lo apartó.

—No quiero saber nada de eso. Solo quiero los diarios.

En lugar del collar, alcanzó uno de los cuadernos de la caja más próxima y lo estaba abriendo cuando una fotografía atrapada en él se deslizó hasta el suelo. Jane se inclinó para recogerla; se la iba a tender, pero la vista se le quedó clavada en la imagen y la retuvo. Era antigua. Era africana. Y eran sus padres.

Everett vestía pantalón corto y camisa de lino en color claro, el tradicional atuendo de las fuerzas coloniales en África. A su lado se sentaba Marjory, joven, gordísima, sonriente. Aunque la foto se hubiera degradado aún se adivinaba el color en sus mejillas. Su madre siempre se había sonrojado al reír, su cara se encendía como un árbol de Navidad.

—¡Son ellos! Father y Mother —exclamó Jane.

—¡Y Mother estaba embarazada! —siguió Joyce.

—¡Muy embarazada!

—¡Dios mío! ¿Y esa eres tú, Asha? ¡Eras una niña!

Asha tomó la foto. Al lado del matrimonio, en segundo plano y replegada tras la figura embarazada de Marjory, su cuerpo y su rostro adolescentes se asomaban con extrañeza. Ella también estaba embarazada y sus brazos largos y delgados se apoyaban en ambos costados del cuerpo, lo que ponía en primer plano su barriga hinchada, prominente, que parecía romper el perímetro del uniforme que vestía como empleada de los Lighthouse. Debía de tener quince o dieciséis años en aquella foto. Su rostro no desplegaba la alegría que lucía la señora Marjory, pero, aunque estuviera empequeñecida

por el aplomo del matrimonio Lighthouse, tenía una luminosidad particular.

—¿Esa era Amina? ¿Tu embarazo de Amina? —proclamó Joyce—. ¡Qué preciosidad! Si tú misma eras una niña.

Asha se disponía a contestar, pero la puerta de la otra habitación del piso se había abierto y Amina, la Amina adulta que era hoy y que había escuchado la conversación, se había asomado, presa de la curiosidad. Agarró la foto de manos de su madre, la contempló y se la devolvió.

—Nunca te había visto embarazada —dijo, simplemente.

—Yo nunca había tenido fotos —dijo Asha, que con rapidez la escondió entre los pliegues de su ropa—. Pero el señor Lighthouse guardaba muchas. Quién iba a decir que, al final, iban a ser para mí.

Las tres mujeres observaron atentas cómo Asha mantenía la mano agazapada en la falda sin perder el contacto con la foto. Las tres habrían querido buscar más, ojear a fondo las fotos que sobresalían entre las hojas del cuaderno. Pero la anciana lo estrechó tan decididamente en el pecho que no hubo margen para insistir.

—¿Quieres que te ayudemos, Asha? —se ofreció Joyce—. Tienes muchísimo material.

—Ya se lo hemos ofrecido. Y si no quiere nuestra ayuda, menos aún querrá la vuestra.

La voz de Adela había irrumpido desde el pasillo. La nieta también había salido de su escondite y se asomaba a la puerta de la habitación, donde no había espacio para todas. Asha simplemente sonrió y las demás pudieron percibir su gesto sardónico. Jane frunció el ceño. La hostilidad de Adela y sobre todo de Amina la incomodaba, pero no dijo nada. Joyce hizo como si no la hubiera oído.

—¿Queréis ver el collar? —ofreció, con el tono de voz más dulce que puedo conseguir—. Se lo hemos traído a Asha.

Amina avanzó y tomó la caja antes de que lo hicieran las demás. Su madre seguía abrazando el diario. La abrió. Varios diamantes estaban encastrados en una cadena que se alargaba hasta la altura del escote. La pieza se remataba con una piedra más gruesa que seguía brillando décadas después.

—¡Vaya! Mamá. No está nada mal —dijo Amina.

—Eso no es mío. Perteneció a la señora Marjory y es vuestro —dijo Asha.

—Perteneció al tiempo en que te conocieron en África y quiero que te lo quedes tú. Es un regalo —insistió Joyce—. Además, querida Asha, nunca te he preguntado por tus recuerdos. ¿Querrás contarnos algo de tu tierra? ¿Cómo conociste a nuestros padres?

—¿Recuerdos? A buena habéis ido a parar —musitó Amina.

Asha no respondió. Ni siquiera tomó el collar, que Amina volvió a meter en la caja. El aire estaba muy concentrado y al rastro de tabaco se unía el olor de cada una de las mujeres. Se podía percibir el tufo a ropa vieja de la anciana, el aliento espeso de una fumadora como Amina, la carga hormonal adolescente de Adela y las trazas de barra de labios y colonia en los cuerpos maduros de Jane y Joyce, portadoras cada una de los rastros del aeropuerto, del viaje y de sus hogares en España y Francia. Amina encendió un cigarrillo. Asha seguía sin despegar los labios. Entonces fue Jane quien se atrevió.

—Yo también tengo una pregunta. —Las demás mujeres la miraron—. ¿Por qué crees que mi padre te dejó esto a ti?

Asha apretó el cuaderno que tenía entre las manos y tardó en responder.

—Hasta que no lo lea no lo sabré.

—¿Nos lo dirás entonces, Asha? —preguntó Joyce.

La anciana sacudió la cabeza. *Quién sabe.*

Sus recuerdos eran solo suyos y aún no sabía si ese material iba a superponer realidades que los apuntalaran o que los desfiguraran por completo. Allí había fotos, había palabras, había documentos. Tal vez le permitieran entender.

—Os lo he dicho. Mi madre nunca comparte recuerdos.

Amina estaba alterada. Acaso las cajas también guardaban trazos de su infancia, las razones por las que abandonaron la mansión de los Lighthouse.

Y Adela observaba, nerviosa. Detectaba que allí podían esconderse trapos sucios del imperialismo británico.

Todas tenían razones para desear las cajas y no iban a explicarlas.

Especialmente porque ahí, mientras volvían a mirar la foto, se abrió paso otra incógnita: si Arthur le llevaba tres años a Amina y esta les llevaba a ellas dos años, ¿de quién demonios era ese embarazo?

Jamás habían oído hablar de otro embarazo y, sin embargo, ahí estaba Marjory, esplendorosa, con una barriga inflada, igual que Asha. Aquello sí era una sorpresa. Ninguna se atrevió aún a formular la pregunta, pero esta era evidente para todas.

15

Sin tiempo para fingir

Asha apenas tenía recuerdos de su embarazo, pero sí de la meticulosidad con que la señora Lighthouse anotaba los avances en cada uno de los suyos: movimientos del bebé, que se empeñaba en que todos detectaran y que a los demás les parecían imperceptibles; el grado de hinchazón, que iba midiendo con una cinta métrica; lo que comía o dejaba de comer; la evolución del peso, y hasta las horas de sueño o de insomnio.

Su propio embarazo, sin embargo, el de Asha, brotaba por sí mismo sin que tuviera que pensar en él, la tripa crecía sin observación y, por la cuenta que le traía, el bebé que llevaba en su interior se agarraba a su cuerpo flaco y sometido al trajín de un trabajo sin contemplaciones.

En las mujeres de su familia los embarazos siempre habían sido continuos, seguidos, frecuentes. Nunca eran un gran acontecimiento. Algunas veces salían bien y otras se truncaban. Las mujeres veían crecer sus vientres una y otra vez sin por ello dejar de trabajar, de ir a buscar agua y de prestar su cuerpo al deseo de sus hombres. Por ello a Asha le asombraba la forma en que la señora Lighthouse anotaba cada cambio, por pequeño que fuera, en un álbum especial de color rosa del que ella solo podía entender las ilustraciones. Bellísimas ilustraciones.

La señora le explicó que quería una niña, por eso su álbum era rosado. El de Arthur había sido azul.

A Asha le deslumbraba el acolchado exterior de ese álbum, marcado con relieves de corazones que acariciaba cuando limpiaba la habitación de la señora y lo encontraba en la cómoda. Había dibujos de fetos diminutos en el interior de las barrigas, seres perfectos que ya sonreían amigablemente desde la imagen, antes aún de haber nacido. Ninguno se parecía a los que ella había conocido. Después, en las páginas más avanzadas, había dibujos de un bebé niño y una bebé niña diferenciados por el minúsculo pene y la vulva, por la mirada más seria y madura del varón frente a la más dulce y cálida de la hembra. Los dos eran blancos, de piel sonrosada. Pero lo que más llamaba su atención y le asustaba, hacia el final de la libreta, eran esos mismos fetos embocados hacia abajo como unas bolas compactas en las que brazos, piernas, cabeza y torso se apretaban rumbo a una salida a la que tenía terror porque era la misma por la que entraba su marido. Si este la había fisurado al penetrarla con un simple pellejo que crecía y se ponía duro hasta adquirir el tamaño de un puño, cómo no la iba a dañar ese hijo con su cuerpo entero. Tenía miedo.

Durante toda su vida había visto nacer niños, como había visto nacer cabras y ovejas. Sabía que, llegado el momento, todo se agitaba alrededor, las mujeres de la casa se movilizaban, los hombres se iban, los niños curioseaban mientras no molestaran y comenzaba un suspense que solo se quebraba cuando la criatura rompía a llorar. Ese era el único llanto bienvenido, y no por mucho rato.

Luego, a las criaturas les esperaba el susto, el desmañe de su cuerpo hasta entonces protegido, pero también unas madres que las iban a acoger, recibir y alimentar hasta proseguir una vida en la que

debían encontrar su sitio. También a veces morían. Y los enterraban rápido.

Pero Asha, la Asha adolescente de esa foto, nunca se había planteado cómo era la vida de la criatura en el interior de su madre, lo que ocurría en el vientre de la señora Lighthouse y lo que podía estar ocurriendo dentro del suyo propio, y que en el álbum resultaba tan edulcorado. Los fetos sonreían en los vientres de ese álbum y a eso se iba a tener que aferrar. También se chupaban el dedo.

Por ello los recuerdos de su embarazo no eran los de su propio cuerpo, que le pasó desapercibido, sino los de su señora. O los del cuaderno sonrosado de la señora.

Lo único que recordaba de sí misma era el respeto que le imponían los ingleses. Ella no quería molestar. Con su cuerpo abultado, su embarazo, su existencia. Solo quería trabajar calladamente en ese hogar de paz sin que nadie se fijara en ella.

Todos sabían que ellos mandaban allí, como antes habían mandado los alemanes, y aunque fueran diferentes, también eran blancos. Europeos. El miedo a cruzarse con ellos, el miedo a ser interpelado, a perder los terrenos, los hijos o las cosechas estaba en sus genes como lo estaba el terror a los leones, las serpientes o las hienas. Habían oído tantas historias que todos procuraban evitarlos.

Su experiencia, sin embargo, hasta donde le alcanzaba el recuerdo, era muy distinta. Ella trabajaba para ellos, convivía con ellos y solo sentía agradecimiento hacia una señora Marjory que la trataba mejor de lo que nadie la había tratado en su vida. Y hacia un señor Everett, su marido, que, desde una mayor distancia, siempre era correcto con ella.

La habían advertido de que no se fiara nunca, de que, detrás de sus modales educados y su aparente respeto a los autóctonos, los ingleses escondían un dominio despiadado. Y era mejor no desafiar

su poder. Pero su trabajo había sido una vía de escape y de ingresos que le había facilitado cierto estatus en su clan. Traía dinero, más del que los chicos podían conseguir porteando sus enseres en safaris. Y desde luego mucho más del que intuía que ganaba su marido, que recogía cada semana su sueldo sin mostrar jamás lo que él ganaba con sus mercancías. A ella trabajar le hacía bien.

Comenzó con miedo. Había oído tantas historias desgraciadas contadas por ancianos que habían sufrido persecuciones, que habían visto morir a jóvenes alistados a la fuerza o que se habían refugiado en Dar es-Salam que empezó temblando. Ella misma había tenido que dejar la aldea junto a su familia.

Pero los Lighthouse eran buenos. La guerra con los alemanes había terminado hacía mucho, los ingleses habían ganado y, si uno era obediente y dócil, te trataban bien. Marjory y Everett eran exigentes, pero también amables, educados. Jamás había tenido percance alguno. Por ello fue capaz de llenarse de valor cuando tuvo que pedir ayuda al señor Everett por orden de su familia. Lo hizo en voz baja, las rodillas temblorosas. Ese era el mayor recuerdo que conservaba de aquella época.

Y contemplar ahora esta foto, verse por primera vez con el vientre lleno de esa pequeña Amina a la que recibió con extrañeza, como una obligación, la había turbado. Asha no quería mostrarlo, era una mujer recia a la que la postración de su columna había permitido, además, distanciar sus emociones del común de los mortales. Vivir inclinada era pesado, sí, pero también le había procurado un plano paralelo en el que refugiarse de las cosas que ya no quería afrontar. El estilo tan educado pero a la vez tan distante e hipócrita de los ingleses era una de ellas. Y se había acostumbrado de sobra, pero ocultar su rostro en esa alineación horizontal sin mirar de frente a toda aquella gente sobreactuada tenía sus ventajas.

Aunque no era el caso de Jane y Joyce, claro, pensaba Asha. Las dos gemelas se habían ido a tiempo lejos de allí, lejos del ring en el que Arthur y Benjamin libraban sus batallas íntimas por el favor de sus padres. O por llevar simplemente la razón. Los dos habían sido como fieras enganchadas en la selva.

Joyce había sido la alegría de la casa, la herencia más viva de la bondad esplendorosa de Marjory, con la risa cristalina siempre al borde de los labios y la buena voluntad por delante. Jane siempre fue retraída, nunca se sabía realmente lo que pasaba por su cabeza, pero en ella no había maldad. Arthur también era hombre de talla, sencillo en la complejidad de su mente, pero tan ensimismado en su ciencia que no reparaba en el devenir del resto de la familia. Además, solo tenía ojos para Amina. Pero Benjamin...

Benjamin no solo era el más retorcido, con la habilidad de conquistar, embaucar y arrebatar a todos sus interlocutores, sobre todo si eran mujeres, con su carisma de actor, su sonrisa cinematográfica de medio lado y su galantería impecable. Es que desde niño había sido capaz de manipular a sus padres, de enredar a toda la familia y hasta de revertir la prudencia que siempre había guiado a esa familia.

Asha siempre lo había visto así. Pero sus padres no. Ni Marjory, que se había desvivido por ese hijo pequeño sin capacidad para ver los excesos que se veían venir, ni Everett, que al enviudar no solo perpetuó la ceguera familiar, sino que la amplió con una relajación creciente ante un hijo que siempre traía nuevas deudas, nuevos escándalos, nuevas maquinaciones.

Calladamente, Asha había sido testigo de todo ello. Había sufrido al ver torcerse el ánimo de Marjory cuando afloraron los primeros escándalos en la prensa. Ver a su hijo abrazado a mujeres semidesnudas, ligado a jóvenes con la edad de sus propias hijas

adolescentes, la mayoría de ellas actrices incipientes que triunfaban en series picantes, fue un golpe demasiado duro para la señora Lighthouse.

Comprobar que su niño pequeñito, su querido niño pequeñito, criado como todos los demás en los principios de fidelidad, rigor y fe que habían sustentado a la familia, había roto los esquemas y protagonizaba las escenas más lujuriosas de la prensa amarilla no solo minó su ánimo, sino su salud y hasta su forma entera de estar en el mundo. Oficialmente, Benjamin era el hombre que se sentaba a cenar cada noche en todos los hogares británicos en su papel protagonista de *My Britain*, la serie amigable y para todos los públicos que había encandilado a todas las generaciones. Marido de una mujer espléndida como era Martha y padre de dos criaturas entrañables. En la realidad, sin embargo, era el mujeriego y crápula más incorregible de la farándula inglesa. Tema tabú en la familia hasta que desbordó la prensa y la señora Marjory no pudo asimilar las imágenes que llegaban hasta su buzón de correo. Entonces todo se empezó a estropear.

Porque ¿cómo iba a recibirlos como hacía cada fin de semana y mirar a la cara a Martha, la dulce Martha, después de que se hubiera replicado en todos los periódicos y hasta en programas de televisión una foto de su marido con la mano metida entre las piernas desnudas de una niña de dieciséis años? Había que reconocer que el paparazi había sido puñetero, sí, colocar la cámara desde el suelo para captar la escena en la que una menor sin bragas tomaba un cóctel en un club de Londres con un actor maduro. Pero aquello no tenía perdón. ¿Cómo iba a dirigirse a sus propias nietas, que seguramente estaban al corriente del escándalo de su padre? Aquello cambió la apacible seguridad de esa familia para siempre.

Y no fue una vez, ni dos, ni tres. Semana tras semana, las imágenes de Benjamin y, sobre todo, los testimonios de las chicas con las que había estado recorrieron programas de cotilleo de televisión y prensa hasta que Marjory se negó a ver ni leer nada más. Primero canceló suscripciones, pero no era idiota. Intentó hablar con él, pero este negó los hechos y aseguró que eran montajes, exageraciones de esos paparazis desalmados, de una prensa amarilla que el Gobierno seguro que utilizaba para desviar la atención de los problemas acuciantes en las minas, las industrias, la clase obrera. Circo para el pueblo, entretenimiento para que nadie piense, decía Benjamin en discursos infinitos a los que sus padres no tenían fuerza para replicar.

Más tarde calló, tras una primera trombosis que fue preludio de la siguiente, la definitiva, que la mató de forma anticipada. Pobre Marjory. Tan risueña, amable, alegre, tan pura y tan tristemente acabada. Todos lamentaron terriblemente su muerte, Asha la primera, con tanta pena como seguridad de que los escándalos continuos de Benjamin la habían llevado a la tumba. Más el divorcio de Arthur. La era de la liberación sexual había vencido al pasado y, en alianza con el morbo de la prensa y la televisión, lo había desbordado. Las generaciones más mayores se vieron superadas. Desbancadas. Perplejas.

Fallecida Marjory, después fue el padre, el viejo Everett, quien lidió con Benjamin. Pero sus ojos se cerraron voluntaria o involuntariamente ante el comportamiento de un hijo que, mal que bien, también le seguía trayendo alegrías, o algo parecido, en su vejez. Que llegaba con Martha, sus hijas y con un montón de guisos deliciosos. Que bebía con él y hasta tocaba la guitarra para él como cuando era niño. Y que llenaba las tardes del fin de semana de

canciones o pequeñas actuaciones con diálogos que el propio Everett recordaba de esos días de teatro amateur en la universidad.

Asha también fue testigo.

Martha se desfiguró en aquellos días, adelgazó y empezó a lucir unas ojeras que luego nunca se le quitaron, pero se mantuvo firme junto a su marido crápula. Y al final de cada domingo, fuera porque estaba esperando un contrato para un musical que no acababa de concretarse, fuera porque no le habían pagado aún una sustitución, lo cierto es que el viejo Everett acababa sacando el talonario y firmando cheques que iban a tapar los agujeros de la situación financiera de su hijo. Porque, acabada la mítica serie *My Britain* que tanto había conquistado a los ingleses, ni Benjamin volvió a ganar tanto como cuando empezó su carrera, ni esta continuaba de una forma tan sostenida como para mantener a su familia y su casa de Covent Garden. Aunque luciera chaqués, pashminas y cortes de pelo de peluquerías caras en esas revistas que él decía que mentían.

A esos fines de semana nunca se sumaba Arthur, que venía cuando no estaba Benjamin y que charlaba con su padre sobre sus cosas científicas con devoción. Eso también lo veía Asha. Cómo Arthur le contaba a su padre las nuevas causas sociales en las que estaba involucrado, los progresos en su cátedra, los viajes que hacía a Estados Unidos para colaborar en nuevos robots que iban a cambiar el manejo de las centrales nucleares, la coordinación de tesis doctorales sobre inteligencia artificial o los pormenores de una carrera espacial que entonces estaba en su apogeo. Arthur hablaba a Everett y este escuchaba con paciencia. O relataba episodios de su propia carrera como veterinario cuando su primogénito le tiraba de la lengua. Pero, dentro de la corrección, se podía ver cómo el viejo también se aburría, se cansaba. Sobre todo, cuando se acercó el Brexit y Arthur fue intensificando su activismo contra una Inglaterra

aislada en la que se iban a evaporar —decía— todos los progresos del país. La irracional salida de Europa, argumentaba Arthur con creciente pasión, iba a llevar al derrumbe de Inglaterra.

Entonces, Everett desconectaba. Su mente difícilmente comprendía ya el dilema que enfrentaba al país, y a las peroratas de Arthur apenas respondía con pronunciamientos que su primogénito se encargaba de tumbar sin que cupiera entre ellos un diálogo entre iguales.

—Gran Bretaña es un gran país, hijo. Si logramos derribar a Hitler y frenar el comunismo, nadie podrá con nosotros —decía Everett, un poco perdido.

—Nosotros mismos lo vamos a derribar, Father. Desde dentro. Ya no necesitamos a Hitler.

Y Arthur se enredaba entonces en disquisiciones que incluían Escocia, Irlanda, el comercio exterior, Bruselas, los inmigrantes, la meritocracia y unos argumentos que se iban convirtiendo en monólogo mientras el viejo Everett se rendía a escuchar sin entender demasiado. «Sírveme otro brandy, hijo.» Prefería la guitarra de Ben.

Y Asha veía en Arthur al niño que en el pasado bajaba a la cocina cuando ellas aún vivían allí para llenar a Amina la cabeza de elucubraciones prácticas, de la distancia entre las estrellas o las partes de una rana que se proponía diseccionar. Arthur siempre había encontrado público para sus monólogos. En la cocina. En Amina.

Pero el viejo se aburría con él. Arthur, además, venía solo, mientras que Benjamin se rodeaba de esas hijas luminosas, Rose y Scarlett, que sacaban chispas de la mirada de su abuelo, y de una esposa que le cuidaba como a su propio padre. Martha era amorosa,

gran cocinera, cuidadosa con su suegro, inmerecida esposa para un adúltero impenitente como Benjamin.

Para entonces, además, Everett ya había dejado de leer según qué prensa y seguramente ni se enteró de que la propia Rose, que con dieciséis años había ingresado en una escuela de teatro, ya había aparecido fotografiada con un productor maduro. Niña guapísima, delicada, culta, sensible, en la entrevista era difícil reconocerla en la imagen de una chica sexy, maquillada y escotada junto a un cuarentón casado. Por fortuna, Marjory se había ahorrado este nuevo descenso a los infiernos de los Lighthouse, esta escalada turbulenta en la que su hijo pequeño no solo no se había corregido, sino que había inoculado el veneno del escándalo en su propia niña, pensaba Asha. Y Everett seguramente no veía lo que no quería ver. De Scarlett, la pequeña, que se dedicaba a vender cosméticos en Instagram como *influencer* (o eso era lo que le había explicado Adela), mejor no saber nada. Ella misma no entendía.

La muerte del viejo y la visita de las gemelas le había removido todo esto. Y sabía que no estaba siendo muy amable, que ellas no se merecían su distancia, esa frialdad, ni menos aún la de Amina y esa nieta díscola que era Adela.

Pero no tenía edad para fingir.

Ni para malgastar el tiempo en esos intercambios sociales tan inanes propios de Inglaterra que había intentado aprender al llegar, pero que nunca había sabido manejar del todo. Si las dos gemelas querían preguntar algo, que lo hicieran. Pero si solo querían un poco de cháchara, podían irse por donde habían venido.

Por eso no dijo nada cuando Jane y Joyce, a las que ni siquiera había ofrecido un té, se levantaron. Le quedaba mucho trabajo por delante con las cajas y no tenía la intención de compartirlo.

—Nos vamos, Asha. No queremos entretenerte más —dijo Joyce, visiblemente perturbada por el silencio que se había hecho en esa casa, en la que ninguno de sus intentos de conversación había fructificado. Jane no añadió nada.

—Amina, Adela. Acompañadlas a la puerta —ordenó Asha—. Y gracias por esto.

La caja con el collar había vuelto a sus piernas. Eso había sido innegociable. Una pieza tan antigua como ella misma, tan reluciente como tapada, tan destinada a seguir guardada como lo había estado en los últimos cincuenta años. Salvo que Amina lo llevara a tasar, que era lo que estaba deseando. Y a vender.

—Cuidaos las tres —dijo Joyce con un hilo de voz antes de disponerse a desaparecer con su hermana por la escalera. Se embozó en la bufanda y le dio varias vueltas alrededor del cuello.

Las dos iban a salir cuando Jane frenó.

—Un momento —dijo mientras regresaba hacia Asha—. Yo no quiero irme sin preguntarte. Esa foto..., ese embarazo..., no me cuadra... Nosotras nacimos después. ¿De quién era?

Asha se enderezó hasta mirarlas de frente. El esfuerzo era visible. Ya no iba a esperar más y ellas se iban a caer del guindo.

—Vuestra madre perdió un hijo —espetó.

—¿Un hijo? —Jane y Joyce preguntaron a la vez. Ninguna de las dos esperaba esa respuesta y, menos aún, tan inmediata.

—¿La señora Lighthouse? —Amina también reaccionó, sorprendida. Adela calló, pero se estiró, alerta—. ¿De verdad?

—En realidad era una niña. Una niña que murió poco después de nacer. —Y, en voz más baja, Asha añadió—: Nunca entendí por qué callaban tantas cosas.

Ahora sí, Jane y Joyce se quedaron atónitas.

—¿Qué... qué más cosas?

—¿Tantas cosas? —Amina musitó para sí. ¿Acaso su madre sabía más de lo que ella creía?

—No, no, me refiero a que callaron eso, nada más —reculó Asha —. Y no pasa nada. En esos tiempos se perdían hijos a menudo. No era como hoy. Después vinisteis vosotras y vuestra madre volvió a ser feliz, pero entonces lo pasó muy mal. Muy mal. No hay más.

Jane estaba sofocada. Con el abrigo y la bufanda puestos, el sudor le corría por el rostro. Joyce se había quedado pálida. No sabía si largarse corriendo o volver a la salita, pedirle más fotos, que abriera más cajas.

—Venga, venga. Tengo mucho que hacer —decidió Asha—. Si encuentro más cosas os llamaré.

Jane y Joyce seguían dudando, pero Amina abrió de par en par la puerta para señalarles la salida.

—Espera, al menos dinos una cosa —se resistió Joyce esta vez—. ¿Tenía nombre esa niña? ¿Nuestra hermana?

—¿De verdad lo queréis saber?

—Claro que sí.

Asha dudó unos segundos. Las cuatro mujeres esperaban sus palabras. Se decidió.

—Se llamaba Mary Jane. Y así se la enterró en Dar es-Salam.

Las dos hermanas salieron, Jane, demudada. Joyce le dio la mano y ambas bajaron la escalera en silencio. Aún escucharon gritos en la primera planta, que dejaron atrás tan rápido como pudieron hasta alcanzar el portal. Y la estación.

16

Dientes humanos

Ann-Elizabeth King se miró al espejo antes de salir hacia el museo. El pelo ensortijado le había crecido más de lo habitual y se desplegaba en toda su tonalidad rojiza sobre el abrigo negro, recto y largo hasta el suelo. Se calzó una gorra de lana y la ajustó de forma ladeada. Se cruzó el bolso en banderola y salió.

Se sonrió a sí misma. Se había pintado los labios y le gustó el contraste entre su piel blanca, el pelo rojizo y el color sonrosado que asomaba siempre en sus mejillas. Cualquier cambio de temperatura o de ánimo se plasmaba en su rostro con una paleta de matices que alegraban su mirada y que siempre combinaban bien con su cabello y sus rasgos asimétricos. De pequeña había odiado esa irregularidad y la excesiva tendencia a sonrojarse, pero con el tiempo había aprendido a asumirlo como parte de las cosas que la hacían diferente. Ella nunca se había creído guapa, pero sabía bien que gustaba.

Después de vencer su timidez, había aprendido a convertir en activos los rasgos que más había odiado de su aspecto: la forma sonriente de su boca, que tanto había rechazado en otro tiempo porque no se correspondía con sus enfados, pero que había acabado contagiándole una fuerza que manejaba a su favor; el sonrojo constante; su altura superior a la media, que antes había asumido como parte de un cuerpo desgarbado que le molestaba y que hoy le

daba cierta seguridad. Sin ser una belleza canónica, sabía sacar ventaja, convertir en fortalezas lo que antes arrastraba con complejo y utilizar la mejor de sus sonrisas para acompañar su carrera. Que era, en realidad, lo que le importaba.

Hija de su tiempo, Ann-Elizabeth se había ido enfureciendo a medida que estudiaba historia y profundizaba en el estudio del arte. Becaria en el British Museum de Londres, desde el principio se había ocupado de máscaras, tronos, esculturas, lanzas, escudos o marfiles traídos de las colonias. Cuando empezó, muchos defendían todavía su exhibición como trofeos arrancados a pueblos primitivos a los que, a cambio, habían llevado escuelas, trenes, hospitales y misiones. «Habían salido ganando», decían quienes propugnaban la defensa del *statu quo* imperial y creían en la imagen aún benigna de Inglaterra como fuente de prosperidad en el mundo sin conocer la opinión de los afectados. Los nostálgicos de una era en que el mapamundi colgaba en las aulas con las banderas británicas en todos los continentes, los océanos y los hemisferios. La Union Jack había llegado a todos los confines y eso —la certeza que da la opulencia— había sembrado un orgullo de época que los hijos heredaron. Y los nietos. Que decenas de países hubieran ido conquistando la independencia no les afectaba. Que hubieran llovido denuncias de explotación, maltrato o asesinatos les resbalaba. Que sus propias fortunas se hubieran desvelado sucias, de origen sangriento, también. El mundo había sido mejor gracias a Inglaterra y de esa convicción nunca se iban a apear.

Para ella, por el contrario, fue un revulsivo. Los grandes apellidos del país no solo habían preservado sus riquezas, sino que las habían aumentado gracias a las compensaciones que la Corona dio a quien hubiera perdido posiciones. Era un escándalo y se iba a ocupar de ello. En privado.

En realidad, ya había empezado. En su estudio se acumulaban biografías, expedientes, datos que iba imprimiendo y que repartía en la moqueta alrededor de su mesa. No era difícil. Colegas suyos vinculados a Harvard iban colocando online toda la información sobre los herederos de los grandes negocios del colonialismo. Y apellidos como Tate, que daba nombre a la galería con la que esa familia había lavado su pasado, o Booker, que había hecho lo mismo con su prestigioso premio literario, fulguraban entre los aprovechados del pasado y del presente. Por supuesto que había buscado a Ben Lighthouse y le habría encantado encontrarlo, mancillar su nombre como merecía, pero aún no lo había logrado. El hijo de un científico colonial, por muy famoso que fuera, no figuraba en la lista de quienes se enriquecieron como los esclavistas, lo que la molestaba y la aliviaba a la vez. Pero había más listas y le iba a encontrar.

Cuando empezó, recordaba Ann-Elizabeth, las primeras demandas de países africanos reclamando sus tesoros resonaban aún con mucha timidez, como rarezas impropias de un mundo globalizado en el que cada país debía aceptar el lugar que le correspondía en la historia sin rechistar. Y provocaban mofas en el interior del museo, donde algunos defendían devolverlo todo para «quitarse de encima tanta porquería» antes de que se lo comieran las ratas.

La reivindicación de grandes obras como la piedra de Roseta, los frisos del Partenón o las momias de Egipto conseguía siempre un hueco entre las grandes noticias, abría debates candentes en prensa y televisiones, que organizaban tertulias y llevaban a embajadores o especialistas como ella a los platós para confrontar opiniones. Pero las obras llegadas desde África solo generaban silencio. O, peor aún, desprecio. Las larguísimas piraguas hechas manualmente por nativos con árboles centenarios; los tronos en los que se habían coronado

reyes locales, robados sin ningún respeto por sus jerarquías; las máscaras construidas con maderas nobles como el ébano, con dientes esculpidos o humanos y una capacidad de figuración aterradora, con gesticulaciones y rasgos que hoy solo podrían verse en los personajes más siniestros de los videojuegos... Todo eso no parecía importarle a nadie.

Y Ann-Elizabeth estaba bajando del metro cuando recibió una llamada. En los últimos días, Benjamin le había dejado wasaps apremiándola para verla; mensajes cada vez más acuciantes y hasta una foto de los dos juntos, la única que tenían, sin palabras, en silencio, como un recordatorio de la relación que los había unido con tanta fuerza. Como un regalo, también.

Y ella no la había borrado. Como adúltero experimentado que era, Benjamin siempre había evitado hacerse fotos con ella y ella lo había respetado. Su amor había sido íntimo, único, privado, cargado de una intensidad poco común y de un voltaje físico que había parecido eléctrico. Pero ella era muy consciente de que él siempre había huido de las fotos. Solo una vez se hicieron una. O les hicieron una. Él la había invitado a un estreno al creer que Martha no iba a acudir. Pero su mujer finalmente fue y ellos solo pudieron coincidir en la barra de cócteles, donde se intercambiaron una mirada impotente. Un fotógrafo recorría el local con una polaroid, recogió su encuentro por casualidad y les entregó la foto física: «¿Para ti o para ti?», les preguntó, festivo, antes de seguir con su trabajo rumbo al siguiente corrillo de invitados.

Aquella noche, Benjamin atrapó la foto con rapidez.

«Para mí», dijo. Y la guardó.

En ella no había nada que tuvieran que esconder, ni un abrazo, ni un beso, ni menos aún el tipo de tocamientos que le causaban tantos problemas en la prensa, pero la potencia de la mirada entre

los dos era evidente y su sintonía quedaba subrayada en una sonrisa cálida mucho más expresiva que una mano en una pierna. Aquella foto desprendía amor, intimidad, pero nunca le pidió una copia. El vínculo que había entre ellos, creía, era más poderoso que lo que pudiera demostrar un trozo de papel salido a duras penas de la vieja polaroid que hoy volvía a estar de moda.

Y esa imagen es la que él le había compartido por wasap una madrugada, sin palabras, y sin que ella respondiera nada. La foto de la polaroid, la única manifestación gráfica de un amor, la copia ahora digital y por tanto multiplicable, inmortal, de un papel que él podía haber roto como si nada. Ann-Elizabeth era consciente de ello. Del poder que le estaba transmitiendo Benjamin, que siempre había huido de las cámaras en su vida privada porque estas le habían perseguido y acosado. Guardó la foto.

Pero no debía olvidar que habían cortado, que esa relación era imposible, que no podía continuar. Porque ambos eran de mundos ideológicos opuestos y porque él no solo estaba casado, sino que era un mujeriego contumaz. Habían compartido una poderosa ambición de conocimiento, sí, una sintonía en lo artístico, un interés por lo teatral, por la intensa vida cultural que él frecuentaba en Londres mientras su mujer se ocupaba de las niñas y de su suegro. Habían congeniado físicamente como nadie. Se habían amado y saciado. Pero ella sabía desde el principio que él era incorregible, que siempre estaría Martha, que siempre habría otras y que aquello debía morir. Que nunca debió llegar tan lejos, en realidad.

Por ello la llamada de Benjamin murió otra vez en su buzón con más facilidad que la que demostraba su entereza. Lo que no murió fue el wasap. Desde el remite de Benjamin llegó esta vez una foto que no podía ignorar. Y no era de ellos, no. Era la imagen de una máscara en particular.

Ann-Elizabeth sabía que los Lighthouse habían traído cosas de Tanzania y podía imaginar que las guardaban. Pero esa gente era inofensiva, ni eran coleccionistas, ni traficaban con arte robado a los africanos como habían hecho tantos pretendidos servidores públicos en las colonias.

Pero aquella máscara... La imagen que le enviaba Benjamin no solo era un golpe a la línea de flotación de su ruptura, al muro que ella había levantado para no responderle al teléfono y permanecer indiferente a su apremio. Era toda una invitación a derribar de una vez la alambrada y franquear el paso a la comunicación. De nuevo.

«¿Qué es?», se limitó a escribir.

«Mi herencia. ¿La quieres? Es tuya.»

Fueron las palabras de Benjamin. Su invitación a compartir las máscaras que, con toda seguridad, él habría maldecido desde su sarcasmo pero que sabía que ella iba a leer con otros ojos. Una imagen que para ella era mucho más poderosa aún que la de su foto de la polaroid. La única que la podía conmover.

Ann-Elizabeth se ruborizó en plena calle. De repente, le sobraba la gorra, la bufanda, el abrigo. Amplió la foto. Aquel ejemplar estaba tallado en madera oscura, seguramente ébano, y en el hueco abierto en forma de boca llevaba incrustados lo que simulaban ser los dientes de su portador. ¿O acaso...? Lo amplió aún más. Aquellos parecían dientes reales. Sabía que algunas máscaras incorporaban elementos humanos como el cabello, pero nunca había visto una con dientes humanos. Y aquello parecía serlo. Unos dientes viejos, oscurecidos por el tiempo, que ofrecían un conjunto siniestro. Había cuatro en la parte de arriba y cuatro en la de abajo, como teselas irregulares de un gesto que ni era sonrisa ni tampoco daba miedo. Sobre ellos se había tallado una nariz que prolongaba sus líneas angulares hasta la frente. Y, a los lados, se abrían los huecos de

ambos ojos, cuadrados y vacíos como dos ventanas negras en un cuento de terror.

Después entraron más imágenes. Máscaras más trabajadas, esculpidas hasta el detalle de los párpados sobre los ojos o pintadas con los adornos guerreros de la tribu. Pero su vista volvió a la primera. Si era cierto que tenía material humano, que aquellos dientes cuadrados ensartados en los labios de madera no eran piedras labradas, sino piezas procedentes de personas, vivas o muertas, aquello requería un protocolo especial. No había muchas así y menos aún de África, porque las existentes procedían de Polinesia. Ann-Elizabeth lo sabía bien y casi estaba empezando a salivar.

Por ello tenía que responder. Podía comunicárselo a sus jefes y recibir a Benjamin Lighthouse en el museo de forma oficial, con los equipos correspondientes. O podía quedar con él para un primer vistazo. Para verle mientras miraba las máscaras, para qué se iba a engañar. Había una razón profesional que no podía evadir. Y había una excusa que habría preferido saber evitar. Pero que no supo evitar.

«Sí. Veámonos.»

«¿En tu casa?», respondió Benjamin, tan rápido como si ya hubiera tecleado la pregunta y solo necesitara su señal para enviársela.

Ella tardó un poco más.

«OK. A las seis.»

Y azorada, confusa y con un brillo en los ojos que no logró reprimir, le costó recuperar su gesto de seguridad para entrar por fin a trabajar. Le esperaba una jornada con más nervios de los que se había decidido a soportar desde que rompió con él.

17

Aquello fue en África

Asha se desembarazó al fin de su hija y de su nieta y logró quedarse a solas con las cajas. Ciertamente iba a ser difícil gestionar esa enorme cantidad de material, pero quería ir a su ritmo y no a la velocidad apremiante de las chicas. Abrió la segunda caja y sacó un cuaderno al azar. Año 1981. Observó la letra, leyó despacio.

Ayer... volvimos... de España.

—¡Adela! —llamó.
—Dime, abuela. —La nieta estaba muy cerca.
—Anda, léeme aquí. ¿Entiendes la letra?
—A ver.

Ayer volvimos de España.

Ir es siempre una alegría inmensa. Ver a Jane convertida en madre y esforzada por enseñarnos todo lo que han progresado esos nietos españolitos nos hace recordar los tiempos felices, cuando los niños eran pequeños.

Pero esta vez Marjory ha regresado muy triste y me preocupa. Le duele cada vez más separarse de ellos.

Jane está de nuevo embarazada. Y eso siempre inquieta a Marjory, sé que eso le hace revivir su pérdida.

«Aquello fue en África», le digo simplemente.

«Y esto en España.» No lo dice, pero lo veo en sus ojos.

«Hace mucho tiempo de eso —le digo también—. Y aquello no se repetirá.»

—¡Aquello fue en África! ¡Aquello fue en África! —remedó Adela con recochineo.

—¿Podrás leer sin comentar?

—¿Qué pasó en África?

—Ya lo oíste antes. La señora Marjory perdió un bebé. Anda, déjame. Y vuelve a estudiar. —Asha le quitó el cuaderno y lo cerró. Adela volvió a salir a regañadientes. En la puerta se cruzó con Amina, que, sin atreverse a entrar, tampoco se despegaba.

—Venga, dejadme las dos.

—Esos diarios... —musitó Amina.

—¿Qué pasa? —preguntó Adela, ambas en el pasillo.

—No van a traer nada bueno.

—Adiós. —Asha cerró la puerta con el bastón.

Después volvió a abrir el cuaderno. Las fotos también la ayudaban. En aquella época, Jane se había ido a España, Joyce a Francia y todos se habían dispersado. Ben se había casado con Martha, Arthur con Olivia. ¿Y Amina?

Amina también se había largado. Con veinte años se fue a trabajar a una fábrica de Escocia porque era el lugar más lejano que encontró. Pobre chiquilla. Jamás lo reconoció, jamás lo hablaron, pero si pensaba que Arthur iba a ser su compañero para siempre y que eso iba a incluir sumarse a la vida de un blanco universitario en Cambridge, se había equivocado. Arthur se casó, se convirtió en científico, brilló. Y Amina no terminó secundaria. Si su hija se lo hubiera preguntado a tiempo, ella le habría advertido a tiempo. Pero entonces no quería oír. Nunca había querido oír.

Asha siguió trabajando en casa de los Lighthouse, aunque menos días, menos horas, con menos sueldo.

Salvo en verano. Cuando llegaba el verano la querían a todas horas porque todos iban regresando y la casa recuperaba las

conversaciones, las carreras, los partidos en la cancha, los nietos —cada vez más nietos— subiendo y bajando por la casa, trepando por todos los árboles. Los adultos enseñaban a los niños dónde estaba el baúl de los disfraces y ahora eran estos los que organizaban funciones. Fueron veranos felices. Sobre todo cuando volvían Jane y Joyce, cada año con un bebé nuevo, amontonando hijos que chapurreaban en otros idiomas y alegraban a los señores. Las gemelas traían la paz y llenaban de vida los espacios que en invierno solo ocupaban, y en turnos siempre separados, Ben y Arthur. Marjory entonces volvía a estar pletórica.

Repasó las frases del cuaderno.

«Aquello no se repetirá.»

«Aquello era en África.»

«Aquello» era Mary Jane, que no supo respirar.

Marjory tuvo una niña, como tanto quería, pero la perdió. Asha entonces también temió perder a su bebé porque, si el álbum acolchado con esas ilustraciones tan detalladas no había servido para evitarle la pérdida a la señora Lighthouse, ¿cómo iba a librarse ella de una desgracia igual?

Pero, en esos mismos días, mientras la señora Lighthouse permanecía en el hospital de los ingleses, ella se puso de parto en su barracón. La ayudaron las mujeres del clan. Y Amina nació con un llanto que desbordó las frágiles paredes de su casa y una fuerza que se impuso a cualquier amenaza.

Asha nunca preguntó a la señora qué había pasado y esta nunca lo contó. Sabía que los hijos a veces vivían y que a veces se perdían. Mary Jane murió. Amina vivió. Tan simple como eso. Arthur no recibió a la hermanita que esperaba de su madre, pero sí a otra especie de hermanita que acogió como si lo fuera. Y la propia

Marjory abrazaba a *baby Amina* largo rato sin que nadie se atreviera a separarlas. Ni Asha.

«Aquello fue en África.»

Habían pasado muchas cosas en África. Y Asha quería ir más atrás. Más de veinte años más atrás. Rebuscó de nuevo en la primera caja.

Tenía que buscar muy atrás.

18

Nunca seré dentista

Benjamin sintió un golpe de alivio y se sonrió. No estaba acabado.

Desde que su padre había muerto no había dejado de dar tumbos. O, antes aún, desde que Martha y las niñas le habían abandonado. O mucho antes aún, desde que Ann-Elizabeth le había dejado para emprender el rumbo hacia su vida recién estrenada, una vida en la que no cabía un actor maduro sin un futuro a la vista que lastraba el presente de ella. Podía incluso entenderla. Desde entonces estaba dando tumbos, tumbos alcohólicos. Pero era hora de volver a enderezarse, y quién le iba a decir que esas puñeteras máscaras le iban a ayudar en el camino. *Oh, thank you, brownies.*

El pensamiento en torno a su decadencia no le solía acompañar, pero si hacía un esfuerzo podía entrever los cruces, los hitos, las señales clamorosas de desvíos que tal vez no debió tomar. Del éxito brutal que había vivido en sus inicios al protagonizar *My Britain* durante siete temporadas había pasado a la fama, al reconocimiento en cualquier sitio público. Era imposible caminar por la calle sin que le recitaran frases de su personaje. Después llegaron los agasajos, las invitaciones, las fiestas. Luego la prensa, el cotilleo. Hasta ahí ningún problema, era la senda habitual. Pero en los últimos años las actuaciones se habían espaciado. De ver parpadear su nombre en los luminosos del Soho había pasado a sustituir a otros que, de pronto, estaban corriendo más rápido. Había *bordado* a Enrique III o

el inspector Javert, le decían, pero solo en los días en que enfermaba el actor principal. «Tuvimos suerte de que actuaras tú esa noche. Cómo nos alegramos de verte», era la reacción de sus conocidos cuando coincidían con su representación. *En fin.*

Y de protagonizar aquella serie memorable de la BBC cuando aún era joven y mantenía todo el pelo en la cabeza había pasado a ser un secundario maduro, hinchado, en la ristra de canales que podían tener más audiencia, sí, pero también menos prestigio. Habría jurado que engordó por primera vez cuando así lo requirió el papel, pero lo cierto es que luego ya solo le llamaron para ese tipo de personajes: *gentlemen* cínicos y solventes, secundarios, bebedores, necesarios para que brillara la estrella elegida. Y ahora no sabría decir qué fue primero. Si el deterioro de su figura o el deterioro de su carrera. Se tocó la barriga. Siempre podía intentar adelgazar.

Miró alrededor. Las viejas botellas que hasta hacía poco aguardaban en el mueble bar a que alguien las rematara se amontonaban, ya agotadas, sobre la mesa del salón. Los periódicos que envolvían las máscaras habían salpicado el suelo de imágenes de Thatcher que le devolvían al pasado.

Y solo los envoltorios de snacks y comida rápida le situaban en el presente. Estaba aturdido, llevaba días sumido en la niebla de las copas, la mala comida, sin afeitarse, sin cambiarse de ropa, mirando obsesivamente el móvil y dudando alternativamente entre llamar a Asha para convencerla de que le devolviera los diarios antes de que fuera demasiado tarde o llamar a su agente. O a su abogado. O a Ann-Elizabeth. O a Martha. Dudando y llamando. A todos y a ninguno.

Porque ni Asha ni Amina le habían cogido el teléfono. De su agente no tenía noticias. El abogado decía que estaba trabajando en ello. Y Martha le había bloqueado.

Pero Ann-Elizabeth, *la gran belleza del Támesis*, como la había llamado siempre en la intimidad, ni siquiera se había dignado a responder, como en las primeras semanas de ruptura, cuando ella aún le enviaba explicaciones esmeradas de sus argumentos lógicos, comprensibles y cargados de razón, hasta que llegó el silencio y ni la fuerza que le daba cada copa de más para insistir había logrado derribar su muro.

Hasta que hiló la solución. Hasta que, harto de mirar las máscaras que había alineado sobre la alacena en la única forma de orden que le acompañaba en esos días, en aquellos ejemplares huecos fabricados para transmitir poderes a los jefes de las tribus, había encontrado la excusa perfecta para contactar con ella de forma eficaz. De hecho, fue mirándolas, de noche, alzando la copa para brindar con ellas, riendo, cuando les gritó: «Y ahora me vais a ayudar. Los negros me vais a ayudar».

Por ello, en uno de los pocos momentos en que estuvo despejado, se había aplicado para fotografiar las máscaras. Y cuando descubrió los dientes añosos que una de ellas exhibía tuvo la certeza de que Ann-Elizabeth no podría seguir indiferente. Tenía la llave. Si aquellos incisivos amarillentos eran humanos, si un «hombre demasiado oscuro», como decía Father, vivo o muerto, se había dejado la dentadura en una máscara labrada con el tesón de los mercachifles de la selva, él tendría una oportunidad. La posibilidad de un examen de ADN, de una restitución, de una devolución simbólica a los sucesores de ese puto negro y toda aquella parafernalia que tanto le interesaba a Ann-Elizabeth le iban a permitir a él, Benjamin Lighthouse, de los Lighthouse de toda la vida, volver a acercarse a ella. Y ponerse una medallita. Otra. Aunque le importara un cuerno la suerte de aquel negro u *hombre demasiado oscuro* al que una miríada de *dentistas nativos* dignos de un Vitaldent de la selva

hubiera arrebatado la dentadura. O de varios negros. Ya que, vistos desde cerca, todos esos dientes parecían incisivos. Ahí no había colmillos, ni molares, ni premolares. Mejor aún para Ann-Elizabeth, que podría así restituir aquella basura no a un negro, *oscuro* o *brownie* en particular, sino a varios, donantes forzados o muertos de ese material humano destinado a conceder poderes a sus jefes tribales y aquella milonga selvática.

«Nunca seré dentista —dijo entonces en voz alta mientras analizaba cara a cara esa máscara que le iba a devolver el acceso a Ann-Elizabeth—, pero sé hacer algo mejor: seducir, amar.»

Se lo dijo a la máscara, que sostenía con ambas manos como Hamlet había sostenido el cráneo de Yorick. Y rio a carcajadas. «Sé amar como los *hombres demasiado oscuros* no sabréis jamás, danzando con vuestras lanzas y estupideces en torno al fuego. Y sé amar como Arthur y su cerebrito no sabrán jamás amar. *Sé hacerlo.* Con mi entrega, con mi fuego, con mi capacidad para aislarme del resto del universo y trepar desde las rodillas a los muslos con los dedos hasta encontrar los límites y saltármelos, ese momento es soberbio. De besar el cuello hasta bajar al pecho y abarcarlo con los labios. Los dos pechos. Todos los pechos. Lo sé hacer. Mirar a una mujer al entrar en una fiesta y elegirla. Y saber que en breve estaré en su cama. Sé hablar con el corazón y romper sus barreras hasta la adicción. De todo ello he sido y soy capaz y seré capaz una y otra vez. Nunca podréis conmigo.»

Benjamin estaba borracho cuando dijo o pensó todo esto. Lo siguiente fue despertar en el sofá con la máscara dentada entre los brazos y un recuerdo difuminado de las horas previas. Tenía que tentar a Ann-Elizabeth con la máscara dentada y lo iba a hacer ya. Comprobó que las fotos estaban en su móvil y no solo en su imaginación, y se las envió.

Y ahora se iba a adecentar, porque el mensaje había funcionado.

«OK. A las seis.»

La cita era en casa de ella. Benjamin se sonrió. No estaba acabado, se dijo y se repitió.

Tenía todo el día para despejarse, bañarse, afeitarse. Tenía que ordenarlo todo. Quién sabe si, después de llevarle la máscara más valiosa, iba a convencerla de que viniera a su casa a valorar las otras. Sí. Sería perfecto.

Le diría que se había separado, que ahora era un hombre libre, que tenían una oportunidad, que él la necesitaba. Que la deseaba, y eso era verdad. La deseaba hasta el abismo. Así lo sentía. Ni hablar de que era Martha quien le había abandonado, harta de sus infidelidades. Además, su esposa seguía sin responder.

Sí, tenía que ordenar. Se incorporó. Iba a recoger aquella basura. Antes localizó una copa con restos de un gin tonic aguado al derretirse los cubitos y se lo bebió. Tenía mucho que hacer.

19

Por un bien superior

Arthur recordaba bien otra de las lecciones que le dio su padre. Una escena que no habría sido correcta en su discurso, pero que le volvía a la memoria con más vigor aún que la de la serpiente que tanto gustaba a todos. Y con vergüenza.

Ocurrió uno de esos raros días en que Father le llevaba a su trabajo. Él debía de tener seis o siete años, la edad en la que aún crees tanto en los mayores que su palabra se queda marcada como una nueva verdad.

Salía de unas paperas y estaba lo bastante debilucho como para no ir al colegio, pero también lo bastante recuperado como para que Father, deseoso de verle animado además de curado, le invitara a acompañarle a su trabajo. «Te enseñaré los conejos.»

Y Arthur corrió tras él por los pasillos de Coopers con su pantalón corto y su abriguito ceñido, su cámara entre las manos, viendo sus propias piernas larguiruchas esforzarse por mantener el ritmo de Father cuando normalmente era al revés. Desde las grandes oficinas que ocupaba su padre podía asomarse a los laboratorios donde las ratas, los ratones y los conejos ocupaban jaulas uniformes que le gustaba mirar. Allí hizo sus mejores fotos, aún conservaba en algún lado las imágenes de aquellos roedores limpios y clasificados que se entregaban al caos dentro de esa comunidad hiperactiva de compartimentos estancos. Le fascinaba su limpieza, el color blanco

que unificaba a todos los ratones como una manta esponjosa y móvil que nunca se paralizaba, que iba mutando, subiendo y bajando a medida que ellos se alzaban y volvían a caer sobre su camada en una carrera nerviosa que le divertía. Una jaula tenía ratas que le daban miedo.

Y otra tenía conejos.

Aquel día, su padre sacó uno de ellos. Le impresionó que lo hiciera con una sola mano y le intentó imitar cuando se lo dio, pero él necesitaba las dos para sostenerlo y aún se le escurría por todas partes como una gelatina viscosa imposible de retener.

Finalmente, su padre volvió a atraparlo y lo colocó en el interior de una vitrina especial, que cerró herméticamente. Parecía el elegido, el rey que emerge de la manada para sentarse en un trono en pos de alguna distinción especial, pero lo que le esperaba era algo muy diferente. Una vez sellada, la vitrina se empezó a nublar de gris. Una capa densa, oscura, se expandía en su interior desde la tapa para ir descendiendo hasta la bandeja en la que temblaba el conejo.

—¿Qué es eso, papá? ¿Lluvia? —preguntó Arthur, con un tono de sorpresa que transitó rápidamente del entusiasmo al susto.

—No, hijo, son mosquitos.

—Parece una nube.

—Es una nube de mosquitos.

—¿Y tú le has echado esa nube de mosquitos?

—Sí, hijo.

—¿Y por qué?

—Yo trabajo para erradicar plagas, para defender a los animales. Y los mosquitos son malos. Propagan enfermedades.

—Pero entonces, ¿por qué se los echas?

—Antes le he dado una medicina al conejo —explicó el padre—. Y vamos a comprobar si se ha hecho fuerte para resistir las picaduras.

Arthur pensó en su propia enfermedad. Su madre le había dado un jarabe. Lo había llamado «antibiótico para matar al bichito», pero él nunca había visto al bicho y lo cierto es que se había ido curando. Este conejo, sin embargo, estaba paralizado, cubierto de esa capa de mosquitos que se había posado sobre su piel hasta volverlo negro.

—¿No son muchos mosquitos, papá?

—Hay que hacerlo así, hijo.

Su padre le explicó entonces cómo probaban las dosis de medicina para liquidar a los maléficos mosquitos que transmitían enfermedades, pero lo que él vio fue cómo el pobre conejito ya no se movía en absoluto. No parecía que nadie estuviera defendiéndolo. Pronto quedó tumbado, quieto, con una patita estirada y la boca abierta. Por ella también se empezaron a introducir los mosquitos.

—¿Está dormido?

—Sí, hijo.

—¿Y cuándo se va a despertar?

Father respondió que se despertaría al día siguiente. Y cuando por la mañana insistió en volver al laboratorio para verlo y preguntó por él, su padre sacó un conejo de la jaula y se lo tendió.

—Este es más pequeño —se atrevió a decir Arthur.

—No importa, hijo.

Él se echó a llorar.

—Yo quería el otro, papá. ¿Está muerto? —preguntó con un hilo de voz y pucheros en la boca—. ¿No le curó la medicina?

Entonces su padre se inclinó hacia él, le agarró por los hombros y le dijo muchas cosas que hoy no recordaba. Solo recordaba dos. La

primera:

—Es por un bien superior, Arthur. Algún día lo entenderás.

Y la segunda:

—Vamos, Arti, deja ya de llorar. Los Lighthouse no lloran.

Aquel bien superior había guiado la vida de su padre, pero Arthur nunca logró entender los límites de su definición.

De niño intentó contentarse con la explicación, creía que su padre no podía equivocarse y que, si hablaba de un bien superior, este debía existir, como cuando Mother hablaba de Dios y él se imaginaba un creador benévolo que había inventado el sol, la tierra, el agua, la evaporación y todo un círculo de la vida que solo en la adolescencia, cuando empezó a atar cabos, comprendió que Darwin explicaba mucho mejor que la Biblia.

Aquel bien superior se diluyó en sus convicciones como el Dios materno. Con extrema facilidad. Aún le resultaba increíble cómo se habían evaporado las ideas tan trabajadas por sus padres, tantas veces repetidas, esculpidas y grabadas a fuego que parecían asentadas en su mente como los órganos en su cuerpo.

Cuando fue creciendo, asistió con su madre a algunos actos de reconocimiento a la tarea de su padre en las investigaciones sobre la fiebre aftosa y otros males que afectaban al ganado y que suponía tenían que ver con ese bien superior. Pero hoy solo podía recordar a aquel conejo, a todos los conejos y ratones del laboratorio, como recordaba los vertidos de sulfuro y arsénico que esa empresa en la que trabajó su padre tras regresar de África había arrojado al lago de Berkhamsted que hoy se agostaba sin vida. Por un bien superior.

Y por ese mismo bien superior tal vez había aceptado el poder que Benjamin fue adquiriendo sobre Father en los últimos años, el acceso a su cuenta para hacerle la compra, su forma de acoplarse a la casa como una garrapata, sin comunicarlo, cuando flaqueaban sus

ingresos como actor, ponía en alquiler su propia vivienda y te encontrabas por allí las zapatillas de las niñas. Todo aquello había ocurrido sin proclamaciones, sin debates, como un hecho consumado que situaba a su padre en el centro de un jaleo del que poco se enteraba y del que emergía con una mirada perdida. Sin entender los abrigos que colgaban de los radiadores, los pijamas infantiles en la lavadora, las botellas que tintineaban por todas partes sin tiempo a acumular polvo en el mueble bar.

A todas horas y por todas partes había copas, botas, calcetines y libros escolares abiertos que Everett miraba como si fuera él quien ya no encajaba en su propia casa mientras buscaba el camino a su sillón, donde todo volvía a cuadrar a su alrededor. El retrato de Marjory cuando era joven. La foto de boda. Los colmillos de elefante que adornaban la mesita baja. Aquello sí lo reconocía.

Y decir foto de boda era ya decir grandes cosas en su vida y en la de toda la familia Lighthouse. Cuando se casaron, en 1955, Tanganica era aún una colonia tranquila. La iglesia de Dar es-Salam que frecuentaban era un edificio de adobe, y el misionero inglés oficiaba en el exterior, donde unos bancos de madera ofrecían reposo a los ingleses y a los nativos convertidos que hubieran atravesado el calor seco para llegar hasta ahí.

Aquel día, en su boda, él vestía un traje blanco de lino y sombrero tipo explorador. Marjory estaba guapísima, con un vestido blanco muy sencillo y un velo largo que sostenían varias nativas que ondeaban a su vez pequeños banderines británicos. La Union Jack. Con un ramo de flores en las manos. A Everett le gustaba mirar aquella foto en blanco y negro mucho más que el jardín que podía ver por la ventana. En ella se reconocía. En el barullo que le rodeaba no.

Arthur tampoco había prestado mucha atención a aquellos cambios y, para qué se iba a engañar, que Benjamin y su familia se ocuparan de Father le había librado de estar más pendiente de él. Pero ahora podía comprobar el resultado en la cuenta bancaria, donde semana tras semana se habían cargado compras enormes no solo en los supermercados de la zona, carritos desbordantes del Sainsbury's o el Tesco de los centros comerciales a varias millas a la redonda, sino también ropa, calzado o las mejores delicatesen de Wine & Spirits, Fortnum & Mason o Harrods, algo que —por lo que podía comprobar— se había convertido en rutina.

Se fijó en algunos de los cargos: correspondían a tiendas de Londres que poco o nada tenían que ver con la vida adusta de su padre, cuyos lujos se limitaban a una copa de sherry o de coñac después de comer un rosbif. Facturas en Barbour y en Burberry, e incluso gastos desorbitados en la floristería de Wild at Heart que habrían escandalizado a su madre, amante jardinera capaz de convertir esquejes en árboles y semillas en brotes que luego trasplantaba a tiestos reutilizados hasta que las nuevas flores volvían a generar semilleros de los que siempre les regalaba muestras para mantener la cadena de la naturaleza activa. Pobre Mother. La mejor recolectora de arándanos del verano inglés. La suya sí era una mermelada gourmet.

Si la habían matado sus arterias no era solo por el deterioro propio de la vejez, sino por los excesos de un hijo al que habían protegido de forma especial mientras los mayores triunfaban y avanzaban en sus clubs de críquet o hockey de los colegios cercanos, el St. Andrews para él y el Loretho para sus hermanas, mientras al pobre Benjamin hubo que buscarle un centro privado cuando...

Arthur intentaba recordar qué había provocado el cambio de colegio de su hermanito. En aquel momento sus padres dijeron simplemente que era mejor para él, que los hermanos no tienen por qué ser iguales ni llevar caminos similares y un montón de rodeos que él siempre había interpretado como lo que era: que Benjamin no daba pie con bola, que se distraía, que fracasaba en las notas y que su propia estela, la de Arthur, había fulgurado con demasiada potencia en el colegio hasta proyectar su alargada sombra sobre un chico que no estaba interesado en la ciencia ni en el aprendizaje en general más allá de las obras de teatro del colegio. ¿Cuántas veces no le habían dicho a él mismo, a Arthur, que era el chico más brillante que había pasado por St. Andrews? ¿Que era el único niño del centro que había ganado el primer premio en la clasificación nacional de matemáticas? Incluso algunos profesores recordaban aún cómo, en ocasiones, era capaz de explicar la lección a algún rezagado mejor aún que el propio maestro.

Aunque había intentado no jactarse de ello, Arthur había crecido con la seguridad que da la inteligencia probada, la conciencia de que siempre vas a entender la lección, de que ningún examen se te va a resistir y de que tu hermano menor, distraído, daltónico, confundido en el aprendizaje y torpe para la lógica, no te llega a los talones. Pero, al igual que el recuerdo de su superioridad como alumno impregnaba la imagen de su infancia y de su propia profesionalidad, con la misma intensidad le seguía molestando la habilidad que tenía su hermano para encandilar a sus padres, a los adultos en general, sin que nadie viera sus defectos. Con comentarios que a él le parecían absurdos, histriónicos, desviaciones retóricas de asuntos mal abordados, le fastidiaba que sin embargo arrancara con soltura las risas de los mayores y la predisposición de todo el mundo a

ayudarle, a subsanar sus tropiezos. A aplaudirle. A nadie le importaba nada más. Por no hablar de sus ideas trasnochadas.

Hoy, le encajaba comprobar que la factura alcohólica era aún mayor que la cesta básica de la comida. Tanto Benjamin como Martha eran bebedores contumaces. El aliento a ginebra o coñac no era extraño en ellos a cualquier hora del día. Y haberse ocupado del suegro, con todo el amor y dedicación que sin duda había empleado Martha, más que Benjamin, no evitaba que en el mismo paquete viajara el trasiego de botellas habitual en ellos hasta la casa de Father. Y hasta la cuenta corriente.

Arthur se detuvo en los extractos finales. Como había intuido y ya podía documentar con exactitud, en los últimos días de vida de Everett Lighthouse, ya en plena postración, e incluso tras su muerte, la cuenta se había quedado en la raspa. Se habían esfumado más de 40.000 libras. Al fin preparó un mensaje con toda la documentación. Su abogado la esperaba. Y ya no había vuelta atrás. La denuncia estaba lista.

Como le enseñó su padre cuando sacrificó a aquel conejo, primaba el bien superior.

«Algún día lo entenderás.»

Solo había algo que debía hacer antes de pulsar el botón: hablar con Martha. Su pobre cuñada había dado el do de pecho a la hora de cuidar de su padre y, a decir verdad, se había esfumado tras su muerte. Ni siquiera le constaba que hubiera recogido las cartas que el viejo le había legado.

Ella merecía una conversación.

Y la iba a buscar.

20

Alienación

Asha sabía lo que buscaba y forcejeó hasta abrir la caja exacta, esparció varios cuadernos por el suelo y logró encontrar la fecha escrita: 1960. ¡A ver quién le iba a dar lecciones! Incluso echó unos cojines al suelo para acomodarse ahí a leer. Aunque luego la tuvieran que levantar con polea.

1960. Amina era una buena bebé y la dejaba trabajar. Arthur crecía feliz. La foto de Mary Jane seguía luciendo en un pequeño altar casero y Marjory Lighthouse caminaba cada día hasta el cementerio para depositar flores en la tumba de su hija muerta. La primera Jane.

Pero, lo más importante: la señora se había vuelto a quedar embarazada. Esta vez no había álbum rosado ni azul, solo esperanza y miedo en medio de muchas oraciones de ella y de su marido.

Pero no era en eso en lo que Asha quería pensar. Ella también había perdido a alguien y recordaba cómo tuvo que armarse de valor para pedir ayuda al señor Everett. Luego todo se precipitó sin que se resolvieran las cosas. Llegó la independencia, los ingleses tuvieron que largarse y ella también se fue dejando todo atrás. Por eso nunca supo qué pasó.

Su infancia flotaba en su memoria confusa mezclando la aldea en la que vivió de niña con el viaje a la ciudad. Todo el clan se había mudado a Dar es-Salam. Su hermano también. Pero no lograba atar

los cabos, armar el hilo que conducía desde su vida campesina hasta la de servicio, de su niñez al matrimonio, de la fusión que tenía con su hermano a su desaparición. No sabía por qué Musa se evaporó.

Sí. Fue eso lo que se atrevió a pedir al señor Everett. Ayuda para encontrarle.

Hojeó el cuaderno principal. La letra de Everett era entonces más clara y pudo entender.

Calculó su propia edad.

Entonces tenía los años de Adela, pero se creía mayor. Su nieta se pasaba el día protestando, untándose el pelo de espumas y mascarillas para sostener cada vez más alto esos rizos que desafiaban la ley de la gravedad, reivindicando su identidad *afropea* y amenazando con que iba a convertirse en chico a la menor oportunidad. O en no sé qué no binario. Que se iban a enterar.

A lo que Amina solía replicar que ella también estaba a tiempo.

Pero, para Asha, Adela era simplemente una niña, una de esas inglesas que aún creía que podía elegir su destino, gritar a un conductor que pasara salpicando sobre un charco o tumbar a un profesor con una queja, tener a los hombres a raya.

Y en parte no le faltaba razón. Adela no tenía que trabajar como ella a su edad, ni casarse con un hombre bruto que podía ser su abuelo, ni fregar suelos mientras se ponía de parto, ni abandonar su país.

Ni servir a los que habían destrozado a su familia.

Y puede que en ese camino hubiera ganado un mundo, sin duda lo había ganado, pero también había perdido. Montañas de conocimiento, de sabiduría, de realismo. Para su desgracia, Adela aún tenía sueños.

Porque, si algo estaba aposentado en la memoria de Asha era la contundencia con la que los dos mundos que había conocido, África y Europa, Tanganica e Inglaterra, el clan y la *civilización*, habían operado en ella con una crudeza imbatible, el uno y el otro, sin posibilidad de elección, con una rigidez estructural que la había dejado a ella, como a tantas otras personas, en la parte inferior de una escala social cuyos mandos siempre pertenecían a otros. Eso lo tenía muy claro. En ambos lados.

La propia palabra aprendida, *civilización*, significara eso lo que significara, era siempre pronunciada por los invasores con una majestuosidad que no se correspondía con lo que aparentaban decir. *Civilización* para ella suponía obedecer entre el olor a asfalto, a petróleo, a cemento. Lo mejor eran las construcciones sólidas al abrigo de las inclemencias, de las lluvias que inundaban la casa de adobe y paja en la que ella se había criado, todo eso era un adelanto, sí. Pero también suponía la existencia de normas incomprensibles, de imposición y ninguna noción de la justicia verdadera, la que a ella le habían enseñado su madre y su abuela como un ideal que determinaba de quién eran las casas, la huerta, las cabras, las mujeres, la aldea.

La aldea.

Porque, si aquellos ingleses *civilizatorios* lo decidían —y así lo hicieron—, las familias tenían que abandonar corriendo unas casas que, aunque fueran frágiles, eran las suyas; o unas tierras que habían labrado con enorme esfuerzo a pesar de plagas, lluvias y sequías. Así lo habían hecho generación tras generación.

Entonces, por obra y gracia de la civilización, tenían que irse de allí. Y, con suerte y si les dejaban, podían marchar con sus animales, porque en muchas ocasiones también se los quedaban. Siempre había otro almacén que construir, otra estación, otra granja que

debía obedecer a estándares *civilizados* y otra carretera en la activa imaginación de los ingleses, que organizaban su país en virtud de planes cuadriculados en vez de dejarlos en paz. Que además buscaban el aplauso de los nativos y que no podían comprender, ni por supuesto aceptar, que algunos se rebelaran. ¿O acaso eran mejores la cerca endeble, las plagas y el taparrabos en el culo?

Todos los hermanos y primos de Asha, sus padres y su clan entero, en suma, tuvieron que migrar desde el interior del país y dejar una zona de lagos y fertilidad en la que habían sobrevivido durante siglos para mudarse a la ciudad, para ponerse al servicio de los extranjeros y atenderlos. Las chicas, a limpiar sus casas. Los chicos, a portear sus trastos en los safaris, una de las pocas palabras que habían adoptado del suajili, aunque la usaban de una forma que poco tenía que ver con ellos.

Asha recordaba bien los relatos de su hermano Musa, al que seguía recordando como un niño pequeño porque murió antes de que pudiera convertirse en adulto. Cuando regresaba del safari, Musa contaba que esos ingleses no sabían hacer música como ellos, sino que la suya salía de un aparato enorme, el *gramophone*, que él transportaba; o que cargaba un enjambre de telas y hierros que pesaban como el demonio y con los que levantaban una casa que solo con el tiempo identificó como una tienda de campaña. Una tienda de campaña.

Musa en realidad no murió en sentido estricto como muere la gente mayor o enferma, porque nunca le enterraron, porque seguramente le mataron y esa era una historia de la que nadie quería hablar. Pero lo que ahora volvía a su memoria era que él y los otros chicos de la aldea eran *boys*, los mozos de carga que usaban los ingleses, niños que avanzaban por los caminos doblados como mulas bajo el peso de los bultos que porteaban, como ella y otras

mujeres de la familia trabajaban de sol a sol con sus bebés a la espalda en las casas de esos mismos extranjeros. Y decir mujeres ya era mucho decir, porque entonces eran tan pequeñas como Adela cuando se graduó en primaria. ¿Doce años? ¿Trece años? Algunas ni siquiera habían sangrado.

Los ingleses habían roto la forma de vida del clan sin preguntar. Y otras cosas que no le gustaba recordar.

La *civilización* británica era, por tanto, uno de los dos pilares de su vida y estaba tan torcido como ella, pero Asha sabía que el otro, el del clan, también era delirante. Los primeros, los ingleses, sabían ser muy educados en general, aunque en el fondo eran crueles, racistas, desalmados y olvidaban la educación cuando les convenía. Los segundos, los jefes del clan, ni siquiera eran educados, y acaso eso era mejor. Porque los ingleses parecían amigables y de repente disponían de tu vida a su albedrío sin tanto por favor, *I beg your pardon*. Los jefes del clan también decidían por ti, pero al menos no andaban engañando con gracias, porfavores y todo el catálogo de falso respeto ante el cual Asha, a estas alturas y desde hacía mucho tiempo, ya había aprendido a ponerse en guardia.

Que no le vinieran con tanto saludo, gracias y por favor, *I beg your pardon*... Los ingleses eran capaces de llenar el silencio de disculpas y frasecitas en tono cantarín como quien pone el intermitente correctamente para luego invadir tu carril a saco, sin importar que el siguiente coche tenga que dar un frenazo.

Así que el dilema para ella no era tanto Tanzania o Inglaterra, sino recordar u olvidar, porque ambas culturas habían sido despiadadas y hoy tenía los huesos molidos de tanto trabajar, la columna torcida de tanto fregar, en una postura que en su fuero interno ella sabía a ciencia cierta que empezó la noche de bodas, cuando su marido, el huraño Mohamed, más tripudo que las cabras

cuando se preñaban y más pesado que los cubos de agua que ella transportaba a pares, la había partido en dos.

Y eso no era literal, claro. Físicamente había sobrevivido, y si hubiera estado partida en dos no lo habría contado, pero la profundidad y la rapidez con la que la atravesó, no una sino varias veces, el sangrado que le provocó, el dolor lumbar que su madre intentó aliviar con frotaciones de sándalo y un aceite que extraía del coco para que pudiera volver a ponerse en pie siempre le dejaron la impresión de que esa noche había empezado a torcerse. Su columna, su espalda, su figura, su vida. Primero, de forma imperceptible, porque aguantó muchos años obligándose a sí misma a enderezarse. Después ya no quiso disimular. Y hoy caminaba a veces en ángulo recto. Le había encontrado hasta ventajas.

Salvo en este suelo, entre cojines, donde seguía husmeando cuadernos sin pensar en el dolor que arreciaba en la columna.

Después de su marido no estuvo con ningún hombre más. Se enfadaba con Amina cuando esta, de adolescente, babeaba al ver aparecer a Arthur y no era capaz de distinguir su sitio en la escala de posiciones de los Lighthouse. En Inglaterra no había castas tal y como las definían los hindúes de la escalera, que se apartaban para franquearse el paso unos a otros según la jerarquía que habían importado de la India. Pero había clases. Y, aunque nadie se lo había explicado, Asha había entendido bien que en la mansión de la familia a ellas les correspondía el cuarto de servicio y no andar como Amina, que iba como Pedro por su casa por todas las habitaciones o por la cabaña que se construyeron al fondo del jardín. Hasta que las echaron sin contemplaciones o, en vocabulario Lighthouse, las «invitaron a irse y buscar su propio hogar».

También se enfadó con su hija años después, cuando regresó de Escocia enamoriscada de un hombre tan imbécil que frenaba a la

vez que aceleraba la mierda de moto que tenía, más aún cuando se quedó embarazada y para todos estuvo claro que él iba a desaparecer sin preocuparse jamás de ella. Ni de su hija. Por eso, cuando su nieta amenazaba con convertirse en chico como había hecho alguien en el instituto se reía, «menudos tiempos», y le decía: «Mejor te irá». Y se volvía a reír. También en su tribu algunos hombres se disfrazaban de mujer y viceversa, a ella le iban a venir con la monserga esa de la disforia de género. Ni con binarios o no binarios. Tontainas.

«Eso sí. Dejadme en paz», decía. Como repetía ahora cada vez que hija o nieta insistían en ayudar. «Dejadme en paz.»

Asha no recordaba haberlas visto nunca tan unidas. Cuando su nieta era un angelito de dedos transparentes, su hija trabajaba demasiado como para estar presente. Y cuando por fin lo estuvo, Adela se había hecho adolescente y la recibió a mordiscos. Asha procuraba no hacerles demasiado caso, pero sabía que, si no la tuvieran a ella, madre e hija se comerían vivas.

Ahora se apiadó y las llamó. Las dos entraron en tromba, expectantes como estaban en la puerta.

—Mirad.

—¡Mamá! ¿Qué haces en el suelo? —la riñó Amina.

—¡Abuela! —se sumó Adela.

—¿No queríais ver? Pues mirad. Al fin he encontrado algo útil. Y os lo voy a enseñar.

Amina y Adela se abalanzaron al suelo. Asha les señaló una carpeta de la que asomaban papeles amarillentos, retorcidos en los bordes y con un aroma de otra época. Esta vez no eran palabras de Everett, no estaban escritas a mano, sino que portaban membrete oficial. Grabadas a machamartillo, tenían las hendiduras en relieve

propias de las máquinas de escribir del pasado, cuando las frases parecían morder el papel.

Y la carpeta decía así:

> Tanganika Territory
> Expediente 42022
> Sobre la alienación de tierras para no nativos en el distrito de Tabora.
> Government House
> Dar es-Salam

—¿Alienación? —preguntó Adela—. ¿Qué coño es alienación?

—Yo te lo traduzco —dijo Asha, que había entendido—. Usurpación, expulsión, desalojo. Cuando nos quitaron nuestras casas.

—«Alienación de tierras para no nativos —releyó Amina—. En el distrito de Tabora.»

—Nuestro apellido.

Asha se sonrió.

—Anda, ayudadme a levantarme. Y seguimos.

Hija y nieta la ayudaron, ahora en silencio. Ella se explicó.

Tabora era la región de su familia, situada en lo que los ingleses llamaban Western Province.

Western Province. En cuestión de nombres y mapas, los ingleses nunca habían tenido imaginación.

Su familia había cultivado allí grano por los siglos de los siglos: maíz, mandioca y frutos que vendían a los indios comerciantes que llegaban desde la costa y que les habían permitido sobrevivir durante generaciones. Asha aún conservaba recuerdos de los tiempos en los que toda la familia participaba en la cosecha sin distinción. En que sobraba la comida y se almacenaba para momentos peores, que siempre acababan por llegar. También allí habían criado el ganado.

Hasta que los echaron. Para entregárselo a los no nativos y hacer una granja mejor. Más eficiente, higiénica, civilizada y bla, bla, bla. Con vacunas.

Amina y Adela escucharon esta vez sin distracción.

En la memoria de Asha había lamentos por las granjas perdidas, madres quejosas por tener que migrar, niños que porteaban equipajes y niñas que servían a los *bwanas*. Niñas como ella. Pero nunca había sabido bien por qué. Era la primera vez que veía un papel oficial.

El distrito de Tabora. Su región, la que daba apellido a las tres.

Asha Tabora.

Amina Tabora.

Adela Tabora.

Una dinastía tocada por la alienación. Por obra y gracia de la Government House.

¿Y de verdad querían los Lighthouse hacerse con estas cajas?

¿O es que temían lo que iban a encontrar?

Asha empezaba a sentir que sí, que lo temían. Y que lo temían con razón. Porque el apellido Lighthouse no iba a tardar en aparecer, a ver quién elegía si no los mejores sitios para su *civilización.*

Y empezaba a sentir que le apaciguaba saber que le pertenecían. Miró a su hija y a su nieta y, por una vez, ninguna tuvo nada que decir. Estaban calladas. Emocionadas, sí.

La verdad era una gran herencia.

21

La Virgen y la Reina

Asha debía de tener diez años cuando su padre le anunció su boda, aunque no estaba segura porque no podía estar segura.

Lo que recordaba era que aún temía las sombras en la oscuridad, los espíritus, los antepasados. Su madre y su abuela decían que ellos siempre la protegían y que observaban todo para asegurarse de que las desgracias pasaran de largo, pero ella temía que la estuvieran vigilando. Y castigando.

En aquel entonces, Asha nunca terminaba las tareas. En el largo camino desde el pozo vaciaba el cubo aposta para cargar menos agua y luego decía que se había tropezado. A veces se distraía al sembrar, y cuando los adultos le gritaban con sus vozarrones secos que siguiera trabajando, se daba cuenta de que se había entretenido alineando las semillas en caminitos imaginarios por los que iba a circular la Reina de Inglaterra. Y entonces tenía que quedarse hasta tarde cavando agujeros en la tierra dura hasta depositar cada semilla en su sitio.

Ella había visto a la Reina de Inglaterra.

Su foto estaba colgada en la pared del colegio de su hermano y Asha la observaba cuando iba a buscarlo. Entonces se quedaba mirándola largo rato, embelesada. Era una mujer bellísima, de tez muy clara y limpia, el cabello asombrosamente delicado, los labios muy finos y una corona de puntas brillantes que todos decían que

indicaba que ella era la Reina. No una reina que todos conocieran, como el rey del clan, al que los lugareños acudían para dirimir disputas, sino una que estaba muy lejos. Y con tantos súbditos y en tantos rincones que no podía atender a todos. Y es que era la jefa de todos los ingleses. No solo de los que habían venido a Tanganica, sino también los de Inglaterra y los del mundo entero. Como tal, había que tenerle miedo.

Pero ella no tenía miedo a esa mujer, ese rostro sonriente y cálido no podía hacerle daño. Tenía el cuello luminoso, los hombros perfectos. Le habría gustado ver su cuerpo entero y aún recordaba exactamente aquel retrato.



Ella no temía a los ingleses, aunque todos se ponían nerviosos cuando los veían pasar en sus coches deslumbrantes y más aún cuando paraban en la aldea. Temía más a los antepasados, esos espíritus que vagaban invisibles por las casas y que, al igual que Alá, querían que ella se casara pronto con un hombre viejo como Mohamed.

Así se lo dijo su padre: lo quiere Alá. Y no había más que hablar.

Había visto a Mohamed. La tripa se le abombaba al acuclillarse para hacer tratos con otros hombres de la zona. Tenía pelos blancos en la barba, aunque no en la cabeza. Y le faltaban dos dientes. Decía que se los iba a poner para su nueva boda y que eso iba a ser pronto. En cuanto se los pusiera, repetía y repetía, se iba a casar. Y ella y Musa le espiaban cuando venía a su casa, deseando que aún no tuviera dientes nuevos y escuchando con la oreja pegada a la pared mientras él cerraba el trato con su padre.

Su madre le decía que no había prisa, que aún podían esperar dos inviernos, que Asha era muy niña y que podía estar tranquilo porque la iban a preservar bien. *No había nada que temer.* Pero el hombre tenía prisa, los antepasados estaban de acuerdo —decía—, Alá también, y la próxima camada de cabras ya iba a ser para ellos. Más unas ropas y más mercancías que iba a traer desde Dar es-Salam. Por tanto, si él cumplía, ellos también tenían que cumplir.

Por eso, cada mañana, al recoger a su hermano Musa en el colegio, Asha miraba de soslayo el retrato de la Reina de Inglaterra y deducía que, si esa mujer dulce era la jefa de los ingleses, y los ingleses eran a su vez los jefes de Tanganica y por tanto los jefes del rey de su clan, no podía menos que impedir que ella se casara con Mohamed.

Un día se atrevió a decírselo a su madre.

—La Reina me va a salvar.

Su madre no entendió nada.

—¿Qué Reina?

—La que está en el colegio.

—¿La profesora?

—No. La Reina. Está en la pared.

—¿La Reina de la pared? —Su madre se rio a carcajadas.

—La Reina de Inglaterra —replicó Asha.

—¿Y de qué crees que te va a salvar? —Su madre seguía riendo.

—De la boda. Yo no me quiero casar. No quiero que Mohamed consiga dientes. No quiero casarme. Y ella me va a salvar.

—Créeme. Esa reina no te va a salvar. Te va a salvar Mohamed.

Asha se echó entonces a llorar, lo recordaba muy bien. Lloraba por las carcajadas de su madre, no porque dudara de la Reina de Inglaterra. En la madrasa nadie hablaba de ella, solo recitaban suras del Corán. Pero en el colegio de su hermano, construido por los misioneros ingleses, habían dicho que la Reina iba a «extender la civilización». Se lo había contado Musa. ¿Y qué era la civilización? Que las niñas no se casen pronto. Esa era una de las cosas que les habían dicho. Que las niñas fuesen al colegio era otra. «¿Y el trabajo? —había preguntado Asha—. ¿Quién va a hacer entonces el trabajo? ¿Quién va a traer el agua del pozo? ¿Quién va a poner las semillas en la tierra?»

Musa no tenía las respuestas y era verdad que, de momento, la Reina no había conseguido nada de eso.

—Pero la maestra dice que todo vendrá poco a poco.

Y Asha pensaba que, si tenía suerte y la boda se retrasaba, la Reina iba a llegar a tiempo para impedir su matrimonio. Entonces querría siempre a la Reina.

En el colegio habían dicho eso y muchas cosas que Musa contaba a Asha y que ninguno de los dos se atrevía a decir a sus padres: que

la religión verdadera era el cristianismo, en la que un hombre dios nacido de una virgen que ella imaginaba como la Reina de Inglaterra había venido a la Tierra para salvarlos.

Si eso era cierto, si la maestra de Musa tenía razón y esa nueva religión había venido hasta Tanganica para salvarlos —y no había razones para dudar de ello, puesto que su hermano pequeño ya había aprendido a leer y escribir como le prometieron—, ella ya podía contar entonces con tres seres que la iban a ayudar: la Reina, la Virgen y su hijo, Cristo, que era Dios. Un dios más importante que los suyos.

La maestra también decía que los espíritus de los antepasados no existían; solo un único espíritu que además era santo y que también era Dios. Pero eso Asha no lo entendía y prefería no pensar en ello. No le gustaban los espíritus, ni los de su clan ni el de la Iglesia cristiana.

Habría preferido que no existieran esos vigilantes del camino, de las sombras, de la siembra, de la oscuridad, que veían todo lo que ella hacía y no hacía y que, además, parecían chivárselo a su padre. Pero para rechazar su figura no podía abrazar otra que tampoco entendía, ese Espíritu Santo del que Musa le hablaba a escondidas. Prefería quedarse con la imagen de esa Virgen-Reina de la que al menos había visto una foto. Era bella, era real y no podía ser mala. Tal vez no iba a llegar a tiempo de construir una escuela para ella y de enseñarle a leer, pero sí de impedir su boda.

Todo eso flotaba en sus recuerdos de aquellos años antes de que los ingleses, no los misioneros, sino los soldados, llegaran a la aldea. Su familia estaba preparando su boda y ella estaba convencida de que venían a salvarla, a «extender la civilización», como le había dicho Musa. Pero, en lugar de eso, los echaron de sus tierras. Traían papeles que así lo ordenaban. Y traían armas.

Ahora, al fin, estaba viendo cómo se llamaba aquello: «Alienación de tierras para no nativos». En aquel entonces aún confió en la Reina y se debatió entre dos opciones: o ella estaba organizando aquel jaleo para evitar su matrimonio, o no se había enterado de lo que hacían sus hombres y en cuanto se enterara iba a intervenir.

En cualquier caso, ella tenía que entrar en contacto con esa reina, como hacían los hombres de la aldea cuando tenían problemas y hablaban con los espíritus. Musa sabía escribir, había aprendido en la escuela, como también había aprendido que los ingleses ponen todo por escrito, como habían puesto la orden para desalojar que los obligaba a dejar sus tierras para destinarlas a una gran plantación de sisal; tenía que hacer llegar a la Reina un mensaje contando su problema, y Musa la iba a ayudar.

Juntos le escribieron una carta y Musa se la dio a su maestra. O eso le dijo.

Aún hoy se sonreía cuando esa misma reina, hoy tan anciana que se vislumbraba ya su muerte, salía por televisión. Qué cosas.

22

Los recuerdos

Benjamin logró a duras penas recoger su casa o al menos esconder las botellas vacías, los sobres de snacks y los envoltorios de comida en un cubo que fue a parar al jardín. Hacía frío, así que confiaba en que Ann-Elizabeth no lo viera si llegaba a venir, porque el reciclaje no era su mayor virtud. Las máscaras quedaron alineadas sobre la alacena, tal y como las había dejado la víspera.

Observó el resultado. No era comparable al orden que había reinado siempre en esa casa, pero tampoco sabía exactamente qué teclas pulsar para restituirlo. Estiró la alfombra, que ni siquiera sabía por qué estaba levantada. Los periódicos quedaron apilados en una esquina del sofá. La cocina también podía pasar el examen. Al fin y al cabo, no la había tocado salvo para abrir los armarios en busca de algo que llevarse a la boca, a ser posible líquido. Ni se fijó en un puchero que empezaba a criar moho.

Vestirse le costó más. Las camisas que mejor le sentaban estaban sucias, los pañuelos y fulares de pashmina y seda que tanto le caracterizaban estaban desperdigados, arrugados; no era consciente de haber desordenado tanto. ¿Cuánto tiempo había pasado desde que se fue Martha? ¿O desde que murió Father? No estaba seguro. El recuerdo de los últimos días era una maraña espesa en su cabeza.

Encontró al fin una camisa limpia, pensó que era rosada. Desde niño había empleado un truco que solía funcionar: si algo se parecía

a la Pantera Rosa, era rosado; si se parecía al camión de Coca-Cola, era rojo. Pero eso era solo en teoría. Cuanto más convencido estaba de haber acertado, más fallaba.

Hoy, habría preferido no equivocarse, pero no tenía más opción. La única camisa disponible que no fuera del siglo pasado era rosada —o eso creía—y se la puso. Eligió una corbata fina de lunares que le pareció acertada. Y el traje que vistió en el funeral, que había salvado a tiempo en el galán de su habitación. Debía mandar todo lo demás a la tintorería y no estaba seguro de poder pagarlo sin que la cuenta se le quedara temblando.

Además, buscó un sombrero. Le gustaba la imagen recia que le aportaba, así que sacó uno de su caja. E iba a desechar esta cuando se dio cuenta de que podía serle útil. Así que recogió la máscara dentada, le dedicó un último gesto de burla, la envolvió en el papel crujiente y fino que arropaba a su sombrero y la alojó en la caja, que remató con su lazo original color Coca-Cola.

—Un día es un día —espetó a la máscara—. Pero no te acostumbres.

Después, se lavó las manos. Y se perfumó. Podía estar zarandeado por los acontecimientos, de luto y resacoso. Pero al fin y al cabo era Benjamin Lighthouse, medalla al mérito de la Reina y uno de los artistas más distinguidos de su generación. Su porte lo iba a demostrar.

Ann-Elizabeth volvió a casa antes de lo habitual. Estaba nerviosa por haber citado a Ben en su apartamento y, más aún, enfadada por haberse acostumbrado a recibir ahí a ese actor capaz de recitarle poemas infinitos siempre acordes al contexto, versos de obras que siempre tenía a mano para alimentar su sensualidad y ampliar la

dimensión de lo sentido; alma sensible y enamoradiza, hombre apasionado que la había enredado en su telaraña emocional en contra de sus principios.

Saltaba a la vista que era un depredador con piel de cordero, un seductor de libro. Y una alarma en su cabeza siempre se lo recordaba como una potente sirena policial, pero era tan grande la atracción y la fascinación que le ocasionaba su lucha por transformarse, su capacidad de introducirse en la piel de otros seres dejándose la suya propia en la gatera, que esto siempre había superado cualquier formato de alerta. Su devoción a ella, su entrega palpable.

Ahora recorrió el apartamento, recogió cosas tiradas y cerró la puerta de su estudio desbordado de papeles para el nuevo libro. No quería sus preguntas.

Recordaba muy bien cuando le conoció, de niña, en las tardes veraniegas de la familia Lighthouse, cuando ella acompañaba a su amiga Caroline y ambas le observaban ensayar una y otra vez al piano hasta dominar una canción. Todas las niñas —las del propio Benjamin, Caroline, ella y otras primas— se colaban entonces por la rendija que quedaba abierta en la puerta del porche acristalado de la mansión de los Lighthouse, extasiadas ante el espectáculo de voces distintas que ese hombre era capaz de impostar, todas ellas impecables. Él vestía entonces pantalones blancos y acampanados que le sentaban como un guante, eran tiempos de Bee Gees. Cuando le reencontró, veinte años después, su cintura se había expandido, como sus entradas. Y sin embargo no había perdido un ápice de su atractivo. Sino al contrario.

En aquellas fiestas Lighthouse todo parecía resplandecer. El viejo Everett cumplía años en agosto y reunía a la prole en su jardín, incluidas las ramas de la familia que iban creciendo en Francia y

España. Él mismo servía oporto o jerez a los adultos. Ann-Elizabeth aún recordaba el brillo de esas copas de vidrio grueso con figuras geométricas entrelazadas que pesaban más que su propio contenido y que ella ayudaba a repartir. La abuela Marjory, siempre cariñosa, atendía acá y allá a los niños, sacaba pasteles de carne y quiches de verduras que desaparecían al cabo de pocos minutos en las bocas voraces de los nietos, y organizaba recogidas de fresas y grosellas en la huerta. Por cada cuenco lleno que trajera cada niño prometía un tarro de mermelada dulcísima, la más dulce que recordaba Ann-Elizabeth, aunque luego repartía a todos por igual. A ella también.

La alegría de esa casa, la abundancia de familia, sol, jardín, de juegos y vitalidad que se respiraba allí en verano la atraía tanto que recordaba como un trauma el momento en que fue consciente de que ni Marjory ni Everett eran sus propios abuelos, como llegó a creer. Ella siempre los había llamado así, Granny y Grandpa, como los llamaban Caroline y todos aquellos niños que corrían por su jardín. Pero, para ella, no lo eran.

Ella no tenía a sus abuelos cerca ni estos tenían una mansión. Su abuela materna vivía en una residencia de la RAF desde que enviudó de su marido, que había sido piloto. Y los abuelos paternos vivían apretados en una casita húmeda y fría.

Una tarde, sudorosa tras jugar un partido de bádminton en las pistas de los Lighthouse, corrió a la cocina a buscar agua. Quería una jarra para llevarla al jardín, pero solo encontró un vaso, lo llenó, lo bebió con fruición y, cuando estaba rellenándolo de nuevo para sacarlo afuera, se dio cuenta de que Amina, la hija de la criada, estaba al fondo de la cocina. De espaldas.

Ann-Elizabeth debía de tener diez o doce años. Amina, veinte más.

—Ay, no te había visto, perdona.

Amina no se volvió. Agachó la cabeza, saludó con un gesto, pero retiró la mirada del ángulo de visión de la niña.

—¿Sabes dónde hay una jarra? —preguntó Ann-Elizabeth.

Amina se movió hacia un armario sin volverse, lo abrió, sacó una jarra y se la tendió. Siguió de espaldas. A Ann-Elizabeth le sorprendió que estuviera tan seria, pero no dijo nada.

—Grandpa me ha pedido que lleve cubitos —recordó entonces Ann-Elizabeth, y se puso a rebuscar en la nevera.

Amina señaló un arcón cercano, lo abrió, sacó los hielos y se los tendió. Entonces le vio la cara, los ojos llorosos.

—Toma. Pero que se te meta en la cabeza que no es tu Grandpa —dijo escuetamente Amina.

—¿Cómo que no? Es Grandpa.

—Lo es. Pero no es tuyo porque tú no eres Lighthouse, no te engañes.

La Ann-Elizabeth niña se alejó con la jarra y con la bandeja metálica de cubitos, que se le quedó tan pegada a la mano como la frase de Amina a la memoria. «No eres Lighthouse.» Cierto que no lo era, pero esos abuelos la trataban como si lo fuera.

Aquello estaba olvidado, pero el recuerdo acababa de despertar de un largo sueño. La muerte de Everett, retomar el contacto con la familia, ver a Asha tan postrada y a Amina tan seria había puesto a desfilar sensaciones cruzadas de esa infancia de carreras en el jardín, partidos de bádminton y cosechas de grosellas que dejaban marcas indelebles en las manos como anticipo de unas tartas memorables. Pero también del frío que se sentía en la cocina cuando estaba Amina. De su tristeza.

Los recuerdos habían vuelto esos días a la mente de Ann-Elizabeth, pues, y se mezclaban también con los más recientes, los de un Benjamin fulgurante que la había amado pero que también la

había utilizado, absorbiendo de ella una energía que no era capaz de convertir en compromiso. Ella lo sabía. Era joven, resultona, alegre, estaba llena de proyectos y eso atraía a los demás. Quién no iba a querer estar junto a una mujer que contagiaba vigor.

Y sin embargo.

Sin embargo, había depredación en él. Su forma de absorber la fuerza que desencadenaba en ella, de generar pasión y crecerse la había dejado exhausta. Y enfadada. Él no iba a cambiar, siempre iba a ser un hombre casado, un *womanizer* capaz de consumir mujeres en todas las fases de explosión y agotamiento por las que atraviesa una pasión, él mismo se lo había confesado. Enamoradizo del amor, adicto a su propio yo enamorado. La estrella solo era él. Ann-Elizabeth rabiaba por ello.

Y sin embargo.

Cuando sonó el timbre y abrió la puerta.

Cuando se encontró su rostro desfigurado por la bebida o la tristeza o las dos cosas. Su gesto desconsolado. Su porte esforzadamente elegante, que transmitía el afán por recomponerse en contraste con un ánimo que parecía hundirle.

Y cuando vio la pomposa caja de Harrods que sostenía entre las manos para albergar la máscara de Tanzania que sin duda despreciaba, no pudo menos que agarrar esa caja, dejarla caer junto a todas las representaciones del reencuentro que se le habían pasado por la cabeza, incluida la venganza, y abrazarle como a un niño huérfano.

Porque, en realidad, eso era lo que había ocurrido. Benjamin se había quedado huérfano. Podía tener cincuenta años y frisar la edad inmisericorde en que cualquier pretensión de juventud puede resultar patética; podía rodar de cama en cama, atraer a jóvenes y además creerse un virtuoso de la calidad humana maltratado por su

propia incapacidad de asumir responsabilidades; podía ser la víctima y el culpable. Pero aquí y ahora, ante la puerta del apartamento de Ann-Elizabeth King, parecía un niño frágil, abandonado y esforzado por comparecer dignamente ante alguien a quien había defraudado, sí, pero a quien también amaba.

Ann-Elizabeth no supo soltarle. El abrazo amigo, largo y profundo se transformó pronto en un calor demasiado agradable como para perderlo en esos tiempos que se habían vuelto súbitamente fríos.

La caja quedó incólume en el suelo, lazo incluido. Pero los principios que habían caído con ella se esfumaron, porque Ann-Elizabeth y Benjamin rodaron de alguna forma hasta la cama, donde en pocos segundos desguazaron la última camisa planchada de él y las empalizadas de convicción que ella había levantado para sostener su ruptura.

Tendría tiempo de analizar la máscara, porque hoy, por primera vez, Benjamin no iba a correr a dormir a los brazos de Martha. Santa Martha.

—¿De verdad que la has dejado? —musitó Ann-Elizabeth en algún momento de la noche—. No me lo acabo de creer.

—Te lo juro, amor —zanjó Ben—. Y para siempre.

Y ambos se sumergieron en el sueño inquieto de los amantes que no están acostumbrados a convivir.

III
El infierno

Mi Marjory:

Los primeros años en Dar es-Salam no pudieron ser más felices. Nuestra casa era blanca, fresca, grande, acogedora. Y nuestro porche se convirtió muy pronto en el local más animado de la comunidad británica.

Muchos viernes, cuando llegaba a casa, me encontraba a mis propios compañeros, los mejores. Y es que te habías hecho amiga de sus mujeres antes de que yo mismo me enterara de sus nombres. Cada uno traía botellas, bandejas y más botellas para añadir a la cena improvisada. Y discos para oír hasta el amanecer.

Jamás se oyó tanto swing y jazz en Dar es-Salam. Ni jamás Frank Sinatra, Tonny Bennett o Doris Day tuvieron un público más entregado que el de esos locos ingleses perdidos en África. Benditos años cincuenta, cuando cada recién llegado traía los discos que saltaban de Estados Unidos a Inglaterra y, de ahí a África. El baile cruzaba continentes y también lo hacía nuestra ilusión, nuestros planes. Al piano también le dimos caña.

Arthur llegó en el 56, tan gracioso y activo que era la pura prolongación de tu felicidad. La casa entera estaba en danza por él, hacía lo que quería con todos. Nunca fuiste más dichosa, y eso también se lo debemos a África. Las excursiones, la música, el gramófono que llevábamos a todas partes con las cestas de pícnic, los safaris, los ingleses más locos que unas cabras y los nativos pegados a nosotros como si les hubiéramos contagiado la energía. Tú se la habías contagiado.

También hubo malos momentos. Tu segundo embarazo. Nuestra niña muerta. Mary Jane, que dejó de respirar casi cuando empezábamos a abrazarla.

Ese dolor no murió nunca, pero no tuvo culpables.

Hay otros que los tuvieron. Y que necesitan luz.

Hablaré de Asha. Nuestra pobre Asha.

Era una niña cuando llegó a nuestra casa y ya tenía marido. El maldito Mohamed. Aún recuerdo a esa bestia negra que mascaba el grano que le

dábamos para los animales y que podía haber sido su abuelo. Lo molía con las encías. Siempre decía que se iba a poner dientes nuevos y nunca lo hizo.

Vestía una túnica que siempre estaba sucia y fue el único negro gordo que conocí. Tenía las uñas grandes y roñosas como garfios. «El embarazado parece él», solías decir cuando Asha comunicó un embarazo que nunca ocupó tanto como la tripa de su marido.

Muchos días, Mohamed venía a nuestra puerta a enseñarme sus cuatro cabras. No tenía ninguna necesidad, porque estaban vacunadas como todas las de la zona y yo hacía regularmente las inspecciones *in situ*. A ti se te arrugaba el ceño en cuanto le veías acercarse. Creo que era la única persona capaz de nublarte la vista y se te notaba de lejos.

Era una excusa. En realidad, Mohamed se presentaba en la puerta para controlar a Asha, para comprobar que estaba donde decía estar, para demostrarnos que era de su propiedad. Era su esposa más joven y que estuviera embarazada no le disuadía de nada. «Si no trabaja bien, tú me lo dices, *bwana*, y yo me encargo.»

Bwana. Era así como nos llamaban. Significaba «señor» en suajili y él lo usaba con un tono de servilismo que no me gustaba. Ni a ti ni a mí nos gustaba. Sí, *bwana*, sí, *bwana*. Era un zorro.

Ese bestia la zurraba. Lo intuimos desde el primer momento, cuando apareció tan pequeña, menuda y atemorizada. Asha era delgadita y parecía frágil, creo que apenas me llegaba a la cintura. Y era una niña. Venía a ayudarte con la casa y la aceptamos porque su familia se había visto afectada por la alienación de aldeas. Era la manera de que esa pobre gente tuviera ingresos.

Hoy, yo mismo me pregunto por qué los expropiamos, si realmente fue necesario, pero entonces lo decidíamos sin cuestionarlo. Las órdenes eran claras: su aldea estaba en una zona fértil que podía explotarse de forma más eficiente y eso fue lo que hicimos. También ellos iban a salir ganando. Dedicamos una buena parte a la reserva de caza, las posibilidades de hacer safaris eran grandiosas allí. Y la otra parte, a una explotación de sisal. El resultado iba a ser bueno para todos. Por eso se les movió. A cambio, les dimos unas cabañas en Dar es-Salam, cerca de la colonia británica, y, sobre todo, trabajo. Por eso Asha entró a servir en nuestra casa. Y su hermano, Musa, se convirtió en nuestro porteador. Allí y en aquellos tiempos era lo natural.

Asha enseguida hizo migas contigo. Te empeñaste en que aprendiera el inglés contra todas las instrucciones, porque allí siempre nos aconsejaban que ellos no nos entendieran al hablar. Eso te dio igual. Le enseñaste y ella aprendió más rápido que nosotros el suajili.

Era vivaracha, rápida. En cuanto superó el susto de venir a una casa de ingleses se acopló hasta el punto de que nunca quería marcharse a la suya.

A veces se lo recordábamos: «Asha, seguro que te esperan en casa, puedes irte». Y ella se replegaba en la despensa, creíamos que se cambiaba de ropa y que ya se había ido, pero, cuando nos queríamos dar cuenta, seguía allí, escondida en la oscuridad.

«¿Asha? Asha, ¿qué haces ahí? ¿No te vas a casa?»

Ay, pobre Asha. Tan vital y tan atrapada.

Tú veías lo que ese hombre le hacía y yo también. A veces venía doblada y se le notaba el esfuerzo por disimular. Hoy lamento que no supiéramos abordarlo. Como ingleses no podíamos meternos en sus cosas, en su vida familiar. Él era el jefe de su casa y de su clan, eran polígamos y, aunque eso lo intentamos erradicar y nuestros misioneros trataban de inculcarles nuestro modelo cristiano, había cosas que no se podían cambiar.

Diré más: se les impuso una tasa por cada esposa, un impuesto de poligamia para disuadirlos de tener tantas. Y ni siquiera eso sirvió. La protesta se extendió por la región hasta el punto de que el gobernador tuvo que dar marcha atrás.

Su modo de vida era intocable, más aún después de haberles quitado la aldea. Por ello no sabíamos qué hacer. A medida que Asha entraba a formar parte de nuestra familia se volvió imprescindible. No sabíamos si era ella la que hacía reír a Arthur o Arthur a ella, pero los dos juntos soltaban chispas, eran eléctricos, rodaban y corrían para jugar con una energía que ni siquiera nosotros teníamos. Me acuerdo de cuando tú y yo caíamos rendidos en el sofá y Asha aún tenía fuerzas para volver a coger a Arthur y emprender otro juego o llevarlo de nuevo a hacer saltar a Bwana, nuestro perro, o a perseguir lagartijas por el patio.

Pero un día, en uno de esos ratos en que ambos rodaban por el suelo como los dos niños que eran, un gran moratón asomó bajo su uniforme. Tirada en el suelo con Arthur, descuidada, vimos heridas en sus muslos. También en los brazos. Tú te enfadaste como nunca te había visto enfadarte.

La llevaste aparte, la acosaste a preguntas, pero Asha se replegó y en los días siguientes llegó cubierta por ropas largas que no dejaban ver su piel sudorosa por el calor. Pasó varios días sin hablar y cuidó a Arthur con el mismo amor, pero sin alegría.

Asha no sabía gestionar su desdicha. Tú te volvías loca. Pasaste esos días enfurruñada, intentando sonsacarle, riñéndola por su silencio, hasta que renunciaste y decidiste imponer una especie de tranquilidad forzada que acabó diluyendo la tensión. Solo entonces Asha se descomprimió.

Fue entonces cuando me pediste actuar.

«Solo tú puedes conseguirlo», dijiste.

«A ti te hará caso.»

Por eso fui a ver a Mohamed. Al monstruo. En aquellos años tuve que ir dos veces. La primera vez, por Asha. La segunda, por Musa. Y ambas fueron un desastre.

Pero iré por partes.

Mañana continuaré. Buenas noches, *sweet heart.*

E. L.

3 de enero de 2010

23

Brillos en la oscuridad

Martha se desperezó en el banco en que dormitaba en la cocina. Desde que volvió con su madre no había encontrado la forma de dormir de un tirón, y menos aún de levantarse sin despertarla, porque la anciana tenía un oído de perro y enseguida se sumaba a ella si notaba que deambulaba por la casa. Y eso a Martha no le apetecía.

Por ello se había acostumbrado a desplazarse descalza, a oscuras, hasta la cocina, donde se acomodaba silenciosamente en un mueble esquinero revestido de cojines, el mismo en el que se había apostado a comer o estudiar desde la noche de los tiempos. Su rincón.

Solo el brillo parpadeante del microondas iluminaba la estancia. Y el del frigorífico. Después de unas pocas semanas de separación e insomnio entre esas paredes podía trazar el mapa de luminosidades en la noche de la vieja casa familiar. Pequeños fulgores que, en medio de la oscuridad, le daban las pistas para seguir adelante sin encender la luz.

Su propia vida necesitaba identificar los destellos que la pudieran guiar, pensó. Tras abandonar su propia casa, el refugio de su madre no era la solución, pero sí un piloto encendido. Siempre encendido. Sus hijas tenían su vida y las señales que emitían se desvanecían rápido. Y Ben... El espectro en que se había convertido su marido ya

no emitía luz alguna a pesar de su apellido. Porque el faro, el *lighthouse* del que tanto había presumido como «baluarte y guía ante cualquier tempestad», se había echado a perder. Menudo bocazas. Cuánta palabrería vacía se había tragado en su vida. «*Lighthouse of the world*», había proclamado en los buenos tiempos, cuando la admiración de ella y sus hijas alimentaba la suya propia. Faro del mundo. Puro *bull shit*.

Suponía que él le estaba escribiendo mensajes porque, al fin y al cabo, no sabía vivir sin ella. Y de momento le tenía bloqueado. Era demasiado pronto para contestarle. Demasiado pronto para organizar en serio la mudanza, el divorcio, y más aún para exigirle una pensión, porque Ben, el grandísimo y laureado Benjamin Lighthouse, aplaudido en todos los escenarios y recibido y condecorado en Buckingham Palace por Su Majestad la Reina de Inglaterra, estaba en la ruina. Jamás había logrado nada en propiedad, los ingresos se le habían escurrido como el agua entre las manos, y de la herencia dudaba que les llegara gran cosa. Demasiados agujeros en la cuenta. Y por todo ello le tenía bloqueado. Pero también le sorprendía que él no hubiera insistido por teléfono. A ver si no la necesitaba tanto. ¿O acaso estaba tan mal que no levantaba cabeza?

E intentaba espantar de su mente cualquier tentación de piedad cuando se le iluminó el móvil. Un destello nuevo en la oscuridad. Lo miró. Arthur le había enviado un mensaje. Quería verla.

De todos los Lighthouse que quedaban vivos —y esto excluía no solo al fallecido Everett, sino también a su marido, al que daba por tachado de la lista porque bien merecía estar muerto y con los huesos apretados en una bolsa encajada de mala manera en la tumba familiar—, Arthur era el último con el que deseaba hablar.

Había esperado que ellas —Jane y Joyce— la buscaran, la visitaran y se interesaran por ella. Las gemelas siempre actuaban juntas, sincronizadas, aunque vivieran en países distintos, y lo hacían además tocando la fibra sensible de la familia. Intentaban preservar el lado humano de los Lighthouse, si es que alguna vez había habido humanidad en esa familia en que los éxitos se celebraban con discursos y alharacas y los fracasos, tristezas, escándalos y demencias quedaban sepultados por el silencio torvo de quien pasa de puntillas sobre huevos como si aún no estuvieran rotos.

Le sorprendió que ellas no la hubieran llamado, aunque cabía pensar que tal vez ni siquiera se habían enterado de su situación. Con su aire de hippie enajenada —Joyce— y de *expat* ausente —Jane—, acaso desconocían que Ben estaba en el punto de mira de la prensa, que ella misma se había ido de casa y que, de sus dos hijas, tan ejemplares, la primera ya había sido noticia por su relación con un productor que le triplicaba la edad y la segunda hacía el ridículo cada día en la red como supuesta *influencer* a cambio de una comisión por las uñas y pestañas postizas que lograra vender. Para eso había servido su sólida educación.

Pero cómo lo iban a saber. Jane y Joyce. Las cándidas Lighthouse que no se enteraban de nada, aunque ella misma les había dado suficientes pistas en el funeral de Everett. Y cómo iba a saberlo Arthur, ese prodigio científico galardonado en tantos foros por avances que nadie lograba entender, habitual en las páginas serias de la prensa seria mientras Benjamin iba quedando relegado a las páginas más frívolas de la prensa amarilla. Arthur. Demasiado entretenido en causas universales como para que le importara una cuñada con cuernos y deprimida por mucho que hubiera limpiado más veces de las que le hubiera apetecido el culo de su propio

padre. El devenir climático del mundo era demasiado trascendente como para preocuparse de ella. Por no hablar del Brexit.

Por eso, que Arthur le escribiera en esa madrugada solitaria en la que ya vislumbraba que su vida iba a pasar de cuidar a un demente (Everett) a cuidar a otra que ya apuntaba maneras (su madre) no le añadió ningún consuelo. Pero algo era algo y le respondió.

«Claro, cuando quieras.»

«Puedo acercarme a vuestra casa —propuso Arthur de inmediato. Ella calló, más sorprendida aún—. Pero, si no te importa, nos vemos en el pub. Tú y yo.»

El mensaje chocó profundamente a Martha. No solo significaba que Arthur no tenía ni idea de que ella se había ido de casa, sino que además intentaba evitar a su hermano. En condiciones normales lo habría rechazado, pero menuda tontería. ¿Desde cuándo había habido normalidad en el universo Lighthouse? Tal vez existió en tiempos lejanos, cuando Everett y Marjory llevaban las riendas de la familia, pero hacía mucho que eso había saltado por los aires y que, entre las felices ausentes y los omnipotentes presentes, el factor humanidad transcurría por una vía paralela al apellido Lighthouse: destinado a que nadie lo encontrara jamás.

«Estoy en Bath, Arthur. Hace semanas que me fui de casa.»

Arthur fue ahora el que calló. ¿Martha en Bath? Es decir, ¿en su casa materna? Aquello le descolocó. ¿Cómo iba a reunirse con ella si estaba tan lejos? ¿Cómo iba a plantearle las dudas sobre las cuentas del viejo? Y aún más, ¿cómo iba a obtener explicaciones si Ben no le cogía el teléfono y Martha, la mejor fuente que había tenido para llegar a su hermano en el pasado, había roto con él? Porque suponía que era eso lo ocurrido. ¿O es que había pasado algo con su madre?

«Ooops —se limitó a decir—. Lamento haber metido la pata.»

Y la conversación habría acabado ahí, en la retirada, como solían acabar las conversaciones con los Lighthouse en cuanto se adentraban en terrenos procelosos, si ella no se hubiera decidido.

«Veámonos, Arthur. Será lo mejor. Y te cuento.»

«No quiero entrometerme...»

¿Sería idiota? Martha había salido corriendo para recoger montones de veces a Everett cuando deambulaba por la calle en pelotas, le había llevado a casa como hace un perro pastor con una oveja descarriada pero dócil, y ahora su propio primogénito, demasiado listo como para ser inteligente, ni siquiera quería saber qué tal estaba. «No quiero entrometerme.» ¿Acaso nadie importaba a nadie en esa familia en cuanto se franqueaba la barrera del dolor?

«Venga, Arthur. Veámonos. Si hoy no hay huelga ni retrasos, estaré en Londres a media mañana. No me vendrá mal.»

Y así quedaron. Martha, reconfortada por que al fin un Lighthouse se hubiera interesado por ella. Arthur, inquieto por lo que le quería decir.

24

De cómo una puede despertar con dos guerreros

Ann-Elizabeth se despertó cuando aún era noche cerrada. Contempló al hombre que roncaba a su lado, encogido, en posición fetal, apenas iluminado por la luz de las farolas de la calle, y se levantó sin hacer ruido. El aliento de Benjamin aún emanaba efluvios de alcohol, como cuando se plantó en su puerta con su elegancia esforzada, intentando esconder la niebla en la que —decía— le habían sumido la muerte de su padre y su ruptura.

Le amaba. Y le odiaba. Por encima y en contra de su voluntad, a pesar de su edad, su ideología, su frivolidad, su egocentrismo, su posición social y la certeza de que no era la única, le amaba. Desprendía una seguridad tan magnética como sus señales de fragilidad cuando estaban solos y le confesaba sus derrumbes. En esos momentos era tan cercano, tan vulnerable y dependiente que Ann-Elizabeth llegaba a olvidar los rumores de acoso a las actrices jóvenes que divulgaba la prensa. No podía ser él, no podía tratarse del mismo hombre que ahora estaba acurrucado entre sus sábanas con el ceño fruncido y el sueño profundo de quien al fin ha encontrado su sitio. ¿O sí lo era? Por eso y por encima de todo ello, también le odiaba.

Se dirigió al baño y se miró al espejo. Se palpó el rostro enrojecido por los besos y roces de ese hombre-niño, recordó el deseo animal que los había vuelto a arrojar al uno en brazos del

otro. Era muy consciente de que había roto su palabra, su propia decisión de romper con él, la determinación de la mismísima Ann-Elizabeth King, la emergente historiadora capaz de librar todas las batallas salvo una, la de luchar contra ese ser que la atrapaba en su sentimiento invasivo hasta abrasarla. Sabía que no debía, pero también sabía que Benjamin era una adicción, una poderosa droga que había sabido alejar por unos días. Y sin embargo ahí estaba, de nuevo aturdida. Había recaído. El arrepentimiento empezaba a morder. El enfado también. Consigo misma.

Entonces recordó la excusa que le había traído hasta aquí. Acudió a la caja que había rodado por el suelo, desató el lazo rojo, sacó la máscara y se instaló con ella en el salón.

Recordaba esas máscaras en casa de los abuelos Lighthouse, cuando era niña. Caroline y ella solían asomarse al salón cuando no había nadie, en silencio, a contemplar esos rostros que entonces les parecían terroríficos y que hablaban de un pasado y un mundo fuera de su alcance. Ann-Elizabeth las señalaba, provocadora, para inventar historias de espíritus, y Caroline se tapaba los oídos y reía al mismo tiempo, tan nerviosa como deseosa de escuchar más.

Un día entró Asha. Llevaba el plumero. Ya era mayor y empezaba a estar inclinada. Pero agitaba el plumero por encima de su cabeza y de sus posibilidades porque conocía de memoria los recovecos de esa casa. Y así repasaba esas figuras oscuras que habían llegado, como ella, de África.

—Asha, cuéntanos una historia —decía Caroline—. ¿Vienen de tu país?

—No quiero historias.

—¿Verdad que son espíritus? —insistía Ann-Elizabeth.

—Aquí son trozos de madera. Solo allí tienen poderes mágicos.

—¿En África?

Pero Asha no decía nada más. Seguía limpiando y limpiando. No quería cháchara y además la señora Marjory acababa de entrar en el salón.

—¿Qué hacéis aquí?

—Mirábamos las máscaras, Granny. ¿Vienen de África? —insistió Caroline.

Pero ella tampoco explicó nada y las mandó a jugar al jardín. Aquel misterio, la excitación que les provocaban aquellas bocas redondas, los dientes oscuros y los huecos de unos ojos amenazadores regresaban ahora a la mente de Ann-Elizabeth como uno de esos recuerdos extraños de la casa de los Lighthouse, donde las razones para la felicidad eran copiosas en su memoria, pero también los secretos.

Curiosamente, lo primero —la abundancia de vida, de gente, de nietos, primos, visitas, comidas familiares, juegos, cosechas y deportes en el jardín— había superado siempre a todo lo demás. Solo ahora se daba cuenta de cuántas preguntas sin respuesta habían germinado también en esa casa, misterios que esos días volvían a su cabeza para señalar un puzle al que le faltaban las piezas. Como la infelicidad de Amina.

Porque también le vino a la memoria otro día extraño. Caroline y ella habían entrado en tromba en la cocina y hasta ahí les llegaron las voces de Amina y Asha, que discutían cerca, en el cuarto de servicio. Amina gritaba. A Asha no se le escuchaba porque replicaba en voz baja, pero su hija alzaba la voz una y otra vez: «No quiero. No y no y no». No recordaba mucho más. Las dos niñas se fueron corriendo antes de que las pillaran. Y Ann-Elizabeth ahora recordaba: fue precisamente Benjamin quien se chocó con ellas.

Observó la máscara, sus huecos tan grandes como los que se le abrían en el recuerdo. Si los vapores de la noche y del reencuentro

con Benjamin no la estaban confundiendo, la pieza era importante. Muy importante. Y los años no habían podido con ella. Estaba bien conservada, con la madera algo deslucida por el paso del tiempo, pero había mantenido intactas la expresividad y solemnidad. Habría que confirmarlo en los laboratorios del museo, pero, a primera vista, se trataba de uno de esos rarísimos ejemplares con material humano que intentaban conjugar la convivencia entre los guerreros y sus espíritus para generar poderes de protección en la tribu. Poseer las máscaras era el símbolo distintivo que garantizaba la perduración de los jefes del clan y con ella la de sus pueblos. Y arrebatárselas, el primer indicio de su decadencia mortal. Por ello las fuerzas de todos los imperios habían esquilmado máscaras, tótems, tronos, varas de mando y todos los símbolos de un poder que se desvanecía sin ellos. Objetos que hoy se deterioraban en los almacenes, vitrinas de museos y en colecciones privadas como trofeos de un tiempo de conquista, como restos de un lenguaje victorioso con el que, a fuerza de subrayar la supuesta superioridad moral sobre los salvajes, en realidad la hacían añicos. Porque ¿qué significaba al fin y al cabo exponer aquellos objetos, retenerlos en contra de la voluntad de sus países de origen, sino un acto de predominio de un pueblo guerrero sobre otro? Mientras intentaba exhibir el poder de su civilización, el Reino Unido de la Gran Bretaña e Irlanda del Norte solo estaba demostrando —y así seguía haciéndolo en pleno siglo XXI— que era otro pueblo salvaje más, capaz de saquear no solo por motivos civilizatorios y económicos, sino también simbólicos.

Lo habían hecho todos los imperios, sí, pero a Ann-Elizabeth le interesaba el británico, cuyos descendientes aún eran incapaces de reconocer en su propia historia, repleta de crímenes, matanzas, violaciones masivas y una represión más allá del límite de la barbarie, los crímenes que tanto les gustaba denunciar en otros.

Su libro así lo había expresado y eso la complacía, pero su cabeza ya estaba en el próximo: la oportunidad de señalar a las familias que aún gozaban de la riqueza esquilmada. Pura dinamita.

Ahora, con cuidado, volvió a colocar la máscara en la caja de Harrods. Sería perfecta para llevarla al museo, donde podrían trazar el trayecto que había sufrido.

—¿Tan rápido me cambias por ese guerrero feo?

Ann-Elizabeth levantó la vista. Benjamin estaba en la puerta del salón, desnudo bajo una bata abierta que le quedaba pequeña y que dejaba al descubierto su pene erecto, y ella se sonrió. Jamás, ni en los momentos más dramáticos de su ruptura, habían dejado de reír. Ni de follar.

—Creo que ahora mismo tengo más poderes que él —insistió, mirando de reojo su pene y, luego, al supuesto guerrero de la máscara.

Ella rio. Le tentaba volver a la cama y olvidar la lista de pensamientos que se interponían entre ella y lo que sentía, pero no iba a claudicar otra vez. Apartó la mirada de esa oferta que seguía plantada en la puerta y se dirigió a la cocina. A escasa distancia y perdidos súbitamente los poderes, él se anudó la bata y la siguió.

—¿Y ahora qué pasa? —preguntó añadiendo ternura a sus palabras.

—Nada. Solo que tengo que trabajar. Voy a desayunar.

—Ann-Elizabeth. Dime qué pasa.

Ann-Elizabeth puso una cafetera, sacó una ensalada de la nevera, le añadió unos frutos secos y le invitó.

—¿Quieres?

—¡Oh! Había olvidado lo que era desayunar como una vaca —bromeó él—. Pero sabré hacerlo.

Ann-Elizabeth era vegana y aquello también había sido fuente de contraste entre los dos. Con frecuencia había mirado con ojos críticos el chuletón que él pedía para cenar mientras ella le hablaba de que el ser humano era la única especie que seguía tomando leche cuando se hacía adulta. Ni las vacas lo hacían. Él simulaba comprensión mientras rellenaba las copas hasta que al final reventaba el *momentum*: «Es que las vacas no acaban de actuar en el Soho».

Pero hoy tenía tanta hambre y hacía tantos días que no reponía fuerzas con un alimento serio más allá de los snacks que acompañaban sus copas en la soledad de su casa que se lanzó con fruición. Los canónigos y berros le iban a saber a gloria.

Ella siguió callada. El comentario de Ben no le había escamado por la cuestión vegana, sino por otra cosa.

—Venga, ¿qué pasa? ¿No ha estado bien? —insistió Ben.

—Sí.

—¿No te ha gustado la máscara?

—Que sí.

—¿Entonces?

Ann-Elizabeth frunció el entrecejo y su piel se sonrojó. Odiaba los reproches y, sin embargo, se le estaban acumulando en la garganta. Maldita manera de terminar esa cita en la que anoche cayó como una mosca idiota en la telaraña tendida. Sabía que no debería haber quedado con él en su casa y ahí estaba. Sabía que no debería haber vuelto con él y ahí le tenía, desnudo, embutido en su bata de mujer y deseoso no ya de desayunar, sino de acoplarse de nuevo al calor de su cuerpo joven como si ambos no supieran que aquello iba a ser un desastre. Despertando de una noche de amor tan lejana a su voluntad como la frase que se gestaba en su boca. Y que soltó.

—Has dicho «había olvidado lo que es desayunar...». ¿¡Olvidado!? ¿Te das cuenta de que es la primera vez que desayunas conmigo? ¿Que siempre te has ido corriendo?

—Es cierto, sí. —Benjamin empezó a activar sus defensas, que estaban más en forma aún que su daltonismo—. Tienes razón, lo reconozco. Y dicho eso, aquí estoy: libre y contigo.

—Dime la verdad: ¿te has separado? ¿O ha sido Martha quien te ha dejado?

—Estoy solo, Ann. Es lo que importa.

Benjamin se sirvió un café. Lo último que deseaba era empezar a dar explicaciones de algo que no controlaba y, sin embargo, lo intentó. La muerte de su padre. El bache. La prensa mentirosa. La soledad... Martha se había ido, cierto, pero debía creerle: esta vez él no había corrido en su búsqueda porque era una relación muerta. Acabada. Estaba libre. Estaba solo. Y estaba Mal. Mal en mayúsculas. Ann-Elizabeth escuchaba con todas las alertas encendidas, Ben era poco creíble en términos de soledad y ella misma estaba hecha un lío. Y al mismo tiempo.

Al mismo tiempo, quería creerle. Y estaba cansada. Permaneció en silencio mientras él apuraba hambriento la ensalada, los cereales y galletas como un niño al que anoche hubieran mandado a la cama sin cenar.

—Me voy a trabajar, Ben.

—¿Puedo quedarme? —preguntó con un gesto mimoso en la barbilla.

—No.

—¿Al menos un ratito a dormir más?

—Ni de coña.

Después fue a recoger la máscara, hoy iba a sorprender a todos en su departamento con esta donación.

—¿Sabes si tiene papeles? ¿Algún sello, algún certificado de su origen?

—¿Estás de broma?

—No sé ni por qué pregunto. ¿Algún testigo de su procedencia?

—Ni de coña —la emuló.

—¿Y Asha? Tal vez ella pueda identificar su origen de alguna forma. Al fin y al cabo, ella vino de Tanzania.

Benjamin se relamió, estaba saciado. Se estiró y en sus labios nació esa expresión sarcástica que tanto le caracterizaba. Cogió la máscara entre las manos, la alejó para tomar perspectiva y dijo.

—Llevas razón. Al menos serán de la misma tribu. Aunque este se ha conservado mejor.

—Imbécil. —Ann-Elizabeth se la quitó, furiosa, y volvió a guardarla en la caja. Tiró el lazo al suelo—. Eres un imbécil.

—Era broma, era broma. —Benjamin intentaba borrar su propia sonrisa burlona.

—Dime una cosa, ahora que has mencionado a Asha —recordó Ann-Elizabeth.

—¿Qué quieres saber?

—¿Qué le pasaba a su hija, a Amina?

—¿En el entierro?

—No. En el pasado. En casa de tus padres. Cuando era niña y yo iba allí con Caroline. La recuerdo siempre tan enfadada. Tan triste.

—Ni idea. ¿Por qué?

—Es que... recuerdo algo... ¿No recuerdas un día que nos chocamos en la cocina? Tú salías; Caroline y yo habíamos entrado a por algo. Y ella estaba llorando. O gritando.

—¿Como en la selva? —Ben volvió a bromear y al ver el gesto de Ann-Elizabeth retrocedió—. Perdón, perdón, era broma.

—Vete a la mierda. Te vas a ir de verdad a la mierda. Tú y los de tu calaña.

—Amor mío... —Ben aún intentó un gesto de cordero degollado, pero no funcionó.

—Os vais a enterar, joder. Ya verás como os vais a enterar.

—¿Qué quieres decir?

Pero Ann-Elizabeth no respondió y zanjó la conversación ante un Ben ahora descolocado. Cierto que los Lighthouse no lloraban, o eso decía la leyenda, pero tal cosa no significaba que no hicieran llorar a los demás. La vista se le fue a la puerta de su estudio, que encerraba el germen de su investigación. Tenía que avanzar, seguir. Y bloquear el teléfono de este Lighthouse racista que por su propia idiotez había acabado en su cama otra vez.

25

Regalos secretos

Asha durmió agitada. El dolor de espalda arreciaba con el frío y a él se habían sumado unas palpitaciones nuevas que habían llegado de repente y sin hacer esfuerzo. Además, estornudaba. La víspera, su hija la había encontrado por la noche en bragas, desorientada, cargando cuadernos por el pasillo oscuro; al verla, Amina se había asustado.

—¿Qué haces levantada? —preguntó.

Asha no contestó, se quedó parada. Su cuerpo torcido no siempre la obedecía.

—¿Sabes el frío que hace, mamá? Vas a enfermar. Vamos a la cama.

Entonces, se dio cuenta de que su hija escondía algo a la espalda.

—¿Y tú? ¿Qué llevas?

—Vamos mamá. Te ayudo. Estás helada. —Y Amina la condujo a la cama, le puso un camisón que Asha no era consciente de haberse quitado, la acostó y la arropó.

El pasillo estaba oscuro, sí, pero Asha había visto a Amina soltar lo que llevaba antes de ocuparse de ella. Y era uno de los cuadernos de Everett. A ella la iban a engañar.

—Estás leyendo los diarios —espetó Asha, ya entre las sábanas.

—Te estás trastornando, mamá. Esos diarios nos van a volver locas. Descansa o tendremos que ir al médico.

Médico era la palabra mágica. Por fortuna nunca había cita disponible en el centro de salud, Asha no quería moverse y desencadenar toda la secuencia de colas, tumbos por una consulta desbordada y explicaciones hasta que una médica le recetara más ibuprofeno. Tenía cajas de sobra.

Por ello se acurrucó entre las sábanas sin rechistar. La cama era al fin y al cabo el único lugar en que su cuerpo encogido podía descansar sin forzar posturas. Ni sabía por qué se había levantado.

Las carpetas habían seguido vomitando trozos asombrosos del pasado.

La carta a la Reina era un recuerdo de su infancia que siempre volvía borroso. Su memoria apenas retenía el eco de un deseo sepultado hacía muchos años que, fuera verdad o ilusión, no había servido de nada. Nada la libró de casarse.

El recuerdo de su boda no estaba en el banquete o la música. Sabía que todos comían y bailaban mientras su vestido tejido laboriosamente por todas las mujeres del clan se rasgaba bajo el corpachón de ese viejo de uñas negras.

Tampoco nada la libró del traslado. La aldea de su infancia había desaparecido bajo los arados de un granjero al que la Government House había autorizado a plantar sisal.

Lo único decente que le había ocurrido en esos años fue ponerse a trabajar para los ingleses, que al menos le daban una paga. Aunque les hubieran quitado las tierras. Una paga y unas horas fuera de su casa, donde convivir con su marido y las demás esposas, todas celosas de ella por ser la más joven, era una pesadilla.

Al menos eso le había dado la Reina.

Sus hermanas también se casaron y partieron hacia las aldeas de sus esposos. Y Musa se convirtió en *boy* para los ingleses, uno de esos muchachos ágiles de piernas flacas capaces de portear sus

trastos de un lado al otro cuando iban por el país. El señor Everett viajaba entonces con frecuencia al interior, recorría las granjas y fincas que el Servicio Civil de Su Majestad había autorizado, muchas de ellas ocupadas por colonos que iban acrecentando la cabaña de cabras y vacas que él supervisaba. También organizaban safaris, cacerías que en ocasiones los llevaban al Kilimanjaro.

—Cuéntame cómo es la montaña. ¿De verdad es blanca?

—Sí, blanca como las camisas que tú planchas al señor.

Asha-anciana sabía que Asha-niña había preguntado esas cosas a su hermano Musa cuando ambos trabajaban para los ingleses. Claro que el recuerdo se perdía en la noche de los tiempos, en una zona espesa donde los trazos deshilachados de la memoria se mezclaban con la fantasía.

Pero había traído a la cama uno de los cuadernos del señor Everett. Y una fotografía tomada en uno de esos safaris con el Kilimanjaro al fondo le había confirmado la existencia del recuerdo.

Solo ellos, los blancos, salían en la foto. El señor Everett abrazaba a la señora Marjory y ambos posaban junto a otros ingleses del Servicio Colonial. Lucían sombreros para protegerse del sol y ropa ligera para soportar el calor. La señora llevaba un pañuelo anudado al cuello del que los cabellos finos se escapaban para recorrerle la cara. Ella siempre fue una persona risueña y la energía que desprendía su mirada contagiaba a los demás.

Asha echó en falta a su hermano. Le echó en falta en la foto, como le añoraba en su vida. Y sabía que él estaba allí, que había cargado el equipaje a su espalda y había montado las tiendas y los cortavientos junto a un grupo de jóvenes fibrosos como él, todos procedentes de la misma aldea disuelta.

El documento de expropiación estaba ahí, en el cuaderno de Everett, como también estaban sus palabras de puño y letra, que le

costaba distinguir. Con su vista cansada y la dificultad de la caligrafía inclinada de los años cincuenta, apenas había logrado entender algunas cosas:

«La finca está...» (y el texto se extendía en descripciones pormenorizadas de los granos y los animales que estaba inventariando).

«Las familias serán realojadas, pero a Marjory le preocupa...»

El nombre de Musa figuraba unas líneas más abajo. También el suyo. Intentó descifrar más palabras. ¿Qué era aquello que le preocupaba a la señora Marjory y que incluía sus nombres? ¿Qué le había inquietado tanto como para que el señor Everett lo hubiera anotado junto a los recuerdos de esa época?

Intentó echar la vista atrás. La foto llevaba al pie una fecha: 1958. Arthur ya existía, Amina estaba en su tripa, ella debía de tener quince años y trabajaba para ellos. De madrugada, después de ordeñar la cabra para tener lista la leche para su marido junto a un cuenco de mijo y plátano machacado, corría descalza hacia la casa de los señores, donde al llegar se lavaba en un grifo de agua fresca, se vestía el uniforme y se calzaba unos zuecos que intentaba mantener limpios. El camino no era largo, pero estaba oscuro y a veces la asaltaban perros callejeros que le mordían los tobillos. Por eso siempre llevaba un par de piedras, una en cada mano, que les tiraba si se acercaban mucho, que volvía a recoger cuando se iban y que luego dejaba a la entrada de la casa de los señores para el trayecto de vuelta.

Cuando llegaba, ellos aún dormían. Era el mejor momento del día. Observar los platos ordenados en el escurridor, las cuatro sillas alineadas en torno a la mesa de la cocina, era reparador. Los señores se sentaban en ellas para comer, para hablar, coser o escribir. En su casa de la aldea solo habían tenido una silla y era

para sentar a alguna visita importante, como cuando Mohamed vino a hacer el trato de su boda, o para que Musa estudiara. En su casa actual también había una y era para Mohamed. Sus mujeres se sentaban al caer la tarde en una esterilla de yute en torno a la lumbre o descansaban en un tronco.

Y si le gustaba especialmente ese momento era por algo que entonces no habría sabido nombrar, pero ahora sí: la calma. Amanecía en silencio, lejos del ruido de los hijos y mujeres de su esposo, de las órdenes que él repartía a unos y otras, al abrigo del caos de cabras y gritos.

Ella era la única dueña de ese momento, un rato largo en el que podía servirse un té, comer una rebanada de un pan esponjoso que nada tenía que ver con las tortas de su casa, y así lo hacía mientras miraba y admiraba todos los artilugios que convertían esa casa en un lugar extraordinario. Con el tiempo le dejó de impactar, pero entonces le asombraba el exprimidor de naranjas; las propias naranjas que rebosaban un frutero de colores vivos; la fila de cubiertos con fines tan variados; los platos hondos, llanos o de postre que aprendió a distinguir; la mecedora que en ratos fugaces probó a usar para balancearse sin parar de sonreír, ella sola, a escondidas, sorprendida por ese movimiento rítmico y divertido. La ropa era diferente, los manteles eran nuevos para ella, también los marcos que recogían fotos como la que ahora estaba viendo. Todo fue un descubrimiento lento y rápido a la vez, porque, aunque lo vio desde el principio, tardó en familiarizarse con ello.

Y luego, después de ese rato silencioso en que se adueñaba del espacio, despertaban los señores. Ella preparaba el desayuno de la señora Marjory, que llegaba la primera a la cocina, tan cariñosa y diferente a todo lo que había conocido que hasta le causaba

desasosiego. Después llegaba el señor Everett, ya vestido. Serio, correcto, impecable.

Al principio temía a la señora, como temía al señor. No en vano eran ingleses, los mismos que habían expropiado las casas de la aldea.

Pero al mismo tiempo eran amables, se esforzaban por aprender el suajili mientras le enseñaban palabras en inglés. «Sí, *bwana*», decía ella. «*Oh! Don't call me like that!* —reía la señora—. *Call me Marjory.*»

Pero ella siempre la llamó Mrs. Marjory. La señora Marjory. Lo más parecido a la Reina de Inglaterra del retrato del colegio. Señora alegre de mirada limpia, elegante, de cabello fino y ondulado, recogido en un pañuelo como la corona de brillantes recogía el de la Reina. Mujeres peinadas como solo ellas podían, pues una vez que intentó utilizar su cepillo y lo introdujo en su mata de pelo crespo tuvo dificultades para sacarlo sin daños. Sus rizos densos no dejaban pasar esas púas y ni siquiera los pañuelos parecían contener la masa compacta en que se había convertido.

La señora Marjory. Tan generosa que desde el principio le regaló cosas, la cuidaba, se preocupaba por ella e insistía en que comiera y se alimentara más, sobre todo cuando se quedó embarazada. Asha recordaba ahora cómo aprendió a esconder los regalos que le daba la señora en la balda en la que solía dejar su uniforme, al fondo de la despensa, porque la primera vez se lo llevó y las otras mujeres de Mohamed se pelearon para quedárselo. Entonces fue una falda blanca que ya no le valía y que a Asha, dijo, le iba a sentar perfectamente en su pequeño cuerpo. Nunca lo pudo comprobar. Al llegar a casa, contenta con su tesoro de tela suave, las otras esposas empezaron a pelear, a tirar peligrosamente de la prenda y no pararon hasta que Mohamed ordenó que se lo quedara la más vieja

y se acabó la discusión. Era imposible que su cuerpo ya hinchado por los partos y el trabajo entrara en esa falda de tubo, pero la jerarquía familiar marcaba la prioridad de la primera. En la herencia, en el reparto de comida, en la atención al marido y en rutinas que más valía respetar si una quería evitar golpes.

Asha perdió así aquella falda y por ello guardó los siguientes regalos en el fondo de esa balda, a salvo de las demás esposas y de las preguntas de la señora Marjory.

¿Qué habría sido de aquello? No lo sabía. Alguna prenda fue para su madre. Pero una cosa había sido para Musa. Lo acababa de recordar.

En la foto que tenía ante su vista no estaba su hermano, pero sí aquel regalo. Los ingleses posaban ante el Kilimanjaro en uno de sus famosos pícnics y en el mantel con restos de los sándwiches que ella misma había preparado, en una esquina, estaba la armónica. Sí, era esa armónica. La señora se la había regalado una vez que el señor Everett estaba tocando y se dio cuenta de que Asha escuchaba embelesada en la puerta. Ella insistió en que no, que nunca sabría usarla y que no debían quitársela al señor, pero la señora desapareció en su habitación, sacó otra y se empeñó en regalársela. «Verás que se aprende soplando, es muy fácil. Prueba.»

Y, tras unos meses en la balda, ella se la regaló a Musa. Que practicó, que aprendió, que se la llevó al safari y que la posó sobre ese mantel mientras seguramente hacía aquella foto que ella estaba viendo ahora.

Pobre Musa. Todavía recordaba la última vez que le vio, tan flaco, tan asustado, con los ojos radiantes por la emoción y la promesa de regresar con dinero para todos, también para ella.

Asha temió entonces no volver a verle. La situación era confusa, los hombres hablaban de independencia cada vez en voz más alta y

hasta los señores Lighthouse empezaban a sopesar la posibilidad de irse. Volver a Inglaterra. «Vendrás con nosotros, Asha, no te preocupes.»

Pero no era eso lo que le preocupaba, sino perder a Musa.

Porque, como temía, no le volvió a ver.

26

Un pobre diablo

Si había alguien que pudiera aclararle algo sobre la procedencia de esas máscaras, esa era Asha o la propia Amina. Ann-Elizabeth había llevado el primer ejemplar al museo y todos los compañeros la habían rodeado, expectantes, mientras desanudaba el lazo rojo que cubría la pomposa caja de Harrods.

Dios. De dónde ha salido. De dónde viene. ¿Y dices que hay más? ¿De África? ¿De Benín? ¿No? ¿De Tanzania? ¿Una donación? Si de verdad son dientes humanos... Sería la primera vez... Llevan otro procedimiento. ¿Y qué podemos saber? ¿Y tienen papeles? ¿Donación anónima? ¿Quién es el donante misterioso? *Oh! Come on!*

Las preguntas se amontonaban en torno a Ann-Elizabeth, por una vez pletórica, sonrojada por la alegría de un hallazgo que podía añadir valiosa información sobre el arte africano, aunque solo importara a cuatro gatos. Ejemplares así habían empezado a ser devueltos a sus países de origen desde Alemania, Holanda o Francia, y todo el equipo anhelaba iniciar un proceso parecido que restituyera no solo un patrimonio que no les correspondía, sino unas dosis de verdad a la historia. Los ingleses habían esquilmado el arte de las colonias como todas las metrópolis coloniales, pero les estaba costando mucho más reconocerlo. La opinión pública que tanto se regodeaba con el Brexit, con la identidad propia y con la autosuficiencia encajaba demasiado bien con una clase dirigente que

no quería en absoluto remover la leyenda colonial. No en vano la élite había prosperado gracias a los negocios de sus antepasados esclavistas, y las fortunas del presente, más que en ningún otro lugar, eran hijas del saqueo del pasado.

Y ellos sabían que devolver una máscara con dientes de algún pobre diablo africano no iba a cambiar la historia, pero sí que restituiría un poco de dignidad a la verdad. Y su prestigio. Ellos iban tarde en comparación con otros países y lo necesitaban.

Por ello Ann-Elizabeth, una vez celebrado el hallazgo entre compañeros de su mismo bando, se aprestó a contactar con las únicas personas que podían darle alguna pista. Escribió a Caroline, que a su vez escribió a su padre y así contactó con Amina. Quedaron.

27

Un café *large*

El tren había acumulado tantos retrasos de estación en estación y avanzaba tan abarrotado que, al llegar a King's Cross, vomitó una marea de rostros cabreados. Martha bajó como pudo, apretada entre cuerpos acalorados por la ropa invernal, se sacudió el abrigo, se enderezó los rizos rubios que lograba mantener vivos a pesar de la edad y avanzó en busca de Arthur. Llegaba tarde, pero eso era un sobreentendido que no necesitaba excusas cuando uno quedaba en una estación de Londres tras viajar en tren. Hacía siglos que la puntualidad era solo un recuerdo de los buenos tiempos.

Durante el recorrido, en las primeras millas, cuando el vagón aún no se había convertido en la lata de sardinas que terminó siendo, se había entretenido con la charla feliz de un grupo de chicas. Las adolescentes hablaban de chicos con la ilusión estrenada, con la energía chispeante de quienes se sienten tocadas por una frase bonita, por un mensaje, un gesto especial. Me pondré esto, he comprado lo otro, el pelo me lo recogeré así, y, tía, ¿te vas a poner pestañas?, por supuesto, y me teñiré esta mecha.

Pensó en Scarlett y en su negocio de pestañas. Un paliativo para una hija sin ningún tipo de ingresos relacionados con su formación, pero, al menos, mejor que Rose, que estaba echando a perder su vida con ese productor casado y dedicada por entero a su aspecto. Le habría gustado que fueran independientes, valientes, y que no

repitieran su estupidez, la entrega a un hombre y una vida familiar que iba a acabar abrasando la suya propia. Iba escuchando a esas chicas y no quería imaginarlas en el futuro porque se oía a sí misma en el pasado, cuando conoció a Ben. Me ha dicho. Me ha mirado. Me ha invitado. Me ha pedido.

Me ha pedido.

Cuando Ben le pidió matrimonio, décadas atrás, no había en el mundo mejor perspectiva que acompañar a ese hombre único e irrepetible en un proyecto de vida común que incluía su entrega a los escenarios, sí, pero también el apoyo consagrado de Martha a esa misma devoción. Eran dos, no uno; eran equipo; ese era el pacto. Cuando él ensayaba, ella le corregía, le mejoraba, sabía sacar de él la mayor precisión. Cuando él tropezaba en una frase, ella le enseñaba trucos para superar el traspié. Si él se desmoralizaba, ella le animaba. Si se perdía, le marcaba el personaje. Martha dominaba entonces como nadie la técnica de la interpretación, había sido actriz desde la cuna y había representado papeles notables en el Soho y en televisión. Desde que un anuncio de sopas la hizo famosa —el anuncio y la revelación de que la Reina cenaba esa sopa todas las noches y guardaba las sobras en una tartera para el día siguiente— su rostro sonrosado y sus rizos dorados habían penetrado en todos los hogares de Inglaterra. Entonces jamás le faltó empleo. Fue Matilda en una versión del cuento de Roald Dahl; fue la Cenicienta y la Bella Durmiente. Su Campanilla en el Royal Albert Hall arrancó aún más aplausos que Peter Pan. Y hasta se disfrazó de chico para interpretar al niño de las barricadas en alguna versión temprana de *Los miserables*. Londres lloraba cuando ella moría y rabiaba de aplausos cuando lograba ponerse en pie. Y, de pronto, aquello paró. En la adolescencia aún consiguió papeles televisivos de media tarde, nunca en *prime time*. Y, una vez adulta, las ofertas desaparecieron al

mismo ritmo en que sus caderas y cintura se agrandaron, y la niña menuda que había encandilado a todos quedó sepultada en un cuerpo rotundo que no lograba dominar. Entonces ya había comenzado a enseñar. Era la profesora más joven de la Royal Academy y se adaptó tan bien al papel, «el gran papel de mi vida», como le gustaba decir, que a su clase siempre se asomaban alumnos que no le correspondían y que llenaban el aula de aplausos y energía. Así fue como conoció a Ben.

Misma edad, misma afición. Ella, una actriz célebre de pulso firme, de grandes tablas, más que consolidada, que «hoy dejaba los escenarios para elegir la enseñanza», como decía en las entrevistas que aún le hicieron en la estela de su fama, porque no era cuestión de confesar la verdad. Y él, un desconocido en el gremio con escasa preparación, por mucho que dijera que había aprendido de sus padres, pero con una determinación que superaba cualquier duda. Un juguete roto ella. Otro por estrenar él.

Desde el principio, se enamoró de Ben. Le fascinó verle crecer, sentir cómo su voz se imponía y llenaba el espacio de matices y sentimientos que simplemente no estaban en él cuando llegó. Si ella decía «calma», él transmitía exactamente calma y no relax o serenidad. Si ella decía «enfado», era exactamente enfado y nunca furia, ira o las distintas gradaciones de una misma gama. Si ella decía «imagina que has roto» él hacía llorar al resto, y si ella decía «te has enamorado» él les arrancaba lágrimas. Podía ser vaca, perro, rey o dinosaurio; aristócrata o mendigo; flamante o desastrado; matarife o víctima; medieval o psicodélico. Benjamin Lighthouse resultó ser una esponja de la interpretación, su mejor alumno, su criatura, al fin y al cabo. «De la nada al todo», le decía ella. «Sin ti, no soy nada», le decía él. Entonces.

Y cuando en esos tiempos él la invitaba a una copa al salir de la academia, mantenía el ademán enamorado como si siguiera interpretando lo que ella le ordenaba. Martha le recordaba que ya habían salido de clase y que tenía libertad para mostrarse tal como era. Y él bromeaba con algunos gestos hasta recuperar el mismo una y otra vez. De amor ciego, de entrega, de fe, de pasión. «Solo cuentas tú.»

Hoy, Martha no sabía cómo se había dejado embaucar. Cómo de verdad pudo creer que esa fabricación, esa construcción del artista en que se iba a convertir y que ella ayudó a cincelar día a día, ensayo a ensayo, al final no caería desmantelada por sus otras grandes dotes, las de seductor. Porque Benjamin podía amarla, depender de ella, deberle su carrera y su formación, la propia renuncia personal para avivar la fama de él y hasta la elección de las camisas conjuntadas, pero Martha nunca se debió llamar a engaño. Que le gustaban mucho las mujeres era evidente. Y, peor aún, que él les gustaba a ellas, también. Cómo no iba a entenderlas, si ella misma había caído en el peligro imbécil de la admiración.

Y así pudo tragar muchos años, simular cierta ceguera que resultaba cómoda para seguir adelante y no sentir que había echado su vida a perder, pero todo se resquebrajó cuando las hijas volaron, el alcohol se instaló entre ellos como el miembro más activo de la familia y la relación fue limitándose a cuidar de un suegro que no tenía la culpa de nada y de un marido que la tenía por entero.

Así que las voces de las chicas enamoradas en el tren se le quedaron en la cabeza por más que decenas, cientos de personas hubieran rellenado luego los vagones sofocantes hasta difuminar su eco. Ingenuas. Idiotas.

Arreglado su vestido, su abrigo; recompuesto el bolso, los rizos; retocados los labios con esa barra de rosa sensual que seguía

devolviéndole la sensación del cuidado personal a veces olvidado, marchó en busca de Arthur. Y le encontró.

Su cuñado siempre había tenido un porte desgarbado. Su pelo rizado en la frente, más largo de lo habitual en un hombre de sesenta años, era ya tan fino que dejaba al descubierto alguna calva. Vestía como siempre, descuidado, con vaqueros viejos, sudadera simple, sandalias sobre calcetines, un bolso en bandolera. Como hombre alto que era daba zancadas largas, a veces desacompasadas, al ritmo de un andar práctico y sin imposturas. Desaliñado.

Así era Arthur. Todo lo contrario a Ben. Donde este llevaba un pañuelo de seda, su hermano mayor exhibía unos cuellos raspados por la barba mal afeitada; donde el pequeño se repeinaba y retocaba con colonia, el mayor dejaba caer sus rizos al viento sin importarle a dónde iban a parar; donde uno vestía Barbour, el otro Quechua. Esmoquin o vaqueros, sushi o sándwich, champán o Coca-Cola, moda o desdén. Y, sin embargo, los dos eran atractivos en su estilo.

Se diría que Benjamin había nacido marqués, y Arthur, ciudadano. El uno, alineado con un abolengo que había absorbido más allá de su propia cuna. El otro, desastrado por debajo de su clase social. Benjamin, orgulloso inglés. Arthur, rabioso europeo. Para su marido, los *tories* eran demasiado flojos. Para su cuñado, los *labour* se quedaban cortos. Para Ben, el Brexit era un devenir natural. Para Arthur, una aberración peor aún que el cambio climático.

Martha jamás pudo imaginar al pequeño de los Lighthouse, el hombre del que se enamoró, heredando ropa, juegos o libros de su hermano mayor. Si el mayor era descuidado, el menor, detallista. Si el mayor podía despistarse durante horas mirando las estrellas y calculando la temperatura y distancias entre los planetas bajo

distintas circunstancias sin importarle que a los demás les fuera indiferente, el pequeño no perdía nunca ese sexto sentido que vigilaba la reacción que provocaba en los demás. Y si este se labraba cuidadosamente la atracción a base de detalles y una extraordinaria educación que regaba del fino sentido del humor de los Lighthouse, el mayor la provocaba de rebote, sin buscarla, porque era innata en él.

Sí, Arthur era atractivo en su dejadez.

Y lo seguía siendo a los sesenta, en medio de la estación de King's Cross, como un personaje recién salido de una novela de Sherlock Holmes que porta el dato clave del caso sin saber siquiera que lo tiene.

—Hola, Martha.

—Hola, Arthur.

Se saludaron con un beso en la mejilla y cierta frialdad. Ni Martha sabía qué buscaba Arthur ni él conocía los pormenores de la ruptura, pero la cita de cuñados era suficientemente extraña como para generar reservas en uno y otro.

—¿Salimos de aquí? En la estación será difícil encontrar sitio en un café.

Intentaron moverse. A esa hora de la mañana, masas de viajeros se entrecruzaban para encaminarse a los trenes o para salir de ellos, chocando además con los grupos de turistas que buscaban despistados el andén 9 y ¾ como si existiera y que acababan haciéndose el selfi de rigor ante el *trolley* engullido por la pared junto a la tienda de Harry Potter, cómo no. El negocio funcionaba y la bufanda Gryffindor del niño mago era el uniforme del lugar.

—Vámonos, vámonos —se dijeron. Y apretaron el paso.

La calle no estaba mucho mejor. Tuvieron que esforzarse para no tropezar con varios sin techo que se alineaban sentados en el

exterior, espalda contra la pared, hombres y mujeres. Arthur avanzaba rápido, estaba en forma. Martha, más torpe, hizo una cabriola para no tragarse los cartones sucios con que un chaval de mirada desvalida intentaba organizar su particular empalizada. Y pisó mal.

—Parece que hemos vuelto a los tiempos de Dickens —protestó Arthur—. Los pobres son cada vez más jóvenes.

Pero Martha no estaba para reflexiones. Se había hecho daño. Su cuerpo de cincuenta años y muchos más kilos se había tambaleado al pisar y un tobillo había fallado. *God damn.*

—¿Estás bien?

—*Gosh.* Mi esguince.

—¿Te has hecho un esguince?

—Tenía uno casi curado. Ay. Ahora, vuelta a empezar.

Arthur la ayudó a cruzar la calle y entraron en un Caffè Nero. La cita no había empezado bien. Martha se sentó como pudo en una banqueta libre ante una mesa abarrotada de vasos y envases que a duras penas mantenían el equilibrio. Él fue a buscar los cafés.

—¿Café largo? —preguntó él.

«Con un chorro de whisky», habría dicho ella, pero simplemente asintió. Sabía que a estas horas de la mañana no era procedente y, además, guardaba en el bolso una petaca que aprovechó para abrir y dar un trago mientras él hacía la cola de rigor. Arthur aún tardó.

—Dios mío, en qué se ha convertido nuestro país —dijo al volver.

Ella le miró sin decir nada. Arthur siempre lamentaba los tiempos perdidos, pero no al modo de Ben, que añoraba el esplendor antes reservado a los ingleses de pura cepa, sino el deterioro general que sufría la gente. Los trabajadores obligados a recorrer distancias inhumanas para llegar a su puesto, la precariedad, la globalización,

el cambio climático, los vasos de plástico amontonados... Martha calló, era mejor no darle pie. Pero él siguió.

—Mira a esa pobre chica. —Señaló a una camarera apurada para retirar la montaña de vasos que rodaban sobre una mesa—. Tomar un café se ha convertido en una hazaña: colas para pagar cuatro libras por un vaso de aguachirri peor que cualquier brebaje que pudiéramos hacer en casa. ¿Y todo para quién? ¿Quién es Caffè Nero? ¿Quién es Starbucks? ¿Quién es Pret a Manger? Ni siquiera sabemos a quién estamos financiando, pero te aseguro que se encuentra muy lejos de esta suciedad. Mira a esa gente de enfrente.

Martha habría preferido mirar a fondo su tobillo. Pero Arthur señaló la fachada de la estación y a los sin techo que se amontonaban allí, ateridos por el frío, alcoholizados y expulsados de su medio —decía— por una desigualdad que no dejaba espacio para las personas. «Hemos vuelto al siglo XIX.»

Ella prefirió volver a la petaca, que sacó esta vez ante el propio Arthur para darle otro trago. Pequeño.

—Bueno. Supongo que no has venido a comentar la decadencia de Inglaterra, Arthur. ¿Hablamos?

Arthur se calló y revolvió el café. Citar a Martha había sido arriesgado y ahora mismo habría preferido rellenar el encuentro de filípicas contra la deriva británica y lo que él llamaba la Gran Equivocación. El Brexit. El suicidio de un país que se replegaba en contra de su naturaleza abierta. Pero ella tenía razón. Habían venido a otra cosa. Así que abrió su vieja cartera de piel que aún llevaba en bandolera, sacó un fajo de papeles, despejó la mesa y los colocó sobre ella.

—Necesito preguntarte algo.

—¿De qué se trata?

—Es delicado... —Arthur bajó la vista al suelo y luego se calzó las gafas de cerca sobre la nariz. Tan decidido como había venido y ahora evitaba mirarla a los ojos. Al fin señaló los números sobre el papel—. Ben sacó todo el dinero de la cuenta de Father, Martha. En las horas finales. Y debo decirte que no es de él. Es de todos los hermanos.

Martha le miró perpleja. Sacó la petaca y echó un chorro en el café. «Ahora sí es *large*», pensó.

—¿Vienes a pedirme ese dinero?

—No es eso...

—He cuidado a Father hasta el final, le he limpiado, le he lavado, le he cocinado, le he acostado y he hecho cosas que ninguno habríais resistido, y ahora... ¿vienes a reclamarme dinero?

—Oh, Martha, Martha... —Arthur no sabía qué decir.

—Te diré algo, Arthur: resulta que ninguno de los Lighthouse, los famosos Lighthouse, habéis cuidado a vuestro padre como he hecho yo. Ninguno. —Martha se expandió al hablar, las facciones de su rostro acompañaban el tono duro que vertía como un preludio de un monólogo largamente ensayado—. Y te voy a decir más...

—Espera Martha... Espera. —Arthur intentó frenarla. Su discurso se iba a venir abajo si ella proseguía.

—Déjame seguir, Arthur. Querías hablar y ahora me vas a escuchar.

—Espera, espera. —Arthur insistió en callarla—. Antes tenía que haberte mencionado otra cosa. ¿Tal vez nadie te ha dicho que mi padre te dejó algo?

—¿Nadie? ¿Te refieres a tu hermano? Le pega bien ese nombre: nadie.

—Martha..., perdona... Soy un idiota. Deberíamos haberte dicho que mi padre te dejó algo.

Martha permaneció ahora callada. La boca tensa, las cejas enarcadas. Un alto en su escalada de indignación.

—Suéltalo ya. ¿A qué te refieres?

—Te dejó las cartas. Toda la colección. Tú coleccionabas sellos. Mi padre te ha dejado todas las cartas a ti. —Y, en un tono cada vez menos convencido, añadió—: Creía que te lo había dicho Ben.

Martha le miró detenidamente. Con furia. Primero recuperó la petaca y la colocó ruidosamente sobre la bandeja, saltaron varias gotas y vibraron los vasos de papel. Después recuperó la palabra.

—Creo que os vais a ir a tomar por el culo, Arthur.

—¡Pero Martha!

—Hace semanas que dejé a tu hermano, ¿de verdad que no os habéis enterado? ¿Esa es la estupendísima relación familiar que os gastáis? Y hoy me citas en Londres, vengo hasta aquí, me caigo, me hago un esguince, ¿y todo para que me digas que me han tocado unos sellitos que no colecciono desde que Ben y yo éramos novios? ¿Y para que me reclames dinero? ¿A mí?

—Disculpa, Martha, mi padre ya estaba mal de la cabeza, pero te dejó las cartas. Es lo que hay. A todos nos ha dejado cosas raras. A mí una virgen, imagínate. Suponía que te lo habría dicho Ben.

—Me la sudan las cartas. Y me la sudan los sellos. Incluso vuestro dinero. ¿Acaso has hablado con tu hermano? ¡Pero qué estoy diciendo! ¡Arthur hablando con Ben! ¡Como si fuerais adultos! Ni siquiera sabes que le he abandonado y vienes a pedirme dinero. ¿Por qué no se lo pides a él?

Martha parecía haber sacado la metralleta además de la petaca y hasta los vecinos de mesa se volvían curiosos para seguir la conversación. Arthur bajaba la cabeza sin comprender. Era cierto que debería haber hablado con su hermano, pero Martha siempre había sido el mejor puente en caso de conflicto.

—Martha, por favor. Por favor, Martha, intentemos contenernos, te van a escuchar.

—*Martha, por favor* —remedó ella subrayando el tono educado de Arthur, al fin y al cabo seguía siendo una gran actriz—. *Intentemos contenernos...* Todos los Lighthouse sois tan educados. Tan irreales. Tan formales. Y tan patéticos.

Apuró su particular café *large* y se intentó levantar, pero el aullido que le salió del alma al posar el tobillo se oyó en los últimos confines del local. No se podía mover, y se volvió a acomodar como pudo en el taburete.

—Veremos cómo salgo de aquí.

Arthur había guardado los papeles. Lo último que le apetecía en este mundo era enterarse de los pormenores de la vida de su hermano, los tabloides ya daban cuenta de ellos en sobredosis, pero no tenía más remedio. Estaba allí, estaba con Martha, estaban bloqueados y al fin y al cabo, qué demonios, era el mayor.

—Lo siento, Martha, no sabía que habíais roto. Supongo que te has hartado. Lo puedo entender. Mi hermano...

—¿Recuerdas qué pasó cuando tú te separaste, Arthur? —interrumpió Martha. Él negó con la cabeza, las gafas tambaleantes sobre su nariz—. No se lo dijiste a nadie. Llevabas tiempo viviendo con Stephanie y fue ella quien nos lo tuvo que contar. A tu madre, a tu padre, a mí... ¿Tú crees que eso es normal?

—Los Lighthouse no lloramos, Martha —dijo Arthur, casi avergonzado—. Supongo que lo sabes.

—*Los Lighthouse no lloramos* —remedó ella—. Pero robáis, ponéis los cuernos, dejáis tirado a vuestro padre en la casa más aislada de Kensington y hasta os odiáis. Así sois los Lighthouse. Todo con brillante educación, eso sí.

—Martha... No sé qué decir.

La camarera regresó para retirar nuevas torres de bandejas, vasos y desechos. Martha salvó la petaca. Ambos ya habían acabado y no tenía sentido seguir allí.

—Y ahora ayúdame a llegar a una farmacia. Porque si esperamos una ambulancia nos caerá la noche encima. Al final, te contaré algo que aún no sabes de tu hermano.

Y, con gran dificultad, ambos salieron de allí. Nuevas riadas de viajeros hacían cola para comprar esos cafés infames y ocupar las banquetas que ellos acababan de dejar libres. Y calientes. Irían a la farmacia de la propia estación de King’s Cross.

28

Las cartas

A Jane le habría gustado quedar con Arthur y Ben, juntos o por separado, para echar el último vistazo a la casa y rematar el reparto de los recuerdos de su padre antes de entregarla definitivamente para su venta. Pero ninguno de ellos se había molestado ni siquiera en contestarle. Sus hijos y su marido habían vuelto a España y Joyce había quedado con una vieja amiga. Estaba sola.

Recorrió la casa. Cuando planificó su viaje, el último que iba a hacer al lugar de su infancia, eligió no tener prisa y quedarse un tiempo después del entierro. Sentía que le debía a su padre cuidar de sus cosas una última vez, a sus hermanos, una disponibilidad total, ya que estos eran quienes se habían tragado los últimos años de su enfermedad, y que se lo debía a sí misma. El último adiós.

Pero lo cierto es que los días habían pasado, los papeles estaban firmados, la inmobiliaria empezaba a enseñar la casa a los interesados —todos asiáticos, rusos, árabes— y sus hermanos habían vuelto a sus vidas sin prestarle mayor atención.

La noticia de que sus padres habían tenido otra niña y que estaba enterrada en Tanganica les sorprendió, pero no lo suficiente como para abrir debates, reunirse de nuevo, averiguar más. Solo a ella la había dejado en shock.

Mary Jane. ¿A nadie le importaba que esa niña llevara el nombre que luego recibió ella? Al parecer, no. Ni siquiera a Joyce le había

impactado. Claro que esa niña no se llamaba Mary Joyce.

Cuando sugirió visitar a Arthur y su familia en Cambridge, recibió largas. «La casa está patas arriba.» Esa casa siempre estaba patas arriba. Y a Ben ni se le ocurría planteárselo. Ni él ni Martha daban pie a ningún encuentro. Nunca daban pie. Sus amigas de la infancia habían volado y solo lamentaba no poder cambiar el billete para adelantar la vuelta. Era lo único que deseaba hacer.

Jane Lighthouse. Una hermana emparedada entre la inteligencia científica de Arthur, el encanto espontáneo de su gemela, Joyce, y el don de la seducción de Ben. Desde pequeña ella se había abierto paso frente a los tres y ahora, a sus cincuenta y cinco años, estaba descubriendo que, sin saberlo, también había lidiado con un fantasma. Con Mary Jane. Por ello su padre demente le había añadido últimamente el Mary al Jane.

Sus tres hermanos siempre habían caído en gracia en todos los públicos y solo ella, niña estudiosa, religiosa, cumplidora y luego casada con un español por el que nadie habría dado un solo penique, había quedado descolgada del brillo de la familia. Nadie lo decía, pero no hacía falta. Los hijos de sus hermanos parecían príncipes en las fotos que enviaban por Navidad, con sus uniformes impecables de colegio, sus sonrisas de dientes blancos, sus pieles inmaculadas y sus cabellos finos y rubios, mientras los suyos siempre parecían demasiado despeinados, demasiado bajos y demasiado morenos en comparación. Por nada del mundo habría dejado a Carlos, hombre hecho a sí mismo que en los primeros tiempos había tenido hasta tres trabajos a la vez para sacar adelante a la familia, pero era muy consciente de que, al casarse con un español sin pedigrí ninguno, al instalarse en un país que apenas salía de una dictadura para embarcarse en una dudosa democracia de conspiraciones golpistas y mucho folclore, había roto la secuencia de

lo que se esperaba de ella. Su padre acabó aceptando a Carlos y su madre viajó a menudo a España para conocer a sus nietos, pero aún recordaba cuando se lo presentó, a finales de los setenta, y su enamorado español tuvo que aguantar las preguntas inquisitivas del patriarca Lighthouse. La principal: «¿Y tú cuánto ganas?».

Claro que entonces España era para los ingleses la última frontera de la civilización. No sabían exactamente si esta empezaba o terminaba allí, porque lo que veían en la prensa eran atentados terroristas, toros, curas, guardias civiles, huelgas, muerte, cabras tiradas desde el campanario y una pobreza que los españoles solo empezaban a sacudirse gracias a las oleadas de turistas en busca de playa y sol. Ellos, los padres Lighthouse, también habían conocido España, pero el crucero que los depositó en Valencia y en Mallorca antes de poner rumbo a Túnez no les permitió distinguir entre un lado y otro del Mediterráneo. Para ellos, aquello era África. Y África era ese lugar al que civilizar.

Jane subió a la habitación de su infancia. Nada quedaba ya de aquellos tiempos, cuando Joyce y ella peleaban por la litera de arriba o de abajo y siempre ganaba Joyce. Cuando Arthur entraba a comentar algún hallazgo y se iba en busca de mejor público al encontrarlas jugando con Ben. O era este el que llegaba para disfrazarse y acababa yéndose, aburrido, si las encontraba haciendo deberes con Arthur.

Arthur, Benjamin. Benjamin, Arthur. Los hermanos más opuestos que se podía tener, habitantes de mundos paralelos y, sin embargo, ambos exitosos, brillantes y dotados de un carisma que ellas nunca supieron desarrollar. A Joyce siempre le dio igual, porque su atractivo estaba en su simpatía, su espontaneidad, su bondad. Era la más parecida a su madre. Pero a ella... A ella también le habría gustado gustar. Y aunque se implicó a fondo en los estudios y logró

siempre buenas notas, aunque siguió los pasos fervorosos de su madre en la vida de parroquia y en la ejemplaridad en el colegio, creció sintiendo que nadie reparaba en ella. Tal vez por eso, en un viaje a España para trabajar de *au pair* al terminar el primer curso de universidad, a los diecinueve años, se enamoró tan perdidamente de un español, ese español, que encontró sin buscarla la mecha perfecta para su propio incendio. Su ruptura. Una bomba familiar. «Jane se va a casar. Jane se va a España.» A finales de verano, la noticia saltó como una patata ardiendo entre todos los miembros de la familia antes aún de que ella regresara de Madrid. Lo había dicho por carta.

«Pero ¿le conoces bien?»

«Pero ¿qué sabes de él?»

«¿Y a qué se dedica?»

«¿Y cómo se apellida?»

«¿Y sus padres qué son?»

«¿Y sus abuelos?»

«¿Y sus hermanos?»

«¿No es una locura, *my dear*?»

«¿Y cuánto gana?»

«¡Si le acabas de conocer!»

Todo intento de disuadirla fracasó porque Jane Lighthouse, estudiante de Magisterio como su madre, abandonó su carrera para casarse con el español.

—Pero, querida, ¿cómo te vas a ir a vivir a España? —le insistió su madre.

—¿No os fuisteis vosotros a África?

—Pero tu padre es inglés.

—Y Carlos es español. ¿No somos todos iguales a los ojos de Dios?

Y un español que no era torero, ni guardia civil, como aprendió a contestar al regresar a Londres y tener que escuchar una y otra vez las mismas preguntas. ¿No será torero? ¿Ni guardia civil?

No. No es torero. Ni guardia civil. Ni militar. Ni cantaor flamenco. Ni conde. Ni duque. Ni franquista. Ni republicano. ¿O es que vosotros sois *bobbies*, gaiteros de Escocia o miembros de la Guardia Real de Buckingham Palace?

Y así fue como Jane, sin necesidad de música, ni de teatro en la universidad, ni de cantar a dúo la legendaria *Oh, no, John! No, John! No, John! No!* que había unido a sus padres, rompió el destino que se le presumía y dio el salto desde su casa de lujo en Kensington a una vida en un piso estrecho y oscuro bajo la boina de niebla y lluvia de Bilbao.

Con el tiempo habían progresado de una forma que nadie habría sido capaz de imaginar y aquel don nadie español se había convertido en empresario de éxito. Su amor había sido el germen de una familia unida, amorosa, repleta de planes y lazos que acabó siendo admirada por todos los demás. Pero ahora Jane observaba aquella habitación y se preguntaba de dónde sacó la fuerza para dejar atrás aquellos espacios inmensos, arbolados y tranquilos, el club de tenis y el de críquet, las meriendas de amigas de tirabuzones y la riqueza de un país esplendoroso a cambio de una ciudad contaminada, unas calles siempre sucias, el griterío constante, el olor a refrito de ajo, la pobreza al acecho y un apartamento que era más pequeño que esta habitación. Recordaba los follones que los cuatro organizaban aquí para jugar al Twister y cómo siempre alguno de los dos varones, o Arthur o Ben, salía corriendo a la cocina a refugiarse en las faldas de Asha. O de Amina. No se soportaban ni de niños.

Jane al fin salió y cerró la puerta de su habitación. Se asomó a la de Arthur. Y a la de Ben. Luego, a la de sus padres. Allí había acompañado a su madre hacía muchos años, cuando murió, y allí había atendido a su padre hacía pocos meses, cuando la demencia aún no había dominado por completo sus neuronas.

Iba a salir también de allí, pero no lo hizo.

¿Por qué Father no le había dejado nada? Comprendía la posibilidad de un despiste que no había que tener en cuenta, pero le dolía. Observó un espejo embalado que aún faltaba por bajar. También quedaba la mesita. Se sentó en el suelo y abrió el cajón. Estaba lleno de cartas.

Y ahí vino la sorpresa.

Eran sus cartas. Felicitaciones de Navidad, fotos de sus propios hijos. Habría llorado si no fuera porque la distancia que puso a los diecinueve años, cuando se casó en contra de la voluntad de sus padres, ya había abierto un abismo demasiado grande como para conectar a aquella Jane con la de hoy.

Y porque los Lighthouse no lloran.

Le habría encantado que su padre la hubiera mencionado, aunque fuera por ejemplo para devolverle esas cartas y fotos que habían sustentado su relación a distancia cuando aún no se había inventado el WhatsApp. O que hubiera mencionado a sus hijos, seis españoles que adoraban a su abuelo inglés y que habían llorado sinceramente su muerte.

Nada de eso había ocurrido y, por el contrario, Father se las había dejado a Martha. ¡Las cartas familiares para Martha! Otro disparate más que anidaba solo en la antigua colección de sellos de su cuñada, grabada a fuego en el cerebro ya tambaleante de Father.

Entonces decidió llevárselas. Abrió otros cajones y encontró más, muchísimas más. Todo su correo estaba ahí. Toda su historia.

También un par de bolsas en las que introdujo todas las postales, fotos y cartas con matasellos español. Si Martha aún no se lo había llevado, no lo iba a dejar en manos de una empresa de mudanza que, en el mejor de los casos, terminaría lanzándolo a un contenedor. Se despidió de la habitación de sus padres y, llena de rabia, salió.

29

El bicho peludo

Entrada la mañana, Asha logró al fin levantarse, aún con dificultad. El rap de Adela a todo volumen también influyó. Su nieta ponía la música tan alta que desbordaba sus cascos y no solo iba a quedarse sorda ella, le decían, sino su madre y su abuela. Hoy se había metido en la ducha y el sonido resonaba desde el móvil para todo el vecindario.

Por eso Asha se levantó, enderezó como pudo la espalda encorvada y avanzó hasta el baño, que su nieta monopolizaba los sábados por la mañana para entregarse a ese pelo afro que cultivaba como si fuera la improbable reina de Tanzania. Primero el aceite de coco para desenredarlo, después el de ricino, los dedos, los peines y toda la gama de champús, acondicionadores y más aceites que, como decía su madre, si conformaran una asignatura del colegio la aprobaría con matrícula. Cada fin de semana recomponía esa montaña que duplicaba el volumen de su cabeza y con la que parecía reivindicar en carne propia toda la afroeuropeidad de la que era capaz. La historia entera de la colonización y el tráfico de esclavos parecía caber en ese silo.

También Asha había tenido un pelo así. Tan encrespado, tan indomable y denso como el de Adela, pero para ella nunca fue motivo de orgullo, sino todo lo contrario. De joven, asentada ya en Inglaterra, se esforzaba por alisárselo, por cubrirse con gorros y

aplicarse tarros y tarros de queratina para reducir el rizo. En el fondo también ella había pasado las mañanas de los sábados en el baño, el mismo baño, con esa misión. Pero en sentido inverso a su nieta.

Sin pedir permiso abrió la puerta, agarró el móvil y le quitó súbitamente el volumen mientras su nieta gritaba desde la ducha.

—Joder, abuela, luego dices que no sabes usar el móvil —protestó Adela.

—Nos vas a dejar sordas—replicó Asha.

Después, se fue a la cocina. Amina no estaba y lo agradeció, porque esos días su hija la estaba abrumando con sus preguntas. «¿Cómo estás? ¿Y la tensión? ¿Y el corazón?» «Déjame en paz.» Hoy sí la había dejado en paz. Así que se sirvió un té del día anterior que no se molestó en calentar, recuperó uno de los cuadernos del señor Everett y se fue dificultosamente a ocupar su sitio en su sillón. Por un rato, y si su nieta no volvía a sufrir otro ataque de miedo-al-silencio, tendría calma.

¿A dónde había ido Amina? Ni idea. La muy pájara estaba leyendo los diarios. No tenía la menor duda. Algunos habían cambiado de sitio y tenía la certeza de que alguien había abierto la caja con los más recientes. El precinto abrazaba las tapas como si no hubiera pasado nada, pero a todas luces había sido despegado. Que no era idiota.

Abrió el cuaderno elegido. Por fortuna, el señor Everett había encabezado todos con la fecha de inicio y había pegado fotos o papeles oficiales. En este, le sorprendió encontrar una imagen que no conocía de la Reina. Era un recorte de prensa doblado en varios pliegues para que cupiera en la libreta y amarilleado por el tiempo.

Lo desplegó. La Reina pasaba revista a unas tropas que, según vio en el pie de foto, pertenecían al 6.º Batallón del King's African Rifles. Era 1957.

Lo observó con atención.
King’s African Rifles.
Lo releyó una vez más.
King’s African Rifles.



Aquellas palabras habían desaparecido de su memoria hacía décadas, pero hubo un tiempo en que fueron importantes. Muy importantes. No conocía a ninguno de los soldados que figuraban en la foto, todos erguidos, las medias estiradas bajo sus uniformes caquis de pantalón corto y fajín rojo. Pero eran tan críos y le resultaban tan familiares que se descubrió a sí misma recorriendo cada uno de los rostros con el dedo en busca de algún trazo de Musa.

Y sabía que su hermano no iba a encontrarse entre ellos, pero podía haber estado allí.

En esa edad en que ambos se creían adultos, ella casada y él en busca de sustento, recordaba que su hermano intentó enrolarse en el Ejército. Tenía la edad de Adela, o aún menos, y ojalá hubiera podido perder el tiempo en arreglarse el pelo afro entre examen y examen en lugar de buscarse la vida, pero en 1957 y en Tanganica la realidad era otra. Expropiadas sus casas, las familias de la aldea

se habían dispersado y los jóvenes habían encontrado trabajo con los ingleses. Pero portear en los safaris no era suficiente para mantener a sus padres y labrarse un futuro en Dar es-Salam. Por ello Musa le había rogado que pidiera ayuda al señor Everett, quien había movido los hilos para que le permitieran presentarse ante la Oficina de Reclutamiento aunque no le alcanzaran la talla, las condiciones físicas ni la edad.

Musa era esmirriado, era un enclenque. El pecho y los hombros nunca se le habían ensanchado, tenía los brazos y las piernas flacos y un ligero defecto al andar que, en cualquier caso, jamás le había impedido ser tan rápido como los demás. Con ese cuerpo podía portear trastos para los safaris, pero jamás le habrían elegido para desfilar ante la Reina, pensó Asha mientras miraba la fotografía, como esos askaris lustrosos que formaban ante ella en los patios de Buckingham Palace. Pero era un chico ágil y lleno de voluntad. El Ejército podría haberle sacado provecho.

Es lo que todos pensaron y celebraron cuando Musa regresó de las pruebas de reclutamiento y les comunicó, enormemente orgulloso, que iba a ser askari. Soldado de la Reina. Miembro de los batallones que formaban los nativos africanos y que habían combatido con honor en ambas guerras mundiales, en batallas y países que ni conocían.

La guerra la conocían de sobra, pero desfilar calzados y con el uniforme de fajín y fez rojos sobre una casaca caqui dotaba al soldado de una distinción que ningún alarde de discurso independentista podía borrar. El orgullo de defender a una reina, esa reina, se contagiaba poderosamente entre los jóvenes de Tanganica por mucho que les quitaran las tierras en nombre de la misma corona. Eso, o la mera necesidad. Porque el ejército de askaris también daba de comer.

Musa llegó a tener el uniforme y poco más. Estaba pletórico cuando se lo enseñó. Y ella, orgullosa. Cuando se lo probó, la señora Marjory marcó los pliegues con alfileres para recogerle el pantalón corto, la casaca y el fajín. Hasta el fez le sobraba sobre esa cabeza menuda. Las botas también, pero, como dijo Musa, «los askaris también podemos ir descalzos». Eso es lo que recordaba Asha.

Pasó página. Con su letra prieta e inclinada, el señor Everett había anotado día a día la rutina de su trabajo. Algún caso de fiebre aftosa entre las vacas, sacrificios de animales, números de vacunas y datos sobre la cabaña del país. Iba a necesitar ayuda si quería entender todo aquello, pero no era el caso. Por ahora se conformaba con repasar con el dedo, párrafo a párrafo, hasta encontrar referencias a su hermano. El señor describía cómo había hecho gestiones para que le aceptaran en el Ejército. Consignaba una llamada y un encuentro entre multitud de apuntes sobre su trabajo que ella no entendía. Tampoco se le escapaba la clave: «Por consejo de Marjory...». Era ella, la señora, la que había intercedido.

¿Qué había ocurrido entonces para que se frustrara la entrada de Musa en los King's African Rifles? Asha pasó una y otra página sin entender, como no entendió entonces por qué tomaban el nombre del Rey (King) cuando la que gobernaba era una reina. La Reina de Inglaterra.

En su memoria, cuando el uniforme ya estaba listo y colgado en una percha con los retoques de la señora Marjory, Musa desapareció. Nunca volvió. De la noche a la mañana su hermano se desvaneció y la ropa quedó como testigo de su ausencia. Después, la independencia del país y la marcha a Inglaterra fueron aplastando los recuerdos precisos de esos días, que apenas incluían muchas preguntas y una única respuesta: «Le destinaron a otro sitio. Seguro que está bien».

Después nunca más supo de él. Ni ella ni nadie.

Y el tiempo había hecho su trabajo.

La memoria de Musa había ido quedando atrás, como la de su madre, sus hermanas y su propio país, al que nunca había regresado. Y la de su marido, al que en ningún momento añoró, ni lloró, ni recordó, salvo en las pesadillas que la devolvieron durante años a la noche de bodas y a otras muchas en que él se colocaba encima para vaciarse dentro de su cuerpo menudo. No en vano jamás se había vuelto a casar. Jamás había amado y jamás había entendido por qué las mujeres caían en los brazos de los hombres como Amina había caído en los de aquel motorista idiota. Pero esa era otra historia.

Hoy, hasta el viejo Mohamed había ido desapareciendo de sus pesadillas. Llevaba muchos años muerto. Pero Musa regresaba. Estos días volvía a soñar con su figura menuda y achispada, todo sonrisa, desvanecida en un precipicio en el que ella misma caía hasta que despertaba alterada. Esas pesadillas no se habían ido.

Volvió a mirar el cuaderno.

Las páginas de Everett seguían recogiendo su rutina como veterinario y noticias de la colonia que no le decían nada cuando de pronto, en una de las entradas, asomó una referencia a ella. Lo logró descifrar.

> Asha pregunta todo el rato por su hermano. Marjory y yo no sabemos dónde se ha metido. Al principio pensé que le dio miedo ser askari y que se fue a cualquier lado. Eso es común entre los nativos, que van y vienen y desaparecen sin explicaciones. Ayer supe de uno que se embarcó en un mercante con destino hacia la India o Adén, eso es muy habitual y lo entiendo. A algunos askaris los están destinando a Kenia y las cosas no están tranquilas allí. Pero Asha ha insistido, dice que él nunca habría hecho una cosa así. Él siempre habría cumplido. Marjory también me insiste y voy a intentar averiguarlo. Además, no es el único. En casa de los Johnson tienen otro caso igual, un chico que ya se había enrolado y que desapareció. Preguntaré.

A Asha le costó entender todas las palabras en la letra prieta del señor Everett, pero no había dudas. Hablaba de ella y de su hermano. Sospechaba que se había embarcado en algún mercante y ella misma sabía que eso siempre fue una posibilidad. Muchos críos probaban fortuna en Yemen, en India, en China y rara vez se volvía a saber de ellos. Los puertos de Tanganica eran importantes y desde hacía muchos siglos las mercancías fluían entre Asia, Arabia y el este de África con una parada en su país. Era un sueño para los más valientes, pero una locura para los que tuvieran familia y conservaran apego a su tierra.

Y Musa no era así.

Él nunca lo habría hecho sin contárselo. Él era cariñoso, hablador, ingenuo, tenía unos padres a los que ayudar y más hermanas. Era el único hijo varón. Tenía una responsabilidad. Y estaba tan ilusionado con entrar en el Ejército que jamás habría renunciado a él. Jamás se le había visto tan contento. De porteador a askari.

Repasó las palabras de Everett y se detuvo en la mención a Kenia. En aquellos tiempos no eran conscientes, ni Musa ni ella, de lo que pasaba en el país vecino. Luego se oyeron historias, una revuelta seria que los ingleses reprimieron sin piedad. Llegaron refugiados contando barbaridades que entonces ella no se creyó. Pero era tan improbable que Musa desertara del Ejército antes incluso de empezar que la Asha joven del pasado, como la Asha anciana de hoy en día, estaba convencida de que le había ocurrido otra cosa.

Ahora se enderezó. La lectura era agotadora. No solo por el valor de esas páginas ya tiesas, pegadas la una a la otra, cubiertas de palabras alambicadas en una tinta que a ratos había perdido vigor, sino porque la retrotraía a una etapa tan oscurecida por los años, tan lejana, que para ella se perdía en el túnel de los tiempos. Le costaba recordar su procedencia como una realidad. No había hilos

conductores entre aquella niña Asha, esposa de Mohamed, arrancada de su aldea por razones sepultadas en la memoria, y la que empezó a vivir el día en que llegó a las costas británicas y obtuvo el primer documento de su vida. Un salvoconducto de entrada que firmó el propio señor Everett y donde constaron por primera vez su nombre y su origen.

«Asha Tabora. Dar es-Salam.»

Ni ella se apellidaba ya Tabora ni había nacido en Dar es-Salam, como escribió el señor. Pero su aldea de origen ya no existía y el apellido de su marido era mejor olvidarlo. Everett lo omitió al registrarla y eligió el nombre de su distrito. Tabora.

En la edad anotó: «18». Y ese fue el inicio de su contador.

Cuántos años habían pasado desde su nacimiento hasta entonces era un misterio, habría jurado que menos, pero, acaso por facilitar los papeles sin demasiadas preguntas o por azar, lo cierto es que escribieron «18» y a partir de ello tuvo una edad formal. Aún guardaba ese papel.

—¡Abuela! ¡Abuela!

El grito de Adela la distrajo y Asha se irguió en el sillón. Su nieta estaba terminando la sesión de peluquería afro y la llamaba para que la ayudara a ajustar un cono de fieltro que ella nunca le había visto y que iba a mantener erguido su cabello. Se levantó. Había elegido un rojo tiziano que Asha estiró como pudo para atrapar los rizos más pequeños que se le escapaban por debajo.

—Ay, ay —se quejó la nieta.

Asha se rio.

—¿De qué te ríes? —Adela se llevó las manos a la cintura y arrugó el gesto. Estaba ofendida, pero también sorprendida. No era habitual ver reír a la abuela—. ¿Te estás riendo de mí?

—Me has recordado a una persona —siguió Asha, divertida. Y, en vista de que Adela seguía mirándola con asombro, añadió—: Anda, ven aquí.

Asha desanduvo sus pasos hacia su sillón y su nieta la siguió refunfuñando, pero curiosa. La abuela gruñona se estaba riendo. Si era lo que parecía, estaba a punto de abrirle una ventana a los famosos diarios que esos días la habían sepultado entre cuadernos, en silencio, ensimismada y aislada de ellas dos. Y eso era todo un acontecimiento.

—Mira. ¿Ves esto? —Asha desplegó de nuevo la foto de la Reina pasando revista a las tropas.

—¡Los King's African Rifles!

—¿Los conoces?

—Claro, abuela, las tropas nativas que usaba la Corona para machacar a los nativos. El círculo redondo, la perversión perfecta.

—Menudas tonterías que tienes en la cabeza —rezongó Asha—. Solo quería enseñarte el fez del uniforme. Igual que el tuyo. Me has recordado a mi hermano.

—¿Tu hermano? ¿El fez? —Ahora Adela abrió los ojos como un pez y se tocó el cono que sostenía su mata de pelo. Miró de nuevo la foto. Los askaris aguantaban el rifle y la posición con orgullo mientras la Reina caminaba con solemnidad entre las filas. El fez era lo de menos. ¿Acaso uno de ellos...?—. Cuéntame, abuela. ¿Tenías un hermano en los African Rifles?

—No lo sé.

—¿Cómo que no lo sabes? Nunca nos hablas de tu familia. Por favor, abuela, por favor, por favor. Háblame de tu hermano.

Y Asha entonces le contó. Su alistamiento. Su uniforme, como aquellos de la foto. Su desaparición. Las dudas del señor Everett. Adela lo escuchó y absorbió todo sin añadir lo que ella misma había

leído en sus esfuerzos por reunir argumentos contra el colonialismo británico: el envío de tropas nativas y propias para sofocar las revueltas en Kenia; las violaciones, torturas y mutilaciones de los Mau Mau en uno de los peores crímenes contra la humanidad que cometieron los británicos en África. A las órdenes de Inglaterra, los propios askaris también habían cometido atrocidades. Pero solamente dijo:

—Déjame ayudarte, abuela. Buscaré información.

—Búscala, Adela. —Asha cerró el cuaderno—. Pero aquí no. Esto es solo para mí.

Y la anciana se levantó. Estaba cansada, pero la mañana se había iluminado y ella se había prometido salir a la calle cada día en que brillara el sol como en su niñez, cuando rara vez conoció las nubes.

—Anda. Ayúdame a bajar y dar una vuelta.

—Claro, abuela. ¿Llevas el andador?

—No. Te llevo a ti. Bicho peludo.

Y abuela y nieta salieron a caminar.

30

No te fíes de los hombres

Ann-Elizabeth esperaba a Amina en un bar de la estación. Desde que era niña le había intrigado. Le atraía entonces su figura delgada, silenciosa, siempre afanada en ayudar a su madre mientras los hermanos Lighthouse brincaban por el jardín y entraban y salían de casa con misiones imperiosas para conseguir más limonada, para asaltar la tarta de frambuesas, el *jelly* temblequeante que habían hecho a trancas y barrancas entre todos o las galletas de mantequilla que la señora Marjory reservaba para el té.

Amina tenía siempre un aire ausente, hasta infeliz. Y contrastaba en un ambiente en el que todos los detalles parecían destinados a apuntalar la despreocupación. Amina siempre fue el punto discordante en el universo electrizante de la casa Lighthouse.

Hoy no era la primera vez que se citaban. Ann-Elizabeth King se sentía privilegiada por haber pasado parte de su infancia vinculada a ese hogar, y ello incluía a todos los que conoció en él. Desde niña le fascinaron las historias que contaba el viejo Everett, un gran conversador que se adaptaba siempre a sus invitados, fuera cual fuese su edad, y lograba que todos se sintieran incluidos en la charla. Sobre África o sobre fútbol inglés. Sobre críquet o la Guerra Mundial. Su esposa le corregía, añadía algún detalle y le cuidaba, como cuidaba siempre a toda la prole con bandejas de comidas riquísimas y una atención sublime a los detalles. Hoy le apenaba no

haber hablado más con ella para descubrir su propia vida, su experiencia. La señora Lighthouse había ejercido como maestra en Tanganica y más tarde en Inglaterra, después de criar a sus hijos. Fue una gran profesora de apoyo y muchísimos alumnos que nadie conocía habían acudido a su entierro años atrás. Pero había muerto demasiado pronto tras una existencia en la sombra, siempre restando importancia a su vida e intentando iluminar la de los suyos. Mujer de su época.

Ya adulta, Ann los había seguido visitando. Everett y Marjory, Marjory y Everett. Dos seres queridísimos que fueron haciéndose ancianos. Primero, los dos. Después, Everett solo. El propio Arthur, padre de Caroline, se había empeñado en ayudarla en sus primeros años de universidad, en traerla y llevarla si coincidían por la zona. A Jane y Joyce les había perdido la pista, ambas expatriadas. ¿Y Ben? Curiosamente Ben fue el miembro de la familia con el que nunca mantuvo contacto, más allá de seguir por la prensa sus actuaciones y éxitos. Hasta que le vio a actuar en un teatro del Soho.

Alguna vez también había quedado con Amina. La hija de la criada se había convertido en una mujer activa en su comunidad e incluso le había dado contactos importantes para su trabajo sobre las colonias, germen de su libro.

Mientras la esperaba, volvió a recordar lo que la memoria había sepultado durante años: las caras largas de Amina cuando ella y Caroline eran unas niñas, los momentos en los que la vio crispada en la cocina. Tal vez de aquellas escenas venía el afecto que le despertaba, como un punto desenfocado, un elemento que no acababa de encajar en el bienestar de esa casa. Quién sabía si Ben tenía algo que ver. Quién sabía si era mejor no saber.

—¡Hola, Ann-Elizabeth!

—¡Hola, Amina!

Las dos se abrazaron con cariño. Amina apreciaba a Ann-Elizabeth desde que empezó a frecuentar la casa y ahora aplaudía el coraje de haber escrito un libro que había sacudido la historia del imperialismo británico. La admiraba por eso. También ella planeaba ponerse en contacto con la joven, pero esta se le había adelantado.

—¿Cómo está tu madre? —preguntó Ann-Elizabeth.

—Muy revuelta. La muerte del viejo le ha movido muchas cosas. No lo dice, pero lo veo. Se levanta por la noche. Deambula sola. Todo eso es nuevo y me preocupa.

Ann-Elizabeth se hacía cargo. Everett era el último testigo del pasado de Asha y de su infancia. Él la había sacado de Tanzania y la había atado al destino de los Lighthouse para siempre.

—Es comprensible. Everett y Marjory marcaron su vida.

—No es solo eso, Ann-Elizabeth —aclaró Amina—. También sus diarios.

—¿Sus diarios?

—¿No lo sabías? El viejo escribió diarios durante toda su vida y se los ha legado a mi madre. Todos y cada uno de ellos.

Ann-Elizabeth soltó el café que abrigaba entre las manos y abrió los ojos como platos. Casi se notó cómo empezó a salivar. Los diarios de Everett. Aquello sí era una sorpresa mayúscula. Y algo que la podía ayudar.

—No sabía ni que existieran. ¿Por qué crees que se los ha dejado a tu madre? —preguntó.

—Creía que quedábamos por eso, por los diarios. Sí. Son cuatro cajas y están rebosantes. Muchas cosas te interesarían. Mi madre se pasa los días mirando cuadernos y no nos deja siquiera ayudarla. Pero eso no le está sentando bien. Lo huelo. Lo noto.

Ann-Elizabeth no estaba tan al día de la intimidad de la familia y la noticia de esa herencia le chocó. Ben se lo había callado.

Y era consciente de que, de entre todos los miembros del Servicio Colonial Británico, Everett Lighthouse apenas fue un científico que se ocupaba de organizar la vacunación del ganado de Tanganica sin mayor papel en la represión o los negocios. Ni menos aún Marjory, que si dio clases en la comunidad local fue por su vocación de enseñar. Pero el alcance de su testimonio le interesaba. Un retrato de época al que rara vez nadie tenía la oportunidad de acceder. Quizá ella también pudiera indagar, rellenar los huecos de esa estrella familiar que aún brillaba para Ben. Pero no quería mostrar su impaciencia.

—Yo venía a preguntarte por las máscaras que los Lighthouse trajeron de Tanganica. Ben las ha heredado, las va a donar al museo y no conocemos su origen. ¿Tal vez tu madre nos pueda ayudar?

—¿Ayudaros? ¿A Ben y a ti?

—A Ben, a mí y al museo.

—¿Estás de coña? —Amina torció el gesto, no se andaba con chiquitas—. ¿Me estás diciendo que os va a donar las piezas? ¿A cambio de qué?

A Ann-Elizabeth le sorprendió el tono, pero no el rostro repentinamente malhumorado de Amina. Aquel era exactamente el gesto atravesado que recordaba haberle visto en la infancia.

—Es una donación desinteresada, Amina. Sin más —intentó aclarar. La intimidad de su relación debía quedar aparte.

—A ver, Ann-Elizabeth. No voy a meterme en tu vida privada, tú sabrás lo que haces con ella. Pero Ben nunca actúa desinteresadamente.

—Nadie del museo va a pagarle nada, Amina. —Ann-Elizabeth intentó centrar la conversación en lo profesional, pero el rubor de

sus mejillas la delataba.

—Mira, amiga mía, por si necesitas caerte del guindo. Ben tiene tanto aprecio a tu museo que, antes de ti, intentó colocarle las máscaras a mi madre. A cambio de los diarios. Primero, por las buenas. Luego, por las malas. Yo la intento proteger y no le estoy contando ni una cuarta parte, pero Ben nos está acosando. Yo ni le cojo el teléfono. Está desesperado por conseguirlos. A saber qué quiere tapar.

Ann-Elizabeth enmudeció. El relato de Amina chocaba con el de Ben e intentaba digerir la información mientras disimulaba el impacto que le causaba. Lamentaba haberse acostado otra vez con él. Y lo lamentaba aún más que esta mañana, cuando le echó de casa con menos convicción de la que hubiera querido y no sin antes darle un desayuno tan sano como si fuera su madre. *Shit.* Otra vez en el papel de mujer amorosa y amiga incondicional. «*Fucking* ingenua —se dijo—. Ahora se va a enterar.»

—¿Has podido leerlos? —solo preguntó.

—Mi madre no me deja y ella no lo sabe, pero los estoy leyendo, claro que sí. Por eso yo también había pensado en llamarte. Quiero pedirte ayuda.

—¿Ayudarte yo a ti? ¿En qué?

Y Amina le contó lo que había empezado a averiguar. Entre fotos, recortes de prensa y el relato del propio Everett, había descubierto que el único hermano varón de Asha, Musa, había desaparecido justo antes de que se declarara la independencia. Ella sabía que su madre tenía varias hermanas con las que durante mucho tiempo había mantenido el contacto, pero el rastro de su gran familia se había ido difuminando en el recuerdo a medida que pasaron los años, que algunas murieron y que Asha fue alejándose de su lugar de origen.

También sabía que guardaba secretos. Jamás dijo gran cosa de su marido, su propio padre, por más que ella hiciera preguntas. Y cualquier insistencia la zanjaba de golpe, largándose y acabando por decreto la conversación. Solo cuando Amina estuvo embarazada y aún no sabían que era niña, Asha dijo:

—Si es niño, llámale Musa.

—Qué nombre más feo, mamá —replicó—. ¿Y eso?

—Tú llámale Musa.

—Tendré que saber por qué —insistió Amina.

—Porque así se llamaba mi hermano.

—¿Tenías un hermano? ¿Y cómo era? ¿Qué le pasó?

Pero Asha nunca dijo nada más. Amina dio a luz a una niña y el nombre de Musa volvió a perderse en su raquítica historia familiar. Y ese era el único referente que Amina tenía de aquel tío que no había conocido, como tampoco había conocido a su padre ni a sus tías. Por eso ella también lo sepultó en la amalgama de rostros que asomaban en las fotos de color sepia que recibía en la infancia provenientes de Dar es-Salam.

—¿Y en qué puedo ayudarte yo? —preguntó Ann-Elizabeth.

—Tú puedes buscarlo.

—¿Buscarlo? ¿A un niño de Tanganica de los años cincuenta?

—Tú sabes buscar, sabes investigar, sabes lo que pasó. Lo he visto en tu libro.

Ann-Elizabeth se arrellanó en la silla antes de seguir hablando. Ella conocía las atrocidades cometidas en África. Especialmente en Kenia, donde los ingleses aplacaron la revuelta Mau Mau con mutilaciones, torturas, violaciones y una maquinaria de crueldad que la mayoría de los británicos aún no había asimilado más allá de los «excesos» de algunas manzanas podridas en unas fuerzas de seguridad que consideraban gloriosas. Después se había

especializado en arte y por ello estaba en el Museo Británico. Pero nunca había tratado de localizar a nadie en concreto.

—Si estás buscando el origen de unas máscaras, también sabrás buscar a una persona.

Aquello era verdad. Podía intentarlo. Cómo no hacerlo.

—Cuéntame, Amina. ¿Qué sabemos de él?

—Solo sé eso: se llamaba Musa. Musa Tabora. Se apuntó como askari en el Batallón de los African Rifles y...

—... y le enviaron al avispero de Kenia —cortó Ann-Elizabeth, con la cara demudada. Había estudiado a fondo a los askaris de Tanganica, unos muertos de hambre arrancados de sus tierras expropiadas y enviados a Kenia para reprimir a los rebeldes Mau Mau. En nombre de la Reina de Inglaterra.

—Espera, espera. No creo que lo enviaran a Kenia. Desapareció antes aun de entrar en servicio. Ese es el misterio.

—¿Huyó?

—No. Eso es lo que pensó Everett al principio, lo llegó a apuntar así en sus diarios. Que tal vez se había embarcado en cualquiera de los mercantes que recorren el Índico. Pero mi madre insistió en que eso no era posible. En que él se sentía orgulloso de que lo hubiesen reclutado. Ya tenía el uniforme y estaba a punto de empezar cuando desapareció. ¡Y era un crío! Los dos eran unos críos, mi tío y mi madre. ¿Te imaginas lo que vivió cuando apenas tenían la edad de Adela?

Amina se atropellaba hablando. A pesar del control que solía demostrar, se percibían sus nervios. Haber accedido a esa información del pasado familiar también la había removido. Ann-Elizabeth podía percibirlo y sentir cómo ella misma también se activaba. Las horas, los días y los años transcurridos estudiando

papeles de la historia colonial estaban desfilando en su memoria más rápido aún que el relato de Amina.

—Hay otra posibilidad —dijo.

—¿Cuál?

—O, mejor dicho, otras posibilidades.

—Te escucho.

—¿Sabes si tu tío Musa tenía algún defecto físico?

—Mencionan una cojera, sí. Tenían dudas de que lo fueran a aceptar en el batallón. Pero Everett logró enchufarle. ¿Por qué?

Ann-Elizabeth le contó lo que sabía. Muchos de esos *boys*, como llamaban los ingleses a los chicos convertidos en mano de obra barata, fueron obligados a trabajar en las plantaciones o reservas de caza que sustituyeron sus aldeas. Especialmente si no eran fuertes o tenían alguna discapacidad. Eso fue así en el mejor de los casos.

—¿Y en el peor? —preguntó Amina.

Había varias opciones, pero Ann-Elizabeth necesitaba revisar los documentos antes de aventurar más cosas.

Los ingleses lo habían registrado todo, siempre lo hacían, pero también habían destruido millones de documentos al llegar la independencia. Antes de irse habían quemado las pruebas que pudieran comprometer a la Corona. Y las fumatas que se registraron desde la India hasta Birmania, pasando por los rincones más remotos de África, habían sido narradas por testigos suficientes como para establecer un relato común de todas las evacuaciones.

Cumplían órdenes estrictas de Londres. Destruir lo que no se pudieran llevar. Todo lo que pudiera «avergonzar al Gobierno de Su Majestad, a la policía, las fuerzas militares o servidores públicos», como rezaba la instrucción de 1961 firmada por Iain Macleod, el ministro para las Colonias. Nada podía quedar atrás. La Special

Branch de la policía británica se encargaba. Lo había estudiado muy bien.

Por ello, los relatos orales de todos los excesos se habían convertido durante mucho tiempo en los únicos testimonios de lo ocurrido. Hasta 2013, cuando el hallazgo de unos archivos que habían permanecido en secreto permitió empezar a investigar a fondo. Así se estaban conociendo destinos inhumanos que ahora mismo prefirió callar.

—Lo estudiaré mejor antes de que volvamos a hablar y será pronto. Lo prometo —dijo—. Y, dime, ¿yo podría ver los diarios?

—¡Si mi madre no me deja ni siquiera a mí! De momento, es imposible. ¿Por qué lo quieres? ¿Por esas máscaras?

—No sé. —Ann Elizabeth dudó. Los diarios personales de un miembro del servicio colonial no abundaban entre los documentos a los que tenía acceso—. Por las máscaras... y mucho más. Reconoce que me pueden aportar informaciones muy valiosas a la hora de investigar. Yo sigo en ello.

—¿Algún libro nuevo?

—Tal vez... —reconoció Ann-Elizabeth—. Tengo un proyecto.

—¡Ay, Ann! —Amina soltó una carcajada—. Eso es justamente lo que quiere evitar Ben, que salgan a la luz, que alguien lo investigue. Mandaría huevos que esa fueras tú. ¡Qué coño!

—¿Me ayudarás?

—Ahora mismo es difícil, pero, en cuanto tenga una oportunidad, serás la primera. Te lo juro. Como que me llamo Amina.

Las dos se dieron un apretón de manos y así quedaron. Los diarios podían recoger millones de cosas. Y Ann-Elizabeth podía investigar sobre el hermano de Asha. Acordaron ir juntas a la mansión de los Lighthouse. Antes de pagar el café y salir, Ann-Elizabeth preguntó:

—¿Y por qué quiere Ben los diarios, Amina? A él no le importa nada Tanganica.

—¡Qué ingenua eres aún, Ann-Elizabeth! —la reprendió Amina—. África se la suda a Ben. ¿Quieres saber lo único que le importa de verdad?

—Sí —respondió, en voz baja.

—El prestigio de su apellido, de los Lighthouse, de Inglaterra, y no los trapos sucios, la represión, el saqueo y todo lo que te interesa a ti. Su nombre es lo único que le importa. Lo que afecte a su carrera, a su ego. Su propia vida está construida sobre ello, ¿entiendes? Sobre el poder y las oportunidades que adquirieron familias como la suya.

Ann-Elizabeth tragó saliva. Era justo lo que ella investigaba.

—¿Y por qué iban a salir a la luz? —preguntó con un hilo de voz.

—Cree que lo venderemos, Ann. ¿Te imaginas? Cree el ladrón que todos son de su condición.

El rostro de Ann-Elizabeth reflejó su disgusto más allá de su voluntad. Los colores encendidos en las mejillas, los labios prietos. Intentó disimular cerrándose el abrigo, ajustándose la gorra, girando la bufanda en torno a su cuello. Una cosa era que ella accediera a los diarios y otra muy diferente que cayeran en manos de la prensa.

—Dime una cosa, Amina —siguió Ann-Elizabeth—. ¿Everett escribió sobre él? ¿En los años recientes?

—Escribió y mucho. Pero no sobre Ben. Casi siempre daba vueltas a lo que pasó en África y... —Amina calló. Su rostro se apagó.

—¿Y?

—Y a otras cosas. Pero nada que tenga que ver con Ben.

Ann-Elizabeth no pareció tranquilizarse. Amina había notado su rubor y no se reprimió:

—Ay, eres tan lista y tan ingenua a la vez, querida Ann. Acéptame un consejo: nunca te fíes de Ben —espetó con una leve sonrisa—. Bueno, nunca te fíes de los hombres. De ninguno. Y especialmente si se apellidan Lighthouse.

—Exagerada.

—Ya te digo.

Y ambas salieron. Iban a recorrer juntas la mansión de los Lighthouse. Por última vez. Antes de que se vendiera. Amina sabía dónde encontrar una llave. Y también sabía, o creía saber, dónde encontrar aún algunos papeles de la etapa africana que podían ayudar a Ann. Porque había cosas que Asha y ella conocían aún mejor que todos los hijos Lighthouse a la vez.

31

Un gran papel

Ben volvía a casa de buen humor, mascando el recuerdo de una noche redonda y de un desayuno que, sin parecerse en nada al beicon, las salchichas y los huevos que siempre le sirvió Martha, tenía toda la calidez de un hogar, por muy vegano que fuera. Ay, Ann-Elizabeth King, tan *royal* en su apellido como en su distinción, aunque fuera en contra de su voluntad.

Estaba sobrio, estaba contento y estaba lleno. Y todo eso, a su edad y en sus circunstancias, era equivalente a un Globo de Oro. Cierto que ella no había quedado convencida, que había acabado echándole y enfadada consigo misma por haber vuelto con él, pero él había dado lo mejor de sí mismo y hoy solo importaban los hechos. Sabría reconducirlo. Habían estado juntos, habían follado y hasta habría sido capaz de repetir. A estas alturas de su vida y de su suerte, un diez.

Pero había más. Había visto en sus ojos el amor, la admiración, también el dolor de la separación que habían sufrido. Y, sobre todo, tenía muchas más máscaras para seguir tirando del hilo. «Gracias, Father», dijo dirigiendo un guiño al cielo antes de abrir la puerta de su casa.

Pletórico como estaba, recogió el correo acumulado en el buzón y pasó al salón. Iba a ponerse al día.

Los ojos africanos le miraron desde su alineación y, con gesto teatral, les dedicó una reverencia. «Gracias a ustedes también, damas y caballeros.»

Después fue a servirse un whisky. Era temprano y tenía muchas cosas que hacer, pero la ocasión lo merecía. Hoy sí. Se sentó en la terraza acristalada con la copa, el correo y su buen humor. Iba a despejar bien el salón, ir a la tintorería, llamar a su agente, tenía que ponerse a trabajar. Y hasta haría alguna compra en el Sainsbury's de la esquina. Si Ann-Elizabeth aceptaba su próxima invitación, y estaba seguro de que la acabaría aceptando, quería que fuera aquí y que todo tuviera un aire de soltero capaz de sostener un mínimo de solvencia. Sin pasarse. Un sushi, un jerez, un curry del indio cercano. ¿Habría sushi vegano? Le haría una foto, se la enviaría a Ann-E y le escribiría: «¿De verdad me vas a dejar solo con estas acelgas?». Con un emoticono de carita abandonada.

Si Martha no iba a volver y tenía que convertirse en un soltero, sería un buen soltero. Invitaría a Ann-Elizabeth. La agasajaría. Le demostraría que iba en serio, que la quería y que la necesitaba. Sabría hacerlo.

Saboreó el whisky, lo depositó en su posavasos y solo entonces se percató de lo que clamaba en el primero de los sobres que había dejado a su lado: una citación judicial. Bajó los pies de la mesita, se incorporó de un golpe y lo abrió.

«Señor Benjamin Lighthouse, en nombre de Su Majestad la Reina de Inglaterra y bla, bla, bla —Ben saltó con rapidez hacia la cuestión — debe comparecer con fecha... ante el Tribunal de su Distrito en la calle...»

For God sake.

Saltó en busca de su móvil. ¿Dónde estaba? Apagado en su abrigo. ¿Desde cuándo? Desde ayer. ¿Qué día era? Sábado, no podía

estar citado para hoy, relax. Pero ¿de cuándo era esa carta?, ¿hacía cuántos días que no vaciaba el buzón? Ben apenas había encendido el teléfono y veía descargarse decenas de wasaps cuando uno de los mensajes llamó su atención. Era una alerta del diario *The Sun*:

> El actor Ben Lighthouse, acusado de abuso sexual de menores

Fuck.

La acusación era grave, muy grave. Pero si algo le mordía aún más en su orgullo era la foto elegida. *The Sun* había tenido el mal gusto de escoger, y por tanto ensuciar, la imagen que más le había enorgullecido en toda su carrera: el momento en que la Reina le otorgaba la Orden del Mérito por su aportación a las artes. Una foto que los periódicos habían manoseado ya tantas veces cuando publicaban rumores sobre él que entre todos habían empañado lo magnífico que había en ella. Arrugó el gesto ante la noticia. También lo sentía por la Reina. ¿Qué necesidad había de asociar a la monarca con la vida privada de los demás? Fue su primer pensamiento. El segundo fue para la chica: la monada que le provocó en el club de Covent Garden. Con esa braguita, ese escote. *Shit*.

Su móvil guardaba también tres llamadas de su abogado. Y una de su hija Rose. Ninguna más.

Si Martha hubiera estado en casa... Imaginó su rostro furioso y las explicaciones que habría tenido que improvisar en circunstancias normales. En los buenos tiempos ella le habría acabado apoyando después de indignarse, pero ahora estaban muy lejos el uno del otro. En los últimos años, ella se sumía en una tristeza y un silencio que le molestaba mucho más aún que la bronca. Imaginó el enfado de sus hijas, esa batalla estaba perdida. La de Martha también. Al menos hoy se iba a ahorrar su llanto y eso era de agradecer porque

con ella podía aguantarlo todo menos verla llorar. Ya se sabe que los Lighthouse...

Con Ann-Elizabeth, mejor ni intentarlo. La cálida noche que había pasado iba directa a convertirse en la última, ahora sí que estaba todo perdido. Y no lo habría reconocido ante ningún tribunal, pero lo que en ese momento le preocupó más fue el silencio de otro número de teléfono. El de su agente y amigo, que si llevaba un tiempo callado esta vez iba a hacer mutis por el foro para siempre. Su amigo.

Fucking Me Too.

Corrió a servirse otro whisky.

A-bu-so-se-xual.

What the hell?

«Calma, Ben. Pensemos. Leamos.»

Cierto que era débil, sí, que nunca había sabido resistir la tentación y que había vivido más aventuras de las que era capaz de recordar, pero podría jurar ante la justicia o ante la mismísima autoridad de la Commonwealth que jamás había abusado de nadie. Que jamás se había impuesto a nadie. Que todas las aventuras habían nacido de la doble voluntad: la de las chicas que le rondaban y la suya propia, sí. De eso sí era culpable: él quería a las mujeres, las adoraba, era capaz de estar enamorado de varias a la vez, admiraba sus cuerpos, la belleza que siempre eran capaces de renovar, los trucos de su encanto, la magia de su provocación. No podía resistirse a un escote, cierto. Y se entregaba con frecuencia a la conquista. Por acción o por reacción. Eso no lo iba a ocultar más. Pero ¿abusos? ¿En qué cabeza cabía? ¿Menores? Jamás había estado con una menor.

Al menos, conscientemente.

Entonces sonó el teléfono. Era Martha.

«Dios, no. Ahora no. Tú no.»

No respondió. Ni siquiera iba a mirar los mensajes. No quería ni imaginar los wasaps con que Ann-Elizabeth, sus hijas o la propia Martha le estarían acribillando. Debía preparar una defensa, una argumentación, y trabajarlo.

Como un papel. Si no se le habían resistido ni Hamlet ni Jean Valjean, cómo no iba a saber defenderse de algo real en lo que llevaba la razón.

Porque él *llevaba la razón*.

Sabría hacerlo.

Pensó en Father. Y en Mother. «Menos mal que ya no estáis.»

Y se volvió hacia las máscaras, que percibió esta vez como una alineación de guerreros listos para el combate que habían regresado a la vida. En ellos vio más futuro que en él. Y les espetó: «Hijos de puta».

32

¿Cuándo ocurrió todo?

Arthur estaba con Martha en la estación cuando a ambos les llegó la noticia. Habían encontrado un dispensario y el dolor que ella sentía era tan grande que los enfermeros no dudaron en inyectarle un fuerte analgésico en la pierna. También ayudó su póliza privada. Y ella apenas estaba reponiéndose del pinchazo cuando vio los mensajes en el móvil.

«Mamá, ¿dónde estás?», preguntaba Rose.

«Mamá, ¿has visto lo último de papá?», Scarlett, siempre más directa.

—¿Qué ha pasado?

Martha no lo escribió, sino que lo gritó. Y Arthur, que también estaba consultando su propio móvil y que había recibido la alerta del *Sun* en varios wasaps de su mujer y de sus hijos, dijo:

—No sé si debes ver esto, Martha.

—¿Qué ha pasado? —repitió ella con ansiedad.

—No te va a gustar. Es sobre Ben.

—Enséñamelo.

Arthur se lo mostró y ella palideció. Se llevó las manos al pecho y hasta su cuerpo se contrajo de tal forma que todo el volumen que componía sobre la banqueta del dispensario se tambaleó.

—¿Qué ha pasado? —El enfermero que la había pinchado se asustó—. ¿Se encuentra bien?

—*Son of a bitch!*

—¿Perdone? —reaccionó el enfermero.

—No, no, tranquilo, no tiene nada que ver con usted. —Arthur gesticulaba para intentar aclarar la confusión.

Fue entonces cuando Martha intentó llamar a Ben, que no respondió.

—Maldito seas, Benjamin Lighthouse. Maldito seas. Ni se te ocurra acercarte a nosotras. Ni se te ocurra...

Martha aún siguió dejando improperios en el buzón de Ben mientras le subía el calor a la cara hasta que, de pronto, se le empezó a ahogar la voz, se agitó y cayó al suelo a pesar de los esfuerzos del enfermero para sostenerla. Estaba desmayada o infartada y el hombre, un joven español que apenas dominaba al inglés, gritó para pedir ayuda. Otra sanitaria salió de la parte de atrás y también se hizo cargo. Entre los dos la tendieron en el suelo lo mejor que pudieron y empezaron a mirar el corte sufrido al caer y que le sangraba en la cara.

Arthur, mientras, seguía en pie sin saber qué hacer. Daba zancadas de un lado al otro y no sabía si llamar a sus sobrinas o esperar. Tal vez era un susto sin más. Maldijo el momento en que se le ocurrió quedar con su cuñada. Él solo quería preguntarle por el dinero de Father antes de poner una denuncia, era lo que consideraba apropiado. Y lo que se había encontrado era una monumental cadena de reproches y, ahora, un desmayo. O un infarto. Decidió tratar de localizar a sus hermanas. El mensaje a las dos fue parecido.

«Jane, Joyce, ¿estáis juntas? ¿Estáis en Londres? Necesito veros con urgencia. Martha se ha... Martha... No sé qué le ha pasado. Estoy con Martha. Y está desmayada. Ayudadme, por favor. Tenéis que venir.»

Después él mismo recogió la banqueta caída y se sentó. Se encontraba mal, desubicado, y no sabía qué hacer. Solo sus hermanas eran capaces de afrontar algo así. Martha seguía tendida en el suelo mientras los sanitarios desplegaban una camilla a su lado, pero su peso hacía muy difícil el traspaso. ¿Cuándo había engordado Martha de esa manera?, se preguntó. Había sido una mujer guapísima, aún seguía siéndolo, pero ahí tumbada solo podía ver sus piernas inmensas, su cuerpo obeso y cómo de su rostro había desaparecido el brillo de sus ojos azules que siempre fueron dulces y que ahora estaban en blanco. Arthur ni siquiera era consciente de cuándo se produjo esa transformación, como tampoco se había enterado de su separación. *God damn.* Apretó contra el pecho la cartera con los papeles del banco y esperó. A la ambulancia. A sus hermanas.

33

Dos alertas

Jane salía de casa de su padre cargada con su botín de cartas cuando le sonó el móvil. No podía descolgar. Terminó de cerrar la puerta, depositó las bolsas en el suelo y al fin pudo coger el teléfono. Se sobresaltó. Era Arthur y, por un momento, sintió que su hermano la estaba viendo. Dios sabía que habría preferido compartir la decisión de llevarse sus cartas aunque no estuviera en las voluntades de su padre. Y se proponía comentárselo, tanto a él como a Ben y a Joyce, pero le habría gustado hacerlo luego, más tranquila, por su propia iniciativa. En todo caso, le llamó.

—Hola, Arthur. Me alegro de que me llames. Estoy justamente en casa de Father y quería decirte... —disparó.

—Frena, frena, Jane. —Su hermano mayor la interrumpió. Estaba nervioso y Jane notó la rara premura en el tono del hombre que siempre parecía saber qué decir. Ni siquiera cuando la llamó para comunicarle la muerte de Father se había mostrado tan alterado—. Tenéis que ayudarme, Jane. Es Martha. Venid, por favor. ¿Estás con Joyce?

Algo grave había pasado. Arthur hablaba amontonando palabras y acontecimientos. Y Jane no lograba entender. Estaba con Martha, había dicho. Y estaba en King's Cross. ¿Podía ella ir ahora? Podía. ¿Estaba con Joyce? No. ¿Podía avisarla? Podía. ¿Está Martha bien? No. ¿Está Ben con ella? No. ¿Y está bien Ben? Silencio.

—¿Arthur? ¿Está bien Ben?

A través del teléfono notaba la respiración palpitante de Arthur y se asustó, pero entendió que el servicio médico ya los estaba atendiendo. Sí, ella se encargaría de avisar a Joyce. Sí, ella iría corriendo. Sí, dentro de media hora podía estar ahí.

—Pero ¿está bien Ben?

—No te preocupes por él —respondió al fin Arthur, ahora enfadado—. Estará borracho o en la cárcel. O ambas cosas.

Que estuviera borracho podía encajar, aunque mencionarlo era un tabú ante un hábito al que solían referirse como «bebe demasiado». Pero ¿en la cárcel? ¿Acaso Arthur le había denunciado como sugirió por robar el dinero de su padre? No. Algo más grave había pasado. Su cuñada Martha, por lo que había entendido, yacía inconsciente en la estación de King's Cross. Con la pierna herida, sangre en el rostro y un posible infarto, desmayo o ictus. Y Ben podía estar en la cárcel.

Jane no entendía bien qué había ocurrido, pero sí que tenía que ir a King's Cross. Así que agarró las bolsas, apretó el paso hasta la estación y tomó el primer tren hacia St. Pancras, conectada a King's Cross. Si tenía suerte y hoy no había huelga, retrasos, descarrilamientos o cualquiera de esas cosas por las que en otro tiempo los ingleses se burlaban de los españoles y que ahora habían hecho suyas, al cabo de media hora estaría con ellos en King's Cross. Y con sus bolsas.

Porque, entre el tren y la ambulancia, apostaba a que el primero iba a llegar aún antes que la segunda. Aunque llevara tantos años fuera de Inglaterra, a estas alturas ya sabía que el colapso sanitario era la gran enfermedad del país. Más aún que el del servicio ferroviario.

Y que ambas cosas alimentaban la conversación más habitual.

Joyce pronto la llamó con las noticias. Ella estaba en Londres y ya se dirigía volando a King's Cross. Sabía lo del ataque y al menos parecía más tranquila que Arthur. Esa era una de las grandes cualidades de su hermana. Siempre conservaba la calma y ese punto de felicidad en el tono que no decaía ni ante las peores noticias.

De Ben no dijo nada. Y ella nada le preguntó. A estas alturas también a ella le habrían llegado las noticias del *Sun*. Y podía intuir que, al cabo de pocas horas, de pocos minutos, iba a enterarse de más cosas de su familia que en los treinta y cinco años anteriores.

Al llegar a la estación, la bellísima Martha, devota esposa y compañera de Ben, mujer amorosa y nuera ejemplar, acababa de entrar en paro cardiaco. Los dos sanitarios del dispensario se afanaban, nerviosos, en masajearle el corazón, mientras la ambulancia, como Jane había previsto, no acababa de llegar.

34

Corazón idiota

La información sobre su tío no era el único descubrimiento que Amina había hecho en los diarios. También había encontrado un rastro de otro de los grandes misterios de su vida: su padre. Y había más. No iba a parar hasta dar con su propia historia.

Primero buscó como quien avanza por la nieve pisando otros pasos. Sin dejar rastro. Sin ensuciar el paisaje. Cada noche entraba sigilosamente en la habitación de su madre y, tras comprobar que dormía, sustraía algún cuaderno que volvía a depositar de madrugada sin que se diera cuenta.

Pero, después de picotear aquí y allá en el material que su madre ya había sacado, se decidió a abrir la última caja. La más reciente seguía precintada. Despegó la cinta americana con cuidado, sin hacer ruido. Y lo que encontró fue una especie de cuaderno maestro, una libreta que Everett Lighthouse había escrito en enero de 2010 y que resumía su vida. Ese era el gran hallazgo.

Cada noche lo recogía, lo sacaba al pasillo, leía un fragmento con la linterna del móvil y regresaba para depositarlo en su sitio y sellar la caja antes de que su madre despertara. Solo una vez ella la había pillado con el cuaderno en la mano y se puso tan furiosa que no quería repetir. Su madre estaba paranoica. No iba a añadir leña al fuego.

Así es como conoció a su padre. En un diario.

Ella nunca le había idealizado, ni siquiera de adolescente, cuando desafiaba a su madre y la amenazaba con largarse a Tanzania con él. Bien es verdad que lo hacía con tan poca convicción que Asha se reía a carcajadas y la animaba a irse: «Vete, sí, vete con él, vete a Tanzania». Y a donde se iba era a su habitación, de morros, tan cabreada que su madre podía seguir oyendo su respiración al otro lado de la puerta. Y ella, su risa.

Pero su imaginación jamás le había pintado como el viejo Mohamed que reflejaban los papeles. Viejo, polígamo.

Y violento.

Hasta el punto de que el señor Lighthouse había ido a interceder por Asha. Había ido a hablar con Mohamed.

Amina había dejado el diario en ese punto, pero iba a seguir. Quería llegar hasta el final.

Aquella madrugada, después de leer ese episodio, Amina no pegó ojo. Indagar en el pasado de su madre ya era suficientemente perturbador. Pero además le preocupaba que ella reviviera —sin la fortaleza física que siempre la había acompañado— lo que había sepultado durante medio siglo.

Asha había tenido un vigor extraordinario, pero su anciano cuerpo iba menguando con velocidad. Y había sido impenetrable, autosuficiente, tan dura como correosa. Imposible acercarse a sus heridas a pesar de su fragilidad creciente.

Pero eso no significaba que pudiera resistirlo todo.

Amina había aspirado a encontrar detalles de Tanzania. Quería entender su propia marcha, saber por qué dejaron atrás su tierra cuando esta apenas empezaba a ser independiente. Y entender por qué luego también dejaron atrás su nueva vida, la casa de los Lighthouse, un episodio que brotaba en su memoria con todos los alardes de una confusión remota. Ella tenía recuerdos oscuros,

retazos de verdades que temía y que crecían mezcladas con su propia fantasía, pero sin claridad. Había sufrido episodios feos, pero no acertaba a distinguir si eran reales o un mero alimento de sus miedos.

Su doble exilio merecía respuestas.

Y ese objetivo que sintió legítimo le permitía —se dijo— revolver en secretos ajenos.

Ella muchas veces había renegado de Inglaterra, aún recordaba la distancia que marcaban los blancos de pura cepa con la gente como ella, una africana que ni siquiera recordaba su país. Ella también había crecido comprando en Sainsbury's, comiendo Quality Streets o escuchando a los Beatles, se había aprendido los cuentos de Beatrix Potter o de Dickens, se había hartado de jalear al Arsenal y de recorrer mil veces Hyde Park. Y se sentía tan inglesa como los demás. Pero nada de eso era suficiente. Jamás tuvo clubs, *parties* de sábado noche, puestas de largo ni los planes típicos de familias de pedigrí como los Lighthouse. Y hasta los *otros ingleses*, los blancos alcoholizados que habían ido tomando su edificio tras verse expulsados de zonas industriales del norte y tener que acercarse a Londres en busca de algún trabajo por horas que tampoco los sacaba de pobres, las esquinaban. Ellos trabajaban en cajas de supermercado o repartiendo pizzas bajo la lluvia, cuando no se dedicaban simplemente a cobrar los subsidios, pero no por ello dejaban de burlarse de los negros como si la naturaleza les hubiera regalado el don de la superioridad. Un don que no se manifestaba de forma alguna.

Ella siempre fue diferente para los ingleses blancos, aunque todos trabajaran en la misma fábrica. Fueran ricos o pobres, cultos o paletos, educados o agresivos. Así se lo habían demostrado todos desde que ella y su madre tuvieron que abandonar la casa familiar y

mudarse a este piso estrecho en el que seguían conviviendo sin entender por qué los hermanos Lighthouse podían disfrutar de esa amplitud, de un jardín tan grande que jamás podrían abarcar por completo en sus juegos maratonianos de carreras, corros y escondite, mientras ellas se encerraban en un bloque de escaleras interminables donde las flores solo tenían suerte si eran artificiales. Sin entender por qué también Arthur, su amigo, su aliado, su hermano, su pequeño maestro desde la cuna, también la había traicionado. Porque de alguna forma también él la había traicionado. Aunque siempre regresara a ella.

En aquel entonces, cuando se mudaron, subía corriendo aquellas escaleras. Hoy le costaba más.

También ella había disfrutado de esos juegos. También ella se había ocultado entre los setos. También ella había corrido a la parte de atrás del jardín, la zona salvaje donde construyeron la cabaña y se escondían de las reglas, más allá de la alineación de arándanos-grosellas-frambuesas-y-moras que Marjory protegía con mallas perfectas de los mirlos hambrientos, más rápidos aún que los niños Lighthouse.

¿Cómo era aquella canción que cantaban al atardecer? *Blackberries, blueberries...* Ni siquiera recordaba la música que la acompañaba, ni menos aún la letra, pero sí el tinte azul y morado que se quedaba en sus dedos y en la ropa en esas tardes en que buena parte de la cosecha que les pedía Marjory para tartas y mermeladas iba a parar a sus bocas. Y a sus tripas, que luego pasaban la factura. Jugaban entonces a decir los colores de cada una de las bayas, y Ben siempre se enfadaba porque no acertaba y acababa llorando en las faldas de su madre. Aunque él mismo hubiera empezado el juego. Ben siempre empezaba los juegos y siempre los abortaba cuando no salían como quería.

También ella había cantado esas canciones. Hasta que todo se estropeó. Hasta que los juegos fueron otra cosa.

Amina aspiraba a encontrar alguna clave en esos diarios que le sirviera para entender qué había pasado. En el fondo, también ella, como el propio Ben, anhelaba leer ese material para encontrar pistas de sus propios agujeros.

Por eso se los robaba a su madre por la noche y avanzaba en su lectura a escondidas de ella y de su propia hija, demasiado lista como para revelarle sin filtros toda aquella información. Pero lo que no imaginaba era que el viejo Everett relatara la violencia que sufrió su madre. Y, menos aún, que aflorara una historia de su hermano que su madre había ocultado. Y eso era ahora lo que más la sacudió.

Sabía que Ann-Elizabeth podría encontrar documentación. Aquella chica era una máquina, sacaba la delantera a todos los nietos Lighthouse que había podido conocer. Salvo en cuestiones de amor. Que esa mujer valiente, inteligente, adelantada a su tiempo y capaz de poner en jaque al *establishment* británico con su investigación estuviera enganchada a un sinvergüenza como Ben era decepcionante. Ann-Elizabeth tenía un corazón idiota en una cabeza brillante. O una cabeza brillante en un corazón idiota. Solía ocurrir. Y quién sabía lo que era peor.

Pero no era la primera. A quién iba a dar lecciones, cuando ella también cayó en las redes de Arthur y después en las de un embaucador que le dejó una hija y se largó sin mirar atrás. Al menos confiaba en que Ann-Elizabeth usara condones.

Por el momento, ambas habían llegado en silencio a la mansión. El cartel de FOR SALE estaba clavado en el jardín.

—¿Tienes las llaves? —preguntó Ann.

—Sé entrar.

E iban a hacerlo cuando vieron abrirse la puerta. Las dos se frenaron. Jane salía cargada de bolsas e intuían que la incomodidad iba a ser mutua. Se miraron, preferían esperar. Se retiraron unos pasos mientras Jane cerraba la puerta, se paraba para llamar por teléfono y luego, muy agitada, echaba a correr. Solo entonces, tras comprobar que estaban solas, avanzaron.

IV
La familia

Mi Marjory:

La cabaña de Mohamed era tan mugrienta como su túnica. Parecía mentira que Asha, nuestra Asha chisposa, lista y aseada, perteneciera a ese hombre sucio. Era una especie de barraca de varias puertas en torno a un patio maloliente por los excrementos de las cabras y gallinas.

Pobre Asha. Allí es donde vivía nuestra criada, la niña-mujer que había conquistado a *baby* Arthur y que tan bien le cuidaba. Entonces estaba embarazada, pero no lo sabíamos.

Una mujer, seguramente alguna de las otras esposas de Mohamed, estaba sentada en un poyo con la cabeza cubierta. Se metió en la cabaña al verme llegar. Fuera quedaron dos críos de tripa inflada como su padre, descalzos, mirada curiosa, que enseguida siguieron los pasos de su madre hacia el interior. Otra mujer asomó por otra puerta y se escondió.

Él no tardó en salir.

—¿Ha pasado algo?

—Sí —respondí.

—¿Ha hecho algo mi mujer?

—Ella no, pero tú sí.

Fue un desastre. Cuando le dije que habíamos visto los golpes lo negó todo y la maldijo por decir mentiras. Le insistí en que ella no había dicho nada, sino que yo había ido por iniciativa propia. Me ofreció licor, comida, frutos, me quería servir. Prueba estos higos, *bwana*. Y hasta lloró mientras juraba y perjuraba que él no le había hecho nada. Sus lágrimas eran tan falsas como su hospitalidad.

Cuando me fui, le amenacé.

—Si Asha vuelve a aparecer así, golpeada y magullada, te denunciaré. Tendrás problemas.

Fui un idiota. Al día siguiente, Asha no vino.

Entonces acudí a la policía. Yo sabía que algunos nativos habían empezado a rebelarse, pero no era consciente de la magnitud de lo que estaba pasando. La palabra *independencia* recorría las colonias, el Gobierno estaba nervioso, nadie quería problemas añadidos.

—¿Estás loco, Lighthouse? —me dijeron los agentes—. ¿Están luchando por que nos vayamos y tú quieres que controlemos a uno de esos tipos por maltratar a una mujer? ¿A su mujer?

«Pero ella... Pero nosotros... Pero nuestra autoridad... Nuestros valores...»

Fue inútil. Los agentes se negaron a intervenir y nunca me lo perdoné. Por mi culpa aquel energúmeno se cebó, se ensañó con Asha, y ella tardó varios días en volver. Cuando lo hizo, aún tenía moratones en los ojos y los labios rotos. La policía nunca hizo nada.

Pero eso no fue todo. Musa acababa de desaparecer. Por aquella época ya no le necesitábamos, los safaris se habían recortado drásticamente y él se había alistado como askari, yo mismo medié. El chaval estaba ilusionado. Asha estaba ilusionada, tú también. Y desapareció.

Todo esto me provoca dolor.

Mañana continuaré. Buenas noches, *sweet heart.*

E. L.

4 de enero de 2010

35

¿Familiares de Martha Lighthouse?

—¿Y tú a dónde vas tan cargada?

Jane se puso roja y titubeó. Apretó las asas de las bolsas entre los nudillos y respondió:

—Tu llamada me pilló así... Bueno. Luego os lo explico. —Y apretó aún más los nudillos cerrados.

Los tres hermanos estaban al fin en el hospital, apiñados en el pasillo, acalorados entre abrigos, cuerpos, prisas y tensión, intentando no perder de vista a la enfermera que los había informado de que Martha estaba en cuidados intensivos. Y que tuvieran paciencia.

Ni siquiera sabían bien qué hacer. Aquello estaba abarrotado. Los sanitarios se habían llevado a Martha en volandas tras practicarle maniobras de reanimación, primero en el dispensario de la estación y luego en la propia ambulancia. «Pero ¿está viva? ¿Sale adelante?» «Les iremos informando. Paciencia.»

Paciencia. Era la palabra más pronunciada.

Intentaron llamar a Ben, pero el pequeño de los Lighthouse no lo cogió. Ninguna de las veces a ninguno de los tres.

—Seguro que ni siquiera le importa —musitó Arthur—. Egoísta.

—¡Art! Por favor. No es el momento —dijo Joyce.

—¿Cómo que no es el momento? —Hasta Arthur había enrojecido, furioso—. Primero escondido en las faldas de Mother. Luego, en las de Martha. Y mira.

—Pobre Ben —replicó Jane—. A mí en el fondo me da pena.

—¿Pena? Pero ¿no has visto la noticia del *Sun*? —replicó Arthur—. Pobre Martha, más bien.

—Venga, no es momento de discutir —insistió Joyce.

Los tres volvieron a callar. También habían llamado a Rose y Scarlett, pero ambas estaban fuera de Londres e iban a tardar varias horas en llegar. Arthur estaba deseando irse, Jane habría querido librarse de las bolsas y Joyce era la única que parecía no tener prisa. Pero, de momento, los tres seguían juntos y en pie. Pasó una hora más entre visitas a la máquina de café. «Yo *large*.» «Yo sin azúcar.» «Yo un té.»

—Hermanas, yo debería irme a la universidad —dijo entonces Arthur.

—Tranquilo, Arthur, vete —dijo Joyce.

—Un momento... —pidió Jane.

Ahora se volvió a sonrojar. Las bolsas de plástico en las que había amontonado las cartas estaban a punto de ceder. Las asas se habían ido alargando y abrazó una de ellas en el pecho para intentar hacerle un nudo que le permitiera seguir aguantándola mientras mantenía la otra en pie entre sus piernas.

—¿Te ayudo? —preguntó Joyce, dudando entre asistir a su hermana con la bolsa de arriba o la de abajo.

—No, no.

Y Jane se empeñó tanto en un movimiento imposible —una bolsa abarrotada sobre el pecho, sus manos maniobrando para atar sus asas rotas, la otra bolsa entre las piernas— que ocurrió lo que tenía que ocurrir, y es que el contenido desbordó la bolsa y un montón de

cartas se desparramaron por el suelo mientras la gente seguía pasando nerviosa de un lado al otro.

—Mierda —clamó la propia Jane.

Sus hermanos la entendieron, aunque lo hubiera dicho en español. Los tres se inclinaron para recoger cartas, fotos y postales que estaban ya bajo los pasos de las personas que se amontonaban para acceder al mostrador de información. La enfermera había salido en ese momento y traía noticias para unos familiares.

—Disculpen, disculpen, por favor, permítanme... —decía Jane con un hilo de voz mientras un hombre y una mujer se abrazaban sobre sus postales, llorosos tras una mala noticia.

—¿Qué es esto? —Arthur había logrado rescatar unas fotos y se puso a contemplarlas, de rodillas.

—Es lo que os iba a explicar...

Jane estaba azorada. Y actuaba de forma extraña. Arrodillada junto a sus hermanos en aquel pabellón de urgencias mal iluminado de un centro que no llegaba a los tobillos de cualquier hospital español. Los tres protegiéndose como podían de los familiares de enfermos recién absorbidos por el pasillo prohibido, ese límite en el que dejaban atrás el mundo para adentrarse en la incertidumbre en soledad. Sin compañía. El lugar al que Martha también había sido abducida sin más hilo con el exterior que estos tres cuñados dispersos y contrahechos, portavoz cada uno de ellos de una galaxia privada. Excuñados, en realidad.

—Estos sellos son de Martha. Así lo expresó Father en sus voluntades —dijo Arthur una vez en pie—. Ella colecciona sellos.

—Os lo iba a explicar —insistió Jane.

Ahora estaba pálida y tenía un nudo en la garganta. Abrazaba el amasijo de sobres pisoteados mientras Joyce la intentaba tranquilizar sosteniendo la bolsa que se mantenía entera, a la que

fue añadiendo las postales y fotos que habían logrado rescatar. Había que buscar otra.

Al fin se quitaron de en medio, fuera de la corriente de prisas y pasos.

—Hoy volví a casa de Father, sí —comenzó Jane.

—¿Tú sola? —Arthur estaba ahora receloso y no lo ocultaba.

—Os he llamado, Art. A ti y a Ben. Ninguno me habéis hecho ni caso.

—¿Y por eso has ido sola?

—¿Qué ocurre, Arthur? —intercedió Joyce—. ¿Por qué no iba a ir sola? ¡Dale una tregua!

—Yo me he encargado de coordinar el funeral, el entierro, la herencia. Así lo quiso Father porque soy el mayor. El primogénito. Primero me encuentro que el imbécil de Ben...

—¡Arthur, por favor! —Jane y Joyce reaccionaron a la vez.

—Sí, el imbécil de Ben se ha quedado con todo el dinero. Y ahora me choca que mi hermana aparezca con un montón de cartas que pertenecen a Martha. A una hermana política que precisamente está aquí medio muerta. ¿Os sorprende?

—Estás exagerando, Art —dijo Joyce. Jane simplemente abrazaba el botín sin añadir una coma.

—¿Dónde estaban, Jane? ¿Qué más has encontrado?

—*My God.* ¿Te quieres calmar? —Joyce seguía intentando aplacar el disgusto de Arthur mientras Jane empezaba a hacer esfuerzos para no hiperventilar.

—Arthur, os lo iba a contar —empezó a hablar lentamente—. Pero has llamado, he venido corriendo y ni me ha dado tiempo. Son mis cartas. Puede que Father se las dejara a Martha. Pero son mis cartas. Es mi historia.

Arthur esta vez calló. Él mismo tenía varias de esas fotos y postales entre sus manos. Se entreveían imágenes de sus padres, de los nietos, incluso una de su primera esposa cuando ambos estaban juntos.

—¿Por qué conservas fotos de Olivia? ¿Por qué está aquí?

—Son mis cartas, Art. Son mías. Las que he escrito toda la vida a Father. A Mother. Las cartas de mis hijos. Mira. Las fotos de mi vida. Observa. Esta de Olivia es de cuando estuvisteis juntos en España. ¿Lo recuerdas? Olivia y tú. Con Caroline. Fotos que hice yo y que mandé a mamá. Seguro que también te las mandé a ti. Yo les escribía todas las semanas. Les mandaba todas las fotos que podía. ¿Tú sabes lo que me ha costado mantener la relación, lo que nos hemos gastado en teléfono, en revelado, en paquetes, en viajes, cuando no teníamos casi ni para pagar la luz?

Jane había estallado. Arthur y Joyce la miraban sorprendidos, nunca hablaba tanto. Incluso su hermana gemela la desconocía. El esfuerzo de mantener la relación, de seguir presentes, de intentar que sus hijos se sintieran parte de la familia, en igualdad de condiciones con los primos ingleses. Los largos viajes en ferry. Y luego el sufrimiento en cada separación. Las lágrimas de Mother. El abrazo de Father. «Hasta el año que viene. ¿Vendréis el año que viene?» «Seguro.» Y después, el ahorro enfermizo para que eso se hiciera realidad. Aquellas cartas solo eran una prueba de esa entrega. Y eran suyas. Ninguna colección de sellos podía justificar que aquel lote de recuerdos fuera a parar a Martha. Recuerdos de una vida de separación. Pero también de entrega. De amor a distancia.

—Pero tú te fuiste, Jane —se limitó a decir Arthur.

—Pero nunca los abandoné.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Simplemente eso. Nunca los abandoné.

—¿Insinúas que yo sí?

Jane y Joyce callaron. Las dos conocían el peso de estar fuera, la culpa del ausente, la imposibilidad de asistir a las cosas pequeñas y el dramatismo de acudir a las grandes. También quedar fuera de los cumpleaños, las invitaciones. Al principio contaron con ellas. Luego ni siquiera llegaban. Jane había recibido a todos en España con el mayor agasajo. Les había cocinado, paseado, acompañado a las mejores playas o a lugares únicos como el Museo del Prado. La imagen de Carlos cargando con sus maletas al llegar mientras ellos, Arthur o Ben, Ben o Arthur, siempre por separado, admiraban el buen tiempo y el paisaje. Porque ambos podían ser muy diferentes, pero los dos se parecían en eso. Y los habían invitado a las mejores paellas, aunque luego racionaran la comida a sus propios hijos.

Como también conocían las dos, asiduas conversadoras por teléfono entre sí y con sus padres, los lamentos que estos acumulaban ante el ensimismamiento de Arthur, que nunca tenía tiempo para ellos. Atrapado en la universidad, en su activismo, en sus causas. En protestas que podían llevarle hasta Bruselas para colgar un cartel contra el cambio climático en una torre frente a la Eurocámara, a un barco de Greenpeace para bloquear un petrolero que iba a contaminar el planeta o a atarse frente al Parlamento en Westminster para clamar contra el Brexit mientras Father esperaba completamente solo.

«Te veo más que a Arthur», solía decirle su padre. Porque ella sí estaba pendiente. Atenta. Escuchaba. Preguntaba.

Y todos se habían tragado el relato de sus hazañas, incluidas fotocopias de lo que recogía la prensa y que hacía circular entre la familia mientras ella, desde España, apenas se ocupaba simplemente de preguntar a su padre qué tal. Y eso no salía en los periódicos.

—No insinúo nada —respondió al fin—. Solo lamento que Father no se haya acordado de mí. Ni una sola palabra fue para mí. Además de descubrir que soy la segunda Jane. Porque antes hubo otra Jane. ¿Os parece poco?

Ahora los tres callaron. Joyce le apretó un brazo con cariño y tardó unos segundos en romper el silencio. Arthur no lo entendió y no preguntó.

—Tú eres la única Jane —musitó.

Arthur mantenía las dos manos llenas de fotos desordenadas sin saber qué hacer. Y entonces la enfermera los llamó.

—¿Familiares de Martha Lighthouse?

Y esos familiares no eran ni el hombre que le había dado el apellido, Ben, ni sus hijas, ni su madre. Sino ellos tres.

36

Benny

Un pie, otro pie. Un pie, otro pie. Un pie, otro pie.

Adela canturreaba mientras animaba a su abuela.

Hacía tiempo que Asha no lograba alzar los pies lo suficiente como para pisar el siguiente escalón desde el anterior, y por ello no avanzaba hasta tener los dos en uno. Solo entonces ascendía. Un pie, otro pie.

Las dos estaban llegando al cuarto piso, escalón tras escalón, cuando oyeron unos gritos que provenían de abajo.

«*Son of a bitch. You are a son of a bitch.*»

Las broncas eran frecuentes en el primer piso, donde una irlandesa rabiosa se había hecho fuerte controlando desde su ventana los aparcamientos más cercanos al portal. Quien quisiera dejar ahí el coche debía pasar por caja si no quería encontrarse la luna rota o un rayón.

Pero estos gritos eran diferentes.

Era común que la insultaran desde la calle mientras ella se escondía tras las cortinillas, que la amenazaran también. Con la policía, las denuncias, la venganza. Y alguna vez se había presentado Scotland Yard en el edificio. Pero ella se replegaba, lo negaba todo acentuando sus achaques de anciana estropeada y los agentes se iban por donde habían venido mientras el afectado se

rendía y se largaba con su coche abollado. La próxima vez tendría que pagar.

Hoy, los gritos eran de ella. De ella en su puerta. De ella a un hombre que también gritaba en la escalera. De ella a Ben.

«*Son of a bitch.*»

Adela se puso rígida como un perro en guardia en su territorio. Ella misma había intercambiado insultos con aquella bruja muchas veces. No porque tuviera un coche ni porque fuera cliente del parking de pago que había impuesto al vecindario. Sino porque la vieja había involucrado en ello a sus propias nietas, dos crías como ella, amigas de siempre, que a menudo faltaban a clase con excusas que Adela sabía falsas. «Diles que estoy enferma.» «Y yo que me he caído.»

¿Las dos?

Al principio, Adela fue la recadera. Con el tiempo se negó, como se negó a aceptar que los moratones que lucían fueran por una caída o que su ausencia se debiera a ninguna otra razón que no fuera cumplir su horario de vigilante mientras la abuela echaba la siesta. La irlandesa era una cabrona. Una borracha. Que la llamaba «negra, guarra, apestosa» cuando se cruzaban, «aléjate de mis nietas».

Y Adela tampoco se cortaba. «Beoda. Basura blanca. Aléjate tú. Déjalas en paz.»

Ahora, los gritos se fueron apagando a medida que los pasos de un hombre, los pasos de Ben, llegaban a ellas.

—Asha..., al fin..., al fin te encuentro.

Benjamin Lighthouse, el laureadísimo actor famoso en toda Inglaterra, presencia repetida en los canales gratuitos de televisión cuando reponían series de los ochenta en las que lucía aún joven estaba aquí, en el descansillo cutre de un edificio cutre, sudoroso y

tambaleante tras subir a pie los cuatro pisos. Tan borracho como dueño, aún, de una fuerza inusitada que le había llevado ante ellas. Ante Asha y Adela.

—¿Qué haces aquí? Lárgate —Adela no titubeó.

—¿Esta... es la educación... que os dan... en Inglaterra? —replicó Ben, con el hablar pastoso, pero altivo. Intentaba decirlo con pompa, pero estaba muy perjudicado. Y las palabras parecían librar una batalla contra una esponja en su boca.

—¿Y tu educación dónde está? —Adela se había adelantado a su abuela para colocarse ante Ben y protegerla. Siguió disparando—: Racista. Clasista. ¿Qué has venido a hacer aquí, borracho? A mí no me impresiona tu apellido.

Benjamin soltó una carcajada y al hacerlo se agarró a la barandilla. Estaba exhausto, descompuesto. La chaqueta abierta dejaba ver una camisa con lamparones, seguramente de alcohol, y el peso de uno de los bolsillos ladeados delataba dónde estaba la botella.

—Lo que hay... que ver —dijo, ladeándose hasta casi tumbarse en la escalera, luchando por mantener en pie un cuerpo que se le desparramaba como si le faltaran músculos—. Primero, una loca... que me quería cobrar... por pasar. Y ahora... tú me insultas. ¿Esa es la educación que habéis recibido en este país? ¿Mi país?

—¿Tu país? Imbécil. Es tan tuyo como mío. —Adela escupió sus palabras y un lapo a la escalera, junto a los pies de Ben.

—Déjale, Adi. Déjale pasar —ordenó Asha.

—Pero abuela... —Adela se encaró aún con Benjamin, pero la falta de un cuerpo que le respondiera con la misma determinación que ella y la insistencia de Asha la hicieron desistir. Al fin cejó en su postura, abrió el piso y entró—. *Piece of shit* —masculló.

Asha pensó en reprenderla por sus malos modos. «Lávate la lengua», le habría dicho. Pero no iba a hacerlo. No ante Ben. No después de la escena que le había montado para quitarle los diarios. Así que se sonrió y, con las dificultades habituales, entró. Al fin y al cabo, estaba en su casa y era su nieta. A sus dieciséis años, Adela superaba con creces a ese estirado. Al menos, en calidad humana.

—Tranquilízate y pasa —le dijo.

Y Benjamin entró detrás de ellas, aferrándose al dintel de la puerta para no caer. Luego logró avanzar, tambaleante, hasta derrumbarse en una silla frente a Asha.

—Y ahora dime, Benny. ¿Qué has venido a hacer aquí?

Benjamin la miró de otro modo. El gesto altanero que había exhibido en la escalera se había esfumado. Contempló el entorno, la estrechez de esa salita, y sintió la fugacidad de su propia decisión, tan evanescente como los colores indescifrables que se amontonaban alrededor. ¿Qué había venido a hacer aquí? ¿Qué iba a decir?

Ni siquiera recordaba qué teclas debía pulsar, ni por qué después de recibir la citación judicial y de intentar llamar a su abogado, a su agente, a Ann-Elizabeth y no lograr más que mensajes agresivos o el silencio, había conseguido una botella llena y los pasos le habían traído hasta aquí.

Lo de *Benny*, además, le había desencajado. Un nombre de su primera niñez, un rastro desaparecido del pasado. ¿Quién era Benny? ¿Qué fue de Benny? ¿Era acaso el mismo que él? Un diminutivo que rechazó cuando se convirtió en actor y, con la ayuda de Martha, se esforzaron por imponer el Benjamin, más formal. Benjamin Lighthouse. También en familia. Todo eso se le nublaba en el cerebro. «No quiero que me volváis a llamar Benny.»

—Querida... Asha —logró articular.

Las palabras salieron esponjadas de su boca. Ni todas sus dotes de actor, ni el oficio, ni las tablas que acumulaba en su carrera eran suficientes para aderezarlas hoy de compostura.

—Te puedes ahorrar la palabrería —espetó Adela.

—Asha...

Ben volvió a observar la salita. Las cajas con los diarios estaban ahí, cerradas, y las miró. Pero sus ojos se fueron también a los muebles, que le retrotraían a su infancia. Las cortinas desgastadas de Asha habían colgado tiempo atrás en rieles de su propia casa. Estaba desconcentrado. Sacó la botella del bolsillo y se la tendió a Asha.

—¿Quieres un trago? —preguntó, intentando recuperar un tono cercano—. Venga, compartamos un trago. Anímate.

Asha dudó. «Todos los borrachos intentan involucrar a los demás en su deriva, ricos o pobres —le habría dicho—. Tú también.» Pero calló. En su lugar, mandó a Adela sacar un par de vasos, contempló cómo él los llenaba y se bebió el suyo. Su nieta alzó las cejas y se sonrió. «La abuela bebiendo.» Ben señaló las cortinas.

—Esas cortinas... son Lighthouse... Las hizo... mi madre.

Discutir con un borracho, con este borracho, no iba a llevar a ningún lado. Por eso Asha simplemente preguntó:

—¿Las quieres? ¿Quieres las cortinas? ¿O qué quieres, Benny?

—No soy..., no soy Benny..., no soy Benny Hill. —Benjamin intentaba completar la frase y ponerse serio a la vez, pero rio. Una de las razones por las que se había esforzado en imponer el Benjamin en sus inicios era para evitar la eterna comparación con ese cómico famoso y burdo al que además odiaba—. Aún hay clases —remató.

—Lo sé, lo sé. —Asha esta vez sonrió, sardónica. Adela se extrañó. La abuela bebía, la abuela sonreía.

—Somos... amigos, querida Asha... ¿Lo recuerdas?... Somos amigos —siguió Ben.

Le gustaban las cortinas. Venía decidido a hablar con ella de los diarios, pero ahora le gustaban las cortinas. Si se las prestara podría recordar a su madre y se olvidaría de los diarios. ¿Podría prestárselas? Las colgaría en su cuarto. ¿Podría ella colgárselas? Él no sabía. ¿Podría ayudarle? Él no sabía ni colgar cortinas. Ni recordar a su madre. Ni tenerse en pie. Ni comportarse. Mírame. ¿Podría ella prestarle algo? Benjamin caminó a duras penas hasta las cortinas, las desplegó con las manos y volvió a su silla. Recorrió el camino varias veces.

—Me gustan estas cortinas, Asha. ¿Me darás estas cortinas?

Asha le escuchaba ya sin esforzarse en mantener erguida la cabeza. Miró a Adela y le pidió:

—Anda, hazle un café. Bien cargado.

La nieta desapareció por el pasillo rezongando.

—Si todavía nos va a quitar las cortinas. Gilipollas —murmuró.

—Somos amigos —repitió Ben, hablando ahora hacia su cuello.

—Vamos a ver, Benny —dijo Asha—. Te he cambiado el pañal millones de veces. Te he limpiado los mocos y te he cantado para que te acabaras la maldita papilla. Y somos *taaan amigos* que hace treinta años que ni me llamas por Navidad. ¿Me vas a decir qué vienes a hacer hoy aquí?

—¿Me cantabas? ¿Y qué me cantabas, Asha?

—No me jodas.

Adela se sonrió otra vez. Depositó el café en la mesa, al lado de Ben. «Esa es mi abuela.»

—¿Qué me cantabas, Asha? —insistió.

—Vamos a ver. Vienes a por los diarios. Y no te los voy a dar. ¿Qué más quieres?

Ahora Ben se hizo un ovillo en la silla. Se llevó una mano a la boca y eructó. Le sobrevino una arcada y el olor a whisky inundó la estrecha sala.

—Estoy acabado, Asha.

—¿Tú? Si tú estás acabado yo no estoy siquiera empezada.

Adela se rio a mandíbula batiente. Incluso Benjamin rio.

—Eras tan graciosa. ¿Sabías que tu abuela era muy graciosa?

Y se sumergió en otro monólogo que parecía dedicado a su cuello. Que Asha ya no me quiere. Que Martha tampoco me quiere. Nadie me quiere. Father ha muerto y ni me dijo lo que pensaba de mí. Yo quería sus diarios y ni siquiera... Benjamin pegó otro trago de la botella y pareció adormecerse con su propia cantinela mientras Asha le indicó a Adela con el gesto que se fuera a sus cosas, pero ella no hizo caso. La curda iba a ser larga. Entonces, de pronto, Benjamin revivió, señaló las cajas y preguntó.

—¿Qué escribió mi padre sobre mí?

—No he llegado al presente, Benny.

—Y dale con Benny. Que no soy Benny.

—Estoy aún muy lejos. ¿Sabías que hubo un tiempo en que no existías, Benny? —Asha se había esforzado para mirarle. Adela se sonrió.

—¿Y qué... pensaba? Seguro que tú sabías... qué pensaba.

—¿Tu padre? ¿O tu madre?

La pregunta era importante. La señora Lighthouse adoraba a su hijo y creyó en él hasta la ceguera. Asha también había creído en él. Todos creyeron en él. Un niño tan gracioso, tan vital, con talento para crecerse ante cualquier público. Asha recordaba cómo era capaz de disfrazarse de lobo y de caperucita en la misma obra, cuando todos los hermanos se revolvían detrás del biombo en que preparaban sus actuaciones y él salía con una u otra ropa, cada vez

más entregado, más convencido, mientras las hermanas se iban limitando a vestirle y pintarle y Arthur, que alguna vez lo intentó, se largaba enfadado porque sus largos monólogos aburrían a todos aunque simularan entusiasmo. Aquello se notaba. Benny siempre brillaba. Siempre volvía a arrancar sonrisas. Siempre los reagrupaba en torno al escenario improvisado cuando todos parecían dispersarse. Tenía ese don. «Tenías ese don, Benny.»

Benjamin escuchaba hundido en la silla. Sin olvidar la botella. Había oído esas historias acerca de su niñez, él mismo las recordaba. Arthur haciendo el ridículo con sus relatos sobre África, sus aventuras, sus fieras, sin saber añadir nada fantástico a la realidad desgastada que todos aplaudían, si aplaudían, solo por compromiso. Jane y Joyce riendo mientras le maquillaban y le vestían, eran muy buenas en eso, y cedían el protagonismo a ese hermano que lo absorbía con creces. Y él en su salsa. Pero ¿qué pensaban, Asha? ¿Qué pensaban de verdad? No del Benjamin de la infancia, no de Benny —él mismo lo pronunció, Benny, el nombre prohibido—, sino del adulto. El actor. La persona. El hombre en que se había convertido. El famoso. Pero también el padre. El hijo. El adúltero. El mujeriego. El borracho.

Esto último no lo expresó, pero Asha entendió lo que se amontonaba tras sus preguntas. ¿Qué pensaban sus padres? ¿Qué sintieron mientras él avanzaba entre los capítulos más sórdidos que le procuró la fama como si formaran parte de un guion ineludible de su vida? ¿Mientras malgastaba su carisma en escenarios que nada tenían que ver con los que alumbraban los focos?

Sabía que Mother, logró relatar, sufrió por que hubiera dado la espalda a la religión. Los dos hermanos habían dado la espalda a la Iglesia. Educarlos al abrigo de un Dios compasivo que los protegía y a la vez los perdonaba había sido una misión integral para ella,

ferviente creyente que no pudo entender cómo uno y otro fueron dejando ese espacio en el que ella solo veía un ecosistema perfecto, sin fisuras, donde crecer a partir de las raíces germinadas.

Pero eso quedaba muy lejos. Con el tiempo asumió la desbandada, salpicada de bodas, bautizos y eventos en el que no faltaba el cura y las cosas como Dios manda que la tranquilizaban. Lo peor vino después. Con la separación de Arthur para casarse con una alumna que no sacaba muchos años a su hija y con la que debió de acostarse desde el primer día de clase. Su actual mujer. Con sus propias andanzas en la prensa del corazón. Con su polla nerviosa, incapaz de estarse quieta mientras una buena esposa, Santa Martha, cuidaba a sus hijas en casa.

Ahora Ben no hablaba, solo pensaba. Desmenuzaba el texto de la citación judicial. Abuso de menores.

—¿Tú crees que soy abusador?

Adela estaba recogiendo la taza del café cuando él lanzó esa pregunta. No sabía si iba dirigida a ella, pero respondió.

—Yo no lo sé, pero no me extrañaría.

Ahora fue Ben quien rio.

—Me recuerdas tanto a tu madre. También era así. —Benjamin se sonrió.

—¿Así, cómo? ¿Qué quieres decir, capullo?

—Así. Valiente. Rabiosa. —El pequeño de los Lighthouse seguía sonriendo. Se levantó. Su abrigo sucio volvió a ladearse por el peso de la botella.

—Vete a la mierda. ¿Qué tienes que decir tú de mi madre? Lárgate ya.

—Me voy a ir, pero tú pregúntaselo. Pregúntaselo a tu madre —insistió Benjamin.

—Será mejor que te vayas, Ben —intervino Asha—. Si leo algo sobre ti en los diarios, te lo diré.

Ben avanzó hacia la puerta, las manos apoyándose en las paredes.

—O pregúntaselo a tu abuela, ¿verdad, Asha? Por qué os fuisteis, por qué la llamo «rabiosa» —dijo aún—. Pregúntaselo, niña Tabora.

—Imbécil. —El insulto unió esta vez las voces de abuela y nieta.

Antes de salir, Ben aún se volvió hacia ellas y dijo:

—«Rabiosa» es un piropo, tonta. Tu madre fue muy valiente. Y ahora os dejo. Pero volveré.

«Pero volveré.» La frase con la que siempre terminaba cada capítulo de su serie más exitosa.

Ben aún volvió a asomarse antes de cerrar la puerta y, riendo, añadió:

—Y tranquilas, que os regalo las cortinas. Adiós.

37

La tentación

Joyce observó el mantel. Tenía impresas las manos pintarrajeadas de sus propios hijos. Había sido un regalo artesanal de Navidad.

Ella y Jane habían empaquetado muchísimas sábanas, mantas y ropas que iban a donar a la parroquia. Pero había un problema. El cura les había dicho que no podía hacerse cargo de todo aquello. Solo les cedía el local social de la iglesia para exponerlo el fin de semana y que la gente se llevara lo que quisiera. Ya nadie en Inglaterra —decía— quería ropa vieja. Querían trabajo. *God bless you.*

Se iba a quedar con este mantel. Ella y sus hijos lo habían hecho para los abuelos estampando sus manos, sus nombres y dibujos con colores vivos y tintas permanentes. Recordó con una sonrisa aquella época. Compraba telas de flores esplendorosas en todos los mercadillos y cosía para todo el mundo faldas largas, pantalones de colores y camisas amplias que tardó en darse cuenta de que nadie usaba. ¡Qué ingenua! Cómo pudo imaginar a su padre o sus hermanos con esas prendas abullonadas, hippies. Incluso a muchos de sus amigos. Solo Benoît, su marido, las vestía con el orgullo del enamorado. Entonces pasó a los manteles y cojines, con los que también inundó a familia y amigos hasta que se cansó. Solo a ella parecía gustarle esa combinación de flores vistosas de todos los tamaños. Era tan joven... Después lo dejó.

Tras vaciar la casa paterna, Jane y ella se habían alojado en un Airbnb pequeño que encontraron cerca. Era el más barato de la zona, tan diminuto que tuvieron que conformarse con una cama para las dos pegada a lo que llamaban cocina, que no era sino un mueble equipado con una placa que nunca alcanzaba a hervir nada. ¡Y les habían preocupado los olores si cocinaban! Si no había espacio ni para comerse fuera de la cama los vasos de sopa que subieron la primera noche del Pret a Manger.

Confiaba en poder charlar con su hermana como siempre habían hecho. Conversar hasta las tantas, darse la mano, acurrucarse juntas en la cama, rezar una oración antes de dormir.

Bueno, así lo habían hecho en el pasado, cuando eran niñas. Hoy dudaba de que Jane siguiera teniendo la fe que habían compartido, cuando se arrodillaban con su madre ante una estatuilla de la Virgen y le rezaban, devotas.

La estatuilla de la Virgen.

La figura que sorprendentemente había ido a parar a Arthur.

Claro que eso ya no importaba. Ella misma había derivado hacia otra experiencia más libre, más abierta, más contagiosa, en la que las estatuas y vírgenes no jugaban ya papel alguno. Había aprendido que la fe está en el interior, en el motor que mueve tu vida, tu entrega, tus pensamientos, y no en figuras externas a las que venerar con una especie de fetichismo que hoy estaba lejos de ella.

La fe como algo propio, interior, la llenaba hoy cada vez más, ajena a misas, vírgenes e iglesias. Y le habría gustado compartirlo, pero hoy sabía que no podía esperar tanto de los demás. Ya había fracasado en algún intento. Los rezos y cantos grupales la llenaban, sentir la unidad de la comunidad mientras entrelazaban las manos y agradecían al Señor todos sus regalos le había dado un nuevo

comienzo. Solo Benoît la había seguido. Benoît y su pequeña comunidad en los Pirineos.

Joyce aún no se lo había dicho a nadie en Inglaterra, pero había creado su propia comunidad religiosa. Y quería contarlo. Al menos a Jane.

Su hermana, sin embargo, estaba escurridiza. Estaba mustia. Y había que respetar sus tiempos. La muerte de Father la había sumido en una de esas fases taciturnas llenas de silencios donde lo llevaba todo a una distancia interior que ninguna cama estrecha que estuvieran obligadas a compartir iba a conseguir salvar. El hallazgo de que hubo otra hermana y de que se llamó Mary Jane también la había afectado. Sin saberlo, había heredado el nombre de una niña muerta, de un hueco. Podía entender que se sintiera mal.

Observó las bolsas que Jane a duras penas había logrado encajar entre las dos maletas. Con las asas rotas y atadas.

Al salir del hospital las dos habían vuelto al Airbnb. Jane había dejado esas bolsas y se había ido a buscar un wifi decente, dijo. Quería adelantar su vuelta. Salvo que Martha...

La situación de su cuñada había empeorado y estaba en coma. Rose y Scarlett habían llegado a media tarde entre aspavientos y gestos dramáticos, arregladas como para una boda. «Os iremos informando, descansad.» Y el pasillo de la UCI seguía en silencio.

De Ben, ni rastro.

—¿Y vuestro padre? —les habían preguntado—. Nosotras no le hemos encontrado.

—Nosotras menos, el cabrón.

Y ahora Joyce estaba ahí, en el apartamento, desencajada por el panorama repentino en la familia de su hermano y ordenando las últimas prendas que iba a llevar a la parroquia.

Observando las bolsas de cartas.

Las cartas que Jane se había llevado de la casa paterna pese a las últimas voluntades de Father.

Father, que se las había dejado a Martha.

Martha, que yacía en un hospital más cerca de la muerte que de la vida.

Y ella, tentada de abrirlas.

Oh, my Lord.

38

Adela

La casa había aprendido a resistir las vibraciones de los trenes, los gritos de los vecinos y el paso del tiempo, pero el portazo de Adela hizo temblar todos los cuadros que abigarraban las viejas paredes. La nieta se había encerrado en su cuarto y la distancia era tan corta entre ella y su abuela, a su pesar, que aún la oía murmurar.

—Chiquilla rebelde. Que todo lo quieres saber.

Pues claro que quería saber. Qué había querido decir Ben. Qué debía preguntar a su madre. Por qué la llamaba «rabiosa». Qué había de rabiosa en Amina, si ella solo veía a una madre conformista, sin personalidad, incapaz de rebelarse y alzar la voz contra blancos ingleses como el capullo de Ben. Qué sabía su abuela.

Y debía estudiar. Tenía los exámenes encima y ya se le había ido la mañana, primero con el pelo, después con la abuela por la calle y luego con el imbécil ese, pero aún iba a entretenerse en otra cosa. Abrió el portátil.

Adela hablaba a menudo de oídas, soltaba discursos sobre el racismo-machismo-clasismo-imperialismo como si fueran ingredientes de un mismo potaje que convivieran en una olla exprés en la que se cocinara la opresión fundamental que la tenía sojuzgada. A ella y al resto de las mujeres (mujeres de todos los colores en general, pero más si eran racializadas como ella), binarias

o no binarias, heteros, trans, cis o lesbianas, miembros de clases bajas, extranjeras y demás víctimas de un cocido tóxico. Hasta que estallara la olla.

Y hablaba de oídas, sí, pero también era capaz de descender al detalle. Por eso localizó una web que frecuentaba y se puso a buscar.

«Musa Tabora.»

Encontró algunos perfiles con ese nombre. Pero nada que pudiera ligar a su abuela. Era un nombre bastante común.

«Askaris.»

Encontró fotos. Soldados africanos desfilando ante la Reina. Pobres diablos. Muertos de hambre. Flacuchos. Obedientes.

En los tiempos en que su abuela era joven, en los años cincuenta, muchos askaris de Tanganica fueron enviados a Kenia. Los Mau Mau se habían rebelado contra los ingleses y estos los reprimieron con el refuerzo de soldados africanos que, con suerte, llevarían una paga a casa. Algunos jamás regresaron.

Adela buscó las cifras. Decenas de miles de keniatas habían muerto.

¿Y cuántos ingleses?

100.

¿Y cuántos soldados africanos llevados de otros países?

1.800.

Los askaris. La red estaba llena de información sobre ellos. Las peores víctimas, la escoria, porque ni siquiera conseguían la gloria. Africanos sometidos por los ingleses para someter a su vez a otros africanos. Sobraban datos.

Pero Adela solo buscaba el paradero de uno: Musa Tabora.

La abuela le había dicho que no constaba que hubiese partido con el Ejército. Que simplemente desapareció cuando estaba a punto de

hacerlo. El viejo Everett temía que se hubiera acobardado y hubiese huido. O que se hubiera enrolado sin decir nada para no defraudar a su comunidad. Al fin y al cabo, iba a matar negros. Por orden de los ingleses, pero con sus propias manos. No era un asunto para estar orgulloso, pensó Adela, aunque la otra opción fuera plantar nabos raquíticos en un secarral después de que los ingleses los echaran de su aldea situada en tierra fértil.

En los tiempos de su abuela, los ingleses habían expropiado tierras del distrito de Tabora, en la Provincia Occidental, como antes habían echado a miles del valle de Wembere para crear una reserva de caza cerca del Serengueti. Adela había visto montones de anuncios para viajar a la zona. Los turistas aún desfilaban hacia el Kilimanjaro para hacer trekking y al Ngorongoro o al Serengueti para sacar fotos de leones y elefantes que, por suerte, ya no podían cazar. Lo que nadie les diría, a buen seguro, era cómo habían esquilmado la zona de búfalos y de rinocerontes negros hasta la extinción. Ni tampoco les dirían cómo las poblaciones nativas fueron desplazadas de esa tierra, la mejor tierra, para que ellos —los blancos— pudieran cazar. O para que hoy viajaran en Land Rovers sacando vídeos de fieras dormidas mientras aplaudían sus dotes de conservación. Hipócritas. Los mismos que en su día arrasaron con todo, que exterminaron especies y aldeas, que destruyeron el hábitat natural de personas y animales, hoy les imponían el respeto al medio ambiente y a los derechos humanos. A buenas horas.

«Alienación de tierras para no nativos.»

Ella también había husmeado en los documentos de la abuela. Del viejo Everett. Y se había hecho una composición de lugar. Claro que sí. En los ratos libres que habían dejado su abuela y su madre, a la que había pillado in fraganti, también se había colado a hojear papeles. Muchos papeles. Sin disimular.

Por eso ella no llenaba de elogios al patriarca. Por eso le parecía otro ejemplar amable de funcionario colonial capaz de aparentar humanidad, sí, pero solo preocupado por el ganado local en la medida en que pudiera contagiar al de los colonos. La peste bovina que registró hacia el final de su estancia, en 1958, desató una movilización para aislar al ganado de las granjas inglesas del autóctono. Todo en nombre de la mejora de la civilización.

Siguió buscando.

Si la abuela estaba convencida de que algo había truncado los planes de Musa, tendría razón.

Su abuela siempre tenía razón.

Por ello decidió buscar en otro sitio.

Asha no veía el momento de quedarse sola y acomodarse al fin en su sillón. Libre de visitas. De la hija. De la nieta. Se sentó y repitió algo que venía haciendo durante los últimos días. Ella se había propuesto avanzar, leer los siguientes cuadernos y encontrar más datos. Pero una y otra vez volvía al mismo volumen, un viejo cuaderno de notas en el que había encontrado fotos de la época.

¿Dónde se había metido Amina? «Ya volverá», se dijo.

Reabrió el cuaderno. Entre parrafadas del viejo Everett había imágenes preciosas de Arthur cuando era pequeño. También de Amina. Obviamente, el niño Lighthouse era el protagonista de las fotos que tomaban sus padres, pero su hija lograba colarse en ellas porque siempre le seguía a todas partes. Para él, era una hermana.

Arthur ya corría con soltura cuando ella se agarraba a su camisa para intentarlo. Él ya andaba en bici cuando ella le seguía gateando. Él se bañaba en un caldero grande en el jardín mientras ella chapoteaba desde fuera y el perro ladraba alrededor.

¿Cómo se llamaba aquel perro? Era Bwana. Ladraba cuando había serpientes y un día salvó a Arthur. O a Amina. O a los dos. Los recuerdos se habían difuminado siempre sin asideros, pero los diarios estaban construyendo un nuevo arsenal que auxiliaba a su memoria.

¿Cómo fue aquello?

La señora Marjory había acostado a Arthur a la sombra, en el patio interior, y ella también colocó allí a la niña, como solía hacer para seguir trajinando. Sabía de sobra que las serpientes, las hienas y leones siempre acechaban a los bebés, así lo había oído toda la vida en su aldea. Pero no podía imaginar que la señora Lighthouse se equivocara y, en su ingenuidad, supuso que en las casas inglesas no entraban las serpientes.

Ambos bebés dormían plácidamente en el patio cuando el perro se puso a ladrar como una fiera. Bwana. El chucho al que los niños veneraban. Las madres corrieron al patio, también los demás adultos. El animal trepaba ágilmente por la cuna. ¿Cuál de ellas?

En su recuerdo, era el capazo de Amina.

En el de la señora Lighthouse, era la cuna de Arthur.

Lo cierto es que alguien cogió un palo y sacudió a la serpiente, que se revolvió, escupió veneno al valiente que se le había acercado y se retorció todo lo que pudo hasta quedar deslomada por los golpes. El perro murió al cabo de pocos minutos, él se llevó la mayor carga letal.

¿Y quién fue el valiente? Asha había olvidado los detalles de ese episodio, que los Lighthouse habían narrado profusamente durante décadas con la convicción que dan los recuerdos alimentados en familia. Según el relato oficial, el perro héroe salvó a Arthur Lighthouse de una mordedura segura de la mamba negra, la serpiente más peligrosa del África Oriental. El perro y un nativo. La

presencia de Amina había decaído tanto en el relato familiar que hasta ella dudaba de sus propios recuerdos.

Pero ahora que estaba viendo las fotos del patio, ahora que recuperaba imágenes de esa cuna que tan bien recordaba, coronada por una mosquitera que debía defender al niño de los bichos, se daba cuenta de que ella tenía razón. Ahí también estaba Amina. Y fue Amina la que corrió más peligro, puesto que ella no tenía telas que la aislaran y su cuna era un simple capazo tallado en madera por un carpintero de la familia. Su familia.

Ahora lo recordaba todo. Y le importaba más esto que las parrafadas de Everett sobre las cabras y la fiebre aftosa.

Observó de nuevo las imágenes. Las tocó. Eran más pequeñas que sus dedos gruesos. Buscó su lupa, la misma que le ayudaba a hojear los titulares o recetas de cocina en revistas que su hija o su nieta le traían.

Agrandar la imagen de su hija bajo esa lente le permitía recordar mejor. Sus moñitos esparcidos por toda la cabeza como banderines de conquista en un globo terráqueo. Sus vestidos de colores vivos, sí, porque ningún revelado en blanco y negro iba a borrar de su memoria la explosión de tonos que vestía su niña, las diademas que le conseguía, las sandalias de yute amarilleado que abrazaban esos piececillos diminutos en los que se tambaleaba con gracia. También observó a Arthur. Un niño uncido por el brillo de la inteligencia. La mirada despejada, segura, de quien tiene a mano el mundo. El pelo rubio formando caracolillos. La piel clara, impecable. El destino asegurado. El pasaporte perfecto.

Observó más imágenes. La sonrisa de la señora Lighthouse era prodigiosa. Recordaba su bondad, su frescura. Se había atrevido a parir en el hospital local a pesar de todas las voces que le recomendaron que tuviera listo a su médico privado. Cosía la ropa

de su hijo aunque hubiera podido pagar por ello. Le alimentaba en persona. Mucha gente había advertido a Asha contra los caprichos de las inglesas. Pero Marjory no tenía caprichos. Era adusta y también generosa.

En lo que sí era diferente era en el apellido. En la nacionalidad. En que tenía una cámara de fotos. Y mil cosas más que la separaban de Asha.

En las fotos podía ver todo eso. Y en una de ellas, que recorría con su vieja lupa y sus dedos gruesos, estaba Musa. Juraría que era Musa.

El primer día había dudado. Era tal la distancia de aquellos años que ella misma no estaba segura de qué aspecto tenía su hermano. Le recordaba grande, adulto, enérgico, fibroso. Y lo que enseñaba aquella foto era un muchacho flacucho, de pecho enjuto, un crío.

Pero esa era su sonrisa. Su alegría. De críos, antes de casarse, hablaban por la noche apretujados en el jergón, con un hilo de voz para no despertar a los demás. Al amanecer él la acompañaba a sus tareas o ella a él. Reían imitando a los parientes. Escondían juntos sus tesoros bajo piedras ocultas entre los árboles. Se juraban que siempre se tendrían el uno al otro. También, a ratos, él le enseñaba a leer.

Su hermano lloró cuando ella se casó. A escondidas, se acurrucó junto a la cabaña en la que yació con su marido desde la noche hasta la mañana, cuando al fin la vio salir. Ella dolorida, escondiendo su sangre con paños por debajo del vestido. No era sangre menstrual.

Y él acuclillado como le había dejado, los ojos rojos, el gesto nervioso y rápido a pesar de su quietud. Se levantó de un salto cuando la vio aparecer. La abrazó fugazmente, tembloroso como un

manojo de hierbas largas arrancadas del patio de atrás. Y se fueron juntos a buscar agua.

Le avergonzaba lavarse delante de él, pero lo hizo. Musa sostuvo la jofaina que llenaron en el pozo mientras ella se aplicaba paños sobre las heridas. No se dijeron nada.

Todo eso no estaba en las fotos, como tampoco estaba el Musa adulto y la Asha adulta que creyeron ser, sino dos niños, unos críos forzados a madurar. Al mirarlas y al tocarlas veía mucho más de lo que estaba impreso. Aquel era Musa.

Nadie la iba a convencer de lo contrario. Al fin tenía una foto de él. Una instantánea fugaz, nunca buscada, casual, en la que su joven hermano empujaba una mesa que seguramente alguien le había pedido que sacara al patio. La sostenía él solo, a pulso, los músculos prietos, y, al verlo, Asha supo que aquel era el hombre que había salvado a Arthur. O a Amina. Era Musa, y ningún otro, el nativo que pegó a la serpiente con un palo, que se llevó su veneno y que nunca disputó la gloria al perro mártir que había ladrado. El salvador de Amina. Y de Arthur. O de los dos.

Musa siempre estuvo ahí, siempre la ayudó. Y Asha tenía ahora una imagen que le devolvía a la realidad, lejos de la bruma del recuerdo diluido en los filamentos en que se iban repartiendo sus neuronas.

A dónde había ido su cuerpo fibroso. A dónde fueron sus huesos duros. A qué tumba. A qué familia. A qué destino. A dónde llevó sus risas, su complicidad. A quién quiso. A quién odió. A quién añoró.

Asha siempre creyó que había muerto. Pero verle ahora, pura chispa en ese cuaderno viejo, le devolvía a un presente que también le pertenecía. ¿Y si Musa había sobrevivido? ¿Y si ese hermano leal que hizo guardia en su noche de bodas para curarle las heridas por

la mañana no había muerto, como todos creyeron, sino que vivía su propia vejez en algún lugar de África?

De algún modo Asha sintió, como se presiente la humedad por el dolor de los huesos, que su hermano estaba vivo. Le podía imaginar inclinado por los años como ella en otro sillón, en otro país, con otra Amina y otra Adela. Él también tendría sus Aminas, sus Adelas. Sus hijos y nietos. Su añoranza.

Y, por cierto, ¿dónde se había metido Amina?

39

En el búnker

Ann-Elizabeth se deslizó por el hueco como le indicó Amina. Como todas las casas inglesas desde la guerra, la mansión de los Lighthouse tenía su propio búnker, un sótano al que se accedía desde el jardín para encontrar refugio en los tiempos del Blitz.

Amina también había aprendido a usarlo.

Cuando los Lighthouse compraron la casa, en los años sesenta, hacía mucho que había quedado abandonado. Los antiguos propietarios ni siquiera tenían la llave y el viejo Everett trabajó a fondo para cambiarle la cerradura y acondicionarlo. Al menos iba a servir para almacenar latas, legumbres, comida. Un escondite con muchas posibilidades.

El plan de usarlo como despensa fue decayendo a medida que esa comida caducaba y que sustituirla se hizo muy pesado. El fantasma de la guerra fue quedando atrás y, con el tiempo, los Lighthouse se limitaron a pedir de cuando en cuando a Asha que hiciera una limpieza de mantenimiento al búnker. A ella le daba miedo ir sola y Amina solía acompañarla.

Por eso sabía que la llave se guardaba en una jardinera próxima. La encontró. Y por eso ambas estaban dentro.

Las telarañas habían hecho su trabajo. Cubrían todos los rincones y mitigaban con sombras titilantes la luz de una bombilla central. Sus ojos tardaron en acostumbrarse a la penumbra, y cuando lo hicieron,

contemplaron los restos de un espacio que había albergado poco más que sueños de supervivencia. Un póster había sobrevivido en la pared en condiciones penosas, pero las letras que faltaban eran fáciles de imaginar:

KEEP
CALM
AND
CARRY
ON

Era el grito de resistencia, la frase icónica que debía unir a los ingleses frente a Hitler. Aquello era un refugio y, como tal, había cumplido como ilusión de escapatoria ante una bomba que no llegó o un ataque nuclear que —por fortuna—se había quedado en amenaza. Ese era su valor. La idea de seguridad. «Y ya ves —remató Amina, que se lo estaba explicando a Ann-Elizabeth—. Al final, fue solo una despensa.»

—¿Solo? ¿Seguro?

—¿Qué quieres decir?

—Me da la impresión de que para ti fue algo más que una despensa.

Amina calló. Entre los restos de cajas, cachivaches y estantes abandonados, habían encontrado latas caducadas y algunas botellas de brandy que, seguramente, el viejo había guardado ahí, quién sabe si a salvo de su propio hijo menor. Agarraron una de ellas y las dos —ambas delgadas—se sentaron en un poyo a la entrada. Apretadas y arrebujadas en sus abrigos. Amina la abrió y se la tendió a Ann-Elizabeth.

—A la salud de los Lighthouse —dijo esta, alzándola.

—Mira que no aprendes —rio Amina—. Te he dicho que ninguno es de fiar.

—¿A la memoria de Everett, al menos?

—Ni de coña —cortó Amina—. A nuestra salud, pedazo de ingenua.

—A la nuestra, pues. —Ann-Elizabeth rio. Y bebió.

Observaron el exterior. Hacía frío. Las matas de hierba habían crecido hasta devorar el acceso y los muros estaban cubiertos de musgo. La humedad había corroído la puerta, mojaba sus rostros. Y apuraron sendos tragos de brandy para entrar en calor.

—Dime una cosa, Amina. Necesito preguntarte algo.

—¿Qué quieres saber?

—Ser amiga de Caroline era un lujo para una niña como yo. Solo tengo buenos recuerdos de esta casa, de cómo corríamos y jugábamos sin pensar en todo lo que debía funcionar para que fuera así. Everett y Marjory eran un sueño, esto era un paraíso y yo solo lamento que no fueran mis abuelos. Pero a ti te recuerdo triste, en la cocina, enfadada. ¿Qué ocurría?

Amina sonrió y apuró otro trago. Y otros dos más.

—No todo era tan reluciente aquí, Ann-E. —Su voz empezaba a arrastrarse por efecto del alcohol y bebió otro sorbo.

—¿A qué te refieres?

—No voy a remover el pasado, tú aún eres joven. Pero piensa que yo crecí con ellos. Tengo solo tres años menos que Arthur. Los dos vinimos juntos de África y estábamos muy unidos. Todos estábamos muy unidos. Mi infancia es Marjory, Arthur, después Jane y Joyce, incluso Ben. Lo llenaban todo en esta casa. Lo llenábamos todo. Y todo se esfumó. —Amina ahora parecía soltarse. Aún dio otro trago.

—¿Qué se esfumó?

—Todo. Vivir aquí se esfumó. La relación con ellos se esfumó. —Su rostro se oscureció y apuró otro trago corto, pero zanjó la conversación—. ¡Ay, los Lighthouse! No voy a profundizar más, Ann-Elizabeth. Solo te diré que todos tenemos heridas Lighthouse. Y que hasta tú las tienes, a mí no me engañas.

Ann-Elizabeth se calló, eso era cierto. La lluvia acumulada en el tejadillo del búnker resbalaba en varios hilos abundantes que fluían cerca de ellas. Amina tendió la palma abierta para contener las gotas, que se acumularon hasta que las soltó y la volvió a ahuecar para empezar otra vez. La parte más blanca de su mano oscura se aclaró aún más por efecto del agua y el frío. La vida también se embalsaba a veces en pequeños recovecos imposibles de vincular entre sí, como las generaciones que no pueden compartir sus averías.

—Pero... —añadió Ann.

—He dicho que no voy a profundizar más —cortó Amina.

—Espera, por favor —dijo Ann-Elizabeth.

—No insistas. —Amina se levantó, cerró la botella, sonrió—. No es no. ¿No lo sabías?

—Solo una cosa, por favor. —Ann-Elizabeth le agarró la mano mojada. La retuvo—. Recuerdo una vez que entramos en la cocina y tú llorabas. Ben salía. Necesito saber qué pasó.

—Tú eres muy joven, Ann. Déjanos a los mayores con nuestras cosas.

—¿Ben te hizo algo? ¿Ocurrió algo? Necesito saberlo, Amina.

Ahora Amina se rio. Una carcajada limpia y sonora. Había bebido, pero no estaba borracha.

—¿Ben? ¡Qué cosas dices! ¿Crees que era el único mujeriego de los hermanos? Solo te diré que ambos parecen opuestos y que, al

final, son iguales. —Ann-Elizabeth calló y la miró con extrañeza. Amina siguió—: Y ahora vamos a trabajar. Te enseñaré más cosas.

Amina volvió a entrar, esta vez con la linterna del móvil encendida, y Ann-Elizabeth la siguió. Al fondo del búnker, donde no alcanzaba la luz, Amina iluminó un viejo armario abandonado. Era metálico. Tan corroído que no habría resistido un traslado. Lo abrió. Estaba lleno de archivadores. De cajas. Una polilla revoloteó en torno al móvil y se posó sobre una imagen que sobrevivía pegada a la puerta: era de la Reina de Inglaterra con su marido y sus dos primeros hijos, aún pequeños. Los bordes estaban desgastados, la humedad había deteriorado la foto, pero la majestuosidad y la alegría que desprendía el momento se mantenía en aquel trozo de papel amarilleado. Debajo había unas carpetas.



—¡Dios mío! ¿Qué es todo esto? —preguntó Ann-Elizabeth.

—Eso vamos a averiguarlo tú y yo —dijo Amina, orgullosa—. Pero antes observa. —E iluminó el retrato real—. ¿Ves a esta familia perfecta? ¿El príncipe Philip? ¿Carlos, Ana? ¿Las masas acudiendo a Buckingham cada vez que se tuercen un dedo, la admiración que siguen desatando?

—Lo veo. Y lo odio.

—Pues piensa en los Lighthouse. No a la misma escala, pero es otra de esas *familias perfectas*. Como los Windsor. Y no diré más.

Ann-Elizabeth se sonrió. Tocada. La autora de moda que había zarandeado las convicciones nacionales en torno al Imperio entendía a la perfección ese lenguaje. La hipocresía, la imagen de decencia, el magnetismo que podía ejercer una familia ejemplar —supuestamente ejemplar— ante todos los que estaban lo bastante lejos y, por debajo, los trapos sucios, la explotación de los otros, la traición a los valores que hacían refulgir como estandartes para los demás. Ella misma se sonrojó, avergonzada de admirarlos y liberada en la oscuridad del búnker, donde no tenía que esconder el azoramiento que esa comparación le había provocado. Necesitaría tiempo para asimilarla.

—Ok —zanjó por el momento—. ¿Y ahora qué hacemos con todo esto?

—Si te interesa, nos lo llevamos. Los hermanos Lighthouse ni siquiera se han preocupado por ello. Y tú le sacarás más provecho.

Y tras agrupar los papeles como mejor pudieron, salieron cargadas de documentos. En muchos de ellos había un sello con la W de Watch. Ann-Elizabeth sabía bien lo que significaba, pero no qué hacían aquí.

¿Por qué Everett se había quedado con material reservado? Eso iba a ser aún más difícil de averiguar.

40

Las vecinas

Ben bajó dando tumbos de la casa de Asha. Había olvidado por completo la trifulca en el primero, pero la vecina no. Y por ello encontrarse en el descansillo con quien debía de ser su hija, una pelirroja plantada ante él con los brazos en jarras para impedirle el paso, le sorprendió y hasta le divirtió. Una razón más para entretenerse antes de volver a ocuparse de todos los que le estaban buscando, y no precisamente para ofrecerle trabajo. Las notificaciones de mensajes habían ido en aumento, seguramente de periodistas voraces o de Martha, Ann-Elizabeth, sus hijas o todas las mujeres que querían abroncarle. Y no había hecho ni caso.

La pelirroja desbordaba la talla de su ropa. Tenía la voz aún más achispada que la suya y la mirada astuta, desconfiada. Era más grande que él.

—Dice mi madre que le debes diez libras por aparcar. Y que, si no, no sales. Tú verás.

—¿En serio? —Ben se dejó caer en un peldaño y sacó su botella —. Me estás dando una alegría. Me quedo. ¿Gustas? —ofreció.

La irlandesa torció el gesto y se reafirmó cruzando los brazos sobre el pecho. Pero su mirada fue hacia la botella.

—Anda, no se desprecia un buen whisky de malta escocés —insistió Ben—. O nos vamos a aburrir mucho.

La mujer tomó la botella y dio un trago. Un trago largo al que puso fin con un eructo. Entonces retomó su posición de firmes.

—No creas que por darme un trago vas a salir de aquí. No hasta que me pagues.

—Estoy en la ruina. Y, sobre todo, no tengo nada mejor que hacer —se sinceró.

Se hizo el silencio. La irlandesa vestía un chándal rosa que Ben supo distinguir con el truco que había empleado toda la vida: lo que se parecía a la Coca-Cola era rojo y lo que se parecía a la Pantera Rosa era rosa. Ahí no se equivocaba. La prenda estaba remachada con bordes brillantes de un color que no supo distinguir. Pura estética de las Spice Girls con varios años de más. También sus hijas se habían encaprichado de ropas relucientes y ajustadas que iban perdiendo purpurina por la casa a medida que se rozaban con cualquier cosa mientras Martha montaba en cólera. Pero, a diferencia de sus niñas, esta joven estaba más que rellena, repleta, y su forma de lucir el chándal prieto delataba cero intenciones de esconder sus carnes. «Bendita simpleza», se dijo Ben. Él también eructó.

Luego acomodó la espalda en la pared y se desató el abrigo. No tenía ninguna intención de largarse. No todavía. La vida de actor le había enseñado a esperar. A esperar largas horas hasta que se corrigiera una luz, un tono, un maquillaje, una sombra, otra cámara. A repetir sin prisa. Y también a improvisar. Improvisar y disfrutar de hacerlo, o al menos que el público lo percibiera así. Por ello aguardar sentado en la escalera comunal de este piso cutre de la Inglaterra negra unida a la Inglaterra *white trash* le parecía el mejor plan del mundo en comparación con todos los que tenía que afrontar fuera de allí.

Los dos se observaban en el descansillo sin gran disimulo. Él veía a una pelirroja rubicunda, ociosa, abonada a las ayudas sociales y la extorsión de poca monta al servicio de su madre, una cacique del bloque que rayaba los coches de quien no pagara su personal tasa de parking. Una sonada, un desecho de la Inglaterra deteriorada. Y una emprendedora, pensó, divertido. Y ella veía un *gentleman*, un rico, un hombre al que bien podrían sacarle un dinerillo o al menos esa botella de un whisky que jamás nadie había catado en esas latitudes. Le observaba, concentrada, hasta que de pronto le señaló con el índice y, con tono perspicaz, le dijo:

—Tu cara me suena.

—¿De verdad? —Ben se sonrió e hinchó el pecho, ufano. Si a la excelsa compañía surgida en esa escalerucha de Londres le añadía un instante de reconocimiento y fama, no podía sino sumar otra razón más para brindar. Así que alzó la botella y dio otro trago.

—Eres famoso. ¿A que sí? —La irlandesa le lanzó otra mirada que intentó ser perspicaz, el hallazgo había activado su euforia.

—Digamos que tengo una carrera —replicó Ben.

—¡Ya caigo! ¡Tú presentas «MasterChef»! ¡Lo adoro!

Ben no la contradijo. Presentar un concurso de televisión se le antojaba una vulgaridad a la que nunca había estado dispuesto. Claro que tampoco se lo habían ofrecido. Pero no le llevó la contraria.

—¿Quieres un autógrafo? —preguntó.

—¡Quiero un selfi! —La irlandesa sacó el móvil.

—Había olvidado que hoy no queréis autógrafos sino selfis. Soy un antiguo. Y, además, soy tu prisionero.

—Mi prisionero famoso. —Ella le quitó ahora la botella y dio otro trago, se sentó y se arrimó a su lado, la alzó con una mano en señal

de brindis mientras, con el móvil en la otra, pulsó el botón. Luego observó la foto—. Perfecta. Un filtro y la subo.

Ben contempló la imagen de refilón. La irlandesa, la botella y él habían cabido en la foto, que estaba a punto de volar ya a Instagram o donde fuera. Esperaba que su hija *instagramer* no siguiera a este despojo de mujer. Que no le etiquetara, mencionara, o esas cosas que él no controlaba y de las que apenas sabía que podían acarrear funestas consecuencias en redes. Se dio cuenta de que ella tenía unos dientes ennegrecidos que no la frenaban de sonreír sin complejos. Pero con unos toques en el teclado del móvil se blanquearon de repente. Los cráteres en el mentón, restos de un acné sin tratamiento, también se esfumaron. Y el pelo cardado no tenía arreglo, pero la chica siguió trasteando, concentrada, convirtiendo esa imagen cutre de escalera en un milagro mientras él la miraba fascinado. *Carpe diem.*

—¿Cómo te llamas? —le preguntó—. Que ahora no me acuerdo.

—Tu prisionero, sin más.

—Me vale. —«Con mi prisionero de "MasterChef"», escribió—. ¿Puedo poner «mi amigo»?

—De toda la vida.

—Genial. —Y ella lo tecleó.

—¿Y ahora qué haces? —se interesó Ben, la voz arrastrada, mientras ella seguía tecleando.

—Tú tranquilo, que esto va a quedar de puta madre. Simplemente no te vayas —dijo ella—. Que, famoso o no, sigues siendo mi prisionero.

Ben podría haberse largado mientras ella trajinaba con el teclado, pero no tenía intención alguna de hacerlo y ella se había dado cuenta. Al fin terminó con la foto, la admiró, la subió y volvió a concentrarse en él.

—Y ahora dime, ¿puedo ir a tu concurso? ¡Por favor, por favor!

Ben se sonrió. Curioso día, que empezó en brazos de un ser sublime como Ann-Elizabeth, siguió con una citación judicial y acababa con él dirigiendo un casting de «MasterChef». Más todo lo que aún podía surgir de manos de esta irlandesa gigante.

—Vamos a ver... Hay ciertas normas —improvisó—. Lo primero: ¿sabes cocinar?

—No, pero abro unas latas de alubias que te cagas. Y de unas albóndigas que están de muerte. Mi hermana es repartidora de noche y nos las trae.

—¿Albóndigas? No me puedo imaginar nada más apetecible. ¿Por qué no me las das a probar y valoramos si podrías participar?

La situación le divertía, pero es que además arrastraba un hambre canina desde el desayuno para vacas en casa de Ann-Elizabeth. Porque después de aquel cuenco de brotes y quinoa, más del gusto de los guerreros tanzanos cuyos dientes albergaba en su casa que del suyo, había olvidado almorzar. En medio de la alucinación en el que le sumió la denuncia y mientras las llamadas que intentó hacer fueron chocando con rechazos y bloqueos, solo se le ocurrió salir corriendo a casa de Asha, único destino en el que sabía que, si le rechazaban, no se iba a decepcionar. Se lo merecía. Y la sola idea de llevarse al estómago unas bolas jugosas de carne, aunque fueran de lata, aderezadas con ese rastro de whisky que aún quedaba en su botella, era suficiente para mantener el tipo como impecable presentador de «MasterChef».

Ella le miró de reojo. Si volvía de vacío se iba a enfrentar a la bronca de su madre. Pero meter en casa al rico que había aparcado su descapotable enfrente del portal sin respetar las jerarquías del lugar iba a ser demasiado. Y más aún si le invitaba a una de esas latas que su hermana birlaba en el Tesco cuando le tocaba el turno

de noche y que reservaban para los buenos momentos. Pondría el grito en el cielo.

Pero se iba a arriesgar. Tener a un famoso en casa lo merecía. Miró la botella menguante y le preguntó:

—¿Tienes más?

—Otra en el coche.

—Perfecto. Pero tú no estás en condiciones. Dame las llaves y yo la recojo. Nos vamos a zampar las albóndigas. Tendrás un banquete. Y lo mojaremos bien.

Y con la misma determinación empezó a hurgar en los bolsillos del abrigo de Ben mientras él se dejaba. Las encontró con rapidez —«¿En la guantera?» «Sí»—, bajó y subió con una botella nueva de Jack Daniel's, le ayudó a levantarse y abrió la puerta de su casa. Las llaves no las devolvió.

—¿Mother? ¿Mother? Tenemos visita.

—*What the hell...?*

La voz ronca de su madre tronó desde el interior con una carraspera profunda. Y la pelirroja se irguió por un momento como un perro en guardia y siguió adelante, hasta la cocina, tirando de la mano a Ben.

—¡Tachán! Traigo a un famoso, Mother. Te presento al presentador de «MasterChef». En tu propia casa.

Ben amagó un gesto teatral de saludo, elevando la mano en varias fases mientras inclinaba la cabeza como si se fuera a quitar un sombrero, pero el aspecto de la matrona le frenó.

Era grandísima, robusta, y apoyaba el peso de su cuerpo obeso en dos piernas marmóreas y sendos bastones a los lados. También vestía chándal. Ben no sabía que existieran tallas tan grandes. El pelo desteñido desbordaba su moño desmadejado y las greñas sueltas le llegaban hasta el culo. Entre las nieblas de su propia

borrachera, Ben la observó como pudo. Tenía las cejas tatuadas y los labios perfilados de alguna manera permanente, pero antigua, pues la carnosidad se superponía a la línea trazada por alguna valerosa esteticién. Algunos pelos gruesos habían crecido en su mentón. Ni en todos sus años sobre el escenario, en cine, televisión o teatro, donde había convivido con los personajes más siniestros del imaginario literario conocido, desde Mr. Scrooge a Javert o las brujas de todos los cuentos, había visto un adefesio parecido. Por ello culminó el saludo incluso con admiración. Ni el mejor maquillador del Soho ni de los estudios de la BBC habría sido capaz de lograr un resultado semejante. Resultaba chocante que cupiera incluso en esa cocina estrecha. Ben dudaba de que pudiera salir por la puerta y la imaginó perpetuamente encerrada en ese piso minúsculo, dedicada a la vigilancia desde la ventana mientras su hija-súbdita le subía las piedras con las que amenazar a los vecinos.

—¿Qué coño? ¿«MasterChef»? —espetó después de dirigirle una mirada furibunda.

—Sí, Mother. Es el presentador. Y vamos a invitarle a albóndigas. Igual me lleva a la televisión.

—Qué tonta eres. Si es Mr. Bean.

Ahora Ben soltó una carcajada. Se apoyó en una de las dos banquetas de la cocina mientras se preguntaba dónde podría sentarse esa mujer a comer. No ahí, sin duda. La giganta seguía mirándole intrigada hasta que proclamó:

—No, espera. Ya lo sé. ¡Es Benny Hill! Se parece a Benny Hill. ¿A que es Benny Hill? Lo que me reía yo con usted. ¡Cuántos años!

—Pasan volando.

Ben no rio esta vez. Aquel imbécil de Benny Hill, el rey del humor populachero y vulgar por el que borró su diminutivo, había muerto hacía años, pero aún había gente mayor que le reconocía en él.

Los dos apenas habían coincidido en el tiempo. Benjamin estaba empezando cuando Benny Hill ya estaba de salida, pero algo ciertamente los había unido en sus inicios, y es que su primer show, infinitamente más fino y culto que el de aquel patán, se creó precisamente para hacerle la competencia desde el canal rival. Incluso tuvo que soportar que quisieran llamarlo «El show de Benny House» para aprovechar su nombre y subrayar la alternativa al de Benny Hill, cosa a la que se negó en redondo. Hasta ahí podíamos llegar.

Aquel intento fracasó rápido y al cabo de dos o tres temporadas se agotó. Ninguna televisión, en realidad, logró la fórmula para derribar su humor de chistes soeces y lugares comunes que arrancaba carcajadas del público británico desde la vulgaridad. ¡Y a él le acusaban de machismo! Aquello sí que era sexismo. En fin. Lo cierto es que no se parecían nada, pero gente como esta simpar anfitriona irlandesa le seguía asociando a él. Menuda avería que debía de tener esta mujer en el cerebro, además de en el cuerpo, para creer que Benny Hill seguía vivo, pensó. Pero le iba a sacar provecho.

—¿Y ahora presenta «MasterChef»? —La mujer volvió a mirarle con recelo.

—Todo por unas buenas albóndigas. Con whisky. —Le tendió la botella más compartida de los últimos tiempos y preguntó—: ¿Quiere usted?

La mujer la agarró, dio un trago y la posó a su vera. Su hija le tendió también servilmente la que había traído del coche, y las dos botellas de Jack Daniel’s parecieron observarse como dos gemelos que nacen desiguales tras competir en el útero. Pero estas dos, a diferencia de esos gemelos, tendrían pronto un mismo destino.

41

La madrastra

Arthur no había desembalado aún la talla de la Virgen que su padre le había legado y que los operarios de la mudanza habían envuelto cuidadosamente. Cuando la trajo, días atrás, la había dejado tal cual en la cómoda de la entrada sin saber muy bien qué hacer con ella. Y ahí se había quedado, desubicada, cada vez más arrinconada conforme Stephanie, Caroline o Rob iban arrojando llaves, gorros, bufandas, móviles y bolsos sobre el mueble. Todos la habían ido relegando, y especialmente él, que no tenía ningún interés en desenvolverla.

—¿Y esto qué es? —se interesó un día su mujer.

—Buf. Mejor no preguntes.

Y eso fue todo. Que Father le hubiera dejado una Virgen a él, más ateo que Karl Marx, no tenía explicación alguna, salvo que se hubiera olvidado de que había cambiado de esposa. La talla habría encajado a la perfección en casa de Olivia, su ex, católica acérrima como sus suegros, y nada en absoluto en la que compartía con Stephanie, que era protestante con una militancia estricta contra la iconografía virginal. Por ello, mejor ni hablar. Stephanie siempre se había sentido rechazada por sus suegros y sobre todo por Caroline, con la que apenas se llevaba cinco años. Y Arthur no quería añadir leña al fuego.

Pero hoy, al llegar del hospital y dejar sus cosas en la cómoda, la talla se tambaleó. Y se habría estrellado contra el suelo si no la hubiera tomado entre sus manos. Así lo hizo y la llevó al salón. Estaba solo en casa.

Arthur se sentía triste, decaído, algo extraño en un hombre como él, un entusiasta de todas las causas siempre dispuesto a embarcarse en una nueva y a desdeñar la adversidad.

La desenvolvió. Martha había preguntado por esa talla desde el principio. La pidió el primer día, cuando aún estaban empezando a organizar el reparto, y se la había pedido hoy cuando charlaban en aquel café frente a la estación. Alegaba que ella se la regaló a Marjory años atrás y que, si no era un problema, le gustaría recuperarla. Para ella tenía cierto valor.

Él no habría puesto inconveniente alguno. La Virgen difícilmente iba a encajar en su universo de estantes desbordados donde solo él conocía el orden interno que guardaban los libros, manuales, informes, estudios y documentos que acumulaba a pesar de ser el gran abanderado de la nube en internet. Colocarla en la repisa iba a ser el primer paso para que se hiciera añicos. La talla y su relación con Stephy.

Pero se había cabreado tanto con Jane por llevarse las cartas que su padre había destinado a Martha, le había descolocado tanto, que él mismo no podía corregir ahora sus últimas voluntades. Mal que le pesara.

En realidad, la estatuilla era espantosa. Una pieza en alabastro que pretendía contagiar espiritualidad al transparentar la luz. Recordó a su madre, que oraba con devoción frente a esa Virgen como si proyectara una luz divina y única, indiferente al hecho de que esa variedad de sulfato de calcio tenía la curiosa propiedad de ser traslúcida. Era pura geología. Ciencia.

Su padre la había querido conservar al morir ella. Se deshizo de toda su ropa y de la mayor parte de los recuerdos, pero salvó esa talla. «Vuestra madre —dijo— ha sido tan buena y tan pura como esa virgen.» Mejor no pudo ser.

Por ello la habían respetado en un lugar preeminente del salón, junto a un retrato de Marjory e iluminada por un pequeño foco que les recordaba siempre su memoria mientras hacía reverberar su luminosidad. El famoso sulfato de calcio.

Pero aquí no pintaba nada. Era Martha quien merecía esa estatua. O la propia Jane, que extrañamente no había recibido nada. Pero ¿él? ¿El hijo que había heredado la mente científica de su padre y nada de la religiosidad de su madre? ¿Por qué Father le había dejado algo que sabía que no iba a apreciar? Y lo más importante: ¿era un desvarío de viejo o un mensaje que había que respetar?

La posó sobre la mesita. Con sus manos cruzadas sobre el pecho virtuoso y la mirada alzada hacia el supuesto Altísimo, esa virgen reunía todo lo irracional que seguía encadenando al ser humano a creencias primitivas. Así es como él lo veía y por eso le enfurecía aún más.

Incluso su segunda esposa, Stephanie, se había ido involucrando cada vez más en la religión mientras se alejaba de aquella estudiante que fue y que le enamoró en las aulas de Cambridge cuando se conocieron. Colaboraba con la parroquia y ayudaba al pastor hasta un punto que le había empezado a preocupar.

En aquellos tiempos jamás hablaron de religión. No recordaba ni una sola conversación en que aquello pareciera importante. Él era un profesor y ella una alumna aventajada y guapísima que hicieron malabares para verse a escondidas. Primero en la sala de profesores, donde ella acudía con dudas sobre la partícula de Higgs o la energía de fusión. Después en los callejones, en los bares, en su

piso de estudiantes y hasta en un hostal de pobretones donde no había peligro de cruzarse con nadie. Ningún lugar, por sórdido que pareciera, les resultaba incómodo. En todos se amaron. Y a todos regresaban una y otra vez hasta que la propia hija de Arthur los pilló un día en el coche de él. Caroline volvía de su clase de violín, enfurruñada porque nadie la había recogido a la salida bajo una tormenta de granizo, y vio a su padre dándose el lote con una chica veinte años menor que pronto se iba a convertir en su madrastra. Arthur aún recordaba cómo su hija se plantó ante la puerta del coche, calada hasta los huesos, furiosa al ver que su padre no estaba en clase, como había dicho, y simplemente arrojó un puñado de granizo a la luna antes de salir corriendo. Así fue como explotó la bomba en su familia. Después costó mucho recomponer las piezas.

Él entonces quería ciegamente a esa alumna y no dudó en romperlo todo para estar con ella. Pero hoy Stephy se mostraba distante. Participaba cada vez más en las cosas de su iglesia y rehuía las actividades a las que siempre le había acompañado. Diría que hasta Rob, que apenas tenía trece años, también se había distanciado. El hogar que tantos amigos envidiaron se había convertido en apenas una sombra del que brilló y, paradójicamente, ahora era Caroline quien estaba más cerca de Arthur.

Y precisamente era Caroline quien acababa de entrar en casa. Habían tardado mucho tiempo, pero al fin, a sus treinta y cinco años, había desarrollado la suficiente indiferencia hacia Stephy como para normalizar las visitas a casa de su padre.

—¿Qué haces, papá? ¿Qué es eso?

Caroline se sentó a su lado.

—La Virgen de tu abuela. Un horror.

—Sí que lo es. Era de Granny, pero era un horror.

—Menos mal que alguien me da la razón.

Su hija le miró intrigada. Su padre estaba raro.

—¿Por? —preguntó.

—Un follón, *my love*. Mi padre me la ha legado. A mí. —Arthur alzó los brazos y puso los ojos en blanco.

—Y supongo que a Stephy no le hará mucha ilusión.

Caroline se sonrió. La deriva religiosa de su madrastra la divertía. A estas alturas no quería ningún mal para su padre, pero no podía imaginar peor venganza del destino que la evangelización a ultranza de Stephanie Lighthouse, la mujer por la que saltaron los plomos de toda la familia cuando ella era apenas adolescente. La maldición de su madre. La desgracia de su abuela, que después ya nunca levantó cabeza. Tenía su ironía que la Virgen de Granny fuera a desembocar en casa del hijo que había empezado a zarandear la paz familiar. Y justo cuando su novia sexy y yeyé, la preciosa Stephanie, se había vuelto una mojigata evangélica y, por tanto, contraria a la Virgen.

—Podría habérsela dado a tía Jane, que no tiene nada. O a tía Martha, que la quería. Pero no, tuvo que ser a mí —se lamentó Arthur.

—Precisamente de tía Martha quería hablar, papá —se puso seria.

—¿Hay algo nuevo?

—Me han llamado mis primas. Está peor. Y no encuentran al tío Ben. Me piden que le busquemos. Me temo que hay que darse prisa.

—¿Precisamente yo? Como si supiera dónde puede estar mi hermano. No tengo ni idea. Que avisen a la policía.

—O tú o Ann-Elizabeth, papá. Por eso me han llamado. Vamos a buscarle. Hay que encontrarle. La tía Martha se muere y, en buena medida, es culpa de Ben.

Arthur se levantó. No sabía por dónde emprender la búsqueda ni cómo iba a contener la furia si le llegaba a encontrar, pero la idea de

buscarle junto a Caroline le reconfortaba. Antes de salir corriendo la miró, la tomó por los hombros y la estrechó contra sí. Un largo rato.

—¡Ay, papá! —exclamó, apabullada entre los brazos de su padre —. ¿Y esto?

—Nada, ni caso. Por si me muero. Recuerda que te abracé.

Caroline se había sonrojado. Los Lighthouse no acostumbraban a prodigarse, y menos su padre, siempre entretenido en sus causas.

—¡Qué idiota! Tú no te vas a morir.

Los dos se sonrieron, se recompusieron y salieron. La talla de la Virgen quedó arrumbada sobre la mesilla del salón.

42

Fumando

Rose salió a fumar al exterior, donde varios familiares de enfermos se amontonaban bajo el alerón de la entrada de urgencias para apurar sus cigarrillos sin mojarse. Llovía como si el cielo también estuviera en coma y hubiera abierto sus tripas sobre Londres. Después de un par de horas en la sala de espera no había novedades sobre el estado de su madre y ni siquiera habían logrado localizar a su padre. El pronóstico era reservado y las dos hermanas, Rose y Scarlett, no se habían separado un instante. Las dos nerviosas, azoradas, de la mano, dos figuras delicadas en medio de un gentío en el que no se reconocían.

—Voy a fumar —había dicho Rose.

—Te acompaño, te acompaño —respondió Scarlett.

—Quédate, por favor, Scarlett.

—No me dejes sola, hermana, por favor.

—Alguien debe estar aquí. Por si llaman —replicó la mayor—. Vuelvo enseguida.

Y así fue como salió a fumar mientras su hermana pequeña se quedaba con un mohín de rabia en la única silla que habían logrado conseguir en urgencias. Scarlett no sabía estar sola. Había intentado hacer algunas fotos, incluso alguna selfi para colgar en Instagram, pero Rose la había disuadido. «Joder, no es el momento.» Ni la masa de gente que se agolpaba en ese espacio estrecho ni el escenario en

sí permitían, además, nada que encajara en su perfil. La imagen habría valido para cualquier protesta izquierdista sobre el derrumbe de la sanidad, pero no para vender cosmética y postizos, pensó Rose.

En realidad, quería hacer algo más que fumar. A la búsqueda frenética de su padre había sumado, sin que su hermana se diera cuenta, la búsqueda también frenética de Paul. Su prometido. O el hombre a quien ella llamaba su prometido.

Ninguno de sus mensajes había obtenido respuesta y no le constaba que estuviera en ningún rodaje. Paul era mayor y estaba casado, pero Rose seguía convencida de que se iba a divorciar pronto, en cuanto el pequeño de sus hijos cumpliera dieciocho años. Así lo había prometido. Y ahora le volvió a llamar.

—Paul, llámame, por favor. Estamos en el hospital. Mi madre está muy grave. ¿Dónde te has metido?

Su propia voz se perdió bajo el ruido de la lluvia y se preguntó si él iba a escucharla bien. ¿Habría oído los anteriores audios? ¿Se habría enterado? ¿Fallaría la línea? ¿Se habría caído el WhatsApp? «Tranquila, Rose», se dijo. Claro que se habría enterado. No hay fallos en la línea, no los hay con nadie más. No hay más problema que su ausencia. Está desconectado y punto. Desde hace más de tres horas.

Intentó encender un cigarrillo, pero las manos ateridas por el agua, por el frío y por los nervios le fallaron y el pitillo se le escapó al suelo. Había empezado a calarse a pesar de guarecerse bajo el alerón. Y estaba a punto de llorar.

—¿Quieres uno?

Una mujer le tendió un cigarrillo recién encendido y su aspecto seco y reluciente bajo la tromba de agua lo hacía irresistible. La capucha grande y plástica que llevaba lo había mantenido a salvo.

—No te diré que no. —Rose lo cogió, seria, se lo llevó a la boca y dio una profunda calada. Después otra. Ante su madre sostenía que fumaba por capricho, un par de ellos al día, sin adicción. Pero no era así, y ahora sintió alivio—. Muchas gracias.

—Tranquila. Un mal momento, supongo... —dijo la mujer, afable. A pesar de la capucha se podía vislumbrar que era joven. Y que era guapa.

—Buf, ya imagino... que lo es para todos los que estamos aquí. —Rose hablaba de forma entrecortada, nerviosa, mientras se acercaba el cigarrillo a la boca—. Mi madre ha sufrido un ictus. Y no encontramos a mi padre. No encontramos... a nadie —añadió sin quitar la vista al móvil que sostenía junto con el cigarro.

—Vaya, lo siento. ¿Estás... sola, entonces?

—Con mi hermana. ¿Y tú? —Rose señaló la puerta de urgencias —. ¿También estás aquí por algún familiar?

—No, no exactamente... Yo trabajo aquí —dijo la extraña. Acompañó su mirada afable de una sonrisa enigmática—. Lo mío es por trabajo.

Rose seguía dando caladas. Inspiraba profundamente y retenía el humo unos segundos antes de exhalar.

—Supongo que es bonito trabajar para los demás —dijo—. Yo no valdría. Pero debe de ser gratificador.

—¿Y por qué no ibas a valer? —preguntó la mujer.

—No sé explicarlo. Mi vida es distinta.

—¿Distinta? ¿Por qué? ¿Cómo de distinta?

Rose alejó ahora el rostro y se encogió de hombros.

—Distinta —dijo simplemente. La mujer estaba preguntando demasiado. Dio una última calada y buscó el cenicero sembrado de colillas, donde sepultó la suya—. Me vuelvo adentro. Muchas gracias de nuevo.

—¡Espera! Espera, por favor. —La mujer la retuvo y Rose la miró ahora con cierto recelo. La extraña se percató, pero, al ver que Rose se alejaba, sacó rápidamente su móvil, la apuntó y le hizo una foto —. ¿Te importa que te haga una foto? —preguntó solo después de haberla hecho.

Rose se cerró como pudo la capucha sobre la cara, pero era tarde. A la angustia por su madre, por la desaparición de Paul y de su padre, sumaba ahora la charla con una periodista, o una posible periodista, que la había pillado con la guardia baja. *Shit.* ¿Cómo no se había dado cuenta? ¿Y qué le había dicho? Ni lo recordaba. Ella no era famosa como tal. Su incipiente carrera de actriz no la había llevado más lejos que a un par de funciones de prácticas. Aún estudiaba en la Escuela de Arte Dramático o al menos estaba matriculada, porque, a decir verdad, llevaba un tiempo dispersa. Pero su rostro había saltado a la prensa cuando empezó a salir con Paul y hoy, tras el campanazo sobre su padre, debería haber tenido más cuidado. Aún pudo volverse a la mujer y, a pesar de que esta seguía enfocándola con el móvil, le espetó:

—Vete a la mierda. Vete a la puta mierda.

Después se dio la vuelta y entró.

El cigarrillo le había salido caro.

43

Las heridas Lighthouse

En el búnker, Ann-Elizabeth había acogido los comentarios de Amina con un sonrojo oculto por la oscuridad. Una vez fuera, no lograba disimular. La hija de Asha no había desvelado nada concreto y Ann-Elizabeth no era capaz de atisbar cuánto había de olvido por el paso del tiempo o de reserva a contarlo, pero el rencor que arrastraba hacia los Lighthouse la inquietaba. «Todos tenemos heridas Lighthouse. Hasta tú las tienes.» Ella había tratado de esconder su relación, pero sus sentimientos se transparentaban.

Y caminaba en silencio, cabizbaja, junto a Amina, apretando contra el pecho las carpetas que habían sacado del búnker, cuando unas voces la sorprendieron. Una pareja de posibles compradores recorría los jardines con dos niños que huían de sus paraguas para intrincarse en la vegetación. La lluvia de febrero caía en cortinas abundantes que el césped sabía absorber.

—¡Os vais a mojar! —gritaba la madre.

—¡Venid! —También el padre lo intentaba. Pero los críos se habían alejado enfundados en sus largos chubasqueros y recorrían el viejo jardín donde un día lucieron los groselleros alineados de Marjory. Si algo quedaba de aquello, el agua lo estaba ocultando.

Los acompañaba un agente inmobiliario con gabardina, equipado con la carpeta y la insignia colgante de su empresa, que las saludó:

—Hola. Soy Martin Bates, estoy enseñando la casa. ¿Ustedes son familia?

—No, no. Solo estábamos... —Ann-Elizabeth intentó explicarse, pero calló ante la rotundidad de Amina, que respondió por su cuenta.

—Sí. Somos parientes. ¿En qué podemos ayudarlos? —ofreció Amina, divertida. Los niños volvieron y se arremolinaron alrededor. Ann alzó las cejas y la miró, extrañada. Amina le guiñó un ojo.

—¿Es cierto que aquí hay un búnker de la guerra? —preguntó el más pequeño. Estaba calado hasta los huesos.

—Sí, justamente venimos de ahí. —Amina lo señaló.

Ann-Elizabeth apretó las carpetas contra el pecho y amagó con mantener el paso sin detenerse. La lluvia amenazaba con deshacer lo que décadas de encierro habían protegido. Además, notaba el tono borracho de su amiga. Esta se había parado y no tenía prisa alguna.

—¿Y pistas de tenis? —siguió preguntando el niño.

—De bádminton —corrigió Amina, la voz de nuevo arrastrada.

—Jooo. ¿Podremos jugar ahí al tenis? —se quejó el otro hermano.

—Seguro. —Ahora Amina hipó.

—¿Y es cierto que aquí vivió ese gran actor, ese famoso...? ¿Cómo se llama...? —La mujer hacía memoria.

—Lighthouse. Benjamin Lighthouse —ayudó el padre—. Famosísimo. Nos han dicho que esta es su casa.

El agente inmobiliario se removió ante esas parientes que él no esperaba y soltó una risita.

—Esos detalles suelen gustar al comprador —se justificó ante Ann-Elizabeth y Amina—. Dan caché.

—¡Será por caché! —Amina siguió el juego.

—¿Y usted de verdad es familia de él? —La mujer se lo preguntó con tono escéptico mientras la señalaba.

Que ella era negra y los Lighthouse blancos saltaba a la vista, pero que esa mujer subrayara el contraste la cabreó. Y respondió con rapidez.

—Sí. ¿No cree que nos parecemos?

Ann-Elizabeth ahogó ahora la risa bajo la capucha. Amina, hermana de Ben.

—No, no, disculpe, para nada. Solo que lo siento. Usted lo sabrá de sobra. Hoy le han detenido por pederastia —replicó la mujer con la misma rapidez.

—¿Detenido? —Ahora sí Ann-Elizabeth dio un bote que todos notaron. Su rostro calado se puso blanco. Amina ni se inmutó.

—¿A Ben? Me extraña.

—Sí, sí. Lo he visto en las redes. ¿No lo sabían? —inquirió la mujer, que, volviéndose al agente inmobiliario y en voz más baja, añadió—: Lo digo por lo del caché.

—Seguramente se han equivocado porque... —siguió Amina, de nuevo con tono divertido y alargando una pausa que azuzó la curiosidad de los compradores.

—¿Por? —la mujer preguntó curiosa.

—¡Porque el pederasta es el mayor! —Y Amina rio sonoramente. Estaba completamente borracha.

—¿¡Per... perdona!? —Ann-Elizabeth se tapó la cara con las manos y arrancó a andar hacia la salida.

—¡Espera, Ann-E! —gritó Amina, que seguía impávida tras la noticia—. Discúlpenla.

—Pobre. Si no lo sabía, estará afectada. Siento haberlo dicho así. ¿Es su hija? —preguntó la compradora.

—Podría serlo, pero no lo es. Es solo su amante. Una de ellas.

Y Amina al fin siguió los pasos de Ann-Elizabeth. Reía a carcajadas y corría tras ella mientras la llamaba.

—¿No querías saber la verdad?

44

El regreso

Después de merodear por las calles más tranquilas de Kensington, Jane se acomodó en un Starbucks que ofrecía wifi. Las casas prietas de ladrillo y los parques de árboles frondosos eran los de su infancia, pero todo se había vuelto más oscuro, más extraño.

Siempre había sido un barrio acomodado y lo seguía siendo, pero la abundancia que hoy veía de Ferraris, Jaguars y Lamborghinis aparcados en plena calle era una novedad para ella. En la Inglaterra que dejó atrás los hombres de familia como su padre sacaban brillo a sus mejores Rovers los sábados por la tarde y lo hacían con orgullo, sabedores del valor patriótico de la marca y del esfuerzo que suponía para el bolsillo. Aunque la guerra había quedado muy atrás, su memoria perduraba en los sesenta y el espíritu de sacrificio seguía impregnando las decisiones junto con la conciencia muy arraigada de lo que costaba la prosperidad. También para la clase pudiente. En cuestión de trabajo y de dinero, nadie daba nada por sentado.

En esta nueva Inglaterra, sin embargo, ejecutivos con pantalones de pitillo muy ajustados, gabardina estrecha y gomina en el pelo gustaban de apretar el botón del mando en plena acera para que el cierre automático del coche —su coche de lujo— resonara entre los pasos de la gente apresurada.

En el pasado, pensó Jane, la riqueza se disfrutaba con pudor. En este presente que no acababa de entender, se exhibía sin complejos. En aquel entonces, era fruto de esfuerzos nacionales muy identificados. La producción industrial estaba en primera línea, como también el músculo científico que se ejercitaba desde todos los institutos públicos y privados, o el artístico, que siempre fue prioridad. Ahora, sin embargo, fluía a través de redes financieras que movían dinero de todos los confines del mundo sin rastro de producción propia.

En España también había coches de lujo, claro, pero se encerraban en garajes bajo protección. Aquí ya eran rutina, aparcados uno tras otro entre las líneas bien marcadas de Kensington. Uno de ellos estaba sin la capota y el agua rebotaba con fuerza en sus asientos de piel. Jane lo observaba sentada en la ventana con su café humeante mientras los caminantes apretaban el paso para guarecerse de la lluvia.

También los habitantes de Londres habían cambiado. En toda la ciudad proliferaban los españoles, los distinguía a la legua por su energía y su tono de voz. Pero en esta zona eran sobre todo chinos de facciones occidentalizadas, hindúes elegantes con sus cabellos lustrosos muy recortados por detrás, rusos rubios de flequillo airoso echado hacia delante, árabes seguidos de cerca por sus mujeres tapadas bajo el chador o el niqab. Muchas chicas llevaban minifaldas estrechas, aunque se mojaran las largas piernas que avanzaban sobre tacones altos. O vestían a lo chico, con trajes masculinos y corbata. Las gabardinas de hoy eran vaporosas. Y los móviles más avanzados chispeaban en las manos de los viandantes.

Su propio país la desconcertaba. Su familia también.

Jane pensaba en todo esto mientras tomaba el café.

«Segunda Jane.» Cuando dio su nombre a la camarera para que lo apuntara en el vaso estuvo tentada de decir «Segunda Jane». Pero se conformó con Jane.

Había salido con la excusa de buscar wifi y aquí lo tenía a su disposición, pero ni siquiera había pedido aún la contraseña. No sabía qué demonios hacer. Había venido decidida a cambiar el billete aunque le costara caro, no quería esperar otra semana más, pero la situación de Martha había complicado las cosas.

Llamó a Carlos.

—¿Qué ocurre, princesa? —Su marido la seguía llamando así y eso la reconfortó—. ¿Cómo estás?

—Quiero volver a casa.

—¿Ha ocurrido algo?

—Me siento muy extraña aquí.

—Ha muerto tu padre, princesa. Es lógico.

—Y Martha está en coma. Y Ben, al borde de la detención...

Jane le puso al día. El reparto de las cosas de Everett y el cierre de la casa se habían complicado de tal forma que todo se había puesto muy feo. Arthur se había enfadado, primero con Ben y luego con ella, pero, sobre todo, Martha yacía en la UCI mientras todos buscaban a Ben, que había desaparecido. «Y yo solo me quiero largar.»

—Tu familia está aquí, princesa. Termina lo que tengas que hacer allí y vuelve con nosotros. Te estamos esperando.

Sabía que no debía adelantar el regreso, que tenía que esperar. Su cuñada iba a necesitar ayuda y había que dársela después de cómo se había entregado a asistir a Father.

Y, sin embargo, buscó el primer vuelo disponible y lo compró. Costaba un ojo de la cara, pero, por fortuna, hacía años que los

tiempos en que solo podían aspirar a comprar vuelos baratos habían quedado atrás.

«Segunda Jane.»

45

Las dos Fionas

Ben llenó los vasos de las irlandesas y dio un trago, él sí, a morro. Cuando bebía en compañía —y llegado cierto punto— no solía importarle compartir la botella, pero los dientes sucios y los ojos legañosos de sus anfitrionas estaban empezando a penetrar la capa de euforia que hasta ahora había cubierto su indiferencia. Por ello llenó los vasos generosamente y se los acercó a cada una. «Para ti, Fiona 1. Y para ti, Fiona 2.»

Las dos tenían otros nombres, pero Ben las había bautizado así. Si para ellas él era Benny Hill, para él ellas eran parecidas a la ogra de *Shrek*. En realidad, esta era Miss Mundo al lado de las dos mujeres, pero él había puesto la voz al personaje de Shrek y nunca como hasta ahora había encontrado un adefesio que encajara mejor en el papel de su novia. Y aquí tenía dos a la vez. Fiona 1. Y Fiona 2.

Esta última se había apretado a él y, aunque Ben estuviera borracho, podía sentir su aliento pesado y el sudor de unas axilas que imaginó llenas de vello. Ay. La comisaría no iba a ser mucho peor, pensó.

—Ya sabes que no soy Fiona —protestó la hija, arrastrando el gesto y la voz, cara contra cara—. ¿De dónde has sacado ese nombre?

—Es el nombre de una princesa de cuento. ¿No la conoces?

—¿Es guapa? —siguió la hija.

—Guapísima —sentenció, con la voz arrastrada—. ¿Y dónde están esas albóndigas? Me muero de hambre.

—Marion. Deja tranquilo de una vez al señor Hill y caliéntalas.

La chica se levantó perezosamente y Ben pudo sentir el alivio del espacio libre. Pero insistió:

—Marion no. Fiona.

—¿Y qué has venido a hacer aquí? ¿Qué hace un famoso en esta escalera?

Marion, o Fiona 2, había encontrado el abridor y lo aplicaba a la lata de albóndigas con tan poca maña que Ben se levantó, tambaleante, a ayudarla. «Espera. Así.» Tampoco acertó. La madre sacó un destornillador del cajón y, con un par de golpes secos, la abrió. Ben se echó hacia atrás, admirado. La tapa había quedado seccionada a la perfección. Fiona the First era muy fuerte. Y hábil.

—Bravo.

—Déjate de bravo y dime. ¿Qué has venido a hacer aquí? No creo que andes buscando precisamente concursantes. —La madre había apurado el vaso y se sirvió otro. A diferencia de Ben y de su hija, ella no estaba borracha.

—Vine a ver a mis amigas, pero no me quieren. —Ben se dejó caer de nuevo en el asiento y sumió la cabeza entre las manos con un rictus de tristeza que habría convencido al público del Barbican, pero no a Fiona the First—. No me quieren nada.

—Algo habrás hecho. ¿Quiénes son?

—Unas brujas.

—Aquí hay muchas brujas. ¿Cuál de ellas es?

—Primero está la bruja Asha —arrancó Ben adoptando el tono de un narrador de cuento—. La llamaremos «mi querida Asha» —siguió con falsete de amabilidad—. Después está la bruja Amina...

—¿Asha? ¿Amina? No digas más. Las negras del cuarto. Unas guarras.

Oír la palabra *negras* ya era demasiado para el propio Ben, capaz de encontrar los eufemismos más elaborados, rodeos que enervaban a Ann-Elizabeth y al común de los mortales sin que nadie pudiera condenarle por ello. Personas *demasiado oscuras*, de color, descendientes de guerreros, caníbales, afroeuropeos o *gente olorosa* eran descripciones que —dependiendo del público— él se atrevía a utilizar. Negras y guarras, no. Demasiado directo.

Oírlo, además, en boca de este ser abandonado, difícilmente compatible con la ducha porque ni siquiera debía caber, le divirtió. Y no reprimió una carcajada, animado además porque Marion, o Fiona 2, acababa de ponerle delante un plato de albóndigas humeante. Al fin.

—¡Qué buena pinta! —exclamó. Ni siquiera esperó a que le pasaran un tenedor. Tomó un trozo de pan de un cestillo, comenzó a rebañar la salsa y, con habilidad, atrapó la primera albóndiga—. Está buenísimo.

—¿A que sí? Recuerda que debes llevarme a «MasterChef». —Fiona 2 también rio a carcajadas.

—Tú come, pero continúa la historia. ¿De qué conoces tú a las negras? —preguntó la anfitriona. Sus ojos grandes se afilaron y entornaron bajo unos párpados inflados por el alcohol. O la edad.

—Es una larga historia.

—Tenemos todo el día.

—Tienen algo que es mío. —Ben apuró otro trago y adoptó ahora un tono conmiserativo, con un amago de puchero en el rictus—. Y no me lo quieren dar.

—¡Ladronas! Ya sabía yo que, siendo negras, tenían que ser ladronas. No se salva ni una.

—Veo que nos entendemos. —Ben siguió trinchando, ahora sí, con tenedor, y comiendo. Jamás habría adivinado que en Tesco vendieran latas tan sabrosas, se habría ahorrado muchos chinos a domicilio y hasta recordaba albóndigas que siempre creyó que hacía Martha y que debían de ser de lata—. Otra bruja, Martha —dijo en alto.

—¿Qué bruja? —quiso saber Fiona 1.

—Nada, nada. Desvariaba.

Que estaba desvariando hacía rato lo sabía hasta él, que no por mantener la euforia había dejado de ser consciente de las tonterías que decía mientras la primera botella se había agotado y la segunda descendía con velocidad.

—*Number 2* —dijo.

—¿Sí? —respondió Marion, animada por recuperar la atención. Ella no quería hablar de las negras. Adela había sido buena con ella. Amina también. Y no eran ladronas.

—No, no, ahora pensaba en la botella *number 2* —rio Ben.

—No te distraigas, Benny Hill. —La madre volvió al tema—: ¿Qué te han robado las negras? Igual te podemos ayudar. Aquí están pasando cosas extrañas.

Ahora Ben enarcó las cejas e incluso alejó el plato.

—¿Qué cosas?

—¿Tiene que ver con unas cajas pesadas que subieron? Hace días vinieron cargadas de cajas que la hija y la nieta cargaron hasta arriba. La vieja bastante tiene con cargarse a sí misma, por la escalera es un número. —Ahora Fiona 1 logró plegar su inmenso cuerpo sobre sí misma para emular a Asha—. *Dejadme pasar, dejadme pasar.*

Ben volvió a reír. ¿Cuántos años tendría esta mujer? Por su rostro hinchado y su cuerpo desfigurado por la obesidad parecía una

anciana, pero acaso tenía su misma edad. Era fea, un desecho de esta sociedad británica en decadencia, pero al fin y al cabo poseía dotes que no iba a pasar por alto. Dotes de actriz. Y le había ofrecido una ayuda que, en su estado, no convenía ignorar.

—Dinos, ¿qué hay en esas cajas?

—Algo que puede valer mucho dinero.

—Eso me interesa.

—Eso nos interesa. —Ben brindó de nuevo, llenando los vasos de las anfitrionas y llevándose la botella a la boca—. ¿De verdad dices que me podéis ayudar?

46

El Bentley

Caroline no lograba dar con Ann-Elizabeth. El móvil de su amiga estaba apagado, pero ella le había pedido el número de Amina y suponía que estaban juntas.

—¿Llamas tú a Amina, padre? —pidió a Arthur.

—Ya lo he intentado. Tampoco contesta.

Había otra posibilidad.

—¿Para qué quería Ann-Elizabeth el teléfono de Amina? —preguntó Arthur.

—Dijo algo de unas máscaras. Debía preguntar a Asha por el origen de unas máscaras.

—*Bastard.*

—*I beg your pardon...?* —Caroline emuló la expresión de su abuela cuando se escandalizaba. Su padre no solía hablar así. Salvo que se tratara de Ben—. ¿Qué estás pensando?

—Ese cabrón no ha tardado en llevar las máscaras de tu abuelo a su amiguita. Tu amiga. Esa chica... —Arthur negó con la cabeza, incrédulo—. Con todo lo inteligente que es... ¿Tú puedes comprender esa relación con Ben?

Caroline no contestó. Había olvidado el interés que Ann-Elizabeth King siempre había suscitado en su padre y lo mucho que le molestaba. Desde niñas y luego adolescentes, los estudios de su amiga le interesaban más que los suyos. Sus actividades le

despertaban una gran curiosidad. Y la conversación sobre ella solía terminar en un silencio que no camuflaba la concentración de su padre en la información que acababa de recibir. Eso era incómodo.

—Ahora vamos a buscarlas, papá. ¿Te acuerdas de dónde vive Amina? Tal vez las dos están ahí.

Arthur lo recordaba bien. Asha no vivía lejos de sus padres. A menudo se había deslizado en bici, aún joven, desde la casa paterna de Kensington hasta los arrabales en los que habían construido pisos para inmigrantes junto a la estación. No muchas calles los separaban, pero la línea divisoria estaba marcada por olores y ruidos diferentes y, del lado de Asha, por un colorido que a él siempre le había atraído en su afán por denunciar la desigualdad. Se había apuntado a todas las manifestaciones para mejorar los vados, las aceras, la calidad del aire y los servicios de la zona, azotada además durante demasiados años por los humos de las chimeneas de las fábricas que solo su cierre había aplacado. Caroline estaba harta de escucharle hablar de sus movilizaciones. Protestas de cuatro gatos que él se empeñaba en compartir en Facebook y que no llevaban a ninguna parte. Pero le dejó hablar, asintiendo ensimismada de cuando en cuando, mientras recorrían los últimos pasos hasta el bloque de Asha. Después de todo, seguramente su propia vocación de defensa de los animales también se sustentaba en la conciencia de ayuda que había respirado en casa. Aunque su padre se hubiera dedicado a respirar también en otras casas. Por ejemplo, en la de Stephanie.

Al fin, llegaron al bloque de pisos de Asha. Arthur estaba dudando entre dos portales cuando algo atrajo su atención: el coche de Ben, el único descapotable de Londres que se revalorizaba en el mercado como reliquia de una era añorada, estaba aparcado en la puerta. Un Bentley fulgurante entre grafitis. La única propiedad de su hermano,

que era capaz de alquilar los pisos más lujosos de Covent Garden o las casas de verano más coquetas de Bristol con la misma naturalidad con la que afrontaba luego el desalojo en los malos momentos, sin temer jamás los temblores de su cuenta corriente. Rico o pobre, en los altibajos más pronunciados de su carrera, Ben siempre había conservado el Bentley. Y hoy, en este día en que tanto necesitaban encontrar a su dueño, ahí estaba, como último símbolo de una elegancia que Benjamin Lighthouse había perdido.

Sin pasar por Ann-Elizabeth y Amina, lo habían encontrado.

47

La Operación Legacy

Adela estaba tan enfrascada en su investigación que olvidó que había quedado con las amigas del barrio. Cuando la llamaron, las plantó. «Tengo que estudiar.»

Saber que su abuela tenía un hermano hasta ahora desconocido para ella ya era suficiente aliciente para movilizar todos sus esfuerzos. Pero la posibilidad de que, además, ese chico hubiera sido víctima del Imperio británico, de las fuerzas coloniales de Su Majestad la Reina de Inglaterra, de la Commonwealth y de su puta madre le daba todos los ingredientes para excitar sus pasiones más activas. Adela era un motor en sí misma.

En clase había trabajado a fondo la era colonial. Animada por una profesora jamaicana especializada en la esclavitud, había buceado en Google para entresacar y copiar material para sus trabajos. Le había enganchado la historia de Congo, donde descubrió que el rey belga hacía cortar las manos a quienes no recolectaran suficiente caucho o marfil. Impuso los trabajos forzados mientras simulaba alumbrar una sociedad libre, y de eso no hacía mucho tiempo. Había estudiado los flujos de la esclavitud en siglos anteriores, cuando los navíos ingleses cargaban mano de obra secuestrada en África para depositarla en América a cambio de fortunas que aún hoy marcaban la diferencia de clases en Londres.

Pero, para su frustración, no había encontrado rastro alguno de esclavitud en su familia en Tanzania. Su madre no poseía recuerdos, pues tenía dos años cuando salió de allí. Y su abuela había callado los suyos. Crecida sin referencias del pasado familiar, Adela había luchado por encontrarlas. Había fantaseado con historias de secuestros y torturas. Había soñado con volar a Dar es-Salam y buscar a sus parientes. Sabía que su abuela dejó allí varias hermanas y que ella sin duda tendría primos a los que pretendía encontrar e interrogar. Algún día lo conseguiría.

Tampoco entendía por qué no tenían relación. Adela se había criado sin padre, «un idiota que había salido corriendo» cuando su madre se quedó embarazada, según el relato que había llegado hasta ella, y sus redes familiares empezaban en Amina y terminaban en Asha. Por eso, la llegada de los diarios, más concurridos estos días que la puerta de Buckingham Palace, le había dado la oportunidad de indagar.

Si Musa no había logrado partir con el Ejército que le había reclutado, quería averiguar qué le había desviado de su camino.

Y, entonces, encontró algo.

La Operación Legacy. Un plan orquestado desde Londres para destruir y hacer desaparecer de forma sistemática todos los documentos que comprometieran la actuación de las fuerzas de Su Majestad. Estaba a la vista de todos. Adela encontró pronto artículos en *The Guardian* y hasta en la Wikipedia. ¿Cómo no se había enterado antes? ¿Por qué no conocía todo el mundo este escándalo? Las noticias hablaban de 307 cajas llenas de papeles clasificados que se habían salvado de la quema y que habían permanecido ocultas, lejos de investigadores y del público, en un archivo del Gobierno en Hanslope Park, en Buckinghamshire. Tendrían que haber visto la luz en 1980, pero no fue así.

Se hallaron en 2013 y, desde entonces, el Gobierno se había visto obligado a desclasificar un material que probaba las matanzas en Kenia, una masacre en Malasia, un centro secreto de tortura en Adén donde se castraba a los rebeldes, la deportación masiva de nativos de la isla de Diego García con el objetivo de cedérsela a Estados Unidos y un sinfín de episodios de represión, abusos y violencia contra las poblaciones de las famosas *possessions*.

Y lo que se sabía ahora era mucho menos de lo que se iba a averiguar, porque los historiadores apenas estaban empezando a acceder al material.

Aquello era el arca perdida, pensó Adela. 307 cajas. Allí debía de estar la clave para hallar a Musa.

Entre esos documentos había un telegrama enviado en 1961 por Iain Macleod, ministro de la Oficina Colonial del Reino Unido, con las instrucciones detalladas para destruir la documentación más comprometedora. Después del espectáculo que habían dado al salir de la India, donde las fogatas por la quema de papeles fueron pasto de la prensa y de la burla, la Corona británica quería organizarlo mejor. Montaron una incineradora en Singapur donde llegaron barcos desde todas las colonias cargados de documentos. Aquellos que no pudieran enviar el material debían arrojarlo al mar lo suficientemente lejos de la costa. Se trataba de destruirlo, de sacarlo de las colonias y, sobre todo, de no dejarlo en ningún caso en manos de los nuevos Gobiernos. Otros documentos volvieron a Londres y estaban allí, en el archivo secreto, al fin listos para su exploración.

El telegrama de Macleod pedía destruir todo lo que pudiera «avergonzar al Gobierno de Su Majestad, a los miembros de la policía, fuerzas militares, servidores públicos y otros, como informantes policiales». Y estaba firmado el 3 de mayo de 1961.

1961. El año de la independencia. El año en que los Lighthouse, su abuela y su madre salieron de Tanzania.

Y había asuntos menos conocidos y documentados que la represión de los Mau Mau en Kenia, donde mutilaron, violaron y hasta quemaron vivos a algunos rebeldes. Adela llevaba rato buscando todo lo que pudiera ligar la Operación Legacy con Tanzania cuando, al fin, halló dos cosas. Las dos le dieron ganas de vomitar.

La primera tenía más detalles. Los ingleses habían planeado el traslado de nativos tanganicos a Botsuana para probar en ellos nuevas armas químicas. Aquello no llegó a realizarse porque se adelantó la temporada de lluvias, pero la zona de pruebas ya estaba elegida. Era en los salares de Makgadikgadi, un escenario hermosísimo que Adela no tardó en encontrar en la Wikipedia. Territorio de un antiguo lago desaparecido que había dejado un lecho salado de gran importancia geológica, imán de innumerables aves en la época lluviosa. Los documentos situaban el plan en 1943, mucho antes de los tiempos de su abuela, y, al parecer, después decayó. «No me extraña que lo tuvieran oculto», pensó.

La segunda albergaba más misterios. Las fuerzas coloniales habían trasladado a nativos tanganicos a las minas de oro de Suráfrica. Chicos desplazados de aldeas tomadas por los ingleses se convirtieron en mano de obra para explotar agujeros profundos en busca del metal dorado. Había ocurrido hasta los años sesenta. Ahí podía estar la clave.

Entonces sintió el deseo de llamar a sus amigas, de volver al colegio para contárselo a la profesora, de publicarlo en las redes, de salir a la calle y proclamar lo que había averiguado. Todo estaba en internet a disposición de quien quisiera saber, lo habían publicado los periódicos y, sin embargo, sentía que nadie se había enterado, que

seguía oculto. Los ingleses podían saberlo todo sobre las Spice Girls o los nietos de la Reina, pero nada sobre lo que habían hecho.

Ahora se contentó con salir de la habitación.

—¡Abuela! —llamó.

Asha estaba reclinada en su sillón, un cuaderno entre las manos.

—¡Abuela! ¿Tú sabes lo que hicieron los ingleses en tu país?

—¿Colegios? ¿Iglesias? —respondió tranquilamente Asha. Su detector de furia funcionaba mejor que su espalda y le gustaba jugar a graduarla.

—Eso es lo que os contaba la propaganda, abuela. Estoy encontrando cosas que no sabes.

—Y que me vas a contar —dijo en tono paciente.

—Mira. —Adela había acercado su portátil y lo puso ante los ojos de su abuela—. Míralo tú misma.

—Cuéntamelo tú, Adi.

—Quisieron llevar a nativos de Tanganica a Botsuana para probar armas químicas. ¿Te suena?

—¿Qué quiere decir que «quisieron»?

—El plan se frustró. Está en los documentos secretos.

—¿Qué documentos ni qué demonios? Si no sucedió, no sucedió.

—Escucha este otro. Se llevaron a nativos a las minas de Suráfrica. ¿Lo sabías?

Asha se echó atrás en el sillón. ¿Qué nativos? ¿Qué minas?

Pero Adela no pudo seguir porque el timbre volvió a sonar.

—Anda, abre —dijo Asha—. Llevábamos años sin que sonara el timbre y ahora nos lo van a desgastar.

Arthur y su hija Caroline estaban en el umbral. Con él, se completaba la lista de los hermanos Lighthouse que habían vuelto a visitarla cuarenta años después.

48

Desfile de hermanos

—Hola, querida Asha. Disculpad que nos presentemos así, sin avisar —dijo Arthur desde la puerta cuando Adela abrió. El mayor de los Lighthouse respiraba agitado después de subir cuatro pisos sin ascensor, y también era visible su urgencia, su inquietud.

—Entrad, entrad —invitó la anciana—. ¿Qué ocurre?

—¡Qué raro! En el desfile de hermanos Lighthouse por nuestra casa solo faltabas tú —musitó Adela.

—¡Adela! ¿Dónde está tu educación? —reprendió Asha—. ¿Qué ocurre, Arti?

—Precisamente venimos a buscar a Ben. Disculpad. Necesitamos encontrarle y hemos visto su coche abajo. ¿No está aquí? Es urgente.

—Aquí está lo que ves —replicó Asha, que alzó los brazos para señalar un espacio que no albergaba mayores recovecos—. Ben vino esta mañana, pero hace mucho rato que se fue.

—Y bastante perjudicado —añadió Adela—. Lo raro es que no lo hayáis encontrado borracho en la escalera.

—¿Estaba muy mal? ¿Muy borracho?

—Llevaba una buena curda, sí.

—¿Y Amina? —preguntó Caroline—. ¿Sabéis dónde está?

—¿Mi madre? Ella se fue mucho antes —respondió Adela—. Ni siquiera le ha visto. ¿Qué tiene que ver?

—Podría estar con la persona que sabe dónde se encuentra Ben.

—Pero cuéntanos, ¿qué ha pasado? —insistió Asha.

Arthur no sabía por dónde empezar. Mencionar la acusación contra Ben que había publicado la prensa no era la mejor idea ni la más efectiva, y se limitó a contarles el estado de Martha, su... mujer. Al decirlo se trabó. Tampoco era cuestión de hablar de la separación. El mensaje principal era simple y no había necesidad de complicarlo. «Martha se está muriendo. Y no le encontramos.»

—Lo raro es cuánto tarda Amina —dijo Asha—. No sé ni dónde se ha metido. ¿La habéis llamado?

—Su móvil está apagado.

Asha se puso en pie entonces con dificultad.

—¿A dónde vas, abuela?

—Déjame.

La anciana se acercó a la ventana y se asomó. Como todos los inviernos, el camino a la estación se había convertido en un largo reguero de agua en el que los viandantes jugaban a sortear los charcos más profundos. Pero no había rastro de Amina. Recorrió con la vista todo el trayecto que alcanzaba a divisar desde la ventana. Durante décadas, se había apostado en esa misma ventana para ver salir a Amina o para esperarla. Luego a Adela. Aquella era, seguramente, la estampa más frecuente de su vida: el camino por el que su hija iba al colegio, sola y cargada de libros, mientras ella se apresuraba para entrar a trabajar temprano en casa de los Lighthouse y ayudar a preparar a los cuatro hermanos. Más tarde, la ruta de su adolescencia, cuando desaparecía con la minifalda más corta y los tacones más largos del vecindario entre los edificios que rodeaban la estación. Y después, en la edad adulta, cuando volvía cansada del trabajo y ella la esperaba, ya jubilada, como no pudo hacer nunca cuando Amina era niña. Entonces, cuando la veía

aparecer, se retiraba de la ventana para no escuchar sus quejas. «No me controles.» Pero ambas sabían que la había visto. Adela aún no protestaba.

Ahora volvió a repasar con detalle el camino desde el portal a la estación y desde la estación al portal, sin rastro de Amina. Pero cuando su mirada llegó al pie de su casa, quedó de pronto atrapada por algo que estaba ocurriendo abajo.

—¡Venid! ¡Mirad! —llamó a Adela y a los Lighthouse—. ¿Es ese el coche de Ben?

Arthur y los demás se asomaron. Una mujer había entrado en el Bentley, lo había arrancado y daba marcha atrás para sacarlo del aparcamiento. El coche reculaba a trompicones y, cuando logró enderezarlo y alejarse, lo hizo a bandazos.

—¡Es Marion! —dijo Adela—. Es la vecina del primero.

—Pero... ¡es el coche de Ben! ¿Cómo puede tener las llaves? —preguntó Arthur.

—Se las habrá robado.

—*My God!* —Arthur no daba crédito—. ¿Y Ben?

—¡Vamos! —dijo Adela—. ¡Debe de estar en casa de las irlandesas! Desvalijan a todo el que pasa por aquí. En coche o andando. Le habrán pillado por banda al bajar y estará en sus manos.

—Lo que faltaba. —Arthur no daba crédito.

Adela salió volando escaleras abajo y sin disimular la risa. El día seguía animándose por momentos y a las vecinas del primero les tenía ganas. Muchas ganas. Y nada de miedo.

—¡No hagas ninguna tontería, Adela! —imploró su abuela en un grito que quedó flotando en la escalera.

Arthur y Caroline la seguían sin alcanzarla. Al llegar al primero, Adela aporreó la puerta de las irlandesas.

—¡Abrid, abrid, cabronas!

Nadie respondió. Pero en el interior del piso se hizo el silencio.

—¡Abrid!

El silencio en un piso en el que siempre sonaban gritos y televisión era notorio.

—Sé que estáis ahí, cabronas. Y seguiré aporreando la puerta hasta que abráis. —Adela gritaba tan alto que sorprendió a Arthur y Caroline, que asistían a la gresca estupefactos.

—¿Me dejas a mí? —pidió Arthur. Sin esperar respuesta, el primogénito de los Lighthouse se situó junto a Adela ante la puerta y clamó, en voz alta:

—Estoy buscando a mi hermano. A Ben Lighthouse. ¿Estás ahí, Ben? Necesito hablar contigo. Es urgente.

A los tres les pareció entonces oír un rumor procedente del interior. Y en ese momento, además, apareció Marion, que subía a su piso desde el portal. En sus manos, las llaves del Bentley, que guardó rápidamente en el bolsillo del chándal a la vez que sacó las suyas.

—¿Qué hacías con ese coche, hija de puta? —preguntó Adela, que de pronto era la más combativa defensora de los Lighthouse. La aludida no se inmutó.

—Aparta, imbécil. Quiero entrar en mi casa. —Marion se plantó ante ellos, los brazos en jarras.

—Ese es el coche de mi hermano Ben. Y necesitamos encontrarle —dijo Arthur. Caroline seguía replegada en el rellano, los brazos cruzados, asustada.

—Por mí podéis llevároslo antes de que nos agote la reserva de albóndigas. Es un bluf, este Benny Hill.

—¿Benny Hill? —Arthur alzó las cejas. Su hermano jamás le iba a dejar de sorprender. ¿Ahora se hacía llamar Benny Hill?

Marion abrió la puerta. Su aliento cargado de alcohol era un elixir fresco comparado con el hedor que emanaba de esa casa. El olor a comida de lata llegó hasta ellos mezclado con el del sudor rancio, el tabaco, la ropa sucia y un ambiente sin ventilación. Se llevaron las manos a la nariz.

—¿Mother? ¡Preguntan por Benny Hill! —clamó Marion.

La irlandesa entornó la puerta con rapidez para cerrarla tras ella, pero Adela fue más veloz. La nieta de Asha metió el pie para impedirlo y empujó la puerta con fuerza.

—¡Ayudadme! —ordenó a Arthur y Caroline.

—Pero... esto es ilegal —protestó Caroline.

—¿Ilegal? Será en tu mundo —rio Adela, que se estaba divirtiendo mucho, la adrenalina disparada, en un episodio que la resarcía de tantas humillaciones al subir y bajar de su casa.

Esa maldita familia llevaba décadas molestando a su madre y a su abuela y acumulando cuitas con todo el vecindario. Empujaban a quienes no les pagaran, les ensuciaban las puertas o tiraban piedras a sus coches. Las tres mujeres Tabora se habían librado porque no tenían vehículo propio y porque Adela había sido muchas veces la coartada de Marion para tapar sus ausencias en el cole, pero hacía tiempo que estas habían abandonado las aulas y que la agresividad y los malos modos se habían vuelto a generalizar. Adela quería venganza y ese pie forzado ante su puerta era ahora mismo su bandera. No les tenía miedo.

Arthur también metió el pie. Marion comprendió que no iba a ser capaz de cerrar la puerta, así que se rindió y desapareció en el interior. El pequeño recibidor del piso estaba vacío. Una bombilla que se tambaleaba en el techo era el único objeto entre esas cuatro paredes desnudas. El papel pintado que sobrevivía en ellas estaba rascado y pintarrajeado. Jamás había sido actualizado.

—Necesitamos encontrar a mi hermano. Es muy urgente —volvió a decir Arthur, en voz alta, desde el recibidor.

Ni siquiera sabía a quién estaba hablando, pero pronto salió de dudas. Una mujer grande que desbordaba su ropa, con unos brazos del grosor de unas piernas y unas piernas del grosor de un cuerpo, se había asomado al pasillo. La pobre Martha era una sílfide a su lado. No vio rastro de Ben.

—¿Venís a buscar a Benny Hill? —La anfitriona observó a los intrusos, se dirigió a Arthur y le dijo—: Tú pasa. La negra no.

Pero Adela siguió los pasos de Arthur. Habría avanzado a su lado si hubiera habido espacio en el pasillo. Pero no era el caso y se tuvo que conformar con ir detrás.

Arthur llegó en dos zancadas a la cocina. Adela también. Caroline se había rezagado en el rellano y apenas dio un paso para asomarse al recibidor. Estaba nerviosa, pero entró.

El olor de la cocina no mejoraba el que los había acogido en el piso. La mugre era visible en las paredes grasientas. Las botellas y latas vacías se acumulaban en la encimera. Un puchero sucio desprendía ese tufo a comida de perro recalentada que habían percibido al entrar. También olía a tabaco, pero era algo casi agradable porque se distinguía entre los demás aromas indefinidos que se mezclaban sin ventilación alguna. Y en la esquina, encorvado sobre una banqueta y ausente, estaba Ben. Dormido. O inconsciente.

—¡Ben! ¡Ben! ¿Ben? —Arthur le sacudió por los hombros. Dos botellas vacías de whisky reposaban junto a él. Que Benjamin era un gran bebedor era público y notorio, pero jamás le había visto en ese estado. Adela, para variar, se había quedado callada—. ¡Despierta, Ben! ¿Qué le ha ocurrido? ¿Cuánto rato lleva así?

—No pasa nada. Le invitamos a comer y se ha dormido —dijo la matrona—. Nosotras no hemos hecho nada.

—Me va a llevar a «MasterChef» —añadió Marion, orgullosa—. Hemos quedado en eso.

—Ya, y de paso le habéis robado el coche. Cabronas. —Adela dio por terminado su silencio.

Arthur siguió zarandeando a su hermano, pero solo consiguió que este se ladeara hasta resbalar sobre él. Un hilillo de baba le cayó por la comisura de los labios. «Serás idiota.»

Caroline, que por fin había entrado, buscó algo parecido a un trapo hasta que se decidió por su propia bufanda. Haciendo de tripas corazón ante la mugre que se amontonaba en el fregadero, abrió el grifo, la empapó de agua fría y empezó a aplicárselo a su tío borracho.

—Despierta, tío Ben. Despierta. Rose y Scarlett te necesitan.

—¿Quiénes son Rose y Scarlett? —preguntó Marion, celosa. Nadie le respondió.

—Tío Ben, despierta, despierta.

Ben entreabrió los ojos y murmuró algo incomprensible, pero volvió a caer en el sopor sobre el pecho de Arthur, que no acertaba a sostenerle sin que se viniera abajo. El mayor de los Lighthouse se había acoplado a una banqueta próxima y no tenía más remedio que abrazar a su hermano pequeño para que no se desplomara, lo que hacía con cierta aprensión. Caroline seguía humedeciéndole el rostro.

De pronto, un movimiento brusco de Adela atrapó la atención de todos. Se había lanzado sobre Marion e intentaba arrebatarle el móvil.

—¡Déjame en paz! —La irlandesa trataba de zafarse de Adela.

—¡Estás haciendo fotos, cabrona! Ahora mismo las vamos a borrar.

—¡Si ya las he subido, idiota! —protestó Marion, que de un manotazo recuperó su móvil.

—¿Ya has subido...? ¿Qué has subido?

Marion alejó el móvil del alcance de Adela, pero sin dejar de enseñar las fotos que había subido a la red. Ben con la botella. Ella sirviéndole albóndigas. Ben enseñándolas. Ben comiéndoselas. Ben alzando la copa. Ben acaramelado con ella. La etiqueta @benny_hill acompañaba a todas, una confusión que serviría para ralentizar su llegada al gran público al no contener el nombre correcto de Ben, lo que a estas alturas no iba a consolar a nadie.

Caroline y Arthur las miraban de soslayo, espantados, mientras seguían atendiendo a Ben, que al menos dio señales de vida y eructó.

—Ahora mismo subiré yo la que te he hecho robando su coche. Sin filtros —dijo Adela.

—Mentira —replicó Marion.

—Atentas —dijo Arthur—. Parece que despierta.

Ben abrió los ojos y esta vez habló:

—Fiona, mi princesa —balbuceó, la voz arrastrada.

—¡Esa soy yo! Me llama Fiona —dijo Marion, orgullosa.

—Nos llama Fiona a las dos —corrigió su madre.

—Fiona es la ogra de *Shrek*, gilipollas —rio Adela.

Entonces Ben vomitó. Caroline corrió a coger un puchero al vuelo y llegó a tiempo para evitar el desastre. Las dos Fionas protestaron: en él quedaban algunas albóndigas y mucho les costaba conseguirlas.

—Tío Ben, tío Ben —dijo Caroline, sin hacerles caso.

—Ben, tienes que espabilar. Debes venir con nosotros —dijo Arthur, que seguía haciendo esfuerzos por mantenerlo apoyado en él y que no se derrumbara.

Ben ahora alzó la mirada y encontró la de su hermano. Fuera porque le pareciera un milagro, un sueño o una alucinación, lo cierto es que desplegó una sonrisa infantil, posó su cabeza sobre su pecho y, mientras se volvía a adormecer, dijo: «*Arthur, my big brother*».

El mayor de los Lighthouse había esperado una rabieta, una escena o uno de sus momentos sarcásticos a los que era tan aficionado cuando había público, pero no que su hermano pequeño se le recostara dócilmente en el pecho como no recordaba que hubiera hecho jamás. Le zarandeó.

—Espabila, Ben. Martha se muere. Y tus hijas están solas. Por eso te hemos venido a buscar.

—¿Quién es Martha? —preguntó Marion. Nadie le respondió.

Ben abrió ahora los ojos. La sorna había vuelto a ellos.

—Martha... Martha ya no me quiere —dijo.

—Martha se muere —repitió Arthur.

—Martha se ha ido. Ya no me quiere.

—Vamos a llevárnoslo, Caroline. Ayúdame. Salgamos de aquí.

—Eso. Y cuanto antes mejor —dijo la anfitriona.

—¿Y el programa de «MasterChef»? —se atrevió a preguntar Marion.

—Calla, idiota —ordenó su madre—. Que se larguen todos de una vez.

Arthur y Caroline levantaron a Ben en volandas, colocaron sendos brazos sobre sus hombros y lograron arrastrarle hasta la entrada. Adela les fue franqueando el paso mientras recuperaba el abrigo del actor y un pañuelo blanco de cachemira que centelleaba en el

ambiente lúgubre de ese piso. Una vez en la calle, le metieron en el coche de Arthur.

—¿Y el Bentley de Ben? ¿Qué hacemos? —preguntó Adela mientras ayudaba a colocarle en la parte de atrás.

—Ese será el menor de sus problemas, Adela. Ya lo solucionaremos. Muchísimas gracias por todo.

Y bajo una lluvia inclemente, calados y malolientes, los tres se alejaron en el coche destartalado de Arthur.

49

Un selfi en el hospital

Rose y Scarlett se apretaban en la misma silla. Aunque Rose era la mayor, su cuerpo fino le permitía encajar mejor en el de Scarlett, robusta como su madre. La pequeña rodeaba con los brazos a su hermana, que trasteaba en el móvil. Las últimas noticias sobre Martha no eran buenas. Las próximas veinticuatro horas iban a ser cruciales.

—¿Y qué ocurre si no mejora? —habían preguntado.

—No os vamos a engañar —había dicho el médico en un pésimo inglés—. Si eso ocurre, entraremos en otro escenario.

Ninguna había vuelto a preguntar. Las dos se habían empeñado en que sus tíos se fueran, pero ahora no sabían qué hacer ante sanitarios que eran extranjeros y que aparecían a cuentagotas, ni se reconocían en un entorno saturado donde las personas como ellas eran la excepción. Veinticuatro horas eran, además, muchas horas y se habían conjurado para mantener la esperanza. Su padre había fallado siempre, pero su madre no podía fallar.

Espoleadas por la situación familiar, ambas se habían independizado en los últimos meses y hoy lamentaban haber dejado sola a su madre. Sabían que ella se había largado de casa e intuían que esta vez iba en serio, pero ni siquiera conocían qué episodio concreto había ocasionado la separación. Hoy sentían no haberse

implicado más en saber cómo estaba, qué necesitaba, en ofrecerle ayuda.

Rose, que a sus veintidós años empezaba a hacer prácticas en pequeñas series y películas de televisión, se había instalado en un pequeño estudio en los Docklands. Pagaba Paul. Allí, no muy lejos del chalé que el productor compartía con su familia, se veían, se amaban, y ella supuestamente ensayaba para castings interminables que no daban resultado. Rose respondía plenamente al canon de belleza estilizada: era alta, delgada, fotogénica, tenía un rostro hermoso y la cámara la quería. Pero sus dotes para la actuación brillaban por su ausencia. No lograba centrarse en los papeles. Y en la academia, la misma que unió a sus padres, les costaba que entendiera en qué fallaba. En qué se tenía que esforzar más. Sus cameos en alguna serie se publicitaban en la familia por todo lo alto, pero no dejaban de formar parte de las prácticas de unos estudios que, por lo demás, desempeñaba de forma inane.

Scarlett, con veinte años, sí estaba consiguiendo prosperar. Con un rostro magnético y una gestualidad intensa, desarrollaba pequeños *sketches* sobre maquillaje y estética en YouTube y TikTok que atraían a numerosos adolescentes. Hablaba su idioma y comunicaba bien. Había heredado las dotes para la escena de sus padres además de la belleza de ella, pero no había estudiado. Ni quería estudiar. Desde muy temprano encontró clientes dispuestos a comprar lo que ella anunciaba, lograba pagar su habitación en un apartamento de amigas y vivir con desahogo.

—¿Qué haces? —preguntó a su hermana mayor.

—Esa zorra me ha hecho fotos ahí fuera. Seguro que las sube. He sido tan idiota.

—Espera. Enséñamelo.

Scarlett tomó el móvil de su hermana y consultó. No había nada etiquetado con su nombre.

—Vamos a hacer una cosa. Publicamos primero y le machacamos la exclusiva, si es que esa era su intención.

Scarlett abrazó aún con más fuerza a Rose, ambas pegaron sus mejillas y tomó un selfi. Las dos se veían serias, tristes y desarregladas, pero unidas. «Juntas ante nuestro día más difícil. Por mamá.» Mientras Scarlett lo subía a Instagram, Rose se emocionó y se limpió una lágrima. Paul aún no había aparecido.

—Me muero por salir otra vez a fumar —dijo—. ¿Vamos juntas?

—¿Y si perdemos la silla? —replicó Scarlett.

—Nos sentaremos en el suelo, ya qué más da. Además, aquí vamos a pillar cualquier cosa.

Ninguna de las dos estaba acostumbrada a tanto amontonamiento. Apenas se estaban levantando cuando una mujer sudorosa con el sari negro tomó el asiento que dejaban libre. Cargaba un bebé y la acompañaba otro niño que quedó en pie. Bajó la vista ante la mirada de las dos hermanas y musitó en voz baja: «*At last*». Por fin.

—¿La has oído? —preguntó Rose—. Maleducada.

—Déjala —dijo Scarlett—. Vamos fuera.

Pero Rose se quedó mirándola, furiosa, sin despegarse del lugar.

—¿Qué nos ha llamado? ¿Nos ha llamado *beasts*? ¿Qué ha dicho? —preguntó Rose subiendo la voz. La mujer bajaba la vista. Varios se arremolinaron, curiosos, sin comprender bien qué pasaba.

—Olvídalo, hermana. Solo ha dicho: «*At last*» —insistió Scarlett—. Vamos.

—Pues a ver si aprenden a hablar de una vez —protestó todavía Rose—. Muchos de ellos aún no se han molestado en aprender.

Scarlett tomó de la mano a Rose con resolución y al fin logró despegarla del lugar. La curiosidad también se disolvió. Las dos hermanas atravesaron con dificultad la masa de cuerpos y olores concentrados. Al fin estaban fuera.

—Buf, ahí dentro apesta. —Scarlett aún se tapaba la nariz.

—No sé cómo pueden ir tan sucios. A veces no reconozco mi país.

—Fumemos, hermana.

Scarlett sacó el tabaco, repartió y ambas inhalaron sus cigarrillos con ansiedad. Rose comprobó que la mujer que antes le había hecho una foto ya no estaba, pero, aun así, se ocultó bajo la enorme capucha y puso la suya a su hermana.

—Por si acaso —dijo.

De pronto, un grito de Scarlett sorprendió a Rose. Estaba mirando su móvil, desencajada.

—¡Será hijo de puta! ¡Pero será hijo de puta y cabrón!

—¿Y ahora qué ocurre?

—Joder. No nos merecemos esto. Mamá no se lo merece.

—¿Papá?

Scarlett enseñó el móvil a Rose. Una mujer de aspecto patibulario compartía una botella con su padre. Ambos parecían borrachos. Ella lucía un rostro enrojecido, un pelo frito por los tintes y tenía el torso embutido en un chándal rosa en el que se podían apreciar las pelotillas de su vejez. Sus uñas largas, también rosas, tenían el esmalte roto. Su padre portaba su característico pañuelo de cachemira blanco sobre el abrigo, pero eso era lo único decente que quedaba de él, pues posaba con un gesto burlesco y una mirada perdida que las espantó.

«De copas con @Benny_hill. ¡En mi casa!», había escrito la rubia o pelirroja o lo que fuera ese tono indefinido de un cabello maltratado por la química de bazar.

«¡Benny Hill!»

«Pero qué dice esa gilipollas.»

«Mira qué pelos.»

«Y esas uñas.»

«Esa tía no ha conocido un tinte decente. Ni un esmalte.»

«Será imbécil papá.»

«Ese ya no es mi padre.»

«Ni el mío.»

«Hijo de puta.»

«Con mamá en el hospital...»

Las dos hermanas alejaban con repulsión el móvil para retomarlo segundos después y espantarse cada vez más. Jamás su padre había caído tan bajo. O al menos jamás habían sido testigos de ello.

«¿Y por qué le llama Benny Hill? Con la manía que papá le tiene al personaje.»

«Mira.»

Scarlett encontró rápidamente los vericuetos que había recorrido esa foto hasta llegar a ella. Un usuario había reconocido a su padre en el falso Benny Hill que había etiquetado la chica y lo había rebotado con su nombre correcto, Benjamin Lighthouse, sin olvidar la mención al perfil de Scarlett. Su negocio de postizos se iba a ver muy tocado.

Pero todo era aún peor. Mucho peor.

Quien fuera que lo hubiera hecho también había añadido el *hashtag* #LighthousePederast, que estaba circulando con éxito desde por la mañana. La foto había entrado, así, en circulación y había puesto imagen a la caída en desgracia de un mito de la cultura británica al que hasta ahora se había asociado visualmente con la Reina de Inglaterra y su famosa Orden del Mérito. Por supuesto, era tendencia.

«Esperemos que esa imbécil sea mayor de edad», pensaron las dos. Iba a ser el único y triste consuelo.

Entonces llegó un mensaje de Caroline. El tío Arthur y ella al fin habían localizado a su padre y se disponían a traerlo.

—¿Ahora mismo? —preguntó Rose, alarmada. Digerir la foto de la nueva amiga de su padre iba a llevarle un rato.

—Me temo que aún tardaremos... —respondió Caroline—. Tenemos que...

—Ya. Tenéis que adecentarle —replicó Scarlett—. Si la foto que hemos visto en redes es de ahora, aún tardaréis un rato.

—Pues eso.

Las dos hermanas terminaron sus cigarrillos y encendieron otros. Hacía frío, pero no les apetecía entrar. Hacía rato había dejado de llover. La tristeza por su madre era enorme, pero quedaba pequeña al lado de la rabia por un padre que acababa de arruinarles la imagen y la reputación.

Y Paul aún no había aparecido.

50

Mamá sí

Jane emprendió el regreso al Airbnb. Sabía que Joyce se iba a disgustar, pero pondría cualquier excusa. Los niños, Carlos, un compromiso. Necesitaba irse. La muerte de su padre le había traído recuerdos de una mucho más dramática, la de su madre, demasiado joven todavía para despedirse de nietos que aún eran niños y de hijos que aún eran adultos de estreno.

Estaba segura de que las andanzas de Ben la habían matado. Como el divorcio de Art. Arthur y Ben, Ben y Arthur. La vida familiar se había desarrollado en ese eje esencial en el que el papel de su hermana y el de ella apenas decoraba el territorio que separaba los dos polos. Ni ella ni Jane se habían divorciado, ninguna había abandonado la fe. Pero eso no fue suficiente para compensar los desmanes de los dos hermanos.

Recordaba una de las discusiones más recurrentes y absurdas entre ambos.

—Papá es el hombre más listo que conozco —decía, por ejemplo, Arthur.

—Mentira. No lo es —le contradecía Ben.

Todos sabían que, si Arthur hubiera sostenido lo contrario, Ben se habría posicionado en una defensa a ultranza de su padre, pero, en el sorteo de opiniones que le correspondía cuando ambos estaban presentes, siempre le tocaba la oposición.

—¿Y quién es? A ver. ¿Quién es más listo que papá?

Entonces Ben daba una patada a cualquier puerta y se largaba, incapaz de llegar más lejos en su argumentación. Y Arthur, entonces más pedante que cualquier sombra de él cuando se hizo adulto, corría a chivarse a su padre.

—¡Papáááá! Ben ha dicho que tú no eres el más listo.

En general, ella y Joyce eran meras comparsas de sus enfrentamientos y solo en ocasiones alguno de los hermanos les preguntaba su opinión para desempatar. Y solo la consideraban cuando era a su favor. Jane recordaba una ocasión en que le preguntaron:

—Jane, ¿tú crees que papá es el más listo del mundo?

—No —respondió Jane—. Pero mamá sí.

Aquello desencajó a los contendientes y desató la risa satisfecha de Marjory, que la abrazó y la besó. Y su respuesta pasó al anecdotario familiar que siempre recordaban para saborear aquella etapa de la infancia tan pura, tan ingenua, reflejo de un tiempo en que su padre llenaba todo de conocimiento, de detalles, de argumentos solventes que podían explicar desde el movimiento de la Tierra hasta el crecimiento del musgo en las escaleras de la entrada o las razones del progreso de la humanidad. Mientras su madre, siempre callada, hacendosa, feliz, disfrutaba en silencio de la expresividad desbordante de su marido y de sus hijos mientras cosía o preparaba mermeladas.

Pero Jane había dicho la verdad. Su padre podía conocer todas las razones de los astros, del comportamiento de los animales en manada o en solitario, pero quien sabía lo que importaba era su madre. Dónde estaba el uniforme. Qué tenían de merienda. Dónde habían quedado los deberes. Qué entraba en el examen de ciencia. Qué conjugaciones debían aprender. Qué desayuno daba tiempo

cuando había prisa. A qué hora pasaba el autobús. Quién tenía coro y quién piano. Cuándo cumplían años los primos. Y qué les gustaría de regalo. Quién estaba enfermo y quién tenía cuento. Su madre no había sido miembro del Servicio Colonial, ni una científica destacada, ni había salido en la prensa. No había alumbrado hallazgos que hubieran salvado ganaderías ni tenía aportaciones a vacunas que hubieran acabado siendo claves para el progreso mundial. Pero su conocimiento de la vida y la forma en que había dado un sentido a la familia había convertido el apellido Lighthouse en una especie de marca propia, en algo similar a un club de élite al que muchos habrían querido pertenecer.

Jane sabía todo eso y por ello había sido sincera cuando contestó: «Pero mamá sí». No era una broma. Aunque todo el mundo se rio.

Su propia vida era una copia de la de su madre. También renunció a una vida propia para crear una familia y dotarla de todo lo que necesitara para progresar. Era el negativo de la foto, la fuerza invisible que sostenía a sus hijos y a su marido, sin los focos de la prensa, sin medallas, sin recepciones en Buckingham Palace ni los aplausos que Ben había recibido en el Soho o su padre y su hermano mayor en los congresos científicos.

Ella solo era una inglesa casada con un español. Había conservado el apellido gracias a que, en España, ese país que todos en Inglaterra creían tan atrasado y machista, las mujeres no lo perdían al casarse. Por ello seguía siendo una Lighthouse fuera de Inglaterra, un apéndice de su extraordinaria familia que, sin embargo, no había aportado gloria, ni fama, ni escándalo al clan.

Por eso, cuando su madre murió, no solo desapareció una gran mujer a la que lloró la parroquia, el vecindario, la familia y la comunidad, sino la argamasa que había unido a todos. Y lo hizo tan

súbitamente y a destiempo que la herida que Jane creía cerrada había vuelto a supurar.

No recordaba que para ella hubiera habido discursos en el funeral. No había habido reuniones, repartos, escenas. Hasta en su marcha, Marjory se había ido con la discreción con que vivió.

Y no es que su padre hubiera sido más complicado ni que hubiera demandado una visibilidad especial, pero los años que habían transcurrido entre la muerte de su madre y la de su padre —veía ahora— sin duda habían cambiado a la familia.

La lápida en el cementerio lo decía todo.

Marjory Lighthouse (1930-2000)
Everett Lighthouse (1930-2016)

Y así se resumía su vida, en un pedazo de mármol donde no cabían medallas, ni distinciones, ni tallas, ni collares, ni máscaras. Y donde las cartas que ella les escribió tampoco tenían sitio. Lo que iba a hacer con ellas ya lo había decidido.

Se preguntó qué sería de la tumba de la primera Jane. Mary Jane. Si también conservaba una lápida en algún lugar de África o el tiempo la había barrido como estaba barriendo ya a todos.

51

Verdad o mentira

Ann-Elizabeth se despidió de Amina sin lograr aclararse. La hija de Asha se había negado en redondo a hablar del pasado, se había dedicado a vacilar a los posibles compradores de la casa familiar de los Lighthouse y, finalmente, a lanzar la bomba sobre Arthur. Había bebido demasiado.

—Es muy grave lo que has dicho de la pederastia de Arthur. ¿Es verdad? —había insistido Ann.

—Solo a medias —rio Amina.

—¿Qué quieres decir?

—Que yo le encantaba de niña, se moría por mí. Pero él era un niño también. Y ya te he dicho demasiado.

—Amina...

—Eres demasiado joven y te lo tomas demasiado en serio. Olvídalo —protestó Amina.

Y no añadió nada más a su versión. Una vez acomodada en el tren, Ann-Elizabeth buscó noticias sobre Ben y las encontró: «Acusado de abuso de menores». Aquello no era una broma. Escribió a Caroline.

«Caroline, amiga. ¿Es cierto que han detenido a Ben?»

«No.»

«¿Estás segura?»

«Tan segura como que está conmigo y con mi padre.»

«¿Y es cierto que le han acusado?»

«Hay algo peor, Ann-E. Mi tía Martha está muy grave en el hospital. Y le llevamos a verla. Ahora Ben debe estar con sus hijas.»

El tono de Caroline era tan cortante como parecía. Una piedra que se hunde en un lago sin dejar ondas. Ann-Elizabeth sintió el filo de esas palabras paseando sobre sus certezas. Había sido tan idiota.

«Joder. ¿Puedes hablar?», preguntó a Caroline.

«No. Y no es tu momento, Ann-Elizabeth. Ahora déjanos en paz.»

Ann-Elizabeth dio un respingo, arrojó el móvil al bolso y miró al exterior, por la ventanilla. Que su amiga de la infancia, que siempre la había llamado Ann-E, empleara todo su nombre ya era un portazo. Que además le recordara su papel secundario o nulo en la obra que ahora mismo debía desempeñar Ben era otro. Caroline no la había tratado como a una amiga, sino como a la amante de su tío. Y eso dolía.

Nada podía ir peor. El hombre al que anoche había vuelto a acoger entre sus brazos no solo era un clásico racista británico, un conservador como todos aquellos a los que quería combatir, además de mujeriego contumaz, sino también un posible abusador de menores. Con sello judicial. Le podía imaginar la perorata. «Yo jamás he abusado de nadie, Ann-Elizabeth. No puedo negar que he amado. Incluso a varias mujeres a la vez, y nunca te lo he ocultado. He sido sincero contigo. Pero jamás he hecho nada en contra de la voluntad de otra persona. Tú me conoces mejor que nadie. Y sabes que no sería capaz.»

Al principio había aceptado ese discurso, la posibilidad teórica de que él se enamorara de varias y la libertad interior de que se entregara a las demás mientras solo con ella, con Ann-Elizabeth, se daba a conocer de verdad. De alguna forma ella era la elegida. La elegida para la honestidad y la sinceridad, aunque doliera.

Pero Caroline le acababa de recordar que, después de todo, ella era solo una amante.

Amante.

La palabra cargaba con toda la dependencia, la suspicacia y los celos que genera el amor y con ninguna de sus ventajas.

Lover, «amante».

El amor se suponía salvador, un milagro cuando era correspondido. Podía sacar de ti lo más renovador y dar sentido al momento, al sentimiento, a la dedicación. Y al mismo tiempo estrangulaba a quien lo profesara. Ella, que siempre se había creído en posesión de la elección, y no de ser elegida, que había creído que podía controlar una relación tan extravagante como intensa, se comía ahora las uñas por una decepción que no había forma de consolar.

Había caído en la trampa. Ann-Elizabeth King. La reina de la historia anticolonial, la mujer que había desafiado los fundamentos del Imperio que aún pervivían intactos en la memoria de los británicos. Que había conquistado a grupos contestatarios poniendo datos a los brutales excesos. Que sacudía la tradición del British Museum con sus propuestas de devolución. Que aparecía cada día en los medios. La elegante Ann-Elizabeth King. La distinguida Ann-Elizabeth King. La joven Ann-Elizabeth King. La feminista. La antirracista. La anticolonial. La más *woke*. La mujer a la que los *tories* se permitían escuchar —y ella lo sabía— porque era blanca e inglesa de pura cepa. ¡Con semejante apellido! Una estampa de belleza que a nadie le molestaba incorporar al debate público por no hacerlo con los nigerianos o los bangladesíes.

Y ella, sí, la mismísima Ann-Elizabeth King, sentía la urgencia de estar en primera fila. No se resignaba a esperar. Aunque solo fuera la amante. Si Ben había abusado de una menor, quería ser la

primera en averiguarlo, en llegar al fondo, en denunciarlo. Pero si eso era mentira, si Ben había caído en las maniobras de alguna chica trepa que pretendía utilizarle, también quería saberlo. En la contradicción encontraría su camino, como siempre había hecho.

Lover, «amante». No le gustaba el papel. El que le gustaba era el de investigadora. Y a ello se iba a aplicar.

Ann-Elizabeth abrazó las carpetas que había sacado del búnker. Por una parte, se sentía mal. Ese material era propiedad de los Lighthouse y lo había obtenido sin permiso. Peor aún. Era propiedad del Gobierno británico y hacía mucho tiempo que debía haber conocido la luz. Pero, por otra parte, qué coño.

Lo abrió y, mientras lo hacía, recibió un mensaje de un número desconocido.

«Soy Adela. Mi madre me ha dado tu número.»

«Hola, Adela», respondió, lacónica.

«Mi madre me ha dicho que vas a buscar a Musa. A su tío Musa.»

«Lo voy a intentar.»

«Yo también he estado buscando y quiero pasarte lo que he encontrado.»

«Por supuesto. Dime.»

«¿Conoces la Operación Legacy?»

«Claro.»

Ann Elizabeth miró sus carpetas. Creía tener en sus brazos parte de esa operación.

«Mira lo que he encontrado. ¿Crees que el tío Musa pudo ser uno de ellos?»

Adela entonces le copió varios enlaces. Ann-Elizabeth se sonrió. Era una chica lista. Contenían la supuesta operación para enviar niños de Tanganica a las minas de oro de Suráfrica. Chicos menudos capaces de colarse en túneles estrechos para arrancar a la tierra las

pepitas más valiosas. Otro de los famosos excesos que el hallazgo de esos documentos iba a permitir estudiar.

Sin títulos de historiadora, la nieta de Asha había llegado al episodio preciso en el que ella misma se proponía indagar, ojalá siguiera por ese camino y continuara siendo fuerte.

Lo peor del episodio en cuestión: pocos chicos habían sobrevivido a un trabajo que realizaban a 60 grados de temperatura y 4.000 metros de profundidad. Los que lo lograron sufrieron enormes problemas de salud.

Ahora debía estudiar las carpetas, ir a los National Archives, el templo de la historia escondida, y averiguar los nombres de las víctimas, el nexo entre Musa Tabora y, en palabras de Ben Lighthouse y de toda la clase dirigente británica, ese «exceso, una minucia, en general lo hicimos bien».

—¿Ocurre algo?

Arthur se lo preguntó a Caroline. Conducía de vuelta a su casa y no le había pasado desapercibido el cabreo de su hija, que había estado tecleando rápidamente antes de lanzar el móvil al bolsillo de la puerta.

—Nada, papá.

Arthur miró por el espejo retrovisor. Ben dormía profundamente. Profundamente borracho. Insistió:

—¿Quién te molesta?

—Nadie, papá. Ann-Elizabeth se ha enterado y me pregunta. Nada más.

Siguieron circulando. Ben roncaba con la tranquilidad de un bebé y ni siquiera la lluvia mitigaba el sonido de su respiración.

—Antes no me has contestado. ¿Tienen una relación?

—¿Qué dices, papá? —protestó Caroline, molesta.

—Tu tío y tu amiga. ¿Tienen una relación?

Pero Caroline estaba furiosa. Con Ann-Elizabeth. Con su tío. Y con su padre.

—¿Y a ti por qué te interesa? ¿Se puede saber por qué?

—No, no. Por nada. Hija. Tranquila.

Ninguno de los dos dijo más. El coche había llegado al jardín de la casa de Arthur, donde las piedrecitas de la entrada crujieron bajo su peso. Antes de ir al hospital debían de adecentar a Ben.

52

La cabaña

Amina subió con pesadez los cuatro pisos y le sorprendió la extraña tranquilidad que reinaba en el primero. Con los años había aprendido que, en ese lugar, la gresca era mejor que el silencio, porque este solía significar que estaban tramando algo. Entró en casa.

—¿Mother? ¿Adela?

Su hija corrió a la puerta.

—¡Todo lo que te has perdido!

—¿Qué ha pasado?

—¡¿Qué no ha pasado?! Llevamos un día de locos. —Adela la puso al corriente.

—¿Y tú dónde te has metido? —Asha también se había acercado a la puerta.

—Por ahí.

Amina no iba a dar detalles. Tras despedirse de Ann-Elizabeth, se había quedado merodeando en torno a la casa de los Lighthouse. Estaba borracha y no quería regresar al piso. Le habría gustado volver al búnker, abrir otro de esos brandys del señor Everett y saborearlo en soledad bajo la lluvia. O entrar en la casa y recorrerla por última vez.

En su lugar, había accedido al parque que había detrás, más allá de la verja, donde terminaba la finca de los Lighthouse y de su niñez, y a donde habían ido a parar tantas pelotas perdidas cuando

jugaban y las lanzaban con la fuerza de unos críos confiados en acertar sin pensar nunca en los límites. Desde fuera aún vio a los niños curioseando por el jardín. Los compradores se habían quedado a recorrer todos los recovecos de la mansión y sus voces lejanas llegaban hasta ella. «Mira qué pista. Y cuántos frutales», decían.

Y groselleros. Y parterres. Y senderos. Y la rosaleda. Y las zarzas. Y la zona de huerto. Y la calidad del césped. Y el bosquecillo. Y el matorral. Habría podido recorrerlo a ciegas y describirlo como nadie habría sido capaz de hacerlo. Les habría explicado el momento exacto en que había que proteger los frutos de los cuervos, cuando aún eran apenas unas motas verdes que brotaban entre los capullos. Les habría hablado del mejor escondite de las setas, una zona sombría que invadían los helechos y que convenía limpiar cada otoño. A los niños les habría enseñado el lugar al que siempre iban a parar las pelotas y cómo, cuando ya nadie encontraba ninguna a la vista, ella era capaz de recuperarlas a montones.

Conocía los nombres de cada zona, de cada flor y de cada arbusto como ninguno de los hermanos Lighthouse los había conocido jamás. Habría podido reconstruirlo de memoria en un plano detallado. Porque nadie lo había disfrutado con la minuciosidad con que ella había amado ese jardín. Y porque nadie había escuchado nunca a la señora Lighthouse como había hecho ella. Cierto que Marjory no se prodigaba, siempre prefería que brillaran los demás. Pero si uno estaba atento, y ella siempre prestó atención a esa mujer a la que estuvo vinculada desde sus primeros días, aprendía. Aprendía cosas únicas.

La señora Lighthouse la había amado de una forma muy especial, de eso estaba bien segura. Había perdido a su propia hija cuando Amina llegó y en sus brazos acumulaba reservas ingentes de ternura para ella. Marjory quería a Amina, y entre todas las oscuridades que

llegaban a su memoria había una sola claridad, que era el amor de aquella mujer.

El arte con el que lo había organizado todo, además, había dejado huellas tan profundas en aquella finca como las que dejó en la propia Amina. Marjory lo había convertido en un lugar único, exquisito, un jardín frondoso en el que lo abundante convivía con lo mínimo y lo más agreste con lo más cuidado. Amina aún lo podía admirar desde la altura que le procuraba el parque cercano. Había conservado la botella de brandy del búnker y dio otro pequeño trago.

El césped era perfecto, tan rectilíneo como un corte de pelo militar. Después del amplio jardín llegaban los parterres, que daban inicio a una zona de hierba algo más asilvestrada entre las filas ordenadas de petunias, alegrías, fucsias o calas, separadas a su vez de las rosaledas donde la señora Lighthouse siempre obraba el milagro de conseguir que florecieran. No había plagas, granizadas, sequías o tormentas que pudieran doblegar su tesón. Y las rocallas salpicadas por toda la superficie dotaban al conjunto de un aire de improvisación que estaba, sin embargo, milimétricamente estudiado. En ellas brotaban pensamientos, lilas, narcisos y otras plantas que se iban turnando en los ciclos de cada estación. Desde el invierno hasta el otoño siguiente, siempre había algunas en flor. Ningún manual de jardinería lo habría hecho mejor.

Más allá, tras unos arcos de hiedras frondosas que ahora alcanzaba a ver desde el parque, comenzaban las pistas de deporte. Allí habían jugado durante las tardes infinitas de verano. Habían corrido, habían competido, se habían hartado de botar balones, pelotas, de perseguirse en carreras excitantes y de enfrentarse en juegos de equipo.

Y al fondo, tras un terraplén que inclinaba el suelo hacia una zona de matorral ingobernable, estaba su escondite. El lugar prohibido. El árbol en el que construyeron la cabaña. La cabaña en la que tantas veces se escondió. ¿Con Arthur? ¿De Arthur?

Su memoria aún no lo había decidido.

¿De qué se escondían los dos cuando corrían juntos hasta trepar y refugiarse entre esas tablas de madera? Aún se lo preguntaba, ella solo le seguía mientras él cuchicheaba: «Aquí no nos verán». Como si estuvieran jugando al escondite, como si les persiguieran los demás hermanos. Cuando en realidad nadie venía detrás.

Pero Arthur ya no jugaba a la jungla. Ya no recogía las lianas para protegerla de elefantes y leones imaginarios, de cazadores malignos, de hermanos pesados que quisieran sumarse al juego. Arthur quería jugar a otras cosas. Cosas que ella no entendía, aún era una niña.

Y cuando vino alguien y lo hizo con su propia escalera para trepar hasta allí no fueron Jane, ni Joyce, ni Ben, no. Ni cazadores de la selva, ni animales trepadores de la jungla.

Fue el mismísimo Everett. Que los sorprendió, que les gritó, que los separó, escandalizado. Después las echó de casa. A las dos Tabora. Y Arthur se calló.

Amina no era creyente. La fe no la había acompañado mucho tiempo tras salir del colegio católico en el que se educó. Pero las historias de la Biblia habían pervivido en su memoria y había un episodio que siempre regresaba a su recuerdo. Era la expulsión del paraíso, cuando Adán y Eva tuvieron que abandonar el Edén como ella y su madre tuvieron que largarse. Nunca entendió la furia de Yavé. Ni la del señor Lighthouse.

Su mundo estalló entonces. Y no había dejado de estallar nunca, un poco cada día, sobre todo desde que la muerte de Everett le había hecho revivirlo. Ahora se alzó de puntillas para observar mejor.

La vieja cabaña de su niñez seguía allí, sobre un árbol, o al menos un esqueleto que había sobrevivido a tantas décadas de intemperie, el centro de gravedad de aquel particular jardín del Edén. Sus declaraciones de lealtad eterna debían seguir allí, inscritas en los troncos. Sus nombres grabados en las ramas más añejas. «A&A.» *Arthur y Amina.*

Su unión había dejado marcas en los árboles y en ellos mismos. Y un motor ajeno a ella había trastocado la convivencia infantil en olla a presión.

¿Tendría entonces diez años? ¿Once? ¿Doce?

Arthur, siempre tres más. Un hombrecito.

Un mundo.

El recuerdo de aquello la había acompañado en ese parque y no la había abandonado en todo el recorrido hasta su piso, el mundo de los mortales al que el señor Everett expulsó a su madre y a ella igual que Dios expulsó a Adán y Eva tras fallarle en el paraíso. Solo que, a diferencia del Génesis, su Adán se quedó en el Edén, a donde su madre tuvo que seguir acudiendo. Su madre, para trabajar. Ella de cuando en cuando, para ayudarla. Para su vergüenza, porque nunca entendió nada.

Nunca entendió por qué se fueron. Por qué se fueron si Arthur seguía buscándola. De niña, de adolescente, de adulta. Aún hoy. Por qué se fueron si Marjory seguía queriéndola y podía verle la tristeza en la cara y en el alma cuando se separaban.

—*Mummy.* ¡Ey! ¿Estás conmigo? ¿Mamá? —preguntó Adela a Amina —. Ben ha dicho que fuiste muy valiente. Y rabiosa. ¿Por qué lo ha

dicho, *mum*?

La pregunta martilleaba a Amina sin resultado, porque estaba demasiado abstraída como para prestar atención a su hija. El brandy que rondaba en su cabeza tampoco ayudaba.

—Mamá, dime, ¿por qué ha dicho eso Ben? —insistió.

—¿Por qué ha dicho qué? —Amina volvió a la Tierra.

—Que fuiste muy valiente. Y rabiosa. ¿Qué pasó?

Amina no respondió. Fue a la cocina. Tenía hambre.

—¿Hay sobras? —preguntó.

—Anda, mamá. ¿Por qué Ben ha dicho eso? ¿Qué pasó?

Amina encontró una tartera de arroz de hacía un par de días y la metió en el micro sin contestar. ¿Por qué demonios todo el mundo hoy le hacía preguntas? «¿Yo valiente?» Ignoraba cuál era exactamente el recuerdo de Ben de todo lo que pasó y no le apetecía averiguarlo. Pero si se refería a su reacción cuando las expulsaron y ella preguntó —delante de todos— por qué no hacían lo mismo con Arthur, que era el que la había llevado a esa cabaña no una sino muchas veces, no era algo que quisiera compartir con su hija. No tenía la más mínima intención de hablar.

Y fue Asha quien zanjó la conversación.

—Adela. Ahora deja a tu madre en paz.

La nieta se largó a su cuarto y dio un portazo. «Aquí solo crecen los secretos.»

V
La verdad

Mi Marjory:

La segunda vez que fui a ver a Mohamed fue aún peor. Resultó tremendamente difícil.

Jamás te lo conté. Y jamás se lo conté a nadie.

Para escribir esto necesito abrir una botella. Esta vez será un whisky, una de las últimas botellas de Scotch de Glenrothes que he logrado preservar. Voy a servirme una copa y a ponerte otra a ti, *sweet heart*, como si estuvieras aquí, conmigo.

Sé que estás conmigo. Brindo por ello.

Lo que no sé es si me perdonarás.

Pero es lo que necesito. Tu perdón. No falta mucho para contarlo todo.

Era 1960. O 1961. Asha ya era madre. Amina había nacido. Y la independencia estaba a punto de llegar.

Agentes de la Special Branch de la policía y del MI5 habían llegado a Dar es-Salam para clasificar documentos. Los que se marcaban con la G de Guard podían quedarse. Los que se marcaban con la W de Watch debían ser enviados a Londres o destruidos. Los fuegos que ardieron esos días en el patio trasero de la Government House fueron visibles desde muchos puntos de la ciudad. Querían eliminar todo lo que avergonzara a Su Majestad, pero nadie pensó en lo que nos avergonzaron a nosotros esos fuegos. Los nativos se enteraron de todo.

Yo era un simple *vet*, un funcionario civil, sí. Pero tuve que prestar ayuda. Las granjas que abrimos para mejorar las explotaciones y las reservas que pusimos en marcha para organizar la fauna habían obligado a enajenar tierras y a evacuar aldeas. El objetivo era noble, tú lo sabías. Intentábamos dejar un país más rico, racionalizar su vida y creo honestamente que lo hicimos, pero hoy se ve de forma diferente.

En todo caso, eso ya no importa.

Lo cierto es que tuve que prestar ayuda. Asesorar a los agentes sobre las expropiaciones de tierras para que identificaran los documentos y los clasificaran. La mayoría se enviaron a Londres. Había demasiados tanganicos

que podían reclamar sus tierras, su hogar. Por eso muchos papeles viajaron con nosotros en ese barco que nos trajo a casa. Otros fueron quemados.

A mí me educaron para registrar. Para levantar acta. Y yo tenía en la cabeza todo lo que hicimos, sabía distinguir cada papel. A veces me vuelven a la memoria aquellas aldeas, aquellas tribus que obligamos a desplazar. Entonces me parecía racional, un bien superior. Todo tenía un propósito. No me disculparé más y si lo cuento ahora es para explicar por qué queríamos acabar de la mejor manera posible lo que estaba en nuestra mano. Tú y yo queríamos hacerlo bien.

Por eso, en aquellos días, mientras planeábamos nuestro regreso, tú te plantaste. Eras tozuda. Querías traer a Asha y a Amina. La niña la sentías como tuya y aquello era innegociable para ti. No ibas a dejarlas atrás. Hablabas de las dos como de una cuestión de principios y llegaste a amenazarme con que, sin ellas, no volvías. Pero yo sabía que no estábamos hablando de principios. Lo que te ataba de verdad era el amor a Amina.

Tú te habías encariñado con las dos. Asha era imprescindible, dulce, juguetona, adoraba a Arthur y a la vez nos dolía inmensamente verla llegar de cuando en cuando hecha trizas. Si la llevábamos con nosotros a Londres, decías, la podríamos alejar de ese monstruo. ¿Y Amina? ¿Qué decir de Amina?

Esa niña había nacido cuando murió nuestra Mary Jane y tú volcaste en ella el amor que no pudiste dar a nuestra hija. Era preciosa, risueña, una hermanita para Arthur. Tenías toda la razón. No podíamos dejarlas atrás.

Asha, además, sufría por la desaparición de Musa y me había pedido ayuda para averiguar su paradero. Todo eso me llevó de nuevo hasta Mohamed. Tuve que volverle a visitar.

Hasta ahí lo sabías todo. Lo siguiente no. Sigo.

Mientras trabajaba con la Special Branch en la clasificación de documentos, me enteré de algo que podía tener relación con Musa. Algo que nunca te dije. Ni a ti, ni a Asha.

Cuando hacían falta *boys*, el Servicio Colonial los reclutaba negociando con los jefes de los clanes. Así era con los porteadores, los askaris o los trabajadores que necesitáramos. Los jefes de las tribus decidían. Ellos nos enviaban a esos chavales jóvenes que parecían enclenques y que comían poco, pero que eran fuertes. A cambio, los compensábamos. Eso funcionaba así.

Hoy me avergüenza reconocer el negocio que se montó. Me habría gustado que hubiera sueldos, contrataciones, pero Tanganica era una economía informal. Y nosotros hicimos lo que hicimos, era otra época. Supe que algunos jefes de clanes vendían chicos por unas botellas de ginebra, por monedas, por ropa, por latas de alubias, por dulces. Y uno de esos cabecillas era Mohamed.

Aquel bestia no había vuelto a trabajar desde que les expropiamos. Vivía de Asha y de sus demás mujeres. Y trapicheaba con cosas. También con los *boys*. Con todos los que habían salido de la aldea. Una docena de *boys*.

Por ello le fui a ver otra vez.

Cuando llegué a su chamizo, no le sorprendí. Estaba afilando un palo en el patio, sentado en un tronco, y algunos críos correteaban a su alrededor. Les mandó entrar. Me miró con suficiencia, altanero, sin rastro del gesto servil que tantas veces había adoptado y que, a medida que se acercaba la independencia, iba desapareciendo de las caras de los nativos. La palabra *bwana* se había esfumado también. Me llamó E-ve-ré.

Él fue al grano. Y yo fui al grano.

—¿Algún problema con Asha? ¿Con mi mujer? —En su pregunta se percibían todas las tonalidades entre la sorna y la falsedad.

—Ninguno. Vengo a hablar de su hermano. De Musa.

—¿Qué quieres saber?

—Creo que estás vendiendo a todos los muchachos del clan. Y quiero recuperarle a él.

—¿Por qué no preguntas a los tuyos? Sois vosotros quienes los compráis.

—¿Qué sabes de Musa? ¿Dónde está?

Mohamed se concentró un largo rato en el palo que afilaba. Después entró en la cabaña. Salió. Traía una botella de licor. Me sirvió un vaso. Me lo tendió y lo cogí.

—Creo que os queréis llevar a mi mujer. Y a mi hija. Y sabes que son mías.

La sola idea de que Asha y Amina le pertenecieran me reventaba. Confieso que habría querido darle un golpe, un puñetazo, dejarle tumbado en ese patio sucio entre las cacas de sus cabras, coger el palo que estaba afilando y clavárselo en los ojos. Pero yo era un caballero inglés, no un salvaje. Me bebí el licor de un trago.

—¿Tú qué sabes de eso? —pregunté.

—Ella cree que va a escapar, lo sé. Lo ha confesado. Pero no la dejaré. No las dejaré.

—Asha debería decidir por sí misma, Mohamed.

—Asha ya no me importa mucho, se ha secado y no es capaz de darme un varón. Pero a Amina la podré casar bien dentro de pocos años.

Quedé aterrorizado. Que pudiera retener a Asha era un drama. Pero que pudiera retener a Amina, una desgracia que tú no podrías superar. Y solo por otra colección de cabras flacas. Me jugaba todo. Permanecí callado.

—Escúchame, E-ve-ré. —Era la segunda vez que pronunciaba mi nombre y, como la primera, lo hizo con toda precisión y lentitud—. Te propongo un trato.

—¿Qué quieres?

—Tú te llevas a Asha y a Amina.

—Claro que me las voy a llevar, Mohamed. —Intenté mostrarme firme.

—No lo harás si yo me niego. Son de mi propiedad.

Mohamed me miraba desafiante. A mí no me importaba pagarle una compensación. Comprarlas.

—¿Qué quieres a cambio?

—A cambio, no me preguntes por Musa, E-ve-ré. Y no digas nada. Gano mucho más con él. Por Asha ya no voy a sacar nada. Por Musa sí, más aún que por Amina.

—¿Cuánto quieres por él, Mohamed?

—Ya es tarde, E-ve-ré. Ya no está aquí.

—Dime dónde está. Asha necesita saberlo.

—Solo te diré una cosa, inglés: allá donde le he enviado pagan mucho mejor que tú. Y nos seguirán pagando. Aunque vosotros os vayáis, el negocio continuará. Y ahora vete por donde has venido, E-ve-ré. Llévate a esas dos hembras, una inútil, otra, demasiado pequeña aún. Y olvídate de Musa. De donde ha ido, no va a volver. Las colonias mueren. Pero los negocios no.

Y eso fue lo que pasó, *sweet heart*. Uno de los dos secretos que nunca me atreví a contar. Por eso ellas pudieron venir con nosotros. Y Musa, por lo que averigüé, acabó esclavizado en las minas a las que Mohamed enviaba regularmente chavales pequeños, tullidos y hábiles en esos agujeros estrechos a los que no entraban hombres. Debió de amasar una pequeña fortuna. Una miserable fortuna.

Luego supe que una camioneta los cargaba por la noche. Los llevaban lejos. Al servicio de los negocios, que proseguirían aunque nosotros nos fuéramos. Los documentos que recogían todo esto llevaban la W de Watch. Eran secretos con prioridad. Había que sacarlos de allí y los trasladamos a Londres. Los papeles viajaron con nosotros, en nuestro barco.

Hoy te pido perdón. Pido perdón a Asha. Y pido perdón a Musa.

También pido perdón a Dios.

Y aún me queda otra cosa que contar. Mañana lo haré. El secreto más doloroso. El que solo escribiré porque sé que no lo leerás.

Hasta mañana, *sweet heart*.

E. L.

5 de enero de 2010

53

Mother

—¿Mother? ¿Estás ahí, Mother?

La voz de Ben surgió tímidamente entre los cojines del sofá en el que Arthur y Caroline le habían recostado tras quitarle los zapatos, la ropa sucia, y asearle con unas toallitas desmaquillantes que ella tenía a mano.

Recostado ya era decir mucho, porque entre los dos apenas habían logrado conducirle al salón con gran esfuerzo y dejarle caer sin que se rompiera la crisma. Stephanie y Rob se habían largado a sus habitaciones en cuanto vieron el panorama.

Incapaz de mantenerse en pie, el pequeño de los Lighthouse había sucumbido al sueño inconsciente de la borrachera. Y sus anfitriones se habían ido a dormir. «Lo siento, primas —escribió Caroline a Rose y Scarlett en el chat común—. Vuestro padre está con nosotros, pero le llevaremos mañana. Hoy es imposible. Ánimo.»

—¿Mother? —Ben volvió a preguntar.

No tenía la menor idea de dónde estaba, si en el mundo de los vivos o en el de los muertos. Pero, al abrir los ojos, la figura iridiscente de la Virgen que tanto había acompañado a su madre pareció saludarle con una calidez a la que ya no estaba acostumbrado. La luz del amanecer entraba a raudales por una galería que desconocía y la talla irradiaba un crisol de colores que su daltonismo convertía en festival. Si el mismísimo Dios le hubiera

hablado en ese instante se habría convertido de inmediato. A cualquier fe.

¿Dónde estaba?

Aquello era un sofá, pero no era el suyo.

Aquella era una casa, pero no era la suya.

Y, sin embargo, la talla virginal se le presentaba como una señal de familiaridad que parecía acogerle sin condiciones. Sin exigencias. Sin necesidad de hacerse perdonar.

—Mother —repitió, ya sin interrogantes—. *My mother.*

Aquella era sin duda la talla materna y, en la confusión de su despertar, creyó ver los rasgos de su madre en los de esa virgen amable de alabastro, de brazos abiertos, dispuesta a ampararle y cobijarle hasta más allá de la eternidad. Echaba tanto de menos a su madre.

Ben se incorporó en el sofá. Estaba en ropa interior. Su cabeza parecía un saco lleno de clavos. Agarró la talla de la Virgen y la atrajo hacia sí.

—Mother, Mother —repitió mientras la abrazaba.

¿Cómo había llegado hasta aquí? ¿Qué giro del destino había puesto en su camino esta figura tan hospitalaria en lugar de las máscaras caníbales que le acompañaban en su despertar en los últimos días?

—¿Estás despierto?

La voz de Arthur le sobresaltó, pero Ben no alejó la talla, que mantuvo abrazada en su pecho. Se volvió.

—¿*Brother*?

Ahora entendía. Estaba en casa de su hermano.

En la nebulosa de sus recuerdos recientes, Arthur no figuraba de ninguna manera, y menos aún su casa, pero debía reconocer que no habría podido reconstruir la más mínima secuencia lógica de los

hechos de las últimas horas. Ni un esquema básico más allá del mal sabor de boca. Al menos ahora sabía dónde estaba.

—¿Cómo he llegado hasta aquí?

—Te hemos traído.

—¿Hemos?

—Caroline y yo.

—Tu hi... Mi so...brina —lo dijo lentamente, arrastrando el tono pastoso de quien no ha hablado en muchas horas. La lengua seca le molestaba en la boca y encontrar las palabras justas era complicado —. ¿Tienes... tienes agua?

Arthur le trajo un vaso lleno.

—Sitúate, Ben. ¿Sabes por qué te fuimos a buscar? —Arthur no quería perder el tiempo. Sus sobrinas habían pasado la noche en el hospital y él había prometido llevar a su padre a tiempo.

—¿A... buscar? ¿A dónde me fuisteis... a buscar? —Ben seguía abrazando a la Virgen.

—Fuiste a casa de Asha.

—¿Asha...? —El recuerdo empezó a tomar cuerpo en su mente. La conversación con la vieja criada. Su nieta. Los muebles que habían sido de su madre. Las cortinas—. Asha... tiene... nuestras cortinas. ¿Sabías que Asha... tiene nuestras cortinas?

—No te recogimos precisamente allí, Ben. Sino en casa de sus vecinas.

—¿Sus vecinas? —preguntó Ben, temeroso.

—Sus vecinas, sí. Dos ejemplares que habrían hecho fortuna hace un siglo en la mafia irlandesa de Nueva York.

Ben alejó la imagen de la Virgen, la contempló y cayó en la cuenta. Era la herencia que le había correspondido a Arthur en el extraño reparto que había hecho Father.

—Espera... —dijo a su hermano—. ¿Esta es... la talla de mamá? Te la... te la cambio por mis máscaras.

—Serás idiota, Ben. Primero se las querías cambiar a Asha por los diarios y ahora me la quieres cambiar a mí por la talla. Céntrate de una vez. ¿Recuerdas que te hemos recogido en casa de esas vecinas de Asha?

—*Gosh.* —Ben se llevó las manos a la frente. Retazos de un escenario mugriento en el que dos mujeres le llamaban Benny Hill vinieron a su mente. Y el sabor de unas albóndigas se le revolvió en la boca con el agua de grifo que le había puesto Arthur. Quería vomitar—. ¿Dónde está el baño?

—Déjate de historias, Ben. Ahora debemos llevarte a ver a Martha. Martha está grave en el hospital.

—¿Martha? —Ben amagó con levantarse, pero volvió a hundirse en el sofá. Agarró de nuevo la talla y, a duras penas, se levantó—. Necesito vomitar.

Arthur se revolvió, furioso, ante Ben. Estaba en pie, los brazos en jarras, sin cederle un milímetro de terreno. Le habría gustado zarandearle, sacudirle sin contemplaciones y pegarle sendos puñetazos en sus ojos borrachos, pero la sola visión de ese gran artista, ese «enooorme artista», como siempre había dicho su madre, convertido ahora en un ser esmirriado en calzoncillos, un pobre diablo confuso, de resaca, un infeliz, le hizo contenerse. Por el contrario, le ayudó pacientemente a estabilizarse, le condujo al baño y, muy en contra de su voluntad, le sostuvo la frente mientras vomitaba en la taza del váter. Al menos esta vez lo hizo en el sitio apropiado.

Después le llevó a la cocina, le sentó a la mesa y se dispuso a prepararle un café. Café con sal. Stephanie había bajado y se estaba haciendo un té, pero ni siquiera saludó.

—Ahora aviso a Caroline de que ya estáis —dijo solamente. La presencia de su cuñado borracho la incomodaba. Se habría dicho que la de su marido también.

—Espera. Aún no —pidió Arthur—. Tenemos que hablar.

—¿Tú y yo, hablar? —Ahora Ben se rio, sarcástico—. ¡Alerta! ¡Hermano mayor en acción!

—Céntrate, Ben. ¿Me has oído? Martha está grave en el hospital.

Ben se aferró a la talla de la Virgen y no dijo nada. El esfuerzo de regresar al planeta Tierra le estaba devolviendo a un guion que no le gustaba en absoluto. Conforme su memoria daba pasos atrás, se estaba retrotrayendo a momentos que relucían tan poco como piedras con musgo resbaladizo en un estanque sombrío. A su mente empezaron a llegar coletazos de una juerga con las dos irlandesas. Las novias de Shrek. Y «MasterChef». Y una borrachera. Y las albóndigas. Y muchas fotos.

Su mente seguía trabajando a su pesar, pero no encontraba nada grave que hablara de Martha.

¿No se había largado? ¿No se habían separado? ¿No le había dejado solo ante la vida, incapaz de organizarse ni para elegir la ropa que se debía poner?

¿No le había telefoneado ayer?

El recuerdo de las llamadas le hizo pensar en el móvil. ¿Dónde estaba? ¿Por qué lo había aparcado y lo quería olvidar? ¿Y Ann-Elizabeth? ¿Dónde estaba la reina de la jovialidad y la belleza que, si su memoria no le fallaba, le había vuelto a acoger en su casa?

Sorbió el café y sintió de nuevo ganas de vomitar.

Una denuncia. Ahora lo recordó. Le habían denunciado por abuso de menores. *Jesus Christ.* Martha le había llamado. Él no había contestado. Luego se fue a beber con Asha. Y con...

—¿Qué le ha pasado a Martha? —preguntó al fin.

Arthur se lo explicó. La cita en King's Cross, el ataque, la ambulancia, sus hijas. Las veinticuatro horas cruciales. Ben bebía el café a sorbitos, con cara de asco y sin decir nada cuando Caroline entró en la cocina. Traía ropa de su padre para Ben.

—Toma. Debes vestirte.

—¿Y mi ropa?

—*Don't ask.*

Ben desplegó ante su vista los pantalones que le ofrecía Caroline, unos vaqueros viejos de Arthur que a duras penas le iban a encajar en su cintura, bastante más expandida que la de su hermano mayor. Además, él era más bajo e iba a tener que recoger los dobladillos como si se hubiera equivocado de generación. Por ahí no quería pasar.

—Odio los *jeans*. ¿No tenéis otra cosa?

—¿Quieres un chándal? —le provocó Caroline—. Tenemos algunos de Decathlon.

Ben calló ante su mirada furibunda. La camisa que le tendió su sobrina no era mucho mejor, una quechua más pensada para un pícnic que para un hospital.

—*My God.* ¿De verdad no tienes una camisa blanca, Arthur?

—Para ser daltónico, eres bastante exigente.

—Siempre he distinguido el color blanco.

—Pues no era eso lo que decías a Mother.

Ben negó con la cabeza. Se veía incapaz de presentarse de esa guisa en el hospital. Arthur se apiadó y le invitó a subir a su habitación. «Tú eliges.» Ben le siguió sin soltar la talla de la Virgen. Cuando llegaron, Stephanie salió de allí como una exhalación.

Arthur abrió el armario y Ben necesitó sentarse para contemplar el amontonamiento de mallas, camisetas, niquis y vaqueros raídos que ofrecía el vestidor. Habría dicho que olía a sudor y lo que podía

jurar es que muchas de esas camisas tenían cerco en las axilas. ¿Cómo era posible que fueran hijos de la misma madre? ¿Cómo podía haber triunfado su hermano mayor, aunque fuera en el mundo de la ciencia, con semejante dejadez en el vestir? Al fin señaló una percha que sostenía algo decente.

—¿Puedo probarme eso?

—¿Mi traje de boda? Es el que usé en el funeral. En fin, cómo ibas a querer algo menos, Benjamin Lighthouse. Anda, tómalo. —Y Arthur se lo tendió—. Había olvidado que siempre te daban a elegir. Absolutamente todo.

—¿A elegir? ¿Yo? Tú eras el que marcaba siempre el camino, Arthur. Y creías que todos teníamos que ser como tú. ¿Lo has pensado alguna vez?

—¿Yo? Aclaremos algo, Ben. A ti te consintieron todos los caprichos del mundo. ¿No te gustaba el colegio? Pues había que buscar otro para el niño. ¿No distinguías los colores? Había que llevarte a mil especialistas. ¿No querías estudiar? Mamá te justificaba. ¿Querías piano? Tenías piano. ¿Querías guitarra? Tenías guitarra. Toda la vida fuiste el niño especial. Y así has seguido.

Ben le escuchaba con calma, cabizbajo, mientras sujetaba el traje más presentable de su hermano, el de su primera boda, acaso también la segunda. El del funeral.

—¿Has terminado? —le inquirió.

Arthur no respondió.

—¿Tú sabes lo que es crecer a la sombra del chico más listo del colegio? ¿El más sabihondo? ¿El que siempre tenía explicaciones para todo? ¿El que hablaba durante horas con Father sobre su trabajo, sobre la ciencia, sobre el mundo? Tú lo sabías todo, los demás eran tu público. Y eras el favorito de Father.

—¿Yo? ¿El favorito de papá?

—¡Por supuesto!

—Para nada. Papá te consintió todo, no te exigió nada. Por no hablar de mamá. Tú eras el favorito de mamá.

Caroline había subido y se había asomado a la habitación. Los miró con los brazos en jarras.

—¿Queréis espabilar de una vez? ¿Será posible que la tía Martha esté en el hospital y vosotros dos sigáis siendo el centro del mundo? —los abroncó.

—¡Bien dicho! —La voz de Stephanie llegó desde algún lugar cercano. La esposa de Arthur no había querido involucrarse, pero ahora aplaudió—. ¡Bien dicho!

—¿Podemos irnos ya? Dentro de una hora habrá un parte médico. Y debemos estar —insistió Caroline.

Los dos hermanos se miraron con desconfianza. Lo iban a dejar por ahora. Ben se embutió en el viejo traje de Arthur con dificultad. El botón de la cintura no le cerraba y los de la chaqueta tampoco, pero su abrigo se había salvado del desastre e iba a ayudarle a disimular.

Después, sin que Arthur se diera cuenta, deslizó la talla de la Virgen en un bolsillo donde, si antes habían cabido botellas de whisky, también iba a tener su sitio. Las máscaras que le había dejado Father podían ser para Ann-Elizabeth, para el British Museum o para su puta madre, pero esa figura que tanto le recordaba a Mother iba a ser para él.

Nadie se fijó. Y, si lo hicieron, no dijeron nada.

Al fin salieron hacia el hospital y, solo cuando Arthur llevaba un rato circulando, Ben preguntó:

—Por cierto, ¿y mi coche dónde está?

—*Don't ask.*

54

En los National Archives

Ann-Elizabeth tenía que trabajar, pero no era ese su plan. La máscara dentada había despertado el máximo interés en su departamento y todos estaban impacientes por iniciar la investigación, pero esa misma razón le iba a servir de excusa para faltar.

Porque la máscara podía esperar, pero no las pesquisas que le había pedido Amina sobre Musa. Por eso puso rumbo a los National Archives. Palabras mayores.

Mil años de historia se ocultaban en este edificio a orillas del Támesis que emergía como una prolongación natural de los bellísimos jardines de Kew Gardens. Los narcisos habían florecido, las lagunas se habían llenado de cisnes y todo parecía dar la bienvenida al visitante despistado. Pero, en el fondo, como investigadora acreditada en esa solemne institución, sabía muy bien que, tras el orden, registro, etiquetado y catalogación por fechas, lugares, y todas las temáticas posibles, la verdad solía ser inaccesible. En el noble arte de archivar, el Gobierno británico había conseguido enormes dotes de escapismo. George Orwell y su Ministerio de la Verdad debieron de inspirarse en ello.

El principio oficial era la transparencia, así figuraba en los estatutos, en la web y en el discurso de sus funcionarios. Pero la

realidad era que solo quien supiera qué tenía que buscar exactamente podía encontrarlo.

Lo había presenciado muchas veces, en las largas mañanas que había pasado allí sumergida para documentar su libro. Personas que llegaban en busca de información sobre sus antepasados, normalmente miembros del Servicio Colonial que habían servido en lugares tan dispares como Birmania o las Bermudas. O gente que aspiraba a encontrar datos de las represiones. De fincas expropiadas. De presos desaparecidos. Las víctimas.

—¿Puedo encontrar información sobre...? —preguntaban indefectiblemente en el mostrador.

—La información no está clasificada por personas concretas —era la respuesta formal—. Debe usted definir en qué fechas y en qué lugar estuvo y a partir de ahí podemos empezar.

Si lo lograban hacer, se les abría el acceso a tomos en general ajenos a sus intereses, de los que solo podían solicitar un máximo de cinco unidades. Debían esperar pacientemente a que un operario se los llevara en un carrito a un espacio de lectura donde, con los guantes correctamente colocados y en un tiempo limitado, podían empezar a bucear. Si fallaban, podían solicitar los cinco siguientes.

La búsqueda se convertía así en el descenso a un pozo sin fondo, sin asideros, sin guías, sin instrucciones y sin ayuda, donde, al cabo de unas horas, días o semanas, el común de los mortales solía desistir, desesperado. Porque chocar con la infinidad de informes que los funcionarios de las colonias enviaban a Londres sobre las contrataciones, los detalles de sueldos, de compras y de observaciones inanes podía demostrar la enorme burocracia que había significado el Imperio británico, pero poco más. El tamaño del poder aquí se medía en carpetas, en cartas, en papeles tediosos. No en auténtica información.

Pero ella había aprendido a investigar. Había derrochado horas ingentes en consultar los tomos, había aprendido a esquivar con rapidez los listados absurdos de provisiones, los intercambios sobre sueldos, nombramientos y otros datos que no conducían a ningún lado, para exigir de inmediato los siguientes cinco y continuar. Y así iba a afrontar hoy su objetivo.

La solicitud que trasladó a los funcionarios fue clara: necesitaba información sobre reclutamientos en Tanzania a finales de los cincuenta. Buscaba askaris y buscaba mineros destinados a Suráfrica. Esto se lo quedó para ella.

Mientras esperaba el carrito con los primeros tomos observó a una mujer de color, entrada en años, que buscaba el paradero de su padre. «La información no está clasificada por personas concretas...» La señora no lograba ubicar los años exactos y el funcionario, impaciente, empezó a atender al siguiente. «Lo siento, señora.»

El *trolley* con los cinco tomos solicitados ya estaba a disposición de Ann-Elizabeth, pero ella se acercó a la señora y le preguntó.

—¿Su padre era keniano?

—Sí, señora.

—¿De la etnia kikuyu?

—Sí.

—¿Y desapareció?

—Sí.

—Entonces solicite los documentos sobre las actividades del Ejército en Kenia de 1952 a 1960. Tal vez ahí lo pueda encontrar.

—¿Cómo lo sabe?

Ann-Elizabeth se encogió de hombros y musitó:

—Gajes del oficio. Mucha suerte.

Entonces se calzó los guantes y se dispuso a bucear en sus cinco tomos. Sus primeros cinco tomos. A lo largo de los últimos años se había cruzado en los National Archives con numerosos kenianos que buscaban a sus muertos. Y le enfadaba que los funcionarios no les guiaran como debían de saber hacerlo. La represión y muerte de miles de rebeldes era una de las grandes manchas del Imperio británico. Por ello nunca perdía la oportunidad, en las largas horas pasadas en esos pasillos, de orientar a quien viniera pidiendo información. La señora se lo agradeció y el funcionario la miró con rabia.

Al fin, se concentró en sus carpetas y, tras recorrer decenas de ellas, lo encontró: la lista de trabajadores africanos que *emigraron* a Suráfrica para trabajar en las minas. Por desgracia, estaban marcados por fechas, y no por países. ¿Cuál fue la fecha?

Corrió a llamar a Amina. «Estoy muy cerca. ¿De qué año hablamos?» Las dos calcularon: fue justo antes de la independencia, en 1960.

Por si acaso, empezó en 1959. Con el dedo enguantado comenzó a recorrer los listados: había chicos de Kenia, Nigeria, Sudán, Somalia, Uganda, Rodesia... y, por fin, Tanganica.

Revisó nombres, pasó páginas. Por desgracia, no había más orden que la arbitrariedad de quien lo había registrado. Ni el alfabeto había servido. Y al fin, entre el desfile de apellidos distintos y parecidos de múltiples orígenes amontonados, lo encontró.

> Musa Tabora. Dieciséis años. Cojo, pero apto.

Hizo fotos. Podía hacerlas.

Lo tenía y ahí estaba, tan claro ante sus ojos como los patos que sobrevolaban el exterior ajardinado:

«Cojo, pero apto.»

La única referencia personal a ese pobre muchacho no hablaba de su voluntad, de su familia, ni de su reclutamiento. Era cojo y era apto. Punto. Listado de 1960.

Ahora le faltaba saber quién lo *reclutó*. Quién lo secuestró y lo trasladó. Quién lo vendió. Y algo le decía que las carpetas halladas en el búnker podían tener esa información. Pronto lo iba a averiguar.

55

Mujer con bata verde

—¿Familiares de Martha Lighthouse?

Rose se había quedado dormida sobre Scarlett, que la abrazaba mientras los calambres que el peso de su hermana le causaba en las piernas se colaban en su sueño. Después de conseguir otra banqueta, de madrugada, se habían recostado juntas, solas, en esa sala de espera que, a pesar de las horas, seguía abarrotada. El frío penetraba desde el exterior y, aunque se habían quejado y la recepcionista aseguraba que habían subido la calefacción, les agarrotaba los huesos.

Después de pasar un largo rato enfadadas por todo lo que vieron en redes, una burla creciente que se había convertido en linchamiento, ambas se habían quedado sin batería. Y casi lo agradecieron. Ninguna de las dos había traído un cargador y ni se molestaron en pedir a nadie el favor. Estaban las dos. Estaba su madre. Y estaban los sanitarios que las tenían que informar. No necesitaban más.

«A papá, que le den», dijeron las dos.

«Y a Paul también», pensó Rose. Le había dejado varios mensajes. Antes o después los iba a ver. La duda era por qué tardaba tanto en reaccionar. Un día entero. Ella jamás habría hecho algo así.

Por todo eso, y por el cansancio, las dos pasaron del enfado a la tristeza. Y de esta al sueño profundo a pesar del amontonamiento, los empujones, los olores que tanto les habían molestado y la incertidumbre. Vencidas.

—¿Familiares de Martha Lighthouse?

La enfermera lo gritó esta vez junto a las dos hermanas, arrebujadas, dormidas, entumecidas; al darse cuenta de que era a ellas a quienes llamaban, dieron un brinco.

—¿Qué ha pasado?

Las dos lo preguntaron en pie, de la mano, más juntas de lo que habían estado desde que eran pequeñas. Despeinadas. La piel seca. El maquillaje corrido. El aliento cargado por todos los cigarrillos que habían fumado en tantas horas sin lavarse la boca. El estómago encogido en un ayuno que no habían roto los dónuts que habían comprado en la máquina. Rose y Scarlett, dos princesas muy lejos del trono.

—¿Qué ha pasado? —repitieron, o eso creyeron mientras la enfermera consultaba unos papeles y tardaba en responder.

—Acompáñenme.

—¿Qué ha pasado?

—El doctor las atenderá.

La siguieron. Entraron. Un médico de habla española las invitó a sentarse. Las dos se atusaron el pelo, se frotaron los ojos. El salto desde el sueño profundo a la máxima atención que ahora tenían que prestar era una cabriola de vértigo en su penoso estado. Se dieron la mano.

—Quiero decirles que hemos tenido bastante suerte —empezó el doctor. Ellas no se relajaron—. Su madre está siendo muy fuerte.

No se movieron. Ni preguntaron. Siguieron con los ojos muy abiertos esperando las explicaciones del doctor.

—Su madre ha sufrido un accidente cerebrovascular y puede tardar en recuperarse. Pero ha salido del coma y está consciente.

—¿Se ha salvado? —preguntó Rose con un hilo de voz. Scarlett apretaba su mano.

—Eso nunca lo podemos asegurar al cien por cien, señorita —siguió el doctor—. De momento, ayer estaba en coma y hoy está consciente. Deben alegrarse por ello.

—¿La podemos ver?

—Claro que sí. También será muy bueno para ella. Eso sí, les pido tranquilidad, que no la alteren. ¿Están preparadas para verla?

—Sí, sí.

Las dos volvieron a repasarse el pelo con las manos, Scarlett buscó un espejito y Rose un pintalabios, colorete. Se retocaron, nerviosas.

—Me refiero a si están preparadas para verla con tranquilidad. A ella esto no le importa. —El médico señaló el maquillaje.

Ellas asintieron, no iban a discutir con el doctor. Con este doctor. Estaban listas. Caminaban detrás de él para ver a su madre cuando la enfermera los alcanzó.

—Disculpe, doctor.

—Dígame.

—También ha llegado el marido de la señora Lighthouse. Con otros familiares. ¿Los hago pasar también?

—*No way* —dijo taxativamente Rose.

—Ni hablar —dijo Scarlett a la vez.

—¿Ni siquiera a su padre? —preguntó el doctor.

—Ni de coña —respondieron las dos.

Ambas estaban tan alineadas en sus palabras y su mirada que el médico alzó los brazos y les dio la razón.

—Ahora solo pasarán ellas.

Y ambas pasaron. Los recién llegados se quedaron en la sala de espera. Su tío Arthur, su prima Caroline y ese despojo al que no querían llamar padre.

Con ellos había una mujer con bata verde que, según dijo, los iba a acompañar al interior unos minutos después.

56

De éxitos y silencios

El silencio se impuso entre las dos hermanas en el estrecho Airbnb que compartían después de que Jane volviera a casa y anunciara a Joyce:

—Lo siento, hermana. Me vuelvo a casa.

—¿Y eso? ¿Por qué tan rápido? ¿Y Martha?

Ninguna pregunta había sacado a Jane de su mutismo. Joyce la conocía como solo pueden conocerse quienes han compartido un óvulo fecundado por el mismo espermatozoide para conformar cigotos diferentes. Habían evolucionado de forma distinta, Joyce más extrovertida, alegre, expansiva, y Jane más callada, volcada hacia adentro. La primera, siempre satisfecha, fuera cual fuera su suerte; la segunda, más agónica e insegura. Todos los demás Lighthouse disfrutaban del entusiasmo de Joyce cuando la visitaban en Francia y la encontraban en su casa prácticamente en ruinas celebrando que habían logrado levantar un muro, recuperar la tubería de agua o colocar una bañera precaria para que se lavaran los niños, aunque fuera con el agua fría. Siempre ilusionada.

Pero los segundos, los minutos, las semanas que compartieron en el mismo espacio hasta conformar los ocho meses que duró el embarazo, primero un óvulo y luego un útero acogedor en el que ambas se plegaban sobre sí mismas para nutrirse de una misma placenta y estirar el espacio disponible, las habían marcado para

siempre. Aprendieron juntas a crecer. A vivir. A respirar. A emocionarse. A llorar. A pelear. A hacer amigas y enemigas. A enamorarse y desenamorarse. A cuidarse. En ocasiones, a ignorarse, pero nunca lo suficiente como para que cada una dejara de estar pendiente de la otra y regresara en su busca aunque hubiera perdido el invisible pulso que también libraban.

Por eso no necesitaban muchas palabras entre ellas, aunque si las necesitaban podían encontrarlas a raudales.

Y por eso Joyce respetó el silencio de Jane, que sabía se debía más a su dificultad para comunicarse en los momentos difíciles, al bloqueo en el que la sumían los conflictos, que a la distancia con su hermana.

Y así lo respetó, hasta que dejó de respetarlo.

—Creo que sé por qué adelantas tu marcha, pero me encantaría que me lo contaras. ¿Por qué no me hablas, hermana?

Entonces hablaron. El desmantelamiento de la casa había sido un huracán para Jane, por no mencionar el descubrimiento de una hermana anterior con su mismo nombre que había muerto. Ver cómo empaquetaban los recuerdos que habían sobrevivido a la muerte de su madre y que ahora, muerto su padre, dejaban de tener un motivo para seguir existiendo, la había desgarrado. La sensación de extrañamiento ante una comunidad en la que sus amigas, sus vecinos, sus referentes de la niñez habían desaparecido. Nadie seguía siendo lo que fue y hasta Londres era diferente. Y, sobre todo, sus hermanos.

—No reconozco a Ben. No reconozco a Arthur. Creo que no reconozco nada de lo que dejé atrás.

—¿Me reconoces a mí, al menos? —Joyce tenía habilidad para hacerle sonreír y de nuevo lo logró.

—Claro que sí. —Jane le tomó una mano—. Y sé que nos tenemos la una a la otra. Pero ahora solo quiero irme.

También eso las había diferenciado durante toda su vida. Allí donde Jane veía el momento de huir, Joyce enfrentaba los problemas. Donde una se replegaba, la otra se expandía. Tal vez había ocurrido desde el vientre materno, donde ambas habían competido por un lugar y un alimento que no era infinito. Pero hoy, las dos maduras, cincuentonas, pasada hacía mucho tiempo la página de la inocencia, no era momento de disimular. Por eso Joyce se sinceró.

—He visto las cartas. He leído algunas.

Jane bajó la vista y se sonrojó.

—Son privadas —se atrevió a decir.

—Son hermosas, Jane —dijo Joyce, sin asomo de culpabilidad.

—Son tristes —dijo Jane.

—Y son alegres —siguió Joyce—. Tu vida ha sido bonita. Tu vida es bonita, hermana. Puedes estar orgullosa.

Jane se sonrió sin que la tristeza de sus ojos se difuminase. No necesitaba revisar las cartas para rememorar todo lo que había en ellas. Los progresos de sus hijos, sus pequeñas andanzas, sus vacunas, sus campamentos, sus estudios, los instrumentos que empezaban a tocar y que luego abandonaban. O las carreras que empezaban a elegir. Su mudanza. El momento en que dejaron el pequeño piso de Bilbao para construir un caserío amplio y luminoso con vistas a ese mar Cantábrico que la separaba de su país y al mismo tiempo la unía a él, donde cada uno de sus hijos tenía su habitación y donde iba levantando un jardín tan parecido al de su madre. Su marido iba tomando tal protagonismo en la industria vasca que la prensa se hacía eco de sus resultados y ella misma le

ayudaba en la comunicación de la empresa. Había recortes de prensa. Su nuevo papel le gustaba.

Las cartas rezumaban éxitos porque los había. No eran mentira. También porque a unos padres es imperativo transmitirles los éxitos. Pero ella sabía todo lo que no estaba escrito. La nostalgia, el dolor de la distancia, el miedo a que envejecieran sus padres y el de asomarse al espejo y encontrarse cada vez más con la imagen de su madre, tal era el parecido que ella iba adquiriendo a medida que cumplía años. Y si ella veía a su madre en el espejo era porque esta, su madre, había caminado hacia la muerte demasiado pronto, demasiado sola, demasiado disgustada por los tropiezos de sus hijos, incapaces de ocultar sus fracasos a sus padres. Arthur, por su divorcio, anatema para su madre, y su nueva boda con una alumna veinte años más joven. Ben, no tanto por los altibajos en una carrera de por sí irregular y que le hacían depender económicamente de ellos, sino por las infidelidades a una gran mujer, a Martha, retratadas con todo detalle en la prensa.

Aquello mató a su madre, no tenía la menor duda. Y no estaba en sus cartas. Como tampoco su sentimiento de culpa por no hallarse cerca de ella. O la imposibilidad de perdonar a sus hermanos. Ni a sí misma.

—Yo también estaba lejos, hermana. ¿No te das cuenta? Pero ella nos sentía cerca —intentó consolarla Jane.

—Lo dudo, Joyce.

—¿Qué quieres decir?

—¿Tú por qué te fuiste de Inglaterra, hermana? ¿Recuerdas que ya te lo pregunté en el Three Lyons? ¿No le has dado vueltas?

Joyce la miró con más gravedad de la acostumbrada.

—No sé, Jane. Tal vez... Yo estudiaba teatro y, como actriz... —Joyce se interrumpió.

—¿Qué, Joyce? ¿Qué pasaba? ¿Por qué te fuiste?

—Supongo que, como actriz, aquí no había suficiente sitio para Ben y para mí. —Alzó un hombro y sonrió—. Y luego ya lo dejé.

—¿Ves? —Jane siguió seria—. Tal vez aquí no había sitio para ninguna de las dos. ¿No lo has pensado? Ni como actriz, ni como nada.

Joyce quedó en silencio. Jane terminó de recoger sus cosas. Quedaban pocas horas para tomar el vuelo. La maleta estaba lista y, antes de cerrarla, dudó. Finalmente dejó las cartas fuera.

—¿Vas a despedirte de Martha?

—Justamente voy a verla. Y, de ahí, al aeropuerto.

—¿Te acompaño?

—Iré yo sola. Lo siento.

Las hermanas se abrazaron.

—¿Nos vemos en Francia? —preguntó Jane mientras se fundía con Joyce durante unos segundos que avanzaron tímidos, sin prisa alguna.

—O en Francia o en España. —Joyce la apretó con fuerza—. Pero no aquí.

Y Jane, con la maleta en una mano y la bolsa de cartas en la otra, abandonó el Airbnb.

57

Isquemia o ictus

Martha contempló lentamente los monitores que rodeaban su cama y que repiqueteaban a su lado con distintos ritmos y sonidos. Había entendido lo ocurrido y, también, la paradoja que entrañaba.

Había sufrido una isquemia, o quizá un ictus. Era pronto para terminar de evaluarlo.

«Una alteración de la circulación de la sangre en el cerebro», había dicho el médico.

También se podía llamar «embolia», «trombosis» o «infarto cerebral». Lo sabía bien.

Era lo mismo que —a una escala superior— había matado de forma fulminante a su suegra, su querida Marjory, hacía ya muchos años y que esta vez la había avisado a ella. Un mordisco de la realidad. Una amenaza. La guadaña. Lo habían cogido a tiempo y no iba a morir de esta, le habían dicho, pero las funciones motoras se podían ver comprometidas. Las funciones cognitivas, por lo que todos pudieron comprobar, seguían intactas.

—¿Dónde está vuestro padre?

Fue lo primero que preguntó a sus hijas, sus niñas, que habían entrado temblorosas, frágiles, casi tambaleantes, a ese box de monitores con señales luminosas que las habían asustado más aún que el estado en que se encontraba su madre.

—Mamá, no es el momento.

—Quiero ver a ese cabrón. ¿Ha tenido al menos el detalle de venir?

Rose y Scarlett rieron al comprobar que la mala leche de su madre no se había visto mermada. Unos minutos antes, las dos habían seguido sobrecogidas, siempre de la mano, las explicaciones más detalladas del médico.

—¿Ha sufrido algún disgusto? ¿Algo grave? —había preguntado el doctor.

—Sí —reconocieron, sin dar detalles.

Y es que cabía la posibilidad de que la crisis hipertensiva con la que entró su madre hubiera derivado en un ictus o hemorragia cerebral, que era lo que parecía cuando ingresó. Que hubiera recuperado tan rápidamente la conciencia y el buen tono general podía indicar, sin embargo, que todo se había debido a un brutal ataque de ansiedad. Tan fuerte que quedó inconsciente. Pero era pronto para saberlo. De momento, las cosas parecían ir bien.

El alivio que sintieron las sumió al principio en un lloro irracional, las dos abrazadas mientras su madre las regañaba. «Seréis idiotas.» Y después se transformó en risa cuando ella insistió:

—Quiero ver a vuestro padre. Hacedle pasar.

No tenían más remedio que cumplir su voluntad. Su madre conocía lo más importante, la acusación por abuso de menores, y no se iban a molestar en ponerla al día sobre los sucesos siguientes. Su desaparición. Las fotos de su borrachera con una mujer vulgar y rubicunda que habían circulado por las redes y que ya eran de dominio público. Ni siquiera le iban a decir que si había llegado era porque Arthur y Caroline le habían rescatado *in extremis* y le habían arrastrado hasta aquí. Ni hablar del Bentley, que, por cierto, Ben había heredado de su suegro porque Martha no sabía conducir.

Ellas aún no le habían visto, pero podían imaginar el estado en el que se encontraba. A su prima le había dado tiempo a describírselo en el chat que compartían antes de que ambas se quedaran sin batería.

—Vete a buscarle tú, Scarlett —ordenó Martha—. Quiero hablar con Rose.

Las dos hermanas se miraron extrañadas. También atemorizadas. Elegir a la mayor podía implicar que su madre quisiera abordar algo importante, un designio o una última voluntad.

Pero no era el caso.

—Mamá, estás bien, no tienes por qué... —dijo Rose, angustiada, una vez solas.

—Calla, boba. Quiero preguntarte por tu queridito Paul. ¿Dónde está Paul?

—Mamá... Paul está... está trabajando... —La pregunta la había dejado perpleja.

—¿Por qué no está aquí contigo?

El rostro de Rose se nubló y su boca se entornó en un puchero que le hacía parecer una niña pequeña. Se calló.

—A mí no me engañas, Rose. Te lo veo en la cara, en tu delgadez. Llevo tiempo deseando decírtelo y no voy a esperar más. Que te entre bien en la cabeza. Ese cabrón va a ser como tu padre. Y no quiero que sufras lo que he sufrido yo. Es un hombre casado y está jugando contigo como tu padre ha hecho con tantas jóvenes. Ahora ya lo sabes. Si después de esto no cortas, eres idiota.

Rose estaba atónita. Su madre nunca había hablado así. Ni siquiera recordaba haberle contado su relación con Paul, aunque era consciente de que los medios la habían aireado de sobra. También eran evidentes las lagunas de su emancipación. Un apartamento en Docklands para ella sola cuando apenas tenía ingresos no era algo

que se pudiera disimular a una madre con los pies en la tierra y sin pelos en la lengua. Los episodios de euforia y depresión también saltaban a la vista.

—¿Me estás entendiendo, Rose?

—Sí, mamá. No te preocupes, mamá.

—¿Me prometes que no caerás como yo?

—Prometido, mamá.

Los pucheros y los hipos le restaban toda credibilidad, pero se esforzó por asentir con la cabeza mientras su madre la miraba sin disimular su escepticismo.

—Es un hombre casado, Rose.

—Se va a divorciar —musitó sin ocultar la vergüenza que estaba sintiendo.

—¿A cuántas les habrá dicho tu padre el mismo rollo? Y si hoy estamos separados es porque me he ido yo. Esos hombres nunca se van. Cuando se divorcie, hablamos.

Fue entonces cuando regresó Scarlett. Rotunda como su madre. Hermana menor convertida en mayor. Seria, enfurruñada. No venía sola. En la puerta cerró el paso a su padre, que detrás de ella parecía un bulto empequeñecido y sin voluntad.

—¿Estás segura de que quieres verle? ¿No te vas a alterar? —preguntó a su madre.

—Estoy segurísima.

—Yo me largo —dijo Rose. Y efectivamente se largó cabizbaja, temblorosa, sin saludar siquiera a su padre, que la siguió con la vista sin atreverse a dirigirle la palabra. Su aliento apestaba.

—Yo me quedo —proclamó Scarlett, firme en la puerta.

—Anda, déjanos, hija. Somos adultos —pidió su madre.

—¿Estás segura, mamá?

—Laaargo —ordenó Martha—. Pasa ya, Benjamin Lighthouse.

Scarlett franqueó entonces el paso a su padre y se quedó de pie en el pasillo, las piernas ligeramente abiertas, los brazos caídos a ambos lados, en guardia, como si fuera un agente de seguridad que tuviera que escoltar a un peligroso preso.

Ella no cerró la puerta, pero su padre sí. Rose había desaparecido.

Y Ben entró. Con parsimonia y el rostro cariacontecido dio unos pasos tímidos al frente hasta situarse junto a su esposa. Su gesto turbado y su piel pálida y ajada por la resaca no se le escaparon a Martha.

—Pareces tú el enfermo y no yo.

Ben no dijo nada. Con las manos sostenía y cerraba las solapas de su abrigo, que a duras penas ocultaba el viejo traje de su hermano.

—¿De dónde sales de esa guisa? ¿Qué llevas ahí? —preguntó Martha. Y con su mano libre de cables no le costó separar los dos lados del abrigo de Ben.

Este alzó las cejas, dibujó una sonrisa nada convincente en sus labios y soltó las solapas. El intento de disimular su aspecto no había funcionado. Hacía rato que, además, había escondido el pañuelo de cachemira en el bolsillo porque también estaba manchado de vómito. Los restos de su elegancia se habían esfumado igual que su reputación.

—¿Qué traes puesto? —insistió Martha, extrañada, mientras intentaba vislumbrar el raro atuendo de Ben.

Ben se quitó al fin el abrigo. Rendido. No solo era imposible engañar a Martha, que siempre le había cazado cualquier anomalía al vuelo, sino que además hacía mucho calor en el box. Su aún esposa le observó. El traje pasado de moda de su hermano acumulaba arrugas legendarias y saltaba a la vista que no había conocido la tintorería. La chaqueta deformada que a Arthur le había

colgado por todas partes mientras leía su discurso funerario hacía tan pocos días marcaba hoy las curvas de Ben. La cintura estaba abierta y su barriga, que tanto había aprendido a disimular con los *blazers* a medida de su sastre de confianza de Savile Row, se mostraba aquí con toda su contundencia. La bragueta a duras penas cerrada, el botón desabrochado.

—¡Es el traje de Arthur! —Martha soltó una carcajada—. Ni más ni menos que el traje de tu querido hermano Arthur. Un auténtico Marks & Spencer de hace treinta años. El de sus dos bodas. Hay que tener valor. ¡Qué habrás hecho!

Ben bajó la vista. Ni por un momento había pensado en lo que iba a decirle a Martha, acaso una frase de despedida si alcanzaba a encontrarla consciente o una petición de perdón en su lecho de muerte, pero lo que no se había planteado era verla así, tan recuperada, sarcástica. Comparada con él, estaba en plena forma.

—Sin ti no soy nada, mi amor. Para qué nos vamos a engañar.

Martha le volvió a observar. De arriba abajo. De abajo arriba. También ella había esperado otra cosa. Su elegancia habitual, su encanto, su seguridad. Le costó un gran esfuerzo conectar la imagen del hombre que tenía delante con la de su marido.

—Al menos llevas una camisa blanca.

Los dos tenían sus códigos. En sus veinticinco años de matrimonio, siempre que ella había faltado o que él viajaba sin ella, Martha le había preparado una por una todas las camisas que él se debía poner. A juego con su traje, sus corbatas, sus pañuelos, prendas para un premio, una gala o una promoción. Y Ben sabía que, en caso de duda, debía elegir una blanca.

Había más códigos. Los enfados de Martha, las rupturas, el vacío, el silencio prolongado durante días y, después, el ritual del arrepentimiento. Cierto que esta vez ella se había ido para siempre

—había dicho— porque él había cruzado líneas que nunca antes franqueó. Ligar delante de ella en el mismo club en el que ambos cenaban. Frecuentar cada vez más la prensa del corazón, que había puesto la diana en su relación con Ann-Elizabeth King. Y las noticias crecientes sobre sus flirteos con menores. Todo eso había alimentado de sobra la decisión de Martha. Y la última exclusiva sobre la acusación de abusos solo había añadido gasolina a un incendio que ya había arrasado la relación. Ben, sin embargo, probó.

—Sé que no lo merezco, pero —dijo, la voz acompañada de una carga de visible timidez— ¿me puedes perdonar?

En un primer momento Martha le miró con sorna mientras el pequeño de los Lighthouse ladeaba la cabeza como un perrillo anhelante de caricias. Le había creído demasiadas veces. Pero, al cabo de pocos segundos, su rostro se encendió con furia y su voz se desentendió de la calma que imponía el hospital.

—¡Serás hijo de puta! ¡Cabrón! Abusador de menores. ¿Cómo te atreves siquiera a pedirme perdón? ¿Cómo te atreves a venir hasta aquí? A saber en qué antro llevas veinticuatro horas para que tu hermano haya tenido que prestarte ese traje, a saber...

Sus gritos eran tan contundentes que, desde el pasillo, Scarlett abrió la puerta y se asomó de inmediato.

—¡Mamá! No debes...

Tras ella asomaba también la figura de Rose, cabizbaja, y de Arthur y Caroline, que amagaron con entrar, alarmados. Junto a ellos también estaba la mujer con bata verde.

—¡Dejadme en paz! ¡Y cierra la puta puerta!

Scarlett cerró de inmediato. Que su madre no tenía pelos en la lengua era bien sabido, especialmente en los momentos de colisión con su padre. Pero que no los tuviera tras sufrir lo que parecía un

ictus gravísimo era nuevo. Tal vez por eso o porque le tenían miedo, todos ellos acataron y esperaron tras la puerta.

—Y ahora explícate —ordenó Martha a Ben.

Ben se quedó en silencio. La cabeza ya la tenía perjudicada desde que se había despertado en el sofá de Arthur, pero sentía que ahora le iba a explotar, que los gritos de su mujer le iban a despegar el cráneo del cerebro, si es que permanecía viva alguna membrana que los uniera tras la cogorza de la víspera con las irlandesas. Su boca estaba seca. No había comido nada. Y las albóndigas del Tesco seguían deambulando por su tracto intestinal, sin rumbo fijo, hacia arriba o hacia abajo. No podía más. Necesitaba ir al baño. O necesitaba una copa. O necesitaba ambas cosas.

Recuperó su abrigo. El apretón arreciaba, pero podría aguantar. Tenía que aguantar. En su viejo bolsillo debía de quedar una petaca. Metió instintivamente la mano en busca de esa botella cuando se encontró con otra cosa. Y él mismo se rio. Era la talla de la Virgen. La tomó con cuidado y la posó sobre la mesita regulable de la cama, al alcance de su esposa.

—No puedo explicar gran cosa. Pero te he traído esto.

Martha tomó la talla. Ella misma se la había regalado a Marjory muchos años atrás, cuando la vida fluía plena de ilusiones. En aquellos tiempos las niñas eran pequeñas, los dos estaban enamorados y ella aún creía que formaban una familia perfecta. Aún no necesitaban petacas.

—Creía que ibas a ofrecerme un trago.

—No habría estado mal. Pero no tengo nada. Y ahora lo siento, Martha —apremió Ben—. Perdóname...

—Aún no te puedo perdonar, Ben.

—No, no. Quiero decir... Perdóname, tengo que ir al baño... Ahora vuelvo.

Ben no esperó su respuesta. Salió rápido como un relámpago en busca de un baño y tal era su prisa al abrir la puerta y esfumarse que los ojos de sus hijas, su hermano y su sobrina le siguieron asustados. También la mujer que aguardaba con ellos. La mujer con bata verde.

De pronto, Rose la observó y la empujó contra la pared.

—¡Serás hija de puta!

La sanitaria —o la mujer que vestía bata verde— había sacado el móvil y estaba haciendo fotos a Ben, que corría pasillo arriba hacia los baños cercanos, e incluso a Martha, que los contemplaba a todos desde la cama con la extrañeza de quien no entiende lo que está ocurriendo.

Rose cerró la puerta de un golpe para que su madre no viera nada y se abalanzó sobre la mujer de verde. La delgada niña Lighthouse la tumbó en el suelo.

—¡Serás hija de puta! Dame ese móvil.

Arthur y Caroline miraban anonadados, pero Scarlett comprendió. Era la misma que había ofrecido un cigarrillo a Rose, que le había hecho fotos y que, al reconocer a su padre, le había acompañado hasta aquí.

—¿Quién coño eres? —Scarlett se había sentado a horcajadas sobre la mujer de verde.

—Déjame en paz. Soy periodista. Solo hago mi trabajo.

—¿Y te crees con derecho a hurgar en nuestra vida? ¿A venir disfrazada y hacernos fotos? Imbécil —gritó Scarlett.

—¡Zorra! —la apoyó Rose.

Caroline y Arthur mantenían los ojos abiertos, espantados. Las educadísimas hijas de Ben, que habían probado los mejores colegios de la alta sociedad británica hasta rozarse con toda la élite del país mientras ellos frecuentaban la enseñanza pública, se estaban

revolcando en el suelo oscuro de un hospital, sucias y desgreñadas, para zarandear a una periodista que se había disfrazado de sanitaria y quitarle el móvil. Todo ello mientras Martha revivía como un auténtico alien en la cama del hospital en la que la habían creído moribunda. Y mientras Ben seguía oculto en el baño del pasillo, donde todos pudieron verlo entrar con los pantalones prácticamente en las rodillas.

Y la trifulca era tan vistosa que no tardó en llegar un guarda de seguridad. Y, tras él, la policía.

—Señoras, por favor. —El guardia intentó separarlas. Logró apartar a Rose, pero no a Scarlett.

—Esto es cosa nuestra —decía esta.

El guarda forcejeó hasta inmovilizarla. Los dos policías esperaron, rezagados.

—¿Y ustedes qué quieren? —les espetó la propia Scarlett, una vez en pie—. Esto es un asunto privado. Si quieren detener a alguien, detengan a esta periodista. Por violar nuestra intimidad.

Los agentes observaron a Scarlett y a la periodista, después se miraron y, tranquilamente, dijeron:

—Nosotros solo estamos buscando al señor Lighthouse. Nos han dicho que le íbamos a encontrar aquí.

—¿Al señor Lighthouse? Soy yo. ¿Qué desean? —dijo Arthur.

—¿Es usted Benjamin Lighthouse? Traemos una orden de detención. Debe venir con nosotros.

—¡No, no! Yo soy su hermano.

—Yo soy Benjamin. Benjamin Lighthouse.

Ben había salido del baño, se había acercado silenciosamente al grupo y se identificó. Sin la cobertura del abrigo que antes había disimulado su atuendo, la chaqueta le colgaba sobre cada redondez

de su cuerpo y las mangas cubrían sus manos. El pantalón seguía desabrochado, con la bragueta cerrada solo hasta cierto punto.

El actor buscó en su memoria algunas palabras. Le habría gustado declamar ahora algún monólogo medianamente digno, pero no le vino nada a la cabeza.

—¿Podré elegir la última cena antes de que me cuelguen, al menos? —dijo solamente mientras lanzaba un guiño a sus hijas. Estas apenas se habían recompuesto tras levantarse del suelo. A su aspecto no iban a añadir una lágrima.

Porque, como todos sabían, los Lighthouse no lloran.

En el interior de la habitación, Martha pensó en llamarlos, no sabía por qué la habían dejado sola. Pero, en realidad, no los necesitaba. Miró la talla de la Virgen con gratitud. Y solo lamentó no tener una petaca.

58

El marido de Asha

Ann-Elizabeth apartó los documentos que en su nuevo proyecto había desplegado en su mesa. Nombres y más nombres de dinastías beneficiadas por el colonialismo. Todo fue al suelo. Y colocó los archivos del búnker de Everett sellados con la W de Watch. Como cualquier funcionario de cierto nivel, el señor Lighthouse había traído papeles al volver de la colonia para entregar en Londres, pero había despistado unos cuantos. Cosas que no tenían que ver precisamente con las vacas y las cabras y que se llevó a su casa.

No eran muchos, los abrió. Hacían referencia a temas concretos y a Ann no le costó atar cabos.

Contenían los acuerdos entre líderes tribales y el Servicio Colonial para *dar trabajo* a esos chicos. Y ella buscando unas máscaras.

Contratos de reclutamiento. Envíos a otros países. Una generación de muchachos, los más fuertes, pero también los más lisiados, rumbo a trabajos penosos a cambio de algo de paz. De algún cargamento de latas o de ginebra. De permisos para levantar cabañas. De progreso y civilización. Todo estaba registrado.

Alguien había vendido a Musa y estaba tratando de averiguar quién era. Alguien le había llevado lejos y Everett Lighthouse lo sabía. Alguien había anotado la suerte de esos muchachos y ella —ellas— lo iban a descubrir.

¿Máscaras? Hoy y aquí, había crímenes mucho más graves que el saqueo de obras de arte.

Ann-Elizabeth se echó atrás en su silla y contempló el botín de papeles. A sus pies, las personas que aún disfrutaban de los privilegios de la represión. Sobre la mesa, las que aún la sufrían. La lista iba a multiplicarse y el contrato de su editorial iba a tener que variar.

Pero ahora mismo había una urgencia: llamar a las chicas Tabora y contarles lo que había averiguado.

Cuando Asha se despertó, cuando logró levantarse y ponerse la bata para ir a desayunar, le sorprendió el silencio que había en el piso. Miró la hora. Había dormido más de la cuenta y era extraño que a esas alturas de la mañana no estuvieran Amina y Adela corriendo por todas partes y peleando por el baño. Sus gritos solían llegar a su cuarto.

Una vez en el pasillo, las buscó. No le constaba que tuvieran que irse tan temprano. Avanzó unos pasos, se enderezó para mirar, y las vio.

Ambas estaban en su habitación, ante el santuario de los diarios, Amina sentada en su propio sillón y Adela en el brazo, con las cajas abiertas y varios tomos sobre las rodillas. Y no los miraban furtivamente, como sospechaba que hacían desde que trajeron las cajas, sino que los leían sin tapujos.

—¿Qué estáis haciendo? —reclamó, enfadada—. ¿No os he dicho que eso me pertenece? ¿Que no es asunto vuestro?

—Mamá, tenemos que hablar. —Amina ni se inmutó. Solo se levantó para ofrecerle paso—. Siéntate.

—Os he dicho que eso es mío. Y os he prohibido verlo.

—Olvídate, mamá. Hay más cosas que los diarios. Ya tenemos una verdad.

—¿Qué ocurre?

—Vas a alucinar, abuela... —Adela disparó.

—Cállate —ordenó su madre—. Déjame a mí.

Asha sorteó las cajas y se dejó caer en el sillón. Después alzó la cabeza para mirar a Amina. Con seriedad.

—Te escucho.

—Madre. Recuerdas quién es Ann-Elizabeth King, ¿verdad?

—Claro. La amiga de Caroline. Pasó muchas tardes en casa de los Lighthouse.

—Sabes que hoy en día es investigadora. Estudia el Imperio británico.

—Sigue.

—Ann-Elizabeth ha encontrado algo importante.

Asha la miró con profundo desdén. Ni toda la curvatura exacerbada de su espalda iba a impedir que ella dedicara a su hija la mirada que le diera la gana.

—No quiero saber qué demonios tiene esa chica que ver con mis diarios.

—Escucha, madre. Solo te pido que me dejes hablar. Yo le pedí que investigara. Y ha encontrado algo increíble.

Asha mantuvo su mirada escéptica. Siguió escuchando.

—Ha encontrado a tu hermano, madre. ¡Ann-Elizabeth ha encontrado a tu hermano! Musa Tabora. El mismo nombre, la misma edad. Todos los datos coinciden.

Asha abrió los ojos y se enderezó por unos segundos como si no padeciera su habitual inclinación. Fue lo único extraordinario, porque su gesto permaneció como solía, cargado de distancia e incredulidad. Su larga vida en Inglaterra y Tanganica, sus décadas

entre los dos continentes, funcionaban como un pesado tren en marcha, un tren cargado hasta los topes de mercancías peligrosas que no se podía detener. Si su hija, su nieta y esa otra cría del demonio estaban pulsando el freno de emergencia, si querían que ella parara el carro y cambiara de trayectoria a estas alturas, se habían equivocado. No se frena con facilidad a los setenta y tres años. No se cree uno cualquier milonga a esa edad. Salvo que...

—¿Qué datos? Explícamelo —concedió, sin cambiar un ápice su gesto descreído.

—Te explico.

Tras la expropiación de tierras y la evacuación de la aldea, varios muchachos de la tribu, chicos de trece a dieciséis años, habían sido trasladados a Suráfrica. Buscaban cuerpos menudos, ágiles y fibrosos para descender a las minas de oro y moverse con mucha mayor habilidad que los adultos. Entre ellos había un joven, Musa Tabora. Tenía cojera, según recogían los informes británicos, que registraban todos los detalles con meticulosidad, pero le habían declarado apto para trabajar. Aquello fue en 1960, justo cuando desapareció.

Asha no mutó el gesto. No se movió. En apariencia estaba firme, escéptica, pero a su hija y a su nieta no las podía engañar. En sus manos detectaron un levísimo temblor que también se trasladó a la barbilla.

—Seguro que está muerto —dijo lacónicamente.

—Creemos que no, mamá. —Ahora Amina agarró las manos de su madre. Estaban frías y sudorosas.

Un sindicato de mineros extranjeros, hombres traídos de todas las colonias de África y Asia, había logrado organizar un registro. Algunos trabajadores habían muerto en la mina o posteriormente, muy jóvenes, debido a las pésimas condiciones del aire y la

temperatura que habían soportado. Otros que aún estaban vivos no conocían su edad, ni muchas veces su procedencia. Con el tiempo habían olvidado los nombres de sus aldeas o estas ya habían desaparecido con la reasignación de territorios que hicieron los ingleses. Pero un hombre respondía al perfil. Musa Tabora. De setenta y dos años. Sabía que venía de Tanganica, pero nada más.

Ahora Asha se quedó sin habla. Adela la abrazó sin contemplaciones. Achuchaba a su abuela como no solía y le besaba la cabeza.

—¡Puede ser tu hermano, abuela!

—Quita, quita. —Asha la espantó con aspavientos. Formalmente, no se iba a parar el tren—. ¿Y por qué habéis sacado todo esto? ¿Qué buscáis aquí? —Señaló las cajas abiertas.

—También hemos encontrado otra cosa, madre. Esta es más dura.

—¿Más dura? Qué blandas sois. Anda, enseñádmelo.

Y Amina se lo tendió a su madre. Uno de los cuadernos del viejo Everett abierto por un apunte en la letra contundente que le caracterizaba. Año 1960.

> Al fin he averiguado lo que ha ocurrido con Musa. Marjory y yo creíamos que se había fugado para no ir con los askaris a Kenia, pero nada más lejos de la realidad. Asha tenía razón. Él jamás habría desertado. Tenía ilusión por combatir por Inglaterra. El pobre chico ha tenido una suerte peor. El marido de Asha le vendió. Le cazaron una noche, le metieron en un camión, le llevaron con otros muchachos al aeropuerto y, de ahí, a Suráfrica. Un avión cargado de chicos. Me cuesta aceptar que estemos haciendo esto. Me cuesta imaginar que el Reino Unido, nuestro Imperio, trate así a la población local.
>
> Ojalá un día podamos extender de verdad la civilización.
>
> No se lo diré a Asha y, mucho menos, lo de su marido. Pero tendremos que sacarla de aquí. No podemos dejarla en manos de esa bestia. Ni a ella, ni a Amina.

Asha tuvo que releer varias veces el fragmento para entenderlo. Amina y Adela callaban. Finalmente depositó el cuaderno sobre una

de las cajas y preguntó:

—Y ya que tanto sabéis, ¿qué le dieron a cambio? —Asha se trabó —. ¿Cuánto le pagaron por mi pequeño Musa?

Amina esperaba esa pregunta. Y Ann-Elizabeth la había informado a tiempo.

—Tres botellas de ginebra, diez latas de *beans* y permiso para casarse con otra mujer.

—¿Otra mujer? Si los ingleses querían acabar con la poligamia — se extrañó Asha.

—Por eso. A él le dieron permiso para casarse otra vez. Con una aún más joven que tú.

Asha se calló unos segundos, todas lo hicieron. Finalmente habló.

—¿Ves como tu padre era mala gente? Te lo dije. Y no me querías creer.

Habló con un hilo de voz. El tren no había descarrilado, pero se había frenado. Adela la abrazó de nuevo y Asha, ahora, se dejó.

59

De Jane y Mary Jane

Cuando Jane llegó al hospital, la maleta en una mano y la bolsa con las cartas en la otra, casi todos se habían evaporado de allí. Rose y Scarlett se habían ido a dormir después de tantas horas de tensión. Caroline, a su trabajo. Y Arthur aguardó a su hermana para intercambiarse un abrazo rápido antes de correr a sus asuntos.

—¿Estás bien? —preguntó a Jane, las manos sobre sus hombros.

—Perfectamente.

—Creíamos que ibas a quedarte hasta que vendiésemos la casa. Siento que te vayas.

—Es mejor así. —Jane se encogió de hombros.

—¿Nos vemos en España, entonces? —Arthur mantenía sus brazos sobre ella.

—Seguro, hermano.

—Ya sabes que en mi casa... siempre estamos en obras... Nunca está en condiciones y a Stephanie tampoco se le da bien recibir a gente... —Arthur negaba con la cabeza mientras mantenía el abrazo y musitó, más bien para sí—: Supongo que será difícil que vuelvas por aquí.

—¿Vosotros estáis bien? Stephanie y tú...

—¿Por qué no lo íbamos a estar? —Arthur carraspeó para aclarar la voz y despejar un amago nervioso que le había hecho trastabillar. Jane no añadió más. La ausencia de Stephanie era obvia para todos

menos, al parecer, para él, pero era su vida y nunca dejaba a nadie entrar en ella. Arthur se despegó y entonces observó la bolsa que su hermana mantenía en la mano—. ¡Veo que has traído las cartas a Martha! Al menos alguien cumplirá la voluntad de Father. Adiós, Jane.

—Espera, Arthur. Una pregunta —le frenó Jane—. Cuando proponías denunciar a Ben por el dinero que falta... Mejor lo olvidamos. ¿No crees?

—Agua pasada, Jane. Su detención ha llenado suficientemente los tabloides y esto durará una temporada. No añadiremos más pasto para la prensa. Ahora os envidio a Joyce y a ti, que estáis fuera. Ser un Lighthouse hoy es algo más difícil aquí. En Inglaterra.

—Ser un Lighthouse siempre ha sido más difícil de lo que parece, hermano.

Los dos se abrazaron largo rato. Después, Jane observó cómo se alejaba la figura desgarbada de su hermano mayor, el rastro de sus rizos grises luchando contra el tiempo en esa cabeza privilegiada en la que, si uno se fijaba bien, también asomaba una calva. No le envidiaba. Por primera vez en su vida, no le envidiaba. Su inteligencia desbordante no le iba a bastar esta vez. A nadie le iban a bastar sus herramientas para pasar el trago de ver en el fango un apellido que había significado honor, educación, dignidad, distinción. Y amor noble.

La devoción que había profesado su madre para construir esa familia había sido mancillada. El empeño de su padre, Father, por poner en valor su dinastía, sus valores y sus principios, frustrado. Y no precisamente por su marcha temprana a España, con la que dio la espalda a una posición que acaso exigía demasiadas contemplaciones. Ni por la de Joyce, que también había seguido su

propio camino alternativo a la convención británica. Sino por desgarro interno. Por rotura. Por fatiga de materiales.

La inteligencia no había sido suficiente. La convicción, tampoco. Ni la fe. Ni el talento. Ni el brío. Ni la simpleza de un universo en el que unos pocos seres intachables, los británicos, estaban llamados a iluminar al mundo con su ciencia, su educación, su progreso. Porque, en realidad, no eran intachables.

La convicción de sus padres al dejar todo atrás y empezar su vida en África, lejos de las comodidades, para vertebrar su carrera en torno a los valores del Imperio era hoy un espejismo. Sus estertores los habían pillado in fraganti.

Jane contempló a su hermano mayor desaparecer al fin por el recodo del pasillo y entró a ver a Martha. Era la última vez. No iba a volver.

Su cuñada dormía. Su rostro yacía sobre el almohadón con el gesto tranquilo.

Martha era bella. Incluso ahora, hospitalizada y sin maquillar, guardaba la elegancia tranquila de quien no busca notoriedad. Su cuñada había contribuido a construir lo mejor de Ben y le había modelado como artista, pero también le había sufrido a fondo como hombre. Había cuidado a Father y había sido leal. Era una gran persona.

Jane observó la talla de la Virgen y entendió el último comentario de Arthur. La herencia que había correspondido a su hermano mayor estaba ahí posada, en honor a quien más la iba a apreciar. Depositó la bolsa con las cartas al lado de la talla y, justo cuando se disponía a escribir una nota, los ojos de Martha se abrieron. No se sorprendió de verla.

—Hola, Jane.

—Hola, querida Martha. Me alegro de que estés bien.

—¿Te marchas? —Martha señaló la maleta.

—Sí. Me vuelvo a España. Quería traerte las cartas. Al fin y al cabo, Father te las dejó a ti. Por tu colección. —Jane se encogió de hombros.

—¿Serás idiota? Anda, llévatelas. Hace treinta años que no colecciono sellos y tu padre estaba mal de la cabeza. —Martha aún tenía una risa limpia que desplegó mientras se incorporaba en el lecho. Los monitores parpadeaban—. Y cuéntame, Jane. No hemos hablado nada. ¿Tú cómo estás?

—¿Cómo estoy? —Jane bajó la vista. Aparte de Joyce, acaso era la primera vez que alguien se lo preguntaba en estos días. Decidió contestar—. Dolida, extraña, sorprendida.

—¿Por lo de Ben? No lo merece. Se lo ha ganado.

—La verdad es que no es por lo de Ben.

—¿Entonces?

—Primero, porque me he enterado de que hubo otra hermana. Otra Jane. La enterraron en Tanzania. ¿Te imaginas? ¡Se llamaba como yo!

—Eso no significa nada, Jane. Yo lo sabía.

—¿Lo sabías?

—Tu padre y yo hablamos muchísimo. Me lo contó. Si no os lo dijo es porque entonces las cosas eran así. Secretos. Vuestro padre os ha querido con toda su alma.

Jane bajó el gesto. En sus manos aún apretaba la bolsa llena de cartas.

—¿Y lo segundo? ¿Qué más te ha dolido?

—Father.

—¿Y eso?

—Sé que no debería molestarme, estaba demente. Pero tuvo algún detalle para cada uno de vosotros, para toda la gente

importante. Los diarios, para Asha. Las cartas, para ti. Las máscaras, para Ben. El collar, para Joyce. Y hasta la talla, esta talla —la señaló —, para Arthur, aunque ahora esté aquí. Y aunque nada tuviera mucho sentido. No sé por qué lo hizo así, pero creo que no lo merezco. Yo nunca los abandoné. Nunca los olvidé. Siempre llamé, siempre escribí, siempre volví. Ninguno de vosotros supo nunca lo difícil que fue para mí y para mi familia estar tan lejos. Y todo lo que nos costó.

—¡Ay, Jane! ¿Cómo no me lo has preguntado antes? ¡Sois tan bobos los Lighthouse! Tan distinguidos y tan bobos, tan naífs. No me lo puedo creer.

Jane no se molestó, pero las palabras de Martha la sorprendieron, sin que pudiera decidir si era para bien o para mal.

—¿Qué quieres decir?

—En los últimos tiempos Father estaba perdido. Hablaba mucho de África, de tu madre. Y también de Mary Jane. La tenía tan presente que la última vez que viniste me decía: «Pero ¿cómo va a ser Jane, si está muerta?».

Jane no sabía si llorar o largarse sin saber más.

—Por ello no te podía dejar nada —siguió Martha—. A mí me lo explicó. Para cada uno había un detalle valioso. Y cuando yo le preguntaba: «¿No falta Jane?». Él se quedaba extrañado y al cabo de un rato decía: «Jane está muerta». No te lo tomes a mal. Ya no era él.

Jane se levantó para irse. Debía llegar al aeropuerto. Dio un beso a su cuñada y esta le agarró por la barbilla. En sus ojos brillaban dos lágrimas que no acababan de rodar.

—¿No era que los Lighthouse no llorabais? —preguntó Martha, y sonrió.

—Me temo que ser Lighthouse ya es algo diferente a lo que fue. Cuídate, cuñada.

Jane tomó su maleta, sus cartas, y se fue. A diferencia de Mary Jane, estaba viva.

La talla de la Virgen transparentaba las luces parpadeantes de los monitores y multiplicaba su iridiscencia por todos los recovecos del box como los brillos de una feria que dan vida a un pueblo semiabandonado. Martha la tomó en sus manos y, abrazada a ella, se volvió a dormir.

Mi Marjory:

Es hora de escribir el último secreto, lo que nunca supiste y nunca leerás.

Me sirvo un whisky, me pongo un disco. Nuestro *Oh, no, John! No John! No, John! No!* ¿Recuerdas cómo lo cantábamos? «Tú simplemente responde *yes or no*.»

Mi adorada Marjory Lighthouse, mi *sweet heart*. Tú siempre diste la respuesta acertada. No como yo. Lo saben los fantasmas que aún me acompañan. ¿Recuerdas que Amina siempre jugaba con Arthur? ¿Recuerdas el amor que le tenías a esa criatura? Para ti era otra hija y lo que siento es no haber logrado que la nuestra viviera. Nuestra Mary Jane. En su lugar llegó Amina, una hija compartida con Asha, el consuelo de su ausencia, una hermana para Arthur.

Y así lo fue. Hasta que dejó de serlo.

Hasta que él creció y encontró otra forma de jugar con ella. Lo descubrí en la cabaña. Lo descubrí en su desnudez. Lo descubrí en su mirada, en su sudor, en su piel, en su cuerpo convertido en el de un hombre. No habrías querido ver lo que yo vi.

Aún lo siento y lo sufro. Tú nunca entendiste la marcha de Asha y Amina, mi dureza, mi severidad. Nunca supiste por qué. Simplemente, me espanté ante una conexión física que había saltado todas las fronteras que creíamos sólidas, todos los valores de nuestra civilización, su educación, su formación moral. En ese momento la culpé, Amina era al fin y al cabo quien seguía a Arthur por toda la casa, quien subió a esa cabaña... Pero hoy no me engaño. Él era el mayor.

Él debía de tener catorce años. Ella, once.

No sé cómo pudo llegar tan lejos, cómo no corté antes una relación innoble, antinatura, no sé cómo no lo vi. Lo sé todo de los animales, puedo anticipar sus impulsos más primarios, pero no los de los humanos. No los de mis hijos.

Arthur lo hizo. Un hombre en el cuerpo de una niña. Una repetición de la historia, una perversión. Porque esta vez no era el brutal Mohamed al desposarse con la niña Asha, no era un africano desdentado al que su rebaño de cabras convertía en un hombre poderoso, sino todo un Lighthouse. Un

Lighthouse educado, un inglés, un niño forjado en la ciencia, en el cariño, la religión. El mejor del colegio, alumno ejemplar. Nuestro hijo rubio, alto y perfecto en el cuerpo de la niña Amina.

Y el peligro de engendrar un ser, un hijo del pecado, un Lighthouse demasiado temprano y, además, de color. No diré más.

Jamás imaginamos su precocidad, jamás percibimos el peligro de su cercanía, jamás los vimos como algo diferente a unos niños. Pero ya no lo eran. Hubo que cortarlo de raíz. Por eso eché a Asha y Amina. Por un bien superior.

Sé que lo aceptaste, pero, en tu fuero interno, nunca me lo perdonaste. Tú adorabas a esa niña y te sumiste en una tristeza que no logré combatir. Tu pequeña africana se esfumó, la añorabas cada día y no entendías su desaparición. En tus ojos volví a ver el desconsuelo que vivimos al perder a Mary Jane.

Nuestros hijos han cometido errores, fallos que te trastornaron, que te costaron disgustos, que nunca lograste entender.

El mayor error, en realidad, fue mío. Ojalá los hubiera separado antes, ojalá le hubiera educado mejor. Pero ya era tarde y tuve que sacarla de aquí.

Por eso mis diarios serán para Asha. Para Amina. Ojalá sirvan para reparar lo que salió mal. Ojalá me puedan comprender.

Por todo ello, a ellas y a ti, pido perdón.

El tuyo ya no lo tendré.

Y el de ellas, nunca lo sabré. Hasta siempre, *sweet heart.*

E. L.

6 de enero de 2010

60

Rumbo a Suráfrica

Era la primera vez que Amina iba a volar a África. Le habría gustado empezar por Tanzania y no descartaba hacerlo, pero la oportunidad que le había dado la venta del collar de Joyce, un ejemplar de diamantes con cierre de oro de los años cincuenta hoy valorado en 2.000 libras, no se iba a repetir jamás. Con ello había comprado el primer billete disponible hacia Suráfrica a pesar de las protestas de Adela, que quería que esperara a fin de curso para apuntarse al plan.

Pero no era cuestión. La salud de Asha y, sobre todo, la del propio Musa no aconsejaban esperar. Su impaciencia, tampoco. Por ello iba a embarcar de inmediato, si es que Adela y Ann-Elizabeth King, que la habían acompañado al aeropuerto de Heathrow, la dejaban de una vez.

—Mamá, manda fotos. Todos los días. De todo.

—Tú cuida a tu abuela. Y estudia.

—No te preocupes de nada, Amina. Yo también estaré pendiente —dijo Ann-Elizabeth King mientras rodeaba los hombros de Adela con su brazo.

—¿De ellas o de los diarios? —guiñó Amina.

Ann-Elizabeth rio, su intención ya era transparente.

—Prometo informarte de todo, Amina. De las unas y de los otros.

—Por cierto, ¿y tus máscaras? Se me habían olvidado por completo.

—¿A quién le importan ahora esas máscaras? —respondió Ann—. El laboratorio del museo está haciendo su trabajo, pero tú olvídate. Además, no son mías. Son de Ben.

—¿Has sabido algo de él?

—Es agua pasada.

—Ya.

—¿Y tú de Arthur? —devolvió Ann-Elizabeth.

—¿De Arthur? —Adela preguntó al vuelo—. ¿Qué tiene Arthur que ver?

—Una vieja historia, hija. Otro capítulo más de los Lighthouse. Agua pasada, también —respondió su madre.

—Lo buscaré en los diarios —se burló Adela, sarcástica—. Y si encuentro chicha, ya verás. Para cuando vuelvas, los habré vendido. Así volaré también. A Suráfrica y a Tanzania.

—Ni de coña, princesa. Las chicas Tabora no hacemos esas cosas. Nosotras somos gente de honor.

Y al fin atravesó el control de seguridad. Rumbo a su puerta de embarque, rumbo a África y a un pasado que al fin iba a conectar con su realidad.

Tras acomodarse en el avión, sacó del bolso un paquete que su madre le había dado para Musa. «No lo abras, no es para ti», le había dicho Asha, y aún sentía el eco del reproche preventivo. Pero rompió una esquina y empezó a tirar de una tela roja que asomaba tersa y áspera. Ahora rio para sí. El viejo uniforme askari con los pespuntes y dobladillos de la señora Marjory estaba ahí, tan vivo como los secretos de los Lighthouse. Y de los Tabora también. Lo volvió a guardar.

Antes de apagar el móvil aún vio un mensaje de WhatsApp. Era de Arthur. «¿Puedes hablar? Necesito verte. Stephanie me ha dejado. Necesito hablar.»

Lo borró sin contestar y lo apagó. El avión estaba a punto de despegar.

Y aún tenía material para leer.

La víspera, mientras su madre rumiaba sus quejas ya sin convicción, Amina había puesto todo patas arriba, había sembrado el suelo de diarios, los había ordenado por fechas y había encontrado algo dirigido a ella.

Ahora, al fin sola, lo abrió.

Querida Amina:

Intuyo que, a estas alturas y si se ha cumplido mi voluntad, ya habrás averiguado muchas cosas.

Pero me queda hablarte a ti. A la niña que fuiste. A la mujer que eres.

Primero, para explicarme, para pedirte perdón.

Segundo, para decirte algo que nunca he dicho ni he escrito. Que no encontrarás en ninguno de estos diarios que os lego.

Empezaré por lo primero:

No mereciste el infierno que se desencadenó en esta casa, que desaté sobre ti y que aún lamento cada día. Eras muy niña cuando te dejé en la calle. De un minuto para otro. Sin red. Yo os fallé.

Eras una pequeña amorosa, lista, querida, siempre con tus caracolillos en la cabeza, tus piernas flaquitas, tu forma tan rápida de hablar, de preguntar. Nos tenías a todos en el corazón. Mi Marjory te adoraba como si fueras suya. Arthur te buscaba siempre, eras el oído de sus historias, los ojos de sus descubrimientos. Jane y Joyce, ¡para qué hablar! Fuiste la compañera de sus juegos. Ben te conoció menos, pero eras importante para todos.

Yo no lo vi venir. Arthur y tú rondabais todo el día juntos por el jardín, te ayudaba en los deberes, costaba separaros por la noche para que os fuerais a dormir y creíamos que en la cabaña —maldita cabaña— solo prolongabais vuestros juegos.

Y, sin embargo, ocurrió lo que nunca tuvo que ocurrir. Arthur se hizo muchacho y fue precoz. Y tú te convertiste en su obsesión. Cómo lo iba a sospechar.

Fue culpa de todos. De nosotros, por no haber educado bien a Arthur. Por no vigilarlo. De Arthur, por dar siempre vía libre a todas sus ocurrencias. Y de ti... ¿Qué voy a decir de ti?

Ni siquiera sé lo que recuerdas. ¿Qué nombre tiene una relación entre un chico de catorce y una niña de once que llora bajo el cuerpo más fuerte de él? Hoy no lo dudaríamos, entonces sí. Aún me conmociona recordarlo.

Marjory nunca lo supo. Me culpo por ello y lo siento.

Por esa relación yo os eché. Marjory sufrió infinitamente, no lo entendió, ni yo se lo expliqué. Solo dije que ambos erais demasiado mayores para convivir. Un chico, una chica, un mismo techo. Debí verlo a tiempo. Pero debíais iros. Sé que eso te habrá cambiado la vida. Me pregunto qué suerte habrías corrido de haber seguido aquí. Merecías progresar, merecías una carrera y también sé que a partir de entonces perdiste el interés por estudiar. Intuyo que tu vida fue a peor.

Yo os había prometido un gran futuro en Inglaterra y no os lo di.

Os había proclamado «mi familia» y no cumplí.

Expulsé a tu madre de su aldea y a las dos os expulsé de aquí.

Y lo siento.

Quisimos cambiar el mundo. Yo quise mejorar África y lo intenté, al menos para tu madre y para ti. Fracasé.

Amina, querida, hay otra cosa más.

Musa os buscó. No os lo dije y este silencio también me lo llevo al infierno.

Él me encontró y me escribió. Tu tío había sobrevivido a la mina y estaba mal de salud, pero tenía familia y, según decía, asignaturas pendientes. Me preguntaba por Asha y por ti, quería saber si aún seguíais con nosotros. Y quería recuperar la relación.

No pude decíroslo. No supe. Temí que averiguarais todo lo que pasó, cómo os traicionó tu padre, cómo os traicionó Inglaterra y cómo os traicioné yo.

Tu tío está vivo o al menos lo está mientras te escribo. Os ha buscado y os quiere. Sus hijas también. La mayor se llama Asha y la menor Amina. Quién sabe si hoy también existirá una Adela.

Y eso es todo, Amina.

Ojalá vosotras podáis sanar. Yo ya no lo lograré.

Ojalá me sepas perdonar.

Y ojalá tu vida sea mejor que la que te dimos los Lighthouse.

Nuestro único consuelo, el tuyo y el mío, es que el amor de Marjory siempre nos acompañará. Por ella brindo, por ella te escribo. Adiós.

E. L.

7 de enero de 2010

Nota final

Los hechos históricos que aquí se mencionan nacen de investigar en los National Archives, un lugar tan abarrotado de secretos que podría alimentar toneladas de ficción sin que parecieran verdad. Hasta ahí me acerqué para conocer la labor de los ingleses en Tanganica, donde mi abuelo sirvió cuando era colonia británica. Todo está entreverado con la imaginación.

También me ayudaron artículos de *The Guardian* y otros periódicos sobre la Operación Legacy; la causa que varios keniatas llevaron ante la justicia británica por las atrocidades cometidas en su país; los libros de Caroline Elkins, George Orwell, Abdulrazak Gurnah, Lola Shoneyin, Roald Dahl y Alice Procter; los consejos y ánimos de Laura Muñoz y Esther Cerrillo; y la experiencia de Fernando Neira y Manolo Charlón. Ricardo de Querol me trajo voces de África y Toni Gutiérrez, mi hijo, me regaló una gran idea. Michel, Paula y Peter también me ayudaron.

Anna Soldevila, mi editora en Destino, me guio con el cariño y la solvencia con que me acompaña desde hace ya varios libros y muchos años, igual que María y todo su equipo. Como Palmira Márquez, Olga Jiménez y todas las guerreras de la agencia Dos Passos, defensoras de un imperio, el de los libros, mucho mejor que el británico.

Todos los personajes y tramas son fruto de la imaginación. Y que me perdonen los que aún viven si esto les sugiere algún parecido con la realidad.

Guía de personajes

Everett Lighthouse, el patriarca de la familia. Nacido en 1930, muerto en 2016.

Marjory Lighthouse, su esposa. Nacida en 1930, muerta en 2000.

Arthur, el primogénito, científico y profesor de Cambridge, sesenta años. Nacido en 1956. Con su primera esposa, Olivia, tuvieron a Caroline. Con su segunda esposa, Stephanie, a Rob. Conocido activista de causas medioambientales y progresista.

Jane y Joyce, gemelas, cincuenta y cinco años. Nacidas en 1961. Jane se casó con Carlos, un español, y tienen seis hijos. Joyce se casó con Benoît y vive con su familia en Francia.

Ben, el hijo menor, actor, cincuenta años. Nacido en 1966. Su esposa: Martha. Sus hijas: Rose y Scarlett. Recibió la Orden del Mérito de Su Majestad la Reina de Inglaterra por su aportación a las artes y la cultura del país, siete veces premio Bafta por sus actuaciones en cine o televisión y dos premio Laurence Olivier al mejor actor de teatro del país. Muy crápula y conservador.

Asha Tabora, la vieja criada que llegó con ellos de Tanzania. Nacida aproximadamente en 1943.

Su hija, Amina Tabora, cincuenta y siete años. Nacida en Tanzania en 1959 y habitante de Inglaterra desde 1961.

La hija de esta, Adela, dieciséis años, nacida en Londres en 2000.

Ann-Elizabeth: amiga de Caroline, amante de Ben, investigadora e historiadora de arte, tiene relación con toda la familia. Su libro sobre los excesos del Imperio británico ha desatado el debate y la tensión entre el conservadurismo y lo *woke* en todo el país.

Qué fue de los Lighthouse
Berna González Harbour

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

© Berna González Harbour, 2025
Representada por la Agencia Literaria Dos Passos

© del diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño
© de la imagen de la cubierta: Magdalena Wasiczek / Trevillion Images
© de las imágenes del interior: Paul Popper / Popperfoto / Getty Images, Album / Alamy, Album / Alamy

© Editorial Planeta, S. A., 2025
Ediciones Destino es un sello de Editorial Planeta, S. A.
Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona
www.edestino.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): junio de 2025

ISBN: 978-84-233-6782-5 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta